María Bengoa

EL MAR DE ARRIGUNAGA

colección andanzas

TUSQUETS EDITORES

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Cita
Prólogo
Cita
Primera parte. Infancia silvestre
1. Niños
2. Verano
3. Colegio
4. Guerra
5. Perdedores
6. Cromos
7. Gallinas
8. Escuela de trabajo
9. Angelines
Segunda parte. Limando hierro
10. Coreanos
11. Casa de Misericordia
12. Negro oscuro
13. Imprenta moderna
14. La vida de la gente
15. Taller mecánico
16. Verdes valles
17. La mar, el mar
18. Volver
Tercera parte. Al agua
19. «Mar Rojo»

20. Portátil
21. Polvo de carbón
22. Kamayurá
23. Sala de máquinas
24. Puertas al Abra
25. Mar Cantábrico
26. Desenrolar
27. Gas
Cuarta parte. Los años épicos
28. Viento del oeste
29. Margarita y Pinín
30. Walden
31. Txominbedarra
32. Muerte
33. El camino de la estación
34. Ciegas hormigas
35. El abrigo
Epílogo
Impresionada por la lectura de...
Créditos

Sinopsis

En el Bilbao de los años treinta, un niño enclenque y sensible vive veranos que nunca olvidará junto a la playa de Arrigunaga. Tras la guerra, que arruina la vida de su familia, ese niño se convertirá en un adolescente tímido e inseguro que se refugia en la lectura, luego en un joven que escribe a escondidas mientras se forma, con toda clase de penalidades, como marino mercante, y al final en un hombre que regresa a Bilbao y debe recurrir a múltiples empleos para salir adelante. Todas esas experiencias, lejos de arredrarle, fortalecen su determinación: buscará un lugar, lejos de la ciudad, donde construir con sus propias manos una casa, vivir de modo autosuficiente… y seguir escribiendo. Se acordará de Arrigunaga. Y allí hará historia.

EL MAR DE ARRIGUNAGA

MARÍA BENGOA LAPATZA-GORTAZAR

TUSQUETS EDITORES

Este sitio no puede quedar vacío
aunque ya no estés, amor.
Es por ti

En cada página de *Walden* se percibe la presencia inconfundible de una personalidad, de un hombre semejante a una roca por la solidez granítica de sus principios, a un roble por su reciedumbre inconmovible, a una flor silvestre por su sensibilidad y a un halcón por los vuelos de su imaginación.

HENRY SEIDEL CANBY

Prólogo

En 1960 un autor desconocido ganaba el premio literario más importante de la posguerra con una novela que, para muchos, figura entre las mejores de ese palmarés, a la altura de las de Carmen Laforet, Rafael Sánchez Ferlosio o Ana María Matute... En aquella época todos se preguntaron, incluso sus propios vecinos, de dónde había surgido un talento así.

Mucho tiempo más tarde, ya en nuestro siglo, tras un largo periodo aparentemente desaparecido para la literatura, el mismo autor volvería a irrumpir con una trilogía deslumbrante, que dejó a todos de nuevo boquiabiertos, y con una pregunta parecida: ¿de dónde surgía su fuerza, su talento, su carácter irreductible?

A ese escritor tuve la suerte de conocerle en 1997, y la fortuna, años después, de convertirme en su mujer. De las largas conversaciones mantenidas con él surge este relato.

María Bengoa Lapatza-Gortazar

Si yo pudiera dar a este relato —porque esto, ahora, es relato — su cualidad suprema, el tiempo... tendría el valor que sólo la poesía alcanza, el de la verdad.

ROSA CHACEL

Primera parte
Infancia silvestre

1

Niños

Tiene nueve años cuando sucede algo que queda grabado en su memoria para siempre. Viven en Bilbao, en el número 17 de la calle Autonomía: él, su hermano pequeño, su madre y un padre que aparece puntualmente a las horas de las comidas. El portal está en un gran patio de manzana en el que hay una fuente. A veces, su madre le encarga tareas que Poteto no hace: ir a buscar al padre al bar, bajar por agua a la fuente... Llena el recipiente de zinc, no del todo, y se esfuerza en subirlo sin derramar agua por la escalera. Al llegar al primero empuja la puerta abierta y recorre el pasillo hasta la cocina sin detenerse. Aunque pesa mucho, no deja que ella coja el cubo; lo agarra con las dos manos. Si cae agua, Margarita G. Buded seca la madera para proteger el parqué. Hoy no ha derramado una gota. Su madre ni ha mirado el suelo, está con el pequeño que nunca sube el agua. Observa cómo besa a su hermano. Muy raramente lo besa a él.

Se oye un grito desde el descansillo: «Ramiríííín, Potetooooo». Los hermanos bajan a jugar al patio de la fuente. Hoy es jueves, en el colegio Santiago Apóstol las tardes de los jueves y sábados no hay clase. El hijo de los porteros baja saltando por las escaleras desde el último piso. Margarita G. Buded sale al descansillo y les recuerda: «Solo podéis jugar un ratito, luego vamos al cine». Desde el patio, la ven asomarse a las escaleras y decir: «No salgáis a la calle».

Ramiro mira a su madre asintiendo mientras una lecherita sube al principal, cargada con dos cantimploras. La señora Margarita le dice: «Ayuda a la muchachita». Se avergüenza, no sabe dónde fijar la mirada al observar a la aldeana con un pañuelo

anudado en la cabeza, dos trenzas enmarcan su cara y a los lados de una saya enorme se balancean las cacharras de leche. La chica se mueve con la desconfianza de los aldeanos en la ciudad. Tendrá dos o tres años más que él. Le quita las cantimploras con decisión y las sube como hace con el agua, depositándolas en la puerta del principal. Cuando la lechera musita *«Eskerrik asko»,* sus miradas se cruzan. Felipe aparece, nadie sabe de dónde, en un rincón del descansillo y lo lanza contra ella; sus labios rozan sin querer el rostro de la aldeanita. Toda la sangre irrumpe en sus mejillas en un instante. Siente los enormes ojos de esa cara de vasca preciosa. Un calor urgente le sube desde el pecho e incendia toda su cara, las orejas le arden. Huye escaleras abajo y se detiene en el portal junto al burro hasta que su respiración se acompasa.

Felipe señala las orejas enrojecidas, ahueca las palmas de las manos bajo el jersey y, simulando unos pechitos, imita los andares de la aldeana. Poteto pregunta: «¿Por qué hace eso?». La portera se asoma desde el último piso: «Felipeeee, la merienda». Felipe hace como que no oye. Cuando la lecherita y el burro se alejan por la acera, dice: «Vamos a jugar a *iturris*».

La segunda vez que la portera grita «Felipeeeee, sube», los hermanos murmuran a coro «Baja tú si quieres», antes de que Felipe repita la frase desafiante, alzando la vista a la ventana de los porteros.

Los jueves por la tarde van siempre al cine con su madre. En el Trueba, donde el tío Florencio toca el piano cuando dan películas de cine mudo, les dejan colarse sin pagar. Pero hoy van al Salón Vizcaya. Todos los jueves, antes de entrar, su madre compra una carolina para cada niño en la pastelería. La llevan con cuidado para que no se apachurre el merengue. Al empezar la película, sentada entre los dos, la madre permanece absorta mirando la pantalla y cuando acaban la merienda, les da las carolinas. Al hundir la lengua en el merengue, la observa de reojo. Ella no come, solo mira la película. La luz de la pantalla ilumina su boca entreabierta, los pendientes de perla y el rostro embelesado como el de las actrices. Nunca es tan feliz como en el cine: solos entre la gente sin su padre, mirando en la oscuridad las imágenes allí

arriba. Si la historia es de amor, como hoy, Margarita G. Buded permanece extasiada: los ojos muy abiertos, resplandeciente, casi se olvida de ellos hasta que la sala oscura se ilumina. Los actores, reunidos para representar aquellas escenas, se desvanecen cuando sobre la última imagen aparece *The End* y el tiempo retrocede al momento anterior al inicio de la película. Hoy, al mirar a su madre cuando ha vuelto el bullicio, ha descubierto sus ojos húmedos. Inclina la cabeza hacia su cuerpo mientras Poteto recoge el abrigo.

Al salir a la calle, roza con un beso fugitivo esa mano que le agarra con fuerza. «¿Qué pasa, hijo?», pregunta ella acariciando su coronilla rizada. Luego abraza a Poteto y le ata el abrigo. Todos llaman así al pequeño porque, cuando nació, él no sabía pronunciar su nombre: Florencio, como el hermano de su madre que toca el piano en el cine. La abuela ríe cuando lo cuenta: «Tú le pusiste el nombre de Poteto con dos años». Él se llama Ramiro, como su padre y aquel pequeñajo que su madre nombra con veneración, su primer hijo que no llegó a nacer. Su nombre no le pertenece del todo: su padre, aquel niño pequeño como un gatito sin piel. La gata de la abuela tuvo gatitos, uno nació muerto y su madre se echó a llorar. Entonces lo supo: aquel niño muerto se iba a llamar también Ramiro. Tendrá que hacer algo para ocupar su lugar, para que ese nombre le pertenezca solo a él.

Una tarde lluviosa de octubre de 1932 van a Trueba y Pardo, un nombre que se repite en la familia, la empresa en la que trabaja su padre, donde conoció a su madre. No consigue imaginar a su madre antes de que él naciera. La abuela Consuelo dice con orgullo: «Tu madre fue de las primeras mujeres que trabajaron en una oficina en Bilbao». No puede entender qué hacía su madre en un lugar donde no estaba él, fuera de casa... Pero la abuelita, cuando se lo pregunta, dice: «Pues trabajar: desde los diecisiete años hasta que se casó».

Han merendado chocolate con churros porque es el

cumpleaños de Poteto, que ya tiene siete y este curso ha empezado a ir al colegio de mayores con él, a Santiago Apóstol. La abuela ha hecho un poema en su honor, como en las ocasiones especiales. No lo lleva escrito, pero lo recita de memoria. Después, ponen el gramófono y tararean una opereta vienesa. La música vuela por el largo pasillo hasta la cocina. Margarita G. Buded dice: «Pobre mamá, está tan sorda que no puede oír la canción». Él se sienta en su halda y le canta al oído:

Aunque estoy triste deseo cantar,
llena la copa mi amor sofoca.
El rico vino tiene que calmar
el ansia loca de amar... amar.

Y todos corean el estribillo; también la abuela, con los ojos cerrados:

Noche feliz, dulce besar.
Viena mi cielo encantador,
Viena ideal... Viena de amoooooor.

Antes de salir, su madre le abraza como si él fuera el pequeño. Caminan hacia el centro, dejan a la abuela en su casa de Hurtado de Amézaga y se dirigen al muelle de Uribitarte: en los números 7 y 9 está Trueba y Pardo. Ha visto muchas veces ese nombre en el membrete de las cartas que su padre guarda en el escritorio. A un lado del cartel, en grandes letras azules, pone S.A. Al otro, hay un dibujo: un yunque y un brazo golpeando un martillo dentro de una gran herradura. El cartel, idéntico al del papel de cartas, es enorme. No imaginaba la empresa tan grande. Sus padres se conocieron en este almacén de importación de coloniales; entonces trabajaban los dos. Se esfuerza en imaginar a su madre mucho más joven, con falda plisada y el pelo largo, como en una fotografía de cuando eran novios, entrando en las oficinas y riendo, igual que una muchacha que cruza ahora la puerta.

En los bajos de Trueba y Pardo, el gran almacén de bacalao e

importaciones ultramarinas de garbanzo mexicano, cacao, café..., el género se acumula antes de ser despachado a tiendas de Bilbao, Logroño y Valladolid. Antonio Trueba y Manuel Pardo han abierto sucursales en Barcelona, Sevilla, Málaga y Valencia; pero la casa madre permanece en Bilbao. Los estibadores acarrean carros con bacalao desde enormes vapores atracados en la Ría. El olor a salazón llega a las oficinas donde el ruido de teléfonos, timbres y máquinas de escribir hace difícil mantener una conversación. Margarita G. Buded agarra con fuerza las manos de sus hijos, atraviesa la planta y, tras subir una escalera, se encuentra con su marido.

Desde una ventana acristalada en lo alto de la nave, Pinilla Soldevilla supervisa la entrada de género, toma nota en grandes libros granates que apoya en un atril. Una bata larga y oscura lo iguala a otros empleados. Nadie lleva aquí ropa de calle y Pinilla Soldevilla no puede lucir el traje del que tan orgulloso está... Un día lo pararon en la Gran Vía: «Caballero, ¿dónde se viste usted? Lo veo pasar cada día y me he atrevido a preguntarle porque no encuentro ropa tan elegante para mi marido». Ramiro observa a un lado de la mesa el maletín de cuero con el que su padre llega a casa y del que saca paquetes de legumbres, azúcar, café y sobres para hacer envíos de muestra. «Siempre tomo el mejor café», presume preparando la sofisticada cafetera exprés italiana y aspirando un aroma que, como el de la pipa, avisa de su presencia en casa, un aroma que aborrece. A Ramiro no le gusta el café, ni el olor a tabaco. No le gusta que su madre saque brillo a la cafetera exprés plateada que el padre prepara mientras explica a las visitas: «Yo solo tomo café Excellence, el mismo que Trueba y Pardo envía al Gran Hotel de Madrid, donde de joven gané un concurso de baile». Y, cuando lo cuenta, extiende un brazo en el aire, da unos pasos agarrando a una pareja imaginaria. El café, la pipa, los pasos de baile... Todo en su padre es apariencia. Viste como un rico sin serlo, su madre plancha y cepilla la ropa con esmero: blanquea las camisas que encarga en la Camisería Inglesa en El Arenal, abrillanta los zapatos... El padre alardea de esos pequeños lujos y se atusa el bigote como Clark Gable. Desde que vivió en Madrid en

su juventud alienta su parecido con el actor y hasta lleva pajarita. Es el pequeño de una familia poco realista con muchas mujeres y, además, es muy apuesto. Sus tres hermanas, Elisa, Pilar y Amelia, lo adoran. Cuando su madre falleció, él era niño y lo mimaron forjando un carácter débil propenso a los aires de grandeza. Desde entonces, espera un futuro que no acaba de llegar, acicalado como si, en efecto, la ocasión de una vida próspera estuviera en cualquier esquina de las calles donde luce su apostura de galán. Algunos años después, lo identificará con el señor Micawber, el padre de *David Copperfield,* su lectura preferida en la adolescencia.

Esta tarde de octubre, Pinilla Soldevilla, incómodo con su bata de sarga, abraza a sus hijos, ni siquiera recuerda el cumpleaños de Poteto hasta que Margarita G. Buded le susurra al oído. El padre aúpa a su hijo pequeño, le tira de las orejas: uno, dos, tres, cuatro..., siete; saca de un estante una caja de muestras redonda que parece de plata y se la da.

Al salir al muelle se separan, Margarita G. Buded regresa a casa para preparar la cena, ellos se dirigen a una juguetería de la calle Correo donde Poteto va a elegir su regalo de cumpleaños. El padre le enseña unos camioncitos rojos de hojalata con puertas diminutas, el remolque de carga se mueve. Pinilla Soldevilla pone dos sobre el mostrador y los hermanos los cogen y hacen carreras en el suelo cada uno con un camión. Después, respondiendo a un gesto del padre, una empleada envuelve los camioncitos en papel de seda y entrega el paquete al pequeño mientras Pinilla Soldevilla habla con el dueño del establecimiento sobre el cumpleaños de su hijo, el comercio... Le da una tarjeta de visita de Trueba y Pardo, que el atildado anciano con monóculo se queda mirando. Al despedirlos, dice al cajero: «Cobre un camioncito al señor, cinco pesetas». El padre y Poteto se miran, el niño abraza su regalo, Pinilla Soldevilla deposita un duro en la caja. Cuando atraviesan la puerta, Ramiro mira fijamente al señor del monóculo y dice con voz estridente: «Han sido dos, dos camioncitos».

Camino de casa, su padre y su hermano repiten: «Dos. Han sido dos, dos camioncitos», cada vez con tono más ridículo: «Dos. Han sido dos. Han sido dos», y cuanto más lo repiten, más se ríen.

Le explican que podían haber pagado la mitad. Él, serio, dice: «No, no y no». «Ahora irá a contárselo a su madre», susurra el padre acercándose a Poteto. Él recuerda entre lágrimas el intercambio de miradas del hombre del monóculo con su padre cuando ha ido a pagar el camión que faltaba.

En casa, los hermanos enseñan los juguetes a su madre y Poteto muestra triunfante la caja plateada con las letras de Trueba y Pardo en relieve. Es el objeto preferido por los hermanos entre los numerosos artículos habituales en el domicilio familiar: abrecartas, lápices, sacapuntas, sobres, papel de escritorio, saquitos de muestra, grapadoras y máquinas de escribir desechadas que aún están en buen uso y su padre vende. Todo lo guarda ordenado en el armario del comedor con puertas de vitrina. Las máquinas abajo, los objetos pequeños, arriba. Solo hay una caja igual que la de Poteto en el estante más alto para enviar muestras de café muy especial. Subido a una silla, comprueba que es idéntica al regalo de su hermano y vuelve a dejarla en su sitio. A él también le gustaría tener una para cambiar cromos en el patio del colegio. Pero lo que más desea es una máquina de escribir. Le gusta la letra impresa, el olor a tinta, el ruido de la máquina. Pulsa varias teclas sin moverla del estante. Finalmente, coge la pesada Underwood y la pone sobre la mesa. Consigue meter una cuartilla en el carro.

Su padre se ha quedado en el bar con un contratista. Al llegar a casa, lo descubre escribiendo a máquina R.P., R.P., una y otra vez; casi ha llenado una página y la mira orgulloso. «Pero ¿qué es esto?», dice Pinilla Soldevilla sacando violentamente la hoja del carro: «Las máquinas de escribir no son para jugar». Devuelve la Underwood al armario, cierra las puertas con llave y se va al despacho.

Apoya la cabeza entre los brazos en el lugar donde estaba la máquina de escribir, se balancea adelante y atrás mientras su mente dibuja sus iniciales a gran tamaño. Ahora añade el apellido

de su madre, G.B. de Buded, que procede de Ballobar, Huesca, como la familia de la abuela. Una música dulce llega de la cocina, donde su madre escucha la radio. La melodía lo arrulla. Tiene tiempo para pensar: solo, tranquilo, mientras en la franja de luz del mirador anochece. Su padre y su hermano están en el despacho. Imagina que es mayor y llega a casa desde un lejano país extranjero, tal vez de América. Ha hecho algo importante, no sabe exactamente qué. Lo han dicho por la radio. Es capitán de un mercante, explorador en África, como un personaje de *El Aventurero;* o un héroe del cine que salva a inocentes del peligro. Todos lo reciben con admiración. Siente la mirada de su madre, el asombro de su padre, la aprobación de su hermano. La aldeanita que lleva la leche al principal le sonríe. Se mece al ritmo de la música, vuelve el sueño de volar que se repite cada noche; planea sobre las casas y los árboles. El viento acaricia su piel... Extiende los brazos y vuela muy por encima de las cabezas de la gente. No pueden verlo. Es él, pero su cuerpo, ligero y poderoso, corta el aire como un águila o un halcón. Al abandonar la casa y atravesar los cristales negros del mirador, apenas se posa en el alero del edificio de enfrente. Va dejando atrás las calles, el patio del colegio, que, desde esa altura, parece un mosaico. Los niños y los frailes lo ven alejarse, pero no saben que es él. Contempla la ciudad de juguete, la gente muy pequeña allí abajo. Sabe hacia dónde se dirige. Se adentra en el bosque, se posa en un árbol y otro tocándolos apenas. Desde una rama alta, balanceando el aire, siente la fragancia del salitre que anuncia la playa, el verano, la proximidad de su amigo Juanito.

Una leve sacudida en el hombro y la voz de su madre lo despiertan: «Ramirín, a cenar».

2

Verano

El paraíso se extiende entre el 15 de junio y la última semana de setiembre por el prado aterciopelado que rodea el caserío junto al riachuelo y el cañaveral. Al acercarse a la playa, bajando la cuesta del barrio del Castillo entre las ruinas de un fuerte antiguo, el mundo parece acabado de estrenar. El mar invade con su aire virginal unas olas que dibujan espuma en una playa solo para ellos, por donde corretean medio desnudos sin horarios ni ropa. Juanito les enseña a cazar y pescar. Inventan todos los juegos, todas las emociones, aprenden a nadar en las olas de la adolescencia.

La inmensidad azul aparece cada verano cuando la camioneta de Trueba y Pardo llega al cruce de Cuatro Caminos y enfila la cuesta abajo cargada con muebles, el gramófono, los baúles y el perro. Viajan solos con su madre, el padre llegará a Getxo después de comer. Tiene jornada intensiva hasta las mareas vivas de setiembre, cuando coge vacaciones. La vida entera, que había permanecido guardada en el camarote de Bilbao desde el otoño, llega a Arrune apilada en la camioneta a mediados de junio. El verano asoma al llegar a Cuatro Caminos: desde lo alto del cruce es una promesa inédita de felicidad con el mar al fondo.

La mano de los negocios de su padre ha modernizado estancias entre las paredes de piedra ancestral del caserío. El agua, la luz y las comodidades de Bilbao han llegado a las cuatro habitaciones en las que se alojan los veraneantes. Su madre cuenta: «El primer verano vinimos cuando aún no tenías un año». Hay una foto donde una criadita lo sostiene en brazos con gorro blanco y unos faldones de bebé. Su padre, al fondo de la imagen, asoma con sombrero y zapatos claros; la madre, mucho más sencilla, sonríe

junto a la chica.

En los últimos años, el caserío tiene agua corriente y luz eléctrica. Los empleados de Trueba y Pardo ya han pasado por todas las estancias de Arrune, y Jesusa, la aldeana, les saca café con leche en la cocina al acabar los trabajos: los trata con veneración. «Traen progresos», dice. Margarita G. Buded observa a los operarios y niega con la cabeza: «Vuestro padre es un *bon vivant* sin dinero, vive por encima de sus posibilidades». Y continúa blanqueando alpargatas, cepillando sombreros, planchando pantalones para su marido. Todo lo guarda en un armario solo para él. El albornoz, los trajes de baño, los briches con tirantes, el sombrero tirolés para andar por el monte, el chaleco, las botas y cestos de pesca, los trajes de paseo con sus sombreros panamá, los prismáticos, la máquina de fotos siempre al hombro; demasiados complementos alrededor de su cuerpo. En verano lo fotografía todo, a él le aburre posar.

Comparten con los aldeanos del caserío y sus hijas, María Luisa, Vitorina y Rosario, zonas comunes: la cocina, el porche, el comedor en el que nadie come. Los niños recorren Arrune con Juanito, el hermano pequeño de los Uribe Bilbao, sin entender de límites. No hay zonas de veraneantes y zonas de la familia aldeana para ellos. El cañaveral, la cuadra, la huerta, las higueras, el camarote donde Juanito y su hermano mayor guardan herramientas que les dejó su abuelo: todo es un inmenso territorio de juegos donde hasta ensayan la muerte. En el camarote hay una caja de madera como un féretro. Una tarde se escondió allí, desapareció sin decir nada. Puso la tapa y permaneció una noche dentro. El pueblo entero estuvo buscándolo creyendo que se había ahogado con las mareas vivas de setiembre.

La caja llevaba muchos años olvidada en el desván. El abuelo carpintero de los aldeanos había construido en tiempos cajas de muertos; aquella era pequeña, del tamaño de un niño, al entrar tocabas los extremos con la cabeza y los pies, había poco aire dentro. La primera vez que Juanito les enseñó la caja de muertos, Poteto ni la miró. Estaba en el rincón donde el tejado se inclinaba hasta juntarse con el suelo. A él le gustaba ver trabajar a su amigo

en el camarote. Admiraba la destreza de su mano zurda con las herramientas al construir un balandro de juguete, o arreglar cualquier cosa.

Juanito nunca estaba quieto. Ramiro pasaba tantas horas mirándolo que, al levantar la vista, se frotaba los ojos llenos de serrín. Y allí estaba la caja, muy al fondo. Pertenecía a una niña ahogada cuyo cuerpo jamás apareció, a la que no pudieron enterrar, aunque el abuelo de Juanito ya le había hecho la caja. Cuando subía al camarote —y subía casi todos los días—, la miraba.

Aquella tarde hubo tormenta y no se podía ir a la playa. Después de comer, fue a buscar a Oregui, el chico que siempre olía a leche. Los Oregui tenían muchas vacas; le gustaba verlas alineadas en formación en la cuadra; en ese caserío todos ordeñaban, llenaban cantimploras, repartían leche. Los hijos de Oregui, conocidos por el apellido sin distinción, tenían asignadas calles de reparto en Algorta según la edad: los mayores en la zona más alejada de La Galea; los pequeños, en la más cercana, donde su centenaria vivienda se asomaba a la mar con una galería pintada de un blanco níveo como la leche. Todos repartían cantimploras. Su amigo, el menor de los Oregui, debía llevar leche a los Trinitarios, porque el hermano mayor había ido a que lo tallaran a Bilbao. Lo miraba ordeñar sentado en el tajo de madera, los potentes chorros blancos golpeaban el balde metálico. Él nunca había probado; Jesusa, la aldeana de Arrune, no le dejaba.

—Mira, así —decía Oregui apretando los alargados grifos vibrátiles de las ubres, más ásperos de lo que esperaba—. Cuesta sacar la leche y llenar el balde.

—Hay que hacerlo con ritmo —dijo el padre de Oregui, asomando la boina entre dos vacas, moviéndose a un lado y otro de la banqueta al apretar las ubres.

Al pegar la cabeza al lomo, sintió la calidez del animal. Oregui se reía de su torpeza. Por fin consiguieron llenar el balde y cargaron cuatro cantimploras, dos cada uno, para llevar a los Trinitarios guareciéndose de la lluvia, riendo al recordar al padre de Oregui bailando entre las vacas. Al regresar, la tormenta parecía

haberse esfumado. Se encontraron con María Luisa, la mayor de las hijas del caserío Arrune, que cosía para fuera; ella también volvía a casa. Esa tarde llevaba un pañuelo de flores anudado al cuello, cubriéndole la cabeza. Era la más sofisticada de las tres hermanas; cuando iba a la playa los domingos —Vitorina y Rosario no aparecían por un territorio reservado a los veraneantes—, se protegía bajo una sombrilla a rayas blancas y amarillas. María Luisa era muy guapa. Empezó a jugar con Ramiro empujándolo. Rozaba su cuerpo con el pecho. Aquel juego inocente, casi un modo de saludarse, le gustaba, notaba sus formas poderosas de mujer y se azoraba, ella se reía. En la cocina de Arrune se hablaba de un tendero de Berango, la rondaba y ella no le prestaba atención. Jesusa, su madre, repetía: «Ay, María Luisa, sola quedarás. No te gustan los aldeanos y vas a quedar *birrocha*». Cosía para casas de Neguri y frecuentaba tanto a los ricos y veraneantes que se creía una de ellos; en el pueblo la llamaban «Madrid-París», porque copiaba figurines de moda. Al acercarse a Arrune, María Luisa lo abrazó, él apoyó la cabeza en su hombro. Formaban una pareja extraña recorriendo la huerta entre mazorcas de maíz, con el sol a la altura de sus cabezas, la de ella sobresaliendo un palmo. Al entrar por el portalón del caserío, sus padres jugaban a las cartas bajo la parra. María Luisa le acarició el rostro y desapareció hacia su cuarto. Estar a su lado era muy distinto a estar con sus amigos. Se fijó por primera vez en sus senos cuando tenía ocho años, en la playa; algunas noches piensa en sus formas turgentes que el agua resalta bajo el bañador. Él sabe que es especial gracias a María Luisa, a cómo le sonríe y lo prefiere a otros niños.

Entra en la cocina, donde la aldeana pela patatas para la tortilla de la cena, mientras Vitorina aviva el fuego de carbón y pone la porrusalda en la chapa. Jesusa deja los quehaceres: seca sus manos en el delantal y lo cuelga en la barra del fogón. «¿Ya venís?», pregunta. Por los cristales del ventanuco se filtra el sol del atardecer.

—Sí, esa ya se ha metido al cuarto —dice la hermana pequeña quejándose de que María Luisa no ayuda en la cocina.

Desde el porche, la aldeana grita: «Juanitooooo, huevos del

gallinero».

Ramiro sigue a su amigo con el cesto para traer huevos, le promete que no irá a las trampas del cañaveral. Irán juntos por la mañana. Al volver, su madre entra en la cocina con ellos; ha estado en el porche jugando a las cartas con la tía Consuelo y los primos Joseba e Iñaki. Han llegado hoy de Bilbao a pasar unos días en el caserío. Tienen que distribuir las camas para dormir.

Mientras la familia observa a Jesusa, Vitorina y Rosario pelar vainas para el día siguiente, ya está decidido:

—Poteto y Ramirín dormirán juntos en la misma cama —dice Pinilla Soldevilla—, así los primos ocuparán un cuarto para ellos solos.

A él no le gusta esa solución, no quiere dormir con Poteto como si fuera un niño pequeño. No entiende por qué tiene que salir siempre perdiendo.

Frente a la chapa, en la banqueta de su rincón, Juanito arregla algo. El hijo pequeño del caserío, siete años mayor que él, prepara sus propios artilugios de caza y pesca desde niño; es el mejor pescador de la ribera, las quisquillas y eskarras van a buscar su redeña casera y su gancho improvisado. Pinilla Soldevilla, con su sofisticado equipo y su tabla de mareas, parece a su lado un explorador del Mississippi. Pero, al final de la jornada, Juanito pesca más que nadie. Las inmensas praderas de peñas que descubre la bajamar por unas horas no tienen secretos para él; conoce cada rincón como si desde siempre hubiera paseado por aquel territorio sumergido. Juanito es un pequeño Robinson: le fascina la naturaleza. Y también el interior de los objetos: la chimbera para cazar pájaros, el tiragomas, la máquina de coser... Ahora, el molinillo de café no muele, según dice Jesusa. Juanito ha oído a su madre y lo desmonta; estudia con precisión matemática qué filo hay que ajustar, qué madera cepillar. Entiende el secreto de cada mecanismo. El pequeño de los Uribe Bilbao sube al desván en busca de algo para arreglar el molinillo.

Ramiro observa el cajoncito de madera, la manivela de metal que ha quedado desmontada, tratando de entender qué irá a hacer su amigo. Mira a su madre con los labios apretados.

—¿Qué pasa, Ramirín? —pregunta ella al ver su ceño fruncido—. ¿Por qué estás enfadado?

—Yo quiero dormir con María Luisa —dice él.

Una estruendosa carcajada general estalla en la cocina.

Un calor intenso le sube a la cara. Todos lo notan. Huye a esconderse mientras escucha risas y voces.

«No lo ha dicho en serio, que no lo ha dicho en serio», oye decir a su madre, cuando él se aleja hacia el cañaveral.

Oculto entre las cañas, abraza su cuerpo enroscado como un gato sobre la hierba. Ni siquiera ha mirado las trampas de Juanito. Sí lo ha dicho en serio... No se lo dirá a nadie, pero quiere dormir con ella, abrazarla, poner su cabeza sobre el hombro como entre los pasillos de los maizales, sentir sus hermosos senos puntiagudos mientras le sonríe solo a él. Arrune es el lugar al que pertenece, quiere estar aquí, como Juanito. No volver al colegio de Bilbao. Pronto acabarán las vacaciones. Vitorina lo ha visto bajar al cañaveral cuando recogía ropa del tendedero. Vendrán a buscarlo. Sale sigilosamente, oculto entre las cañas y mazorcas, y se dirige al camarote.

Juanito no lo ha oído acercarse. Está cepillando una pieza del molinillo. Se queda fuera observándolo a la luz tenue de la bombilla; ahí está, ensimismado. Mueve de un lado a otro una pajita entre los labios. Desearía ser como él, siempre sabiendo lo que tiene que hacer. Escondido bajo la escalera espera a que su amigo salga del camarote para entrar. Va directo a la caja y se mete en ella sin ruido, a oscuras; ajusta la tapa con cuidado. Ya nadie se reirá. Se adormece pensando en la pesca de mañana. Mirando al cielo, Juanito ha sentenciado: «Viene buena pesca con las *mares*». Como los aldeanos, su amigo no entiende el paisaje. Se asombra de que los veraneantes miren las nubes, asomados al acantilado, sin sacar una sola consecuencia práctica, maravillados ante nada. Para él, el campo y la mar tienen un sentido: la forma del mundo es la de los trabajos. «Los trabajos», dos palabras que repiten continuamente en Arrune. No, mañana no saldrá de su escondite a pescar.

Alguien sube al camarote, seguramente su madre... Escucha

cómo se sienta en la vieja mecedora que hay junto al ventanuco. Se acerca alguien más, oye pasos. Lo están buscando. No hace ruido, no lo encontrarán. Nadie mira en la caja de la niña muerta. Ya está, ya se han ido.

3

Colegio

Su madre desprecia las mentiras y los engaños, él lo sabe. No le gustan las comisiones, no le gusta que su padre, al pagar trabajos en representación de la empresa, se quede con un porcentaje a espaldas de los jefes de Trueba y Pardo, negocios turbios que no son estrictamente su trabajo y ella no mira con buenos ojos, o, sencillamente, no mira. Cuando encargó un lujoso escritorio a medida y un mueble de persiana para el despacho del señor Trueba, pidió bajo cuerda un escabel para apoyar los pies después de comer. En otra ocasión, argumentando que quería probar el cierre de persiana, encargó un armarito para guardar discos. A Margarita G. Buded no le gustan esos encargos, pero dice: «Gracias a los negocios de vuestro padre veraneamos desde que tú naciste. A eso, y a sus aires de señorito madrileño. Es un *bon vivant* sin capital».

Su madre cuenta cosas cuando está en la cocina, él adivina incluso las que no cuenta. Sabe que su padre no es como debería ser. Todos los jueves del largo invierno en Bilbao, Margarita G. Buded dice: «Pedid dinero a vuestro padre para ir al cine antes de que se marche». Un jueves, el padre protesta: «Mejor comprar calcetines que ir al cine». Los domingos, Pinilla Soldevilla, después de comer cordero, dice: «Lo bien que hubiera estado hoy un besuguito». Y, cuando hay besugo: «Lo bien que hubiera estado hoy un corderito». «Ya está otra vez», murmura su madre, y mueve la cabeza como si dijera que no, ese domingo la oye mormojear: «Con él nunca se sabe».

Ayer cogió la máquina de escribir cuando su padre no estaba. «Usa siempre la misma, así estropearás solo una», le explicó su

madre. Y le enseñó a poner los dedos para aprender a escribir sin mirar, memorizando las letras en el teclado, como hace ella.

Estuvieron horas sentados, él a la máquina de escribir, su madre cosiendo saquitos para muestras. El sonido de las teclas y el ritmo del pedal de la máquina Singer, habitual en las tardes del comedor, se confundían. A veces, Margarita G. Buded paraba a enhebrar la aguja o disminuía el ritmo del pedal para rematar las bolsas de tela. Después los rellenaba con garbanzos, alubias o granos de café y los cerraba con un cordón, listos para completar cajas de muestras: un saquito de cada legumbre, cuatro para los diferentes tipos de café. Contaba veinte bolsitas de tela por caja y suspiraba. Él ayuda a su madre en el delicado trabajo de rellenar sacos de muestra, que después Pinilla Soldevilla lleva a Trueba y Pardo para enviar a los clientes; Poteto, nunca. No sabe. Es capaz de confundir café de Brasil con torrefacto.

Ayer, su madre no le pidió ayuda y pudo escribir durante horas. Un capitán joven llegaba a puerto en un vapor como los barcos de la escuadra que vieron al visitar el puerto de Bilbao. El joven marino dijo al bajar por la escala: «Abrid camino». Poteto cogió a traición la hoja que él dejó sobre la mesa y la leyó en alto riéndose. Hoy, el mejor amigo de su hermano ha dicho en el patio al verlo pasar: «Abrid camino», exagerando el gesto con los brazos. Todos se han reído.

En el colegio hay un fraile al que llaman «el boxeador» por su nariz grande y torcida. Da clase de Lectura, Declamación y Lengua. Se llama don Ignacio, pero, como todos los frailes, tiene un mote. El boxeador le pone buenas notas. Cuando hacen redacciones, le pide que lea la suya. A Ispizua, que sale en el cuadro de honor, le dijo un día: «Fíjate en cómo escribe Ramiro». Él había escrito sobre la playa. Desde que Poteto ha empezado a ir al colegio de mayores, el Santiago Apóstol, las mejores notas en Aritmética y Geometría las trae su hermano. A Ramiro todos los veranos le quedan pendientes las Matemáticas. Vuelve una semana antes a Bilbao a examinarse y se tiene que quedar a estudiar las mañanas de setiembre para preparar el examen. Ve a los demás alejarse por el camino soleado que va a la playa. Una sombra se proyecta sobre el

libro desde el ventanuco. Mira sin entender los problemas de matemáticas, no comprende qué hace allí. Todos los años, en setiembre, aprueba. Se pregunta qué habría pasado si el boxeador le hubiera dado Matemáticas. No está seguro de si le gusta leer por el boxeador o ya le gustaba antes.

Cuando era muy pequeño, iba a otro colegio, El Pilar. Algunos lloraban al separarse de sus madres, él no. En las sillas pintadas de colores vivos, pequeñas como ellos, todos llevaban baberos con una gran letra bordada, cada niño una diferente. Se movían para formar palabras con las letras. Una niña llamada Aurita llevaba la «A». Un día comprendió el significado de aquel juego al formar la palabra «risa» y no pudo parar de reír. Fue un descubrimiento mágico: miraba las cuatro letras de los baberos, miraba la cara de los niños que los llevaban; él era el primero: R, Aurita, la última: A. Risa... Jamás hablaría de aquel juego de baberos y letras hasta muchos años después, cuando ya era escritor; una muchacha que lo miraba como si fuera un dios exclamó: «¡Tus ojos están llenos de letritas!», y regresó el recuerdo de cuando era párvulo. Salían de un círculo que rodeaba las sillas de colores y se colocaban en orden para formar sílabas, palabras. Entraban al aula por una puerta de arco; bajaban unas escaleras de piedra hasta el semisótano. Por las ventanas con rejas del aula que daban a la calle, se colaban ráfagas de luz amarilla. Allí arriba veían pasar piernas y zapatos de gente mayor hacia un lado y otro, como si no tuvieran cabeza ni cuerpo. Abajo estaba él; arriba, el mundo misterioso de piernas cortadas. Entonces, R ya era la inicial de su nombre en el babero.

Años después, en la máquina de escribir de su padre, pulsaba las teclas para formar palabras. El boletín semanal que les entregaban los sábados debía volver firmado los lunes. Tenía sobresalientes y notables, era el séptimo de cuarenta y cuatro alumnos, rara vez bajaba del décimo. Pero en el colegio Santiago Apóstol las cosas eran muy distintas. Se sonrojaba, no podía evitar su timidez. Cuando formaban equipos de fútbol en el patio, los capitanes nunca lo elegían. Su padre los llevaba a San Mamés a él y a Poteto; los había hecho socios desde muy niños. Por alguna razón, en el recreo no contaban con él. Su deseo de formar parte de

algún grupo le hacía sufrir. Una tarde, un muchacho dejó de hablar cuando se acercó. Al día siguiente se repitió la misma escena. No volvió a intentarlo.

En invierno, los domingos por la mañana, antes de ir al fútbol con su padre y su hermano, se acostumbró a hacer una excursión solitaria a las afueras de la ciudad. Tomaba el camino del Pagasarri por Rekalde y se detenía en la fuente de Iturrigorri. Le gustaba el olor de la fuente de hierro, bebía a morro, como los animales en el abrevadero. El camino lo trasladaba a los veranos de Getxo. Le parecía que la naturaleza, con su sencillez misteriosa, lo acogía. Llevaba una lata de sardinas o un bocadillo de tortilla envuelto en papel de estraza que le preparaba su madre. Comía el bocadillo, leía un rato, pensaba. Cada domingo se alejaba un poco más. Una mañana, se tumbó junto a un bosquecillo a descansar y leer. Después cerró el libro, solo quería pensar un poco. Sobre la hierba impregnada de rocío, trataba de entender por qué la gente se alejaba de él. Su mente no paraba de pensar, los pensamientos iban y venían. Esperaba poder hacer algo para salvar la barrera que lo separaba de los otros. Sentía un gran deseo de entrar en la vida. Mantuvo una larga conversación consigo mismo imaginando escenas, rehaciendo recuerdos: era un gran jugador de fútbol; en el patio todos le pasaban la pelota; revivió una clase en la que se había quedado mudo: la timidez que lo paralizó cuando le sacaron a la pizarra se había desvanecido. Sentía la urgencia de que hubieran pasado los años para saber de su futuro. Todo su ser anhelaba.

Mirando al cielo allí arriba, casi logró definir sus deseos. Su respiración se ensanchaba en aquella intimidad con la naturaleza. Sobre su cabeza, las nubes se deslizaban veloces hasta que, de repente, el cielo quedó despejado. Tumbado en la hierba, una música misteriosa e insondable empezó a sonar en su cabeza, como si dentro de él hubiera un instrumento; tal vez él mismo era el instrumento. Tenía algo que los demás no poseían. Iba a ser músico, sus melodías sonarían en películas de astros del cine. Asustado ante sus propias emociones, deseó atrapar aquella línea nítida hacia lo desconocido. Sin llegar a la cumbre, recorrió

deprisa el camino de regreso a la ciudad extenuado por el apremio de empezar algo. Quería buscar aquella música en la radio, escuchar discos en el gramófono.

Al llegar a la calle Gordóniz, vio a su madre asomada a la galería, como si lo esperara. Le pareció una mujer mucho más joven. Apoyaba sus brazos sobre las jardineras de geranios rojos. La imagen luminosa que surgía entre las flores se fundió con el fulgor de su mente. Por la tarde, al volver del fútbol con su padre y su hermano, el Athletic había perdido ante el Madrid dos a cero. No sabía cómo recuperar la sensación de la mañana.

El domingo siguiente subió al monte y se detuvo en el mismo lugar, pero la sensación se había evaporado. La música no volvió. Empezó a subir al Pagasarri con dos libros para no quedarse sin lectura. Después vagaba sin rumbo, observaba un arroyuelo. Un domingo metió dos *zapaburus* en un frasco. Los mantuvo en un bote de cristal una semana para ver cómo se transformaban en ranas. Por fin asomaron sus patitas diminutas y empezó a intuir el color verde brillante en aquella piel aún parda. Su madre estaba barriendo cuando él abrió el bote para meter lechuga y una ranita medio formada saltó. Fue a caer al montón de polvo que Margarita G. Buded arrinconó junto a la chimenea. Rápido, la metió bajo el grifo, pero ya se había asfixiado. Al día siguiente liberó al otro renacuajo en la fuente de Iturrigorri. No podía dejar de pensar en aquel cuerpo inerte mientras transcurría su largo aprendizaje solitario entre partidos del Athletic, ensoñaciones y libros.

El inicio del curso escolar en segundo de bachiller, a los doce años, trajo un cambio inesperado. Llegó al colegio un alumno nuevo; venía de Gerona y se llamaba Luis María Fité. Apareció tres semanas después, un lunes, porque a su padre, ingeniero, lo habían trasladado inesperadamente. De no ser así, también habría llamado la atención; el inmenso privilegio de la belleza pegado a su piel enmarcaba unos ojos verdes de mirada esquiva. Exhibía cierta extrañeza o la necesidad de alejarse; en él había esa distancia. Su cuerpo atlético, propicio para los deportes, no parecía dispuesto a esforzarse. Apenas jugaba. Por fin le tocó hacer de capitán y eligió a Ramiro para defensa del equipo de fútbol. Al principio no le

pasaban la pelota, luego ganaron el partido y, aunque no metió ningún gol, todos celebraron el triunfo abrazándolo.

La belleza de Fité afectaba incluso a los profesores... No tenía un lugar fijo en clase, pero el boxeador lo mandaba sentarse a su lado, en el pupitre que otras veces ocupaba Ispizua. Cuando se acercaba la primavera, un domingo, fueron juntos al monte. No hablaron, caminaron y compartieron el bocadillo que Margarita G. Buded había preparado para su hijo sentados junto al bosquecillo de eucaliptos. Eso fue todo. Al bajar, cada uno se fue a su casa.

Aquel lunes, en el colegio, sintió que la presencia de su amigo lo tranquilizaba como a un perro que ha encontrado a su amo. El partido de fútbol había transformado su situación en el patio, lo miraban de otra manera; aunque a Fité no le interesaban el Athletic ni los deportes. Tampoco la gente, apenas hablaba. Una tarde, se formó un pequeño círculo a su alrededor en el patio. Él se acercó para ver de qué hablaba. Todos le prestaban atención mientras explicaba quién era Lord Byron. Fité era inteligente, eso lo hacía extraordinario; sabía relacionarse con los demás. El resultado de ser su amigo le hizo olvidar a ratos su timidez desalentadora.

Un libro que habían leído los dos los unió, *Las aventuras de Huckleberry Finn,* sobre la huida de Huck y el esclavo llamado Jim por el Mississippi. Los domingos por la mañana cuando no podía subir al Pagasarri porque llovía, leía en un atril de madera en la cama. Leía y comía cacahuetes. Así leyó *La isla del tesoro,* descubrió a Mark Twain y a Dickens. Su padre tenía negocios con el dueño de una librería de la Plaza Nueva, y cuando Poteto y él lo acompañaban, les dejaba elegir un tebeo. Los sábados, al llegar a casa, a veces le traía un libro. Los libros empezaron a ocupar un lugar importante en su vida. Si el Athletic perdía, siempre estaban allí. Reñía con Poteto para que no los estropeara ni rompiera los tebeos.

Un día se atrevió a decirle a Fité que escribía cuentos. Su amigo se asombró. Aquella tarde, todos los alumnos de segundo de bachiller fueron a la Pérgola, iban a tomarles una fotografía para la Memoria del colegio, como todos los años. Él estaba avergonzado,

le hubiera gustado llevar zapatos, pero llevaba botas. La elegancia del vestuario de Fité le hacía mirar con desazón su propia ropa, sobre todo las botas. Luis María Fité tenía tres pares de zapatos: marrones oscuros, marrones claros y, cuando hacía bueno como aquel día, llevaba zapatillas de lona. Meses atrás se enteró de que vivía en un chalé de la recién inaugurada Ciudad Jardín. El padre de Ispizua, arquitecto municipal, había trabajado en aquel proyecto y el mejor chalé lo habían alquilado los padres de Fité.

El día de la foto, hasta los Campillo, unos niños sin padres que crecían como plantas abandonadas a cargo de sus abuelos, llevaban los zapatos impolutos. Pero él tenía que llevar botas desde el invierno que nevó. Fité, al ver las botas de su amigo, señaló el contraste del calzado de los dos y rio con indiferencia. En la foto de la Memoria escolar, los pies de Fité y su calzado de lona están ocultos. Solo las botas de Ramiro asoman incongruentes en el extremo de la fotografía.

El 13 de mayo, día en que la Virgen bajó de los cielos a Cova de Iría como decía la canción, Fité dejó de ir a clase. No fue ese día ni ningún otro. La madre de Dios descubrió el secreto de su corazón a tres pastorcitos en Fátima: «Haced penitencia, haced oración: Ave, ave, ave María». Todos rezaban el rosario con fervor, era el mes dedicado a la Virgen y, aunque él ya no creía en esas cosas, le gustaba la belleza ligera de la escultura de túnica azul que en mayo alegraba la capilla con lirios de agua.

Al salir del rosario, cuando miraba aquella Virgen, alguien dijo que Fité se había suicidado. El rumor se propagó y ensombreció el fervor mariano que enaltecía las aulas. El mismo panadero que traía hogazas a la comunidad de frailes repartía pan en la Ciudad Jardín con la furgoneta. Lo que había contado parecía imposible.

Al día siguiente, el boxeador dijo que Luis María Fité y su familia se habían marchado como llegaron, inesperadamente. Los rumores no tenían sentido. Pero pocos días después se supo la verdad: Fité se había escapado de madrugada, probablemente para tirarse a la Ría. Otros decían que se había caído. Tardaron en descubrir su cuerpo. La ventana del chalé de la Ciudad Jardín

quedaba a pocos metros del suelo. Al día siguiente, la cama estaba vacía; la ventana, abierta. Poco más se supo, nadie quedó en el chalé una semana después de aquel 13 de mayo. El ingeniero y su mujer habían abandonado la ciudad, como dijo el boxeador, pero lo habían hecho sin su hijo.

¿Por qué se había matado su amigo? Él no lo sabía, pero su muerte hizo que otros niños lo miraran con respeto, como si algo del extraño comportamiento de Fité estuviera a su alcance. Semanas después se rumoreó que no era su primer intento de suicidio, lo había intentado antes. ¿Sería cierto? Nunca lo supieron.

Aquel amigo de presencia efímera lo había cambiado todo. Pasaron los meses y nada volvió a ser igual. Ni siquiera el verano. Fité se había llevado el final de la infancia: los cromos, los *iturris,* parecían ahora mucho más lejanos, y el fútbol, asombrosamente, había dejado de ser lo más importante. Al día siguiente de la foto en la Pérgola, le dejó a Fité un cuento que nunca recuperó sobre dos amigos. Por las noches se preguntaba dónde estaría ahora el hermoso cuerpo de su amigo. Sin él, volvió el desamparo como una sombra.

4

Guerra

A sus doce años tenía un concepto cinematográfico y lejano de la guerra: era algo que siempre sucedía a otros, muy lejos, en la China, en América. Pero aquel sábado, la radio sembró la inquietud en el caserío y el abuelo Evaristo Pinilla, republicano convencido, aventuró que peligraba la estabilidad de la República. Por primera vez escuchó de su boca: «Va a estallar la guerra».

La víspera, unos militares se habían sublevado en Melilla. Las noticias de la radio fueron desalentadoras. El abuelo leía *El Liberal* en el porche. Una colilla le colgaba en la comisura de los labios mientras encendía el siguiente cigarro. Su bigote, amarilleado por el tabaco, parecía un cepillo que le barría la boca de un lado a otro.

—En la Concordia, en Bilbao, ya tendrán el periódico —protestó echando a un lado el papel con brío y ajustándose los prismáticos para mirar la mar.

El Liberal llegaba a Getxo con un día de retraso y el abuelo se quejaba. Guardaba los periódicos de todo el verano ordenados por fechas. En el comedor donde nadie comía alisaba el papel sobre la mesa y cuadraba las páginas antes de dejar el periódico alineado sobre el de la víspera en el mueble trinchante. Su lectura era un ritual que le ocupaba largas horas antes de echar una cabezada, pero esa tarde parecía poco predispuesto a la siesta.

Jesusa mormojeó: «Guerras y guerros ya harán..., pero los pobres, siempre pobres». Apareció en el porche con mantilla negra sujeta con un alfiler, el libro de misa entre las manos y los zapatos de domingo, preparada para el rosario de los Trinitarios desde horas antes. Sus pasos, habituados a las sigilosas abarcas y

alpargatas, ahora prietos en el calzado de domingo, resonaban sobre las piedras del portalón. La aldeana, acostumbrada a hablar con los suyos en aquel hermoso idioma que los separaba de los veraneantes, regañaba a Juanito y su tono airado enturbiaba la música del euskera. Su amigo, ajeno a la noticia de la guerra, engrasaba la escopeta embebido en un ritual que precedía a la caza.

El abuelo Evaristo oteaba el horizonte. Era de Calahorra y vivía en Madrid; pero en Getxo no se descolgaba los prismáticos del cuello. Suspiró observando la mar:

—Parece un barco de la Armada.

Jesusa, comprendiendo que era pronto para salir al rosario, se sentó en el portalón y dijo, mirando al abuelo Evaristo:

—¿Militares?, mejor si se pondrían todos a trabajar.

Al atardecer, entre las viejas paredes recién encaladas, los aldeanos volvían de la huerta y soltaban azadas y guadañas en el portalón antes de sentarse en el banco de piedra adosado a la rugosa pared.

Los hombres de Arrune descansaban. Si hablaban, sus frases eran sentenciosas: «La gente que estudia ya no quiere coger la azada», decía el patriarca ajustándose la boina con sus manazas y secándose con el pañuelo de cuadros el sudor del cuello. «No, la gente de estudios no quiere azada», repetía la aldeana en una doble síntesis. El abuelo aldeano hablaba con reverencia de hacer surcos siguiendo la línea del horizonte, recordaba cuándo se debía sembrar según la luna, cómo utilizar las layas seculares... Al anochecer, Juanito llevó los aperos a la cuadra. Ramiro lo siguió y su amigo le descubrió una camada de conejos silvestres. Había muchos lugares secretos repartidos en la sagrada tierra de Arrune. El abuelo y Juanito los conocían todos.

Aquel domingo de julio del treinta y seis ya era oficial: los militares se habían sublevado contra la República. Las noticias llegaron del púlpito. A veces, llegaban de la radio; otras, directamente del cura. Había estallado la guerra. Las campanas sonaron a duelo, el repiqueteo alegre de los domingos se había esfumado. Al volver de misa, las chicas dijeron que don Eulogio

había hablado de más: un principal de Neguri se había marchado en mitad del sermón. Aunque hacía bueno, la familia prefirió refugiarse en el interior y no cenaron en el porche. Las sombras largas del atardecer llenaban la cocina de melancolía y, al encender la luz, solo cambiaron de sitio. Cenaron en silencio una tortilla de patatas quemada en los bordes.

A punto de acostarse, cuando era noche oscura, Juanito fue a la cuadra, Ramiro lo siguió a esa hora inusual. El hermano mayor ayudaba a la vaca a parir. El veterinario no había podido asistirla y los dos hermanos tiraban con fuerza de las patas. Cuando por fin salió, la *txahala* resbalaba impregnada en un líquido viscoso, apenas se sostenía de pie. La vaca lamía a la vacilante cría. La llamaron *Cordera* porque era blanca con manchas café con leche.

Fue la primera vez que él vio nacer un animal. El hermano mayor de Juanito, que aparecía en Arrune los domingos a comer y echar la siesta bajo una higuera, le dijo guiñando un ojo: «Ahora ya sabes cómo nacen los niños». Y por primera vez tuvo la seguridad de que aquella *txahala* resbaladiza, las miradas prohibidas a los senos de las chicas y su deseo de dormir con María Luisa tenían que ver con los secretos escondidos detrás de las puertas cerradas. Es su primer recuerdo nítido de la guerra.

Cada mañana, iba a por el periódico para el abuelo a Cuatro Caminos, al subir la cuesta de Arrune, en un portal, un ciego asomado a una ventana vendía el periódico para los veraneantes. Pero los jueves iba a la tienda de las hermanas Learra junto a la Cadena. Aquel comercio largo y estrecho ofertaba más surtido de prensa y recibían *El Aventurero,* el tebeo que coleccionaba. Iba por el número setenta y cinco, costaba quince céntimos. El tercer jueves de julio del treinta y seis, apretaba sus monedas en la mano, expectante ante las aventuras de Flash Gordon, sus preferidas. *«El Aventurero* no ha llegado porque hay guerra», dijo una de las hermanas Learra. Fue la primera noticia de la guerra que le afectó personalmente.

El 15 de agosto de madrugada, una espesa niebla envolvía Arrigunaga. A las cinco y media de la mañana retumbó el estampido de unos cañonazos tremendos sobre el dormido Getxo.

Todos despertaron alarmados. Parecía que el mar explotaba. Dos buques franquistas, un acorazado y el crucero *Almirante Cervera,* bombardeaban los depósitos de la Campsa frente a la playa de Arrigunaga, al pie del monte Serantes. De los depósitos de combustible, al otro lado del Abra, se elevaban enormes nubarrones negros mientras el destructor *Velasco* vigilaba oculto en la niebla. Asustada, la gente huyó corriendo de sus casas. Poteto y él salieron en pijama a la campa con sus padres. También aparecieron Juanito y las chicas de Arrune. María Luisa se protegía el pecho con los brazos cruzados temblando de miedo. A la luz de un poste cercano, sus senos despuntaban bajo el camisón blanco. En medio de la inquietud de la guerra, aquella visión le produjo un delirio de sensaciones. Su madre lo acercó tirándole del brazo. Allí estaban todos excepto Jesusa. El aldeano volvió sobre sus pasos. Pronto aparecieron los dos con la vaca y la *txahala* cogidas del ronzal. Jesusa había ido a la cuadra a buscarlas. Las madres corrían con sus niños en brazos, la aldeana tiraba de la *txahala* cuesta arriba. La cerrada niebla había impedido que los barcos enemigos fueran avistados por la batería de Punta Galea, donde dos cañones Vickers no volverían a encontrar mejor ocasión de ser usados en toda la guerra.

Tras el bombardeo de la Campsa, la familia adelantó la vuelta a Bilbao por seguridad. En el porche, al volver de misa, el domingo se hablaba de no acabar agosto en Getxo y menos setiembre, cuando Pinilla Soldevilla cogía quince días de vacaciones para pescar. Decían que la sublevación duraría poco: en setiembre todo estaría arreglado. «Las guerras se sabe cuándo empiezan, pero no cuándo acaban», sentenció el abuelo Evaristo Pinilla. Él no regresaría a Madrid con la tía Elisa ni a Bilbao con ellos, sino a Calahorra, donde aún tenía familia.

En Bilbao, las sirenas sonaban a todas horas. Las tropas de Franco bombardeaban la capital con aviones alemanes y había que correr a refugiarse en zona segura. Margarita G. Buded se preguntaba si no se habrían precipitado al abandonar Getxo. Ahora, la noticia era que allí no llegaban las bombas. El 11 de setiembre, los militares rebeldes bombardearon Bilbao con sus

trimotores alemanes y se contaron trescientos muertos. Cuando tocó la sirena, a las nueve de la mañana, estaban desayunando. Corrieron al primer piso del edificio más moderno del barrio, el único de cemento frente a la casa de la calle Gordóniz. Los vecinos agolpados en aquella vivienda confiaban en que las bombas no atravesaran las seis plantas de hormigón del edificio. Para mayor seguridad, las mujeres bajaron las persianas. Margarita G. Buded abrazó a sus hijos, uno a cada lado. Cuando todo acabó, un polvo gris oscurecía el aire. En la cercana calle Autonomía una bomba había alcanzado un edificio.

Aquel bombardeo fue definitivo. El verano truncado por el inicio de la guerra se iba a convertir, inesperadamente, en unas vacaciones más largas. Por primera vez pasarían el invierno en Getxo; no irían al colegio Santiago Apóstol. La noticia llenó de alegría a los pequeños, que por fin podrían comprobar qué sucedía en Getxo en invierno cuando ellos no estaban. La guerra lo ensombrecía todo y la alegría se moderó, pero Arrune conservaba su propio ritmo lento y la paz que envolvía huertas, prados e higueras, protegía también a sus habitantes.

El caserío no estaba preparado para cobijar a los veraneantes en invierno, y sus padres, escasos de dinero, decidieron alquilar un alojamiento más económico en un edificio de pisos de la calle Abasotas, subiendo hacia Cuatro Caminos; Ramiro lo sintió como un destierro. Pocos meses después, Getxo se fue despoblando de hombres jóvenes y Juanito, siete años mayor que Ramiro, tuvo que alistarse. Con su pesimismo habitual, el día de su partida movía la cabeza en la banqueta de su rincón diciendo: «De esta no vamos a quedar ni uno».

Por alguna razón que se le escapaba, aquel largo verano quedaría marcado por recuerdos ajenos a la guerra, como el nacimiento de la *txahala*.

A comienzos del otoño del treinta y seis, mató un pájaro con el tiragomas, jamás lo olvidaría. Es su segundo recuerdo nítido de la guerra. Ahora ya sabía de qué estaba hecho: él nunca podría cazar. Juanito le había enseñado a tirar desde los maizales con un tirachinas que hizo con una rama en forma de horquilla unida a

una gruesa goma. «Se apunta así. Cierras un ojo, miras el vuelo y tiras un poco más adelante, adivinando por dónde va a pasar.» Al principio no atinaba, hasta que de una bandada cayó uno. Corrió a recogerlo. El *txio* se debatía entre la vida y la muerte. Los últimos aleteos de aquel ser maravilloso y frágil temblaron en su mano. Acercó los labios a la cabeza diminuta de ojos mínimos con vetas verdes y doradas en las plumas. De repente, el cielo, tan luminoso, parecía otro sin aquel pájaro que hacía unos instantes formaba parte de él.

Su hermano lo observaba sin entender qué hacía allí parado. Movió un brazo en el aire como si borrase algo. Oculto entre las hileras de maíz, él secó con su pañuelo la sangre de aquella herida que había provocado y no dejó de mirar al *txiotxu* hasta que exhaló su último aliento. Entonces le invadió una inmensa rabia. Al correr a buscar su pieza, se había arañado las piernas y solo ahora veía que él también sangraba. Oyó que lo llamaban desde el porche para comer. Con el pajarillo entre las manos, se escondió en la cabaña construida por Juanito a cielo abierto con paredes de caña. La cuidaban luchando contra el cañaveral que no paraba de crecer. Tapaban los huecos, cortaban las cañas que se metían en el interior y aplastaban las púas para conservar la alfombra de hierba. Desde aquel refugio que la brisa agitaba con ímpetu podía ver el inmenso cielo. Las cañas crecían llenas de brío donde el arroyo había formado una vaguada. La voz lejana de su madre repetía su nombre a lo lejos: «¡Ramirín! ¡Ramirín!». Ni se le pasó por la cabeza contestar.

Cuando estuvo seguro de que el *txiotxu* no respiraba, hizo un lecho con ramas y cavó un hoyo. El sol semioculto entre las cañas se descomponía en fragmentos de plata. Se tumbó en el refugio secreto de Arrune, aquella choza que solo los privilegiados iniciados por Juanito conocían, con el pequeño cadáver a su lado. Un gran cernícalo parecía observarlo posado en la caña más alta. Se resistía a abandonar a aquel ser cuyo fin le pertenecía solo a él. Sacó el tiragomas del bolsillo y lo arrojó al riachuelo. Cuando apareció en la cocina, la familia había acabado de comer. Su madre lo esperaba con un plato en la mesa.

Cierto atardecer, él y María Luisa subieron a los altos de la playa de Arrigunaga. El pueblo había bautizado aquel promontorio como «Monte Alicante», porque allí daba el sol hasta última hora de la tarde. Subieron el camino que conducía al palacete de Guimón y se sentaron en un banco de madera que el ayuntamiento acababa de colocar, algo que los nativos debían agradecer a los veraneantes. Antes de sentarse, María Luisa le dijo: «Tú también escribirás libros cuando seas mayor». Él apoyó sobre el banco *Los papeles póstumos del Club Pickwick,* el libro que no podía dejar de leer. Le llenó de asombro que ella supiera que deseaba escribir. Tal vez su madre se lo había contado.

Cuando se sentaron, se quedó mirando al suelo. Las alpargatas de María Luisa se ataban con cintas blancas alrededor de las piernas desnudas y fueron aproximándose a las suyas mientras hablaba. Veía sus tobillos finos cada vez más cerca. Al fin rozaron los suyos un instante. Era la hora del crepúsculo, cuando hasta el paisaje adquiría más importancia. Desde allí observaba cómo el mar besaba la arena con olitas muertas, leves como ondulaciones de una piedra lanzada a un estanque. No quedaba gente en la playa; el sol, que aún acariciaba el Monte Alicante, había dejado de iluminar Arrigunaga. La subida de la marea no traía olas, sino la impresión de que la espuma se hacía más densa en la orilla. Apenas había ruido, solo se oía la voz susurrante de María Luisa. Por el camino que unía la campa del caserío con el Monte Alicante, una pareja de novios subía cogida de la mano.

Jamás ha conseguido recordar de qué le habló María Luisa aquel atardecer, pero lo ha intentado toda su vida. Aquella conversación, como una promesa incumplida de verano, quedó en el aire y vuelve una y otra vez a su mente cuando pasea por La Galea. Es la tercera imagen que conserva de la guerra para siempre: la luz última del atardecer iluminando unas cintas de seda escalando las piernas doradas de María Luisa mientras susurraba

no sabe qué. El recuerdo de sus trece años.

5

Perdedores

Sonaba la sirena varias veces al día. Mujeres, ancianos y niños corrían hacia el Malacate, una caseta de piedra por la que se accedía al gran colector de aguas residuales de Bilbao que desembocaba en La Galea. Una escalera de caracol interminable daba a un túnel subterráneo donde era imposible que llegaran las bombas. Alguien gritaba desde lo alto: «Que ya han pasado», y volvían a subir antes de haber llegado abajo. Al principio aquel juego de subir y bajar les divertía; pero, cuando las penurias de la guerra fueron invadiendo las cocinas de Getxo, un dolor sordo empezó a borrar la sonrisa de los niños ante aquella inútil gimnasia.

Cierta mañana desoladora, Margarita G. Buded caminaba hacia el caserío con sus hijos desde el piso de la calle Abasotas: charlaría en el portalón de Arrune con Jesusa mientras los niños bajaban a la playa. De repente, vieron aparecer a lo lejos un Stuka como un pájaro siniestro. Todos sabían que los trimotores alemanes sobrevolaban Algorta de paso hacia Bilbao sin detenerse. Pero aquella mañana escucharon la sirena y echaron a correr buscando refugio en las grutas de la playa próximas a la peña del Palo. Demasiado tarde. Oían a su espalda el ruido de un motor cada vez más cercano. Era un caza de los que protegían a los trimotores. Al avistarlos, quiso probar puntería en aquella localidad rural y disparó una ráfaga de ametralladora. Fue cosa de segundos, apenas les dio tiempo a sentir miedo. Se tumbaron en la arena junto a dos soldados. El avión cruzó sobre sus cabezas acompañado de un ra-ta-ta-tá de película. Las balas no los alcanzaron, pero pasaron tan cerca que quedaron incrustadas para

siempre en una gran peña de la playa de Arrigunaga. En su avance incontenible, la rebelión militar había llegado a Getxo.

Antes de finalizar el conflicto, la familia sabía que estaba en el bando equivocado. El abuelo Evaristo había tenido que esconderse. Se decía que los cadáveres de los republicanos desaparecían bajo las cunetas. Ni siquiera los enterraban. Había familias enteras que atravesaban la geografía huyendo de la guerra hasta que la guerra los encontraba también allí. Una chica de quince años llamada Flora se fue al pueblo de sus abuelos castellanos con sus padres y hermanos. Meses después regresaron todos menos ella: había muerto de tifus. La tristeza devastadora iba minando cada recuerdo feliz de la exultante sociedad anterior a la guerra.

Una mañana de junio del treinta y siete, descubrieron acampados en la explanada del barrio del Castillo, sobre la playa, a los italianos de Franco. Dos batallones de Flechas Negras ocuparon Algorta inesperadamente, sin ruido, como en un paseo nocturno. Aquel día, los chavales de Getxo desayunaron macarrones con ellos y, lo que parecía más difícil, se entendieron con los italianos. Los soldados les daban platos de aluminio llenos hasta los bordes mientras entonaban dulces canciones y fragmentos de ópera. Reconoció una canción de Verdi que su padre guardaba entre los discos de Gardel. Observaba a distancia cómo llenaban el plato de Pepín, el hijo de los guardeses del edificio del Cable inglés, muy cercano al caserío Arrune. Allí se custodiaba el enorme cable submarino de quinientas millas que conectaba Bilbao con Londres y las principales estaciones radiotelegrafistas del mundo. Pepín se había acercado embelesado por la música. Seguía las canciones extranjeras con ritmo de tribu africana: golpeaba con un palo tres latas atadas alrededor de su cintura y engullía macarrones. Producía un sonido exasperante que solo a él complacía. Al empezar a comer, ladeó su cabezota, apartando la ristra de latas mientras se relamía. Llamó a Ramiro entusiasmado. ¿Quiénes eran aquellos hombres vestidos de exploradores africanos? ¿Qué hacían allí? Desconcertado, se atrevió a acercarse a Pepín con Poteto y otros chicos. Todos desayunaron macarrones con los italianos. El

pueblo empezó a llamarlos *Macarroni*. No parecían soldados.

Al día siguiente, un teniente con gafas doradas se presentó en Arrune y, moviendo un billete en la mano, señalaba las gallinas: quería comprar huevos. Nadie diría que era un enemigo. Habló con María Luisa y, desde entonces, se acercaba al porche y aprendía alguna palabra en castellano. En Getxo faltaban hombres y las muchachas más osadas se atrevían a coquetear con los italianos. Un atardecer, mirándolos extender ropa en los arbustos, María Luisa dijo suspirando: «¡Son tan jóvenes!».

Para los nacionalistas y republicanos, la guerra estaba perdida desde junio del treinta y siete. Una tarde oyó a un gudari decir: «No seguiremos defendiendo una República que no tiene aviones». Los franquistas recibían ayuda de italianos y alemanes. La Legión Cóndor no tenía rival en el aire y la República padecía una política no intervencionista de las democracias occidentales, incapaces de ayudar al Gobierno legítimo. Los vizcaínos tenían un avión que cruzaba el cielo en solitario a velocidad de tren de mercancías. Decían que el piloto se alegraba al ver las escuadrillas alemanas, porque tenía un pretexto para moverlo de sitio. Apenas podía volar, lo llamaban *El abuelo*. Y en el puerto de Santurtzi, al destructor *José Luis Díez* lo conocían como *Pepe el del Muelle,* el buque no se había movido de allí en toda la guerra. La desproporción de fuerzas era sonrojante.

Después de tres meses de sitio, el 19 de junio de 1937, Bilbao —que se mantenía republicana como capital oficial de la región autónoma del norte establecida por la Segunda República— había caído, «liberada» a manos de los nacionales. Muchos bilbaínos habían huido a Francia. Y cuando la disputada ciudad se dio por perdida, la mayor parte de la población fue evacuada camino de Santander. La aviación que había mostrado al mundo su papel en la Guerra de España al arruinar Gernika seguía dominando el espacio aéreo y, con todas las provincias vascas en manos de Franco, la represalia no se hizo esperar. Al llegar los falangistas irrumpió una organización juvenil que Poteto y él envidiaban: muchachos uniformados recibían instrucción desfilando marcialmente con fusiles de madera. Ellos también querían

apuntarse a los Flechas y Pelayos, pero Margarita G. Buded dijo: «¡Son enemigos de la República!», y tuvieron que conformarse con mirarlos desde la distancia.

Cuando parecía que lo peor había pasado, Pinilla Soldevilla oyó a un veraneante que se comportaba como tal a pesar de la guerra, el ricachón Nicasio, decir: «Vendrán meses de grandes oportunidades y Bilbao saldrá fortalecida». Aquella tarde acarició la idea de dejarse arrastrar por la gran noticia de la prosperidad que siempre estaba esperando, y decidió que, con el final del verano, la familia emprendería el traslado a Bilbao como antes de la guerra. La tarde de setiembre de 1937 que se marchaban vio desde la camioneta al teniente de las gafitas pasear con María Luisa.

Al reanudar los estudios donde los habían dejado antes de la guerra, le tocó de tutor el fraile que había alabado sus redacciones. El colegio Santiago Apóstol, incautado el primero de agosto del treinta y seis por el Frente Popular para destinarlo a Hospital, volvía a impartir clases un año después. Los frailes abrazaron con entusiasmo el nuevo orden instaurado con la «liberación» de Bilbao. Impartían una educación acaudillada, el catecismo decía: «Franco, el hombre providencial puesto por Dios para salvar a España».

Los hermanos habían disfrutado aquel largo curso de la guerra en Getxo sin clases; Ramiro había leído mucho. De nuevo, en el colegio, no tenía amigos, imaginar historias aliviaba su soledad. Al escribir sentía que poseía algo tan suyo que ni la guerra le había podido quitar. En el cuaderno de lectura resumía obras de teatro de Calderón, Shakespeare y Tirso de Molina, y el boxeador escribía elogiosas notas en los márgenes: «Excelente», «Escribes muy bien». Una mañana anotó: «Cultiva este don», y le rodeó el cuello al devolverle el cuaderno. Con un movimiento aprobatorio dijo: «Si sigues así, serás escritor». Sus ojos anhelantes releyeron la

historia del bondadoso Próspero en su resumen:

> Muy aficionado a los estudios, dejó el gobierno en manos de su hermano Antonio. Pero este se sublevó destronando al verdadero rey, dejándoles en una isla solitaria en la cual Próspero se hizo mago con su mucha sabiduría.

Resumía argumentos, desgranaba en el cuaderno de tapa verde tramas de *El vergonzoso en Palacio, La fierecilla domada, El mercader de Venecia, El alcalde de Zalamea, La vida es sueño, Fausto...,* que formaban parte del programa de estudios del colegio.

Al salir de clase, mientras esperaban en el patio que alguien los eligiera para jugar al fútbol, Ispizua preguntó:

—Pero ¿tú quieres ser escritor?

—No sé —dijo él, tímido.

Al ordenar la realidad en su cuaderno, huía de los días cansados de Geometría y Aritmética. En aquel curso 1938-1939, los obligaron a titular la primera página «Año de la Victoria». En la portada de la Memoria escolar número siete, el dibujo de un gran yugo con flechas y la bandera rojigualda junto a un colegial brazo en alto arrinconaba la silueta del colegio Santiago Apóstol, enmascarada entre símbolos patrióticos. Aquel volumen decía:

> El curso que acaba de terminar lo habéis vivido acuciados por los ecos de los triunfos de los soldados a lo largo y ancho de los caminos españoles. Ha sido un año de excepción en el que ha brillado con resplandor de gloriosa inmortalidad el sol de la Victoria.

«El sol de la Victoria», aquel lenguaje pomposo contrastaba con las palabras transparentes de Charles Dickens que habían empezado a cautivarlo. Admiraba cómo contaba historias llenas de humor. Su manera de indagar en el interior de los seres humanos le producía un asombro infinito, y con la miseria de la posguerra reconocía los ambientes que retrataba.

A mediados de curso, el boxeador leyó en clase de Literatura escritos de antiguos alumnos de cuarto de bachiller publicados en la Memoria de años atrás junto a fotos del Cuadro Artístico del colegio.

Una circular firmada por el hermano Prefecto decía:

> Con el fin de iniciar a los alumnos en el difícil arte de expresar con cierta corrección y holgura sus ideas, se han establecido en las aulas de Lengua y Literatura certámenes literarios. Los trabajos ganadores se publicarán en la próxima Memoria.

Deseaba con toda su alma merecer aquel honor. Poteto sacaba sobresalientes en Matemáticas. Practicó escribiendo escenas de miseria y hambre en las que una aldeana ayudaba a su señora con el estraperlo. Pero era incapaz de hilvanar una trama para unirlas.

Una tarde, cuando estaba en la cola del azúcar, tuvo una idea. Las esperas para recoger comida marcaban las horas. Había poca comida, era insuficiente para las familias, y el Gobierno franquista había implantado un sistema de reparto de alimentos de primera necesidad. Las cartillas de racionamiento obligaban a hacer largas colas. Se decía que había tantos chivatos como cartillas. «En las colas es necesario estar seguro de con quién se habla, evitar a desconocidos», le dijo su madre mientras esperaban el reparto. Encontraron unos puestos más atrás a la tía Amelia, la hermana de su padre que vivía en Bilbao; las otras dos, la tía Elisa y la tía Pilar, aún vivían en Madrid.

La tía Amelia iba a hacer un recado y él se quedó con su cartilla de racionamiento en la cola, tenía cupones recortables en vez de espacios para sellar. Las cartillas agrupaban a los miembros de cada familia. Hombres y mujeres adultos tenían derecho a una ración, pero a las personas mayores de sesenta años solo les correspondía el ochenta por ciento, y a los menores, como él y su hermano, el sesenta por ciento de una ración. Aunque eran cinco personas con la abuela Consuelo, con su cartilla familiar les correspondían cuatro raciones.

Mientras esperaba con su madre y la cartilla de la tía Amelia en la mano, se oyeron gritos al principio de la cola. Una joven había tratado de colarse dos veces con la misma cartilla. Al llegar a la mesa de reparto, un guarda con bigote gritó con dedo acusador: «Fuera de aquí, tramposa». Vio alejarse a una adolescente avergonzada que musitó «Yo no sabía. Me ha mandado mi madre».

Las trenzas despeinadas saltaban al ritmo de su llanto mientras se alejaba. Hubiera deseado repartir su ración de azúcar con aquella chiquilla, pero llegó la tía Amelia. «Habrá borrado el sello de la entrega con miga de pan. A veces, si no está muy marcado, se puede», explicó.

Al día siguiente, inspirándose en *Oliver Twist,* escribió un relato en el que un niño entregaba un paquete de azúcar a una muchacha pobre. Se sintió satisfecho; pero en el certamen del colegio ni siquiera fue seleccionado.

6

Cromos

La tía Amelia les habló de un trabajo que podía sacarlos de apuros, ensobrar cromos. Fher era una pequeña editorial infantil creada con la entrada de los franquistas a Bilbao. Los dueños, dos bilbaínos emprendedores, Germán y José Fuentes Lizaur, eran hermanos, Fuentes hermanos: Fher. Fabricaban cromos infantiles y los distribuían en sobres que los niños coleccionaban. La tía Amelia los había conocido cuando empezaron, en 1937. Habían progresado rápido, ya distribuían cromos en Madrid y Barcelona, algo insólito en aquellos tiempos de miseria. El negocio no paraba de crecer y necesitaban gente para ensobrar cromos en sus casas. Tenían una lonja cerca de Santiago Apóstol; años después, se hicieron con un edificio de siete plantas en el barrio de Rekalde, en la calle Villabaso. La tía Amelia no había probado el trabajo. «Una vecina de la calle Euskalduna, de Bilbao de toda la vida, dice que se saca dinero», explicó. Y después se marchó cediéndoles su vez en la cola. Ya volvería, dijo. Pero cuando recogieron sus cuatro raciones, no había regresado. Margarita G. Buded dijo: «La tía Amelia se pasa la vida en la calle, no le gusta atender las obligaciones de casa».

Al día siguiente, su madre y él se presentaron en la primera sede de Fher. Los recibió un hombre al que Margarita G. Buded pidió trabajo. «Venimos recomendados por la señora Amelia», añadió. Esa misma semana ya estaban ensobrando. Ensobraron cromos más de dos años.

Teóricamente, el trabajo se repartía entre los cuatro de la familia, todos menos la abuela Consuelo. Dividían los miles de cromos en cuatro montones de enfajados iguales, con el

correspondiente taco de papelitos rosas para hacer sobres y un frasco de goma arábiga con su pincel para cerrarlos. El trabajo consistía en seleccionar tres cromos distintos de los fajos (no podían ir cromos iguales en el mismo sobre), ponerlos en el centro del papelito rosa, envolverlos con él plegando tres triángulos a cada lado de los cromos, y sellar el sobre dando goma arábiga al cuarto triángulo con la brocha. En la práctica, Poteto y Pinilla Soldevilla nunca completaban su parte del trabajo, Margarita G. Buded y él cargaban con el exceso. Parecía fácil, pero era una tarea monótona, pesada.

Él llevaba y traía las cajas a Fher, conocía el camino desde el primer día. No era necesario llamar a la puerta batiente de madera con cristales opacos. Nada más abrir se topaba con un mostrador corrido hasta la pared que daba a una oficina con dos mesas. Una de ellas la ocupaba una secretaria que siempre estaba tecleando. Cuando llegaba alguien a recoger o entregar cajas de cromos, interrumpía su trabajo y cogía un cuaderno. Llevaba el control del material y extendía un vale para autorizar los pagos que hacía don Germán. Toda la oficina tenía un aire provisional, cajas de cartón apiladas abiertas y cerradas invadían el suelo, apoyadas en la pared. Las cerradas contenían sobres con cromos preparados para enviar. Las abiertas, fajos de cromos pendientes de ensobrar. Una puerta metálica ocultaba el taller donde se imprimían y cortaban los cromos en unas máquinas siempre en marcha con ruido infernal.

En la más dura posguerra, entre 1939 y 1940, por cada cien cromos ensobrados, Fher pagaba veinte céntimos. El propósito de la familia de ensobrar veinticinco mil cromos a la semana —cinco cajas, para cobrar cincuenta pesetas— no era fácil de cumplir. Pero necesitaban el dinero. En aquel tiempo, Ramiro tenía quince años y Poteto, trece; su hermano excusaba sus faltas porque era pequeño. Entregaban el trabajo los lunes. Cada domingo, él veía que no llegaban. Un fin de semana se pasó diez horas ensobrando cromos para acabar. El recuerdo de cajas pendientes alineadas en el suelo del comedor le obsesionaba. Las imágenes del cuento de Blancanieves, la colección de Fher que más éxito tenía, lo

perseguían en sueños. Después de los primeros meses, fue depurando la técnica. No era un trabajo de hombres; las manos y los dedos finos de las mujeres y los niños se adaptaban mejor a seleccionar cromos de los montones.

En tres años de guerra había crecido mucho más que tres años, y la posguerra trajo largos inviernos de hambre y frío que volverían a ponerlo a prueba. Se encerraba en casa con aquel trabajo en cuanto salía de clase. La adhesión escondida a la República había vuelto desconfiados a sus padres. Para evitar delaciones, la vida de la familia tendía al recogimiento, esperaban poco del exterior, incluso su padre pasaba muchas más horas en casa. Él se ponía pruebas: la semana que consiguiera ensobrar a tiempo su parte del trabajo y lo que faltaba de la de Poteto, milagrosamente, las cosas volverían a ser como antes de la guerra. Pero no lo conseguía. En las horas interminables consumidas en la mesa del comedor frente a diez, quince y, luego, veinte fajos alineados de cromos hasta meterlos de tres en tres en sobres cerrados, le daba tiempo a cavilar largamente.

Un sábado se convenció a sí mismo de que si completaba la tarea pendiente antes de cenar, sucedería algo. Sus padres se darían cuenta de que cargaba con todo el trabajo. Se esforzó tanto que lo consiguió. El dolor, como una cuerda tensa, le recorría los brazos desde los hombros hasta las muñecas y los dedos. Esperó hasta el domingo un comentario de su padre. Nada. Se dio de plazo hasta el lunes, pero tampoco su madre dijo una palabra. Semana tras semana, aprendió a disciplinarse. Un libro, la autobiografía de Benjamin Franklin, le dio fuerza para resistir.

Llegó a sus manos por el marido de la tía Amelia, él se lo prestó. El tío Clemente arreglaba relojes en su casa de la calle Euskalduna. Había heredado un comercio de fotografía en el Casco Viejo con su hermano; pero fue necesario que el marido de la tía Amelia dejara de estar en el mostrador, porque espantaba a los clientes. No sabía tratarlos, si alguien dudaba sobre el revelado, le decía: «No se lo aconsejo. El rollo no está bien protegido: se velarán la mitad de las fotos». Parecía que no le interesaba el negocio. A una madre que llegó ilusionada con su hija vestida de

domingo a retratarla, le dijo: «Su niña nunca va a salir guapa». Aquella mañana, su hermano le dio un ultimátum, se quedaría en la trastienda reparando máquinas: era hábil con las manos y allí no espantaba a los clientes. Meses después, el tío Clemente empezó a reparar relojes, un trabajo que hacía sin salir de casa. Pasados dos años, vendió su parte del negocio al hermano. «Es asombroso cuánto énfasis pone el tío Clemente en ser desagradable», explicaba Margarita G. Buded. A él le gustaba escuchar a su madre hablar de los Pinilla Soldevilla: «Es una familia muy poco realista», repetía. Tenía la sensación de que ella poseía una mirada exacta sobre el mundo. Ensobrando cromos, fue transmitiéndole agudas observaciones, ideas que despertaron su deseo de escribir sobre vidas ajenas: «La tía Amelia no entra en casa, y su marido, el tío Clemente, no sale». Se rieron los dos. Aquella frase se repitió mucho en la familia.

Con el dinero de la venta del negocio de fotografía, el tío Clemente compró una biblioteca que instaló en la habitación más grande del piso de la calle Euskalduna, la llamaba pomposamente «La biblioteca».

El tío Clemente se había enterado de que una familia arruinada por la guerra, que vivía en un lujoso piso de la Gran Vía cercano al parque, lo vendía todo. Compró las estanterías verdes, la escalera que plegada era una elegante silla, las lámparas y dos mil volúmenes de obras de la literatura universal y española; allí había enciclopedias, libros de astronomía; colecciones sobre fundamentos de medicina y derecho, volúmenes de poesía y ciencias naturales. También libros precintados que habían seguido recibiendo durante la guerra. Se lo llevó todo. En su juventud, había conocido a un hijo de la familia educado en los mejores colegios y quedó impresionado. Tenía la teoría de que en una familia donde hubiera una gran biblioteca, no era necesario que los hijos salieran de casa a estudiar. Eso hacían los ricos, decía, tener buenas bibliotecas, ahí estaba el secreto. Él haría de sus hijos Amelita y Clementín grandes personas sin salir de casa. Le obsesionaba evitar las relaciones sociales.

Un día que fueron a visitar a la tía Amelia, el tío Clemente

explicó su teoría de la biblioteca. Se la enseñó con gran ceremonia. Cuando iban a marcharse, Margarita G. Buded dijo que su hijo mayor leía mucho; el tío Clemente les pidió que esperaran. Volvió con un libro precintado y, moviendo el paquete de arriba abajo, dijo: «Cuando me traigas este, te podrás llevar otro». Era la autobiografía de Benjamin Franklin en una edición argentina traducida por León Felipe.

Franklin, un prohombre americano nacido en 1706, fue capaz de anticiparse a su tiempo. Sus consejos, pensados para su hijo, parecían hablarle desde la distancia de siglos. Era un puritano. Hacía listas de virtudes que se proponía adquirir. En un cuadro ponía sus trece propósitos a un lado; y en el otro, los días de la semana. Al final del día señalaba con una X lo que había conseguido practicar. Se examinaba a sí mismo. Ramiro hizo su propia lista imitándolo. La constancia en el trabajo para escribir, la disciplina... Aquellas reglas para la vida de Franklin empezaban como una carta a su hijo, pero sentía que, de alguna manera, le hablaban a él. Le hubiera gustado tener un padre como Benjamin Franklin, que creía por encima de todo en la importancia de los libros. Toda su vida conservó el orgullo de su profesión de impresor. Los ciudadanos eran «un mundo de lectores al que dirigirse», y a él le gustaba escribir. Era un solitario hecho a sí mismo y le cautivó su afán en atrapar el tiempo combatiendo la pereza. A partir de aquella lectura se hizo un horario para ensobrar cromos, estudiar, escribir y leer. Al empezar la semana asignaba horas a cada tarea. Anotaba libros pendientes de leer. La mente mejoraba con la lectura, como sugería Franklin. Desde la primera página, la autobiografía hablaba de los medios de los que Benjamin se había servido para progresar hasta llegar a ser presidente de los Estados Unidos; el método le dio tan buen resultado que quiso legárselo a su hijo. A veces se preguntaba qué habría sido del hijo de Benjamin Franklin.

Hizo un plan para combatir la timidez. Debía decir una frase de cortesía al llegar a clase, entablar una pequeña conversación en el patio con la primera persona que se cruzara... También hizo listas de virtudes que quería cultivar. «El esfuerzo hará de mí un

hombre mejor y más feliz» iba a ser su lema. El lenguaje lleno de sentencias de Franklin le inspiraba. Anotó en un cuaderno las valiosas ideas que, de tanto releer, empezaron a formar parte de su pensamiento.

Leía y escribía, imaginar las vidas de los otros le tranquilizaba, le parecía que él mismo las vivía mientras se pasaba tardes enteras sin salir de casa. Por fin, su padre le había cedido una máquina Underwood de las retiradas de Trueba y Pardo, ya no tenía que cogerla a escondidas con la complicidad de su madre. Dos teclas atascadas no llegaban al carro y Pinilla Soldevilla las había engrasado sin conseguir solucionar el problema, la máquina dejaba huecos en blanco en el papel. Imposible venderla. Cada vez que acababa una página, escribía con pluma las *m* y las *b* al releer el texto.

Una sobremesa de domingo, la abuela Consuelo salió de la cocina con un bizcocho, cogió una cuartilla de las que él estaba escribiendo. La abuelita acercó la hoja a los ojos, dejando el bizcocho en la mesa. Miraba con atención, como si no comprendiera el texto, su miopía apenas le permitía leer. Él siguió escribiendo mientras su padre preparaba la aparatosa cafetera exprés para agasajar a la familia reunida en Gordóniz, ya estaba imitando los pasos de baile del concurso que ganó cuando era joven. Los primos y Poteto jugaban alrededor de la mesa en medio del bullicio, a punto de enfadar a los mayores. Todos esperaban impacientes a que la abuela repartiera el pequeño bizcocho de nata para dar por terminada la comida; pero ella no empezaba a cortarlo. De pronto, se levantó de su asiento; Margarita G. Buded se incorporó tras la abuela persuadida de que necesitaba algo. En un gesto histriónico, como cuando recitaba poemas en los cumpleaños y alababan sus dotes de actriz, Consuelo Buded levantó la cuartilla en el aire y, apartándose de la mesa que presidía, la sostuvo en alto como un trofeo, antes de exclamar: «¡Tenemos un escritor en la familia!». Todos se volvieron hacia él, que, sentado a la mesita pequeña, tecleaba en la máquina de escribir, y lo miraron con asombro mientras el rostro le ardía intensamente.

7

Gallinas

La abuela nunca se perdonó haber dado en adopción a su hijo Pablo. Cuando Consuelo Buded llegó de Zaragoza a Bilbao con sus cuatro hijos —Pablo, Margarita, Consuelo y Florencio—, se sentaron en un banco de la estación de Abando junto a un matrimonio bilbaíno con el que habían coincidido en el ferrocarril. Los Arístegui esperaban que el chófer acudiera a recogerlos para llevarlos a su casa en las afueras de la ciudad.

Fue en la primavera de 1915, Bilbao iniciaba su fulgurante ola de progreso industrial y recibía a gente de otras provincias. El marido de la abuela Consuelo la había vuelto a abandonar. «Parece un marido intermitente», decía ella. No era la primera vez. A aquel marido guitarrista lo había conocido cuando aún soñaba con ser actriz y quiso recorrer el mundo con una compañía de teatro que, al pasar por Zaragoza, le dio un pequeño papel; el director quedó prendado de su talento y le propuso hacer las Américas. Sus padres se negaron. Fue un hito de juventud que Consuelo Buded nunca superó del todo. Poco después apareció el guitarrista, la llenó de hijos y se vio obligada a aparcar sus sueños: el deseo de ser actriz dejó paso al de sobrevivir. Con el viaje a Bilbao decidido, al que le surgió la oportunidad de una gira para tocar la guitarra con un grupo flamenco fue a su marido. Prometió acercarse a la capital vasca al finalizar la gira.

La abuela Consuelo había hecho buenas migas con la señora del tren. La mujer se llamaba Úrsula y era un caso extremo de compasión: le dolía el mundo, todos sus problemas parecían encontrar refugio en aquella alma sensible; se dio cuenta enseguida de que, a su lado, había una situación de necesidad: la pobre mujer

sola con cuatro hijos y con aquel marido del que le habló... El guitarrista parecía un *ganorabako* falto de fundamento, un *sinzentzun,* como decía su abuela en Zeanuri, cuando ella era niña.

En la estación, Consuelo Buded se atrevió a preguntar a la señora Úrsula si era cierto, como se decía en Zaragoza, que en Bilbao había mucho trabajo para todos; ella esperaba mejores oportunidades para sus hijos.

—Claro, *laztana,* aquí están creciendo industrias en la Ría. Venís y venís, pero tenemos trabajo para todos —le aseguró con su peculiar acento vasco doña Úrsula.

El matrimonio tenía un edificio en alquiler en la cercana Hurtado de Amézaga. «Esta misma semana se me van unos inquilinos. Ya te voy a buscar un buen sitio para vivir», dijo tranquilizadora. Entre el hambre, la pobreza y las injusticias de tierras lejanas a las que Úrsula Iturrate de Arístegui dedicaba oraciones con compasión insaciable, una pena privada le entristecía más que ninguna: no había podido tener hijos. «Unos tantos y otros...», pensaba mirando a Consuelo Buded con sus cuatro criaturas tirándole del brazo para pedirle comida, o recostarse en ella. Desde el principio se fijó en Pablo, tenía el pelo rubio y los ojos azules. «El pobre, parece *larri»,* dijo mirando al niño como si lo estuviera cuidando.

—Pablo ha enfermado esta semana —explicó la madre—. Habrá que llevarlo al médico. —Y a continuación añadió—: Igual el piso es caro para nosotros. —Traía sus ahorros en una bolsa cosida a la ropa interior. Sus padres habían vendido una finca en Ballobar, el pueblo de Huesca de donde era la familia, para ayudarla.

En cuanto Consuelo Buded hizo una pausa para tomar aliento, doña Úrsula intervino sin escuchar. Ella ya se había hecho idea de la situación.

—Nada, nada. Estos chicos pronto empezarán a trabajar y, si no me paga el primer mes, ya pagará el siguiente.

Aquel hijo que tanto se parecía a su padre guitarrista, llamado Pablo García como él, se fue alejando de su madre y sus hermanos de manera irreversible. Consuelo Buded pensó dejarlo un mes con

doña Úrsula, como ella sugirió cuando apalabraron el alquiler del piso. Pablo estaba enfermo y necesitaba cuidados. Tenía una afección de pulmón y lo atendieron los mejores médicos; así salvó la vida. Después, pensó dejarlo un poco más con los señores ricos, mientras se establecía en Bilbao. El otoño era frío. Pero pasaron los meses y no pudo hacerse cargo de las necesidades de su hijo enfermo, siempre pendiente de nuevas consultas médicas. Pablito aparecía con la señora Úrsula vestido como un príncipe a reclamar el alquiler a primeros de mes. Miraba a sus hermanos distante, besaba a su madre con desapego y parecía no echarlos de menos de la mano de aquella poderosa señora. Mentalmente, se sentía su hijo.

Un sábado, cuando llevaba seis meses en Bilbao, Consuelo Buded fue a casa de doña Úrsula decidida a regresar con su hijo, tenía la sensación de que se lo estaban robando. La señora quería enseñarle una cama de matrimonio y un armario ropero para el piso de Hurtado de Amézaga. Se había presentado el marido guitarrista y era necesario acondicionar el dormitorio. Los muebles le convenían, sí, pero tenían que hablar del niño, dijo Consuelo Buded, abrazando angustiada a su hijo. Pablito se zafó de sus brazos y salió al jardín. Desde la ventana del salón, su madre lo vio entrar en un cochecito de hierro con ruedas; recorrió el camino de guijo que rodeaba una fuente mientras sonreía a su niñera.

—Ahora, con mi marido, nuestra situación va a mejorar —dijo Consuelo Buded ocultando a doña Úrsula lo poco que confiaba en lo que decía—. Pronto pagaremos los alquileres.

Úrsula Iturrate hizo como si no oyera y dijo:

—Tendrá muchos gastos para atender a los otros hijos y también a él.

Era cierto, el marido había llegado con lo puesto y los chicos aún no traían dinero a casa. Margarita se preparaba en una academia de mecanografía en la que debían dos meses; si se sacaba el título, pronto podría trabajar. Florencio estudiaba piano en los ratos libres —tenía talento para la música, como su padre— y era repartidor del ultramarinos de la plaza. Consuelo ayudaba en una sastrería. A uno le pagaban con comida; a la otra, con ropa. Sus

hijos crecían: necesitaban ropa, comida, calzado...

A doña Úrsula, juzgando a los demás según sus propios deseos, le parecía imposible que Consuelo Buded no viera las ventajas de que ella y su marido se hicieran cargo de Pablo. «Nunca le va a faltar nada, y se curará», repetía acercándole un documento que ella se negaba a firmar. Por último, añadió susurrando: «Mientras tengamos a Pablo, no es necesario que pague el alquiler». Parecía una trampa.

En el tranvía de regreso a Bilbao, Consuelo Buded cogió el *Devocionario romano* que doña Úrsula le había metido en el bolso. Al abrirlo por una ilustración de Natividad, encontró un sobre azul con mucho dinero, suficiente para cubrir las necesidades de varios meses. No había manera de escapar.

Se había prometido dar a sus hijos la oportunidad de una vida mejor. Ahora podría pagar las clases de mecanografía de Margarita y las de piano de Florencio. No tendrían que renunciar a cultivarse y eso ampliaría las posibilidades de sus hijos. Consuelo era muy guapa; Margarita, inteligente. Cada noche entraba al cuarto de las muchachas y se sentaba en la cama de una de ellas para hablarles de lo que perdura en las personas, de lo que no se ve, pero existe. «No os tenéis que dejar deslumbrar por el primero que os diga zalamerías», repetía. Deseaba que no cometieran el mismo error que ella, aunque eso no lo decía. En el fondo de su alma valoraba a los artistas; pero se había dado cuenta de que su marido guitarrista, un mal aficionado, era un gandul. «Tenéis que ser capaces de valeros por vosotras mismas, trabajar», les enseñaba. Antes de dormir, leía con ellas el único libro que había en la casa, un volumen con dos obras de Shakespeare que declamaba con gran emoción. Las hijas de Consuelo Buded llegaron a conocer bien *Hamlet* y *Romeo y Julieta*. Su madre pensaba que el arte desarrollaba la imaginación y que eso también ayudaba a vivir.

Casi veinticinco años después de su llegada a Bilbao, su hijo Pablo G. Buded —que ahora se hacía llamar Pablo G. Arístegui— marchaba con uniforme azul de falangista en primera fila del desfile de la Victoria. Era junio de 1939, los vencedores recorrían la Gran Vía a paso militar. Pablo, ya un hombre, no parecía hijo de

Consuelo Buded y aquel padre ausente guitarrista. Nadie podía negar que, como heredero del matrimonio adinerado que lo adoptó siniestramente, era el único miembro de la familia llegada de Zaragoza a Bilbao que había triunfado. Se había convertido en un señorito.

La imagen del tío Pablo desfilando con los vencedores por la Gran Vía ha pasado del relato de su madre, Margarita G. Buded, a él con tanto detalle que cree recordarla: ve el enfado de la abuela reflejado en un rostro petrificado de ceño fruncido; el asombro de su madre, Margarita, sorprendida al aparecer su hermano enarbolando una bandera en aquel desfile; la vuelta a casa que tantas veces ha oído contar de la familia vencida por la guerra; la abuela Consuelo llorando, lamentándose junto a sus dos hijas ya casadas y con hijos. Tantas veces lo ha escuchado, que cree recordar el uniforme azul con correajes, los carros militares, las insignias doradas de los mandos de aquel desfile que no vio. Desde entonces, el nombre del tío Pablo, un ser extraño que es y no es de la familia, entristece a la abuela Consuelo cada vez que lo nombra.

El mismo día de aquel desfile en el que su madre y su abuela se avergonzaban del tío Pablo, él meditaba en su cuarto con un libro entre las manos sobre cómo tener éxito. Pensaba en un posible negocio, la biblioteca circulante. Tenía quince años y no paraba de darle vueltas a la idea de ganar dinero. Después de la guerra, la pobreza abrumaba a la familia y pensó en poner una biblioteca de préstamo en el lugar donde tenían las gallinas que tanto odiaba. Se le ocurrió un atardecer cuando iba a alimentarlas con desperdicios. Así se libraría de ellas para siempre. Montaría una biblioteca de préstamo en el primer piso de la antigua calle Autonomía. Había visto que en el Arenal anunciaban una. Le pareció una gran idea y se la explicó a su madre, ella conseguiría que su padre le cediera el espacio destinado a las gallinas.

Cuando se mudaron al piso de la calle Gordóniz, antes de la

guerra, Pinilla Soldevilla siguió pagando el alquiler de la antigua vivienda de Autonomía. Aquel piso de renta baja con una fuente en el portal de la que él subía agua, donde habían nacido él y su hermano y vivieron de niños, lo habían realquilado a una antigua criada. Era algo provisional, mientras su padre encontraba un realquilado mejor; pero, años después, parte de la vivienda seguía ocupada. La mujer pagaba lo que podía, porque con su marido borracho que la maltrataba no se podía contar. El hambre de la posguerra hizo a Pinilla Soldevilla dar un nuevo uso a dos habitaciones del piso con acceso independiente; alguien le habló de lo fácil que era criar gallinas y metió allí tres para obtener huevos. Le encargó a Ramiro llevar un cubo con desperdicios y peladuras cada noche; también, mantener limpio el improvisado gallinero. Sobre el suelo de madera extendieron unas planchas de linóleo. La fuente del patio que desde niño conocía bien, le permitía coger agua para restregar el suelo que las gallinas convertían en una pocilga con más prisa de la que él se daba en limpiar. Era un trabajo sucio, odioso. Por más que limpiaba, del piso salía un inconfundible olor a excrementos, hasta que un día las gallinas desaparecieron de modo fulminante.

Los ruidos habían pasado casi desapercibidos a los vecinos entre las estruendosas palizas del matrimonio, pero el olor pestilente hacía difícil ocultar la presencia de las aves, algún vecino ya se había quejado. Un día, la antigua criada asesinó a su marido con una herramienta de carnicero para aplastar chuletas. Ayudaba en una carnicería donde, según decían en el barrio, vendían carne de gato. El marido la maltrataba tanto que la criada apenas estuvo en la cárcel. Había actuado en defensa propia. La intervención de la policía hizo imprescindible deshacerse de unas gallinas que Pinilla Soldevilla nunca reconoció como propias. «No sé cómo esa gente de pueblo ha metido gallinas en casa», dijo al policía.

Con aquel incidente, el piso de Autonomía quedó inutilizado una buena temporada. Pero el proyecto de la biblioteca circulante ya se había tambaleado antes. Su madre le había obligado a reflexionar con sentido práctico en la intimidad de las tardes de

invierno: el tiempo libre que le dejaba el colegio y el ensobrado de cromos no era suficiente para mantener abierto el negocio. Recordó que en el Arenal la señora que regentaba la biblioteca de préstamo vivía en el piso y abría a cualquier hora.

—Los libros que tienes no son suficientes para emprender ese proyecto —dijo Margarita G. Buded, antes de que desaparecieran las gallinas—. Necesitarías el doble.

También en eso tenía razón su madre. Había hecho un inventario de tebeos y novelas empezando por los diecisiete volúmenes de la colección *El Tesoro de la Juventud*. Se dio cuenta de que las obras de Dickens y *La isla del tesoro* nunca podría prestarlas. Pero seguía soñando con la biblioteca de préstamo.

Un anochecer tedioso de invierno sostenía el cubo de desperdicios en la mano antes de salir a alimentar a las gallinas cuando, mirando a su madre, dijo:

—Ya estoy harto, ¿cuándo se lo vas a decir?

Margarita G. Buded le pidió que esperase. En alguna ocasión iban juntos después de cenar al piso gallinero. Acabó de recoger la cocina y lo acompañó.

—Tu padre cree que, si hay ganancias, ese dinero sería también suyo —le dijo en el descansillo, mirándolo a los ojos—. Te daría un pequeño porcentaje.

No podía entenderlo. La idea era suya, los libros también. Ya había empezado a pasar a máquina las fichas de préstamo. El trabajo futuro lo haría él. ¿Qué pintaba su padre allí?

—Estropea todos mis planes —dijo, mirándola desafiante.

—No, hijo —respondió ella negando con la cabeza—. Tenemos poco dinero, es tu padre: te quiere.

Dos semanas después, las gallinas habían desaparecido. El piso-gallinero en el que se cometió el asesinato quedó precintado, y la biblioteca circulante nunca pasó de ser un proyecto.

8

Escuela de trabajo

Una tarde de abril de 1939, cuando llegó del colegio, percibió el aroma de la pipa nada más entrar. Pinilla Soldevilla estaba en casa a una hora inusual con batín y zapatillas. Se miraron. Le sorprendieron sus ojos, parecía que había llorado, aunque no podía asegurarlo. No le gustaba encontrar a su padre tan pronto en el comedor, le robaba intimidad. En aquellas horas que compartía a solas con su madre, traía a casa los problemas del colegio con su timidez de siempre y, a la luz cambiante del atardecer, Margarita G. Buded le enseñaba a vivir. Pronto supo qué había sucedido.

—Tu padre está enfermo. El ascenso tanto tiempo esperado, por el que se iba a hacer cargo del personal administrativo de Trueba y Pardo, se lo han dado a Viñas —le contó su madre en un susurro en la cocina.

«El inútil de Viñas, un meapilas», repetía Pinilla Soldevilla cuando hablaba de él. Las comisiones habían desaparecido cuando más las necesitaba y este nuevo golpe haría de él un hombre humillado.

Cambiaron muchas cosas en la familia después del ascenso de Viñas: el carácter del padre se hizo más apocado y permaneció meses en cama. En los últimos tiempos le entregaba el sueldo —ahora que había tan poco dinero— a Margarita G. Buded para que lo administrara. Ella supo afrontar las dificultades y lo cuidó en la convalecencia. Al incorporarse a la rutina, Pinilla Soldevilla había perdido amigos. Pocos se declaraban abiertamente republicanos después de la guerra, pero él no daba su brazo a torcer influido por el abuelo Evaristo. Empezó a frecuentar menos el bar, ya no daba importancia a su atuendo; ahora parecía un galán venido a menos.

Pinilla Soldevilla había entrado en Trueba y Pardo como telegrafista. Aprendió el oficio en la mili y, cuando su padre, Evaristo Pinilla, funcionario en el Ayuntamiento de Madrid, se trasladó al de Bilbao, lo acompañó a la capital vizcaína en busca de oportunidades. Así había entrado en Trueba y Pardo, donde antes de la guerra que truncó su carrera ascendió de telegrafista a oficial administrativo de segundo y primer grado. Allí conoció a Margarita G. Buded, una mecanógrafa de Zaragoza, y se casaron. Al acabar el curso 1938-1939 los dos hermanos dejaron el colegio Santiago Apóstol para estudiar en la Escuela de Trabajo, Artes y Oficios porque era gratuita. Antes de comenzar el verano estaba decidido, Ramiro iba a estudiar Maestría Industrial.

Lo llamaban «Ramiro Faber» por la marca de lápices que vendía, Faber-Castell. Se los traía su padre de Trueba y Pardo y él los vendía a sus compañeros de clase; después, a los de otros cursos. El apodo le hacía sufrir, pero no podía prescindir de aquel dinero con el que iba al cine los domingos y se costeaba pequeños gastos. Por fin había empezado en la Escuela de Trabajo, donde le convalidaron el primero de los cinco cursos por sus estudios de bachiller. Allí se encontró con Bernardino Lapeyra, uno de los peores estudiantes de Santiago Apóstol, un año mayor que él. Bernardino empezó a llamarlo Ramiro Faber y, después, el resto lo imitaron. Lapeyra era bajito, su estatura lo acomplejaba y eso estaba detrás de sus múltiples resentimientos. Era faltón, le gustaba meterse con los demás. Fumaba mucho y decía: «Yo, si quiero una mujer, me voy a putas». Pero no se atrevía a acercarse al resto de las mujeres. Los domingos se quedaban mirando a las muchachas a la entrada y salida del cine, como si también ellas fueran imágenes proyectadas en la pantalla de un mundo inalcanzable. Lapeyra lo incitaba a que se acercara a las chicas: «Si yo fuera tan alto como tu...», repetía. Pronto se dio cuenta de que su amigo jamás se atrevería a abordar a unas desconocidas.

«Si un día le acercamos a Ramiro una flor, se pone rojo como una amapola», dijo Lapeyra en voz alta una tarde que una muchacha entregó un sobre al maestro de taller mirándolo al salir. Era cierto, enrojeció hasta las orejas; pero le ofendió que su amigo

aireara aquel secreto que tanto le hacía sufrir. Ambos se miraron como si se retaran. Era viernes, ese domingo no fueron juntos al cine.

El domingo siguiente, al atardecer, lo acompañó hasta el puente de Cantalojas, la frontera del barrio chino bilbaíno. Lapeyra era un fanfarrón, pero era cierto que iba a putas. Le exigía el pequeño sacrificio de acompañarlo hasta el puente y La Palanca, para mantener su amistad. Y lo dejaba expuesto a aquellos portales desde donde algunas mujeres descaradas lo llamaban. Huía con paso urgente, aunque las imágenes provocativas de las meretrices lo perseguían de noche desplazando a las dulces tahitianas imaginarias de *Rebelión a bordo* con las que se proponía soñar. Regresaba a casa; si había acabado los sobres para Fher, leía. Algo que pertenecía a su espíritu descansaba cuando las palabras penetraban su mente y lo arrastraban a un lugar más apacible. Leyó tanto que, sin darse cuenta, fue adquiriendo firmeza interior. Una noche, hablando con su madre en la cocina de por qué no echaba de menos el antiguo colegio, se escuchó argumentos dictados por un yo interior que no era consciente de poseer. En días de profunda soledad, su ánimo se apaciguaba leyendo *Nicholas Nickleby,* superior a *Los papeles póstumos del Club Pickwick*. Admiraba la sabiduría de Dickens. No a los personajes, sino a quien los había creado.

Cuando llegaba antes de la hora de clase a la Escuela de Trabajo, paseaba por los alrededores sin hablar con nadie. Si alguien se dirigía a él, solía contestar de forma lacónica. Un miedo indefinido le oprimía, carecía por completo de simpatía para hacer amigos. Siempre llevaba un libro al que aferrarse en los cambios de clase, lo sacaba para retirarse a su mundo interior. Como en el colegio, pronto se dio cuenta de que le atribuían fama de raro. Lapeyra no estaba en su clase, coincidía con él en el taller. Desde que empezó en la Escuela de Trabajo, él odiaba las prácticas que a Bernardino se le daban tan bien. Le gustaba repetir su nombre completo, se demoraba paladeando su sonoridad: «Bernardino Lapeyra». Y Lapeyra empezó a llamarlo Ramiro Faber como respuesta, sabía que vendía lápices desde Santiago Apóstol. Los dos

estaban en la Escuela de Trabajo por el mismo motivo: sus familias no podían pagar el colegio. La miserable posguerra los unía. Su generación, salida de una adolescencia traumática, no había perdido ni ganado la guerra: eran demasiado niños para eso. Pero sus padres pertenecían al bando perdedor y eso tenía consecuencias: a los diecisiete años, se movían en una sociedad vencida y desmantelada.

«Estos hijos míos no parecen hermanos», mormojeaba su madre, como si hablara de ellos a otras personas. O repetía: «Si queréis hacerme sufrir, no os queráis». Siempre habían sido distintos, pero la adolescencia acentuó una sorda rivalidad por el amor de su madre. A Margarita G. Buded le preocupaba lo poco que se relacionaba su hijo mayor, refugiado en la lectura y el cine. Él guardaba los programas de mano y los contemplaba mezclando recuerdos de las películas con sus propias ensoñaciones. Protagonizaba escenas como si alguien, en absoluto extraño a sí mismo, lo filmara desde lo alto. Con frecuencia iba por la calle imaginando que una cámara lo seguía. Deseaba algo que no acababa de llegar; y los pensamientos no daban a su mente ni un poco de paz. Margarita G. Buded se daba cuenta de que su hijo mayor no era feliz. Trataba de que Poteto —que ahora se hacía llamar por su segundo nombre, Rafael, pues Florencio no le gustaba— lo llevara con sus amigos. Pero Poteto protestaba: «No he visto a nadie que cargue con su hermano mayor».

Por fin, una tarde cedió. Fueron juntos a visitar a la abuela Consuelo para salir después con los primos y sus amigos. Desde que el abuelo guitarrista la había abandonado de forma definitiva, la abuela dejó el piso de Hurtado de Amézaga y vivía con la tía Consuelo —que se llamaba como ella— y su marido pelotari. Tenían dos hijos, Joseba e Iñaki. El mayor de los primos había empezado a estudiar Medicina, pero antes se hizo practicante. En aquella casa de la calle Ledesma improvisaba una consulta en

vacaciones y los fines de semana. La sala de espera acumulaba revistas que Joseba traía de Madrid. Ramiro pasaba largas horas leyendo aquellas revistas.

Cuando entraron a la salita, un grupo de chicos y chicas esperaban a que Joseba atendiera al último paciente. Una de ellas parecía recién llegada de París con su largo collar y su pelo a lo *garçon*. Un chico contó un chiste sin gracia y Ramiro oyó a la chica del pelo corto decir a su amiga: «¡Qué soso!». Lo miró perdonándole la vida mientras jugaba con su collar de aire sofisticado. Al fondo sonaba el gramófono y el aludido no se enteró; pero Ramiro se turbó como si aquel desprecio fuera dirigido a él mismo. La timidez que no podía dominar se agravaba en presencia de las chicas. «Es imposible que se fijen en mí», pensó escudado en la revista, atento a la muchacha que fingía ignorar.

En el gramófono, Gardel cantaba su tango preferido, «Por una cabeza», que en el piso de Gordóniz sonaba a todas horas. Su hermano Poteto, ahora Rafael, empezó a tararear el tango con un florero a modo de micrófono. La imitación de Gardel y aquella risa cantarina se fueron haciendo más estridentes.

—Ni siquiera sabes la letra —dijo la muchacha del collar, echando seductoramente la cabeza hacia atrás.

—No, aquí el que sabe todas las letras es Ramiro —respondió Poteto, quitándole la revista y dándole el falso micrófono.

Aunque lo rechazó con un gesto, no pudo evitar ponerse como la grana. Huyó a la cocina a por un vaso de agua. Aquella timidez le invalidaba para muchas cosas. Una mezcla de miedo y vergüenza había convertido la calle en territorio enemigo. Cuando Joseba, Iñaki y Poteto se fueron con las chicas, prefirió quedarse leyendo. La abuela pareció adivinar lo que sucedía.

Al quedarse a solas, le pidió que la acompañara a su cuarto y sacó de la cómoda un estuche de piel con una armónica plateada que había pertenecido al abuelo guitarrista.

—Sé cuánto te gusta la música, puedes intentar tocar. Será un alivio para tu joven alma —dijo. Y, volviendo a sentarse en el sillón orejero, confesó—: En mi juventud nunca debí renunciar a mi deseo de ser actriz. Debemos perseguir nuestros sueños. —Su

mirada brumosa se llenó de nostalgia por un pasado que nunca había existido, por la oportunidad perdida de su destino. Continuó hablando—: Es algo que yo dejé que matasen en mi interior y tú no debes permitir. Siempre quise entregarme al público a través del teatro.

Los ojos pequeños y llorosos de la abuela se esforzaban en descifrar una respuesta que no llegó. Él movió los labios como si fuera a hablar, pero guardó silencio. Un rato después, la abuela sacó unas galletas y él hizo sonar la armónica. Consuelo Buded se levantó para escuchar desde más cerca la tímida melodía de aquel tango.

—Tienes buen oído. Serás músico o escritor. Serás algo especial. —Cuando se marchaba, lo abrazó—. No te apures por tu timidez, también eres todo lo que sueñas.

Aquella noche recordó a Fernan el cheposito, que tocaba la armónica en Arrigunaga. Fernan siempre estaba en el Sanatorio de Gorliz, donde recibía largos tratamientos, pero solía pasar unos días con su familia, los Montano del quiosco de la playa, cada verano. Esa semana, los niños se reunían a su alrededor a escucharlo. Contaba historias increíbles de enfermeras, pacientes y camilleros persiguiéndose por el corredor del sanatorio en mitad de la noche. Compartía con ellos intimidades prohibidas. Todos envidiaban la suerte de Fernan y hasta deseaban imitar cómo andaba con su cuerpo contrahecho. Una noche que empezó a tocar la armónica, Ramiro quedó fascinado por su melodía melancólica. Solo el paso de los años le haría comprender cuánta fantasía escondían las historias del Sanatorio de Gorliz.

Ahora, él también podría tocar la armónica... Se asombró de no recordar a María Luisa. Aquel amor no había llegado a nada, él era diez años menor que ella. El sonido de su nombre aún le estremecía. Deseaba recordar de qué habían hablado el atardecer del final del verano de 1937. Días después escribió un cuento

titulado *Sola,* una mujer esperaba en la playa a su amor que no llegaba. La protagonista se parecía a María Luisa.

9

Angelines

Cuando avanzaba el cuarto curso en la Escuela de Trabajo —eran cinco, los dos últimos de Maestría—, se sentaba a la máquina de escribir nada más acabar de comer. Escribía novelas, pero también pasaba a limpio los apuntes de la escuela de varias asignaturas: Tecnología Mecánica, Electrotecnia, Mecánica Aplicada y Resistencia de Materiales, Dibujo del Croquizado del Natural y de Máquinas... Maestría incluía las prácticas de taller de mecánico-electricista, el ajustado y torneado de piezas: darle a la lima y al torno, ejercicios que realizaban cada día en el taller, de pie durante horas, para los que no estaba dotado. Luego, el almacenero se llevaba la pieza con el nombre de cada uno y se la devolvía para continuar el trabajo en la próxima clase. Eran piezas de hierro que trabajaban incansablemente durante el curso, limándolas hasta conseguir deslizar unas sobre otras con suavidad de seda. Lo más difícil era el ensamble de cola de milano, le resultaba imposible hacerlo. Lapeyra descubrió que no era difícil pegar el cambiazo al almacenero y le ayudaba con las piezas del taller que no le salían. Intercambiaban habilidades. Así empezó a mecanografiar apuntes, a hacer copias para Lapeyra.

Al principio solo pasaba Mecánica y copiaba a pluma y compás los dibujos de la pizarra. Don Feliciano Bockmann, el profesor, vio un día sus apuntes mecanografiados y se acarició el bigote complacido. A partir de entonces, los alumnos tomaron sus apuntes como referencia y aquella expectativa mejoró su eficiencia tomando notas y mecanografiando. Empezó a pasar todas las asignaturas. Margarita G. Buded le despejaba la mesa, él se sentaba a la máquina en el lugar de trabajo de la familia, donde se cosían

saquitos de muestra para Trueba y Pardo, se habían ensobrado cromos para Fher y, ahora, él hacía cuatro copias con papel carbón de sus apuntes para vender a compañeros de clase. Siempre los compraba alguien, era un buen negocio. Su padre le dio la idea, traía cuartillas y papel de calco de la oficina, como las cajas de lápices Faber-Castell. En Maestría Industrial, los últimos cursos en la Escuela de Trabajo, tenía clientes fijos para comprar apuntes.

Un mediodía se acercó al mirador. Había repetido una página con demasiados tachones y no entendía bien su propia letra. No sabía cómo solucionarlo. Se asomó a la galería, donde su madre lo esperaba cuando venía de sus excursiones al Pagasarri en la infancia. De repente, vio a una muchacha acercarse por el camino que él había recorrido tantas veces. Llevaba una falda plisada y un jersey rojo abotonado; un rayo de sol iluminaba su pelo y la envolvía con un destello de gracia. No podía apartar los ojos de ella. Cuando la chica pasó bajo la galería, se asomó un poco para verla mejor: le pareció preciosa. Justo en ese momento, la muchacha levantó la cabeza y miró hacia arriba... Se retiró de la ventana precipitadamente, pero ya lo había visto.

Al día siguiente acercó la mesa a la galería. Pasaba una cuartilla y se asomaba al mirador antes de pasar la siguiente. La chica volvió a aparecer. Ya no fue capaz de mecanografiar los apuntes con tranquilidad. ¿Adónde iría? Empezó a acostumbrarse a la aparición de aquella joven cada tarde a la misma hora. Los separaban cuatro pisos, pero tenía la sensación de que ella sabía que la espiaba, como si sintiera su mirada. Cuando la veía acercarse, el corazón le latía más fuerte. Empezó a pensar en la muchacha a todas horas. Alimentaba su imaginación cada noche. Los domingos lamentaba tanto no verla que esperaba impaciente la llegada del lunes a las tres y media. Y en cuanto pasaba, ansiaba que llegara el martes. Ese instante empezó a ser el más importante del día.

Cierto mediodía de primavera la contemplaba desde lo alto intentando adivinar su rostro en la distancia; inesperadamente, la chica elevó la cabeza y le sonrió. Fue muy rápido. Unos minutos más tarde se preguntaba si solo lo había imaginado. La había visto

pasar durante meses, no sabía qué pensar. Al día siguiente, al verla acercarse, bajó las escaleras corriendo y llegó al portal a tiempo de seguirla. Tenía un caminar sensual. Trataba de ocultar sus piernas gruesas con una falda un poco larga, aquello le conmovió. No se atrevió a acercarse, pero al llegar a la Gran Vía se paró junto a ella antes de cruzar la calzada y pudo ver su cara, más bonita de como la había imaginado. Sobre aquel rostro, su imaginación iba a proyectar los de muchas mujeres. Entonces, la muchacha cruzó la Gran Vía y se paró en un comercio en el que un caballero abría la persiana. Al entrar a la tienda, otra chica llegó corriendo y dijo: «Hola, Angelines».

Aquella noche repitió su nombre. Angelines acercándose de frente desde el fondo de la calle hasta llegar al mirador, Angelines alejándose con su movimiento grácil para perderse entre la gente. Angelines yendo cada tarde a la tienda de la Gran Vía en la que trabajaba.

En las siguientes semanas, todas las chicas tenían algo de ella. Vista de espaldas, la confundió con una muchacha por su melena ondulada. De frente, otra le dio la impresión de moverse con su cadencia exacta; pero cuando se acercó, era mucho mayor. Se asombraba de haberlas confundido. Por las noches, pensaba inquieto que debía preparar un plan. Su imaginación, aguzada por el deseo, le hacía soñar. Siempre la veía sola. Era extraño siendo tan guapa. Quizás esperaba demasiado de la vida. Deseaba ardientemente conocerla. Desde que sabía dónde trabajaba, no podía evitar pasar por la tienda a la hora en que salían los empleados. Al salir de la Escuela de Trabajo se demoraba en la plaza Circular como por casualidad. Se debatía entre abordarla en la calle o esperarla a la salida para hablar con ella. Ensayaba ante el espejo, imaginaba cómo podía ser el encuentro. ¿Sería capaz de invitarla al cine? Vio una película de amor y trató de memorizar las frases que decía el protagonista. Era improbable que las necesitara, no tenía valor.

La tienda en la que trabajaba era un moderno establecimiento recién inaugurado en Gran Vía 22 por una fábrica de gabardinas y trincheras en plena expansión, For ponía allí a la venta sus

artículos. Un día, después de salir de la Escuela de Trabajo, merodeó alrededor. Paseaba arriba y abajo mirando a los transeúntes sin verlos. Desde el cristal la contempló enseñando una trinchera a un caballero al que envidió. Cuando ya anochecía, Angelines salió y se detuvo junto al escaparate. Sacó un libro y el ceño se le fruncía de manera encantadora al leer. Ramiro la observaba desde un portal cercano. Miró el reloj. ¿A quién esperaba? Pasaba el tiempo y sus ojos seguían prestando atención al libro de gran formato. Una persona capaz de leer con aquella concentración no podía ser alguien vulgar, pensó. Tenía que saber si esperaba a su novio... Salió por fin el encargado y cerró la persiana, Angelines guardó el libro. Se fue con la otra dependienta a la que saludó el primer día. Se disponía a seguirlas, cuando temió que lo hubieran visto y tomó otra dirección con paso apresurado.

Había pasado dos semanas intentando no pensar en ella, sin acercarse a la tienda ni seguirla, cuando, inesperadamente, se la encontró. Llovía mucho y la muchacha cogió el tranvía para protegerse del chaparrón; él también lo había cogido en El Arenal. Muchos bilbaínos habían pensado lo mismo, el vehículo estaba lleno. La miraba avanzar buscando sitio, cuando se detuvo a su lado y agarró la barra metálica. El corazón le latía hasta dolerle. De repente, sus miradas se cruzaron y, por la forma en que bajó la vista, supo que ella lo había visto observarla más veces. Tal vez sabía que una tarde la había seguido por la Gran Vía. Aquello le inquietó, pero era la ocasión para hablarle y buscó en su memoria las frases ensayadas; su presencia le pareció una señal. Cuando faltaban pocas manzanas para llegar a su parada, alguien tocó la campana del tranvía y su valor se fue desvaneciendo. Se acercó a la puerta y ella hizo algo inesperado: bajó tras él. Volvió la vista y, como la muchacha no acertaba a abrir el paraguas, la protegió con el suyo. Sucedió de la manera más natural. Cuando le dio las gracias, muy seria, pasaron por el portal de Gordóniz 20, donde él vivía con sus padres. Pero la lluvia arreciaba y se ofreció caballeroso a acompañarla. Ella no dijo nada. Siguieron hasta el final de la calle por una larga estrada donde la ciudad desaparecía después de la fuente de Iturrigorri. Angelines le indicaba el camino

con la mano, como si hubiera respondido que sí. Subían la ladera del camino hacia el monte Pagasarri.

—Casi hemos llegado —dijo al acercarse a una casita desvencijada, con planchas metálicas en el techo—, no hace falta que me acompañes más.

—Por eso —dijo él con absoluta falta de coherencia.

Angelines insistió en que la dejara junto a las chabolas escalonadas en la falda del monte. No le permitió acompañarla por temor a su padre. La zona carecía de iluminación; la luz lejana de la ciudad llenaba de sombras su rostro. Mientras hablaban, la presencia cercana de la muchacha hacía que el paraguas se tambaleara como si la lluvia tuviera más peso del que él podía soportar. Después de haberla observado ocho meses desde la distancia, se sentía confuso, mudo. Por suerte, recordó el título de la película que daban en el Coliseo Albia. La invitó al cine. Se encontrarían el domingo a las cuatro.

Al terminar de leer *David Copperfield* hacía dos semanas, había sentido un impulso que renovaba su mente, la sabiduría de aquel escritor lo impresionaba. Tras el encuentro con Angelines, le envolvió una plenitud parecida. Sentía la necesidad de empezar a ser otro. Por fin dejaría a un lado su falta de valor. En casa fue directo a su cuarto. Dijo que se encontraba mal, para poder pensar a solas.

Se tumbó sobre la cama sin desnudarse. Cogió el cuaderno en el que apuntaba frases, la lista de cualidades que deseaba adquirir; el cuadro con los días de la semana en el que anotaba sus propósitos y los títulos de novelas que había empezado a escribir. Pero no podía leer, su cuerpo se revolvía inquieto. Cerró los ojos. Pronunció su nombre tres, cuatro, muchas veces.

Angelines..., Angelines..., An-ge-li-nes.

Llamaron a la puerta. Su madre traía una bandeja con un vaso de leche caliente. Se sentó en la cama y, como si fuera un niño, empezó a desabrocharle la camisa. Ofendido, se desentendió de sus brazos y la echó del cuarto.

Segunda parte
Limando hierro

10

Coreanos

Buscaba su recuerdo cada noche cuando se metía en la cama. El afortunado encuentro del tranvía y la promesa de la cita del domingo no habían conseguido calmarlo. Toda la semana se sintió enfermo, nervioso por la constante excitación de la espera. La noche del sábado apenas durmió. Nada más levantarse, dirigió su mirada desde la ventana hacia el final de la calle. En la semioscuridad del amanecer, un tímido rayo iluminó el camino por donde se intuía la ladera del Pagasarri. Aquel trayecto hacia las chabolas tocaba algo íntimo de su ser. Pensó en la pobreza de Angelines: la vio de niña descalza frente a la casucha, sintió su hambre, su frío en invierno. Su imagen de niña se confundía con la muchachita a la que vio llorar en la cola de racionamiento. El recuerdo imaginado de su pasado le hizo pensar en cuánto tendría que amarla. Muchas veces había bordeado, sin verlas, las construcciones improvisadas de la ladera del Pagasarri en sus salidas al monte. Con once años escuchó en la tienda de ultramarinos: «Los de las chabolas son todos coreanos». Él iba con Marinieves, la chica que los cuidaba y ayudaba a su madre en casa. Al salir de la tienda de Nazario, cargados de paquetes, le preguntó:

—¿Qué significa que son coreanos?

—Que no se sabe de dónde son, si de Corea o de la China.

—Pero... si hablan como nosotros —protestó.

—Son coreanos porque no son vascos. Son andaluces, extremeños..., de por ahí.

Marinieves era de caserío, había nacido en un pueblecito del valle de Arratia y despreciaba a los aldeanos, pero, aún más, a la gente de las chabolas.

—Tened cuidado con esos —dijo una tarde, cuando él y Poteto se acercaron a jugar en el jardincito que había frente al portal—: Llevan navaja y os quitan la merienda.

Y los mandó al otro lado de la plazuela.

No volvió a acordarse de aquellos niños, pero en Getxo también había coreanos, los llamaban maquetos. Eran familias pobres con muchos hijos que vivían camino de Berango y aparecían los días de mercado. Aquellos niños descalzos no se mezclaban con los veraneantes. Ahora, él había acompañado a una joven de las chabolas hasta la puerta de su casa. Imaginar la vergüenza de Angelines cuando le preguntaban dónde vivía le dolía.

La mañana del domingo permaneció inquieto; fue incapaz de avanzar en la historia del capitán Singleton que había empezado a escribir. Margarita G. Buded notó que a su hijo le pasaba algo; retraído y silencioso, en la mesa apenas comió.

—¿Irás al cine con Lapeyra? —preguntó—. La película del Coliseo os gustará.

—No me trates como a un niño —cortó él.

Después, consciente de haberla molestado, se ofreció a secar los platos y preguntó a su madre por las chabolas de la ladera del monte.

—Es la segunda vez que sacas el tema esta semana. No entiendo qué te ha dado con las chabolas.

—¿Quién las ha construido? ¿Conoces a alguien que viva allí? —preguntó.

—Ni los conozco, ni quiero conocerlos —dijo Margarita G. Buded—. Supongo que las construyeron los mismos que viven dentro. Dicen que las levantan de noche.

Al acabar de comer, se cambió dos veces de ropa. En pie frente al espejo, la chaqueta le parecía demasiado seria, y el jersey gris, vulgar para un domingo. Cuando faltaban diez minutos para las cuatro, sudaba ante la cartelera del Coliseo Albia con el jersey bajo la chaqueta y las entradas en la mano.

Al ver a Angelines caminando hacia él, miraba cautivado a aquella muchacha que, por fin, no pasaría ante sus ojos sin

detenerse. En el cine, su proximidad le puso tan nervioso que no pudo concentrarse en la película. Su expresión seria y dulce, las manos recogidas en el regazo —el único sitio al que se atrevía a mirar— le hicieron pensar en cuánto deseaba decirle que la amaba. Pero se contuvo, temía asustarla.

Al salir, los comentarios de ella sobre la película lo pillaron desprevenido; la muchacha esperaba sus respuestas con una mirada que lo desconcertaba. Incapaz de mantener la conversación, le propuso tomar algo.

Fueron hacia un salón de té de la calle Buenos Aires donde de niños tomaban chocolate con la abuela Consuelo. Mientras esquivaban al gentío que se acercaba al salón New York, le rozó el brazo al cruzar la calle. Una corriente eléctrica recorrió hasta el último poro de su piel. Angelines se plantó en el hall de entrada apoyando todo el peso de su cuerpo en la cadera, flexionó el otro brazo y, con la mano en la cintura, observó retadora a los que ocupaban las mesas. De repente, atravesó el local: al fondo, una mesa quedaba libre. Lo dejó allí plantado, mirándola. Le pareció que todo el salón la miraba. Era una auténtica preciosidad y, probablemente, lo sabía. Su porte, la ropa sencilla pero cuidada, hacían difícil imaginarla saliendo de las chabolas y volviendo a ellas cada noche. «Es como una Cenicienta», se atrevió a pensar.

Angelines estudiaba costura y tenía el firme propósito de alejarse de sus orígenes. El trabajo en For no era su primer empleo, pero sí el que más se acercaba a sus planes. Cuando la espió frente al escaparate, leía un manual de corte y confección. Iba a una academia después de salir de la tienda y practicaba en casa muchas horas, todas las que podía. De momento cosía a mano, pero ella y su amiga Regina, la otra dependienta de For, ahorraban para comprar una máquina Singer. Pensaban poner una tienda y vender sus propios modelos. Ella diseñaría; su amiga, que era mejor costurera, dirigiría el taller. Tendrían un negocio propio.

—Así prosperaremos las dos —concluyó, sin probar aún su café.

Ramiro se quedó mirando el resumen de aquel futuro sólidamente planeado que flotaba entre ellos. Angelines se levantó

de improviso.

—Esta falda al bies la he hecho yo —dijo. Y giró sobre sí misma alzando el vuelo—. También he cosido un vestido y una blusa para dos vecinas. —Después, hizo un gesto con la mano, como si recogiera el aire en el que flotaban sus planes, antes de sentarse—: Los he cosido a mano.

Un gesto de voluntad concentrado en la mandíbula parecía contener su determinación.

Cuando el camarero se llevó las tazas vacías, ella miró el jersey gris, la chaqueta, los ojos, las manos... Él sintió su mirada sopesando su ropa. Por fin, se detuvo en el suelo, parecía haber acabado. Pero no, observaba sus zapatos.

—Y tú, ¿cómo piensas ganarte la vida? —dijo, alzando los ojos—. ¿Qué harás para prosperar?

Aquella pregunta que aún no se había hecho a sí mismo lo ruborizó. Le costaba imaginarse trabajando en una fábrica o un taller.

—Estoy estudiando Maestría Industrial. Creo que encontraré trabajo cuando acabe —contestó.

—Ah —sonrió complacida—, Maestría Industrial —repitió despacio. Y, por fin, su mirada descansó.

Después de aquella primera cita, mientras regresaba a casa, oleadas de entusiasmo y desaliento lo asediaban. ¿Cómo era posible que una muchacha tan guapa hubiera ido al cine con él? Estaba llena de planes, a su lado se sentía inseguro, con nada que ofrecer. Y su timidez insensata le había hecho comportarse como si fuera culpable de algo; peor aún, como un panoli... En la cama, pensó cuántas veces repetía aquella chica el verbo «prosperar».

A finales de la primavera del año que él cumpliría veinte años, iban juntos al cine cada domingo, quizás se podía decir que eran novios, aunque no se habían besado ni se atrevía a cogerla de la mano como hacían otras parejas.

Cada lunes, en la Escuela de Trabajo, Lapeyra lo interrogaba:

—Pero... ¿nada, ni un beso de despedida?

—Nada —respondía él.

Las preguntas insidiosas de Bernardino Lapeyra lo hicieron

alejarse. Un lunes, Lapeyra se plantó frente a su mesa apoyando las manos en el libro que leía. Sin preguntar nada, mirándolo fijamente dijo:

—Si todavía no la has besado, ni sois novios ni sois nada. —Y se marchó sin añadir palabra.

La distancia empezó un domingo solitario de octubre. Salían de una película de Hitchcock que lo había conmovido, *Rebecca*. Angelines habló de sus progresos en clase de Corte y Confección. Ya hacía patrones completos, no solo vestidos, también trajes de caballero. Le gustaba escucharla, tenía proyectado su futuro por un camino sin desvíos. Se dirigieron al parque confiando en que las nubes no trajeran lluvia. Angelines se había fijado en los trajes de Laurence Olivier y la elegancia de Joan Fontaine en las escenas de la Costa Azul.

A él le había cautivado cómo la historia de *Rebecca* indagaba en el mundo interior de los protagonistas, su profundidad psicológica. Y el perverso personaje del ama de llaves era magnífico. Hacía tiempo que deseaba confesarle a Angelines que escribía y creyó llegado el momento.

—La clave está en la novela de Daphne du Maurier —explicó —. Por eso la historia es tan buena. —Él leía novelas de quiosco de la Biblioteca Oro, pero conocía alguna obra clásica, su autor preferido era Charles Dickens. Se entusiasmó alabándolo.

—No lo he leído —dijo Angelines—, no me interesan las novelas. Regina me dejó *La dama joven* y no pasé del primer capítulo.

Él sabía de qué trataba esa obra de Emilia Pardo Bazán.

—Al menos te interesaría el tema. Es de una costurera —dijo.

—No me pareció una modista de verdad —respondió Angelines. Y siguió con la película: el traje de tenis que llevaba Joan Fontaine en Mónaco, los vestidos guardados en la habitación prohibida de Rebecca, la esposa muerta, que el ama de llaves le

enseñó en Manderley...—. ¡Qué maravilla de modelos! —exclamó.

Consciente de que intercambiaban emociones sin escucharse, pensó: «Hemos visto dos películas distintas». A Angelines le fascinaba lo que no le había sido dado: la riqueza, el entorno privilegiado. Él la observaba. No sabía cómo confesar lo que deseaba compartir con ella. La miró impaciente y lo soltó:

—Lo que yo quiero, sobre todo, es escribir.

Ella repitió sus palabras como si no acabara de entender:

—¿Escribir?

Con aquella expresión y su manera de ladear la cabeza estaba encantadora. Asustado por su reacción, se atrevió a acercarse y la besó levemente en los labios. Pero, al separarse, el gesto de alarma de Angelines no había desaparecido. Y no por el beso.

—¿Escribir qué? —preguntó.

—Escribo novelas desde hace años.

Pasaron junto a un banco vacío al lado del estanque de los patos.

—¿Qué te parece si nos sentamos? —propuso él.

—Prefiero dar un paseo.

—Sí, paseemos.

—Y ¿qué tiene que ver ese deseo de escribir sobre gente inventada con los estudios de Maestría Industrial?

No tenía una respuesta.

—Es lo que siempre he deseado hacer. Escribo desde que era niño —dijo. Y, ante su mirada escrutadora, añadió—: Tengo pensado ganarme la vida de otra forma. Por eso estudio en la Escuela de Trabajo. —No quería defraudar las ilusiones de la muchacha.

Observaron cómo un pato se deslizaba majestuoso sobre el agua seguido por toda una familia de patitos en hilera.

—Bueno, de todos modos, no creo que eso de escribir tenga muchas salidas. ¿Acabarás los estudios? —preguntó ella.

—Claro. Escribir... —empezó a decir y se quedó callado unos segundos— es como un descanso de la vida para ser feliz.

—Pero un hombre que trabaja y tiene una familia ya debería ser feliz —dijo Angelines—. Y tampoco creo que tenga demasiado

tiempo libre.

Se quedaron mirando cómo los patos se refugiaban en la caseta. Después, rodearon el estanque y, al volver a pasar junto al banco vacío, ella se sentó.

En el banco, sus ojos se cruzaron. La respuesta de Angelines le había parecido un reproche a todas sus ilusiones.

—Me gusta conocer lo que sienten las personas, comprender sus motivos —se escuchó decir, como si sus palabras las pronunciara otro.

Sus brazos se rozaron. Ella dijo que sí con la cabeza, él la cogió de la mano. De repente se lanzó a hablar sobre sus ideas tanto tiempo silenciadas. Al escucharlo, ella lo alentaba y su timidez desaparecía. Habló como si un nervioso impulso empujara cada frase: el último libro que había leído, las novelas policiacas que escribía, la película que acababan de ver donde la escritora indagaba en los personajes. «Los conoce, aunque no sean seres reales», dijo.

—Yo prefiero leer sobre alguien que sea real —dijo ella. Y se levantó—. Vamos, se está haciendo de noche.

11

Casa de Misericordia

Cada vez que la ve aparecer al final de la calle, su sola presencia es un impulso, convierte su vida en algo extraordinario. No va a permitir que nada la aleje. Evitará hablarle de sus planes de escritor. Pasean por el parque y Angelines le pregunta enseguida por ese deseo suyo de escribir sobre gente... —se esfuerza en encontrar la palabra— inventada. Le interesa si eso tiene alguna salida.

Él solo escribe. No sabe, dice. Tiene ya seis novelas acabadas.

Su mirada lo llena de inquietud. Trata de eludir el tema, pero la tiene ahí, como si lo vigilara.

—¿Seis novelas acabadas? —pregunta—, ¿cómo es posible?

—Los días tienen muchas horas.

—Pero ¿cuándo las has escrito?

—Los fines de semana antes de conocerte solo escribía.

Eso ya forma parte del pasado. Ahora tiene menos tiempo para escribir. Se acuerda de Tobías, el almacenero de la Escuela con el que ha intimado: él sí trabaja a todas horas. Le cuenta cómo Tobías ha descubierto que Lapeyra cambia las etiquetas de las piezas de hierro antes de entregarlas en el almacén. Cuando tiene su pieza avanzada, le pone el nombre de Ramiro y en las siguientes clases de taller lima durante horas la que él ha trabajado con torpeza. «Lo mejor es que no la toques, que no la toques», le dice gritando Lapeyra. Pero Ramiro no puede estar en el taller de brazos cruzados. Angelines se ríe al escucharlo. Lapeyra cambia una y otra vez las etiquetas durante el curso cuando el profesor se distrae dando explicaciones sobre el tocho de hierro a algún alumno. A cambio, él le entrega los apuntes mecanografiados.

Tienen un bote de cola escondido. Las etiquetas, de tanto despegarlas, se han estropeado y Tobías los ha descubierto. Una mañana, cuando van a recoger las piezas de los dos, le dice a Lapeyra, señalando a su amigo: «¿Cuál te entrego, la tuya o la de este?». Pero no es un chivato y no los ha delatado al maestro de taller. Tampoco pide nada a cambio: ha entendido el acuerdo entre Lapeyra y él. Por eso se ha hecho su amigo. Ahora sabe que se levanta a las cuatro de la madrugada y trabaja en una panadería hasta que a las diez va a la Escuela. Lo explotan —se queja—. Hace una jornada de panadero completa y solo le pagan unas horas, trabaja de sol a sol. Tobías le ha hablado del anarquismo, una corriente política que le fascina. «Claro que no es cosa de señoritos», le ha explicado, solo porque él estudia.

—Los que se interesan mucho por los problemas de la gente no se hacen ricos —dice Angelines con ojos severos. A ella no parece gustarle el anarquismo.

«Nadie ha hablado de hacerse rico», piensa él al escucharla; pero le gusta el aplomo con el que se expresa Angelines. Ve en ella el desprecio por todo lo que trata de explicarle: las novelas que ha escrito, el anarquismo que acabará con las injusticias. Sus ideas siempre parecen poco acertadas a sus ojos. Se miran. Algo pasa en aquella mirada del uno al otro. Los dos ocultan su verdadero pensamiento. No le dice que Tobías lo ha invitado a una reunión de anarquistas en Artxanda la próxima semana.

Cuando vuelve a hablar, su voz suena extrañamente débil. Angelines no se ríe de él como Lapeyra, pero su mirada atraviesa su ánimo. Un rato después, observa que, al hablar de lo que hará con su vida, ella no lo incluye: la tienda de moda, Regina, alguien capaz de ayudarla a alcanzar sus planes... La vida es una carrera de obstáculos y ella tiene una idea clara de cómo superarlos. Ante esos ojos que saben exactamente lo que quieren, hasta su deseo de ser escritor se tambalea.

En la película norteamericana que ven el domingo hay una cocina moderna llena de muebles colgados en la pared. En un susurro, Angelines dice: «Me gustaría tener una cocina así». Al mirarla en la oscuridad, le parece completamente ajena a la

muchacha que había imaginado desde el mirador durante meses. Se pregunta hacia dónde le conducirán las agitadas aguas de este noviazgo. Y, sin embargo, algo en esta mujer se ha apoderado de él.

—No veo la necesidad de tantos armarios en la cocina —le dice cuando salen del cine.

—Yo tendré una cocina así —responde ella arrogante—: No tienes ambición, no llegarás a nada.

Esa frase se clava en sus oídos llenándolo de rabia. Aprieta los labios como si se contuviera. Camino del parque, sus pasos se vuelven taciturnos. Le está pidiendo sin palabras que no considere todo lo que dice un fracaso. Pero ella convierte cada silencio en una acusación.

Retazos de nubes cruzan el cielo a la deriva mientras pasean. Ninguno habla, los pensamientos huyen. Caminando a su lado en silencio, su rencor languidece al adentrarse en el parque. Recuerda que ha traído una foto de su infancia en Getxo. Se lo había prometido. Ella no ha dejado de pedirle una fotografía de su familia en estos meses. Por fin ha traído una de aquellas fotos que hacía su padre los veranos con su inseparable Leica, aparecen todos en una panorámica de la playa. Esa vez no fue Pinilla Soldevilla el fotógrafo, aunque preparó el retrato. Están en el gran toldo que el bañero montaba para la familia cada mañana de sol. Su padre lleva el albornoz blanco, él y Poteto, gorro marinero y bañador de tirantes; su madre está tumbada en una hamaca de rayas. Angelines observa con curiosidad científica la escena. «¡Qué apuesto, tu padre, con su bigote!, ¡qué elegante el albornoz!», dice. Él le ha hablado tanto de aquella infancia en el caserío... Sí, el toldo de su familia es el más grande de la playa, no sabe por qué. Le cuesta convencerla de que nunca han sido ricos, ni siquiera antes de la guerra. Ya no veranean.

Ella también se ha acordado de traer una fotografía. Lo habían prometido. Pero le da vergüenza enseñársela. No había sido una niña guapa, tal vez por eso. Aparece frente a un mapa del mundo en la escuela, sola, las manos apoyadas sobre un libro. Lleva el pelo retirado con un lazo blanco en lo alto de la cabeza.

Toda su ropa es negra y triste. A él le cuesta entender que, habiendo pasado tanta necesidad, no comprenda que a Tobías lo explotan. Intercambian las fotografías como preludio de una entrega mayor, sus manos se rozan y se besan. Se han reconciliado. Angelines lo elogia: tiene buen corazón. Él promete tocar la armónica para ella, siente que solo su amor certifica sus cualidades. La ha colocado a su lado para que sus ojos lo construyan. Al despedirse, Angelines dice: «Es la única fotografía que tengo. No la pierdas».

Por la noche, observa detenidamente a esa niña más fea que la muchacha en la que se ha convertido. Mira la parte superior del rostro, sus ojos melancólicos delatan una impaciencia por el futuro fruto de su trato con el hambre. El rictus de la boca desmiente la mirada soñadora con contrariedad. Ha visto esa sombra en la mujer adulta al darle explicaciones sobre el anarquismo y cuando le habla de su vocación de escritor.

El domingo siguiente, Ramiro llega exultante a la cita. La mañana le ha traído una noticia inesperada. Se siente feliz. Hace meses envió una novela policiaca a la Editorial Zafiro, *Los crímenes del Victoria Park*. Leía muchas novelas de quiosco de su autor preferido, S.S. Van Dine, seducido por su detective Philo Vance y su aguda inteligencia. Imitando aquellas novelas, se había inventado un pseudónimo, Romo P. Girca, y un detective, Warrem Dixon. Incluso había dibujado con lápices de colores portadas de la serie policiaca de la Biblioteca Selecta Zafiro reproduciendo la característica piedra azul con talla de diamante, símbolo de la colección. En su dibujo había cambiado el nombre del autor por su pseudónimo y, en un recuadro, escribió: «Un misterio de Warrem Dixon». Aunque había escrito cinco novelas policiacas, hasta que acabó *Los crímenes del Victoria Park* no envió ninguna a la editorial. Llevaba años escribiendo a escondidas.

Ocurrió que un viernes, después de las clases en la Escuela de

Trabajo, fue al café Boulevard a esperar a Lapeyra. Salía de la academia donde recibía clases particulares para recuperar dos asignaturas suspendidas. Se encontraron con un joven profesor, solo un poco mayor que ellos. Había sido un excelente estudiante, por eso daba clase en la Academia El Arenal. Se llamaba Faustino.

—Este es el de los apuntes —dijo Lapeyra señalándolo cuando se lo presentó.

Por lo visto, a Faustino le habían gustado los apuntes de Mecánica que Ramiro le cambiaba a Lapeyra por su trabajo con las piezas del taller.

El viernes siguiente volvió a acercarse al café Boulevard, donde estaba el joven profesor. Faustino no hablaba mucho, pero siempre decía lo adecuado. Sentía curiosidad por las personas y le gustaba escuchar. Se estableció una misteriosa relación entre ellos. Con solo verlo, supo que era tímido, sus mentes se reconocieron. «Es un *torrija* como tú», dijo Lapeyra. Últimamente había sustituido el apodo «Ramiro Faber» por el de «Torrija», él sabría por qué. Faustino estaba interesado en conocer el origen de una definición de los apuntes: «La Mecánica estudia las circunstancias en que se pueden emplear, combinar, dirigir, y, por consiguiente, utilizar industrialmente las fuerzas». Sin duda, era del profesor Bockmann, él se había limitado a copiarla y pasarla a limpio.

Observó la atención que Faustino prestaba a aquellas palabras. Era capaz de ver belleza en una definición y recordarla de memoria. Aquello le impresionó. Unas semanas después, mientras esperaban juntos a Lapeyra, le confesó que escribía. El viernes siguiente le dejó *Los crímenes del Victoria Park*. Al devolverle el manuscrito, pasados quince días, Faustino preguntó: «¿Por qué no la publicas?». Fue su manera de decir que le había gustado. Desde entonces, cuando se encontraban, decía: «Aquí llega el escritor».

Pero la Editorial Zafiro había devuelto la novela con una breve nota de rechazo y, aunque él no dejó de escribir, prefirió olvidarse de publicar. Habían pasado dos meses desde aquel rechazo. Hasta que esa mañana de domingo, al coger la carpeta de la novela que estaba escribiendo, movió el manuscrito de *Los*

crímenes del Victoria Park y vio sobresalir una cuartilla mecanografiada doblada entre sus hojas. Era un informe detallado de la novela. Al contrario de lo que había pensado cuando la rechazaron, le habían prestado atención.

El informe comenzaba en letra versalita:

> LOS CRÍMENES DEL VICTORIA PARK. NOVELA POLICIACA DE ROMO P. GIRCA.

Le gustó ver ese nombre escrito por otras manos.

> Estilo: sencillo y fluido, pero bastante descuidado en ocasiones.

Después se detenía en la acción, el desarrollo y un resumen, repitiendo demasiado las palabras «el autor»:

> El autor está muy influido por Van Dine. Le sigue de modo consciente o impremeditado en su forma. Además, el autor es un hombre de cultura y de amplios conocimientos. Parece escrita demasiado deprisa, y parece indicar que el autor es capaz de mucho más.

El resumen proseguía:

> Corregida y aligerada en la forma que de arriba se desprende, puede resultar una excelente obra policiaca, superior a las que generalmente se publican de autores españoles...

Al leer esta frase el corazón le dio un vuelco.

> ... Es una lástima publicarla sin que el autor haga una revisión, porque se perdería una buena obra. Puede serlo y debe serlo si el autor le dedica un poco de atención.

El autor era él. El informe, fechado el 30 de marzo de 1944, no tenía firma. Había permanecido allí escondido cerca de dos meses. Tal vez ni siquiera estaba destinado a que él lo leyera. Releyó las palabras «superior a las que generalmente se publican». Fue corriendo a enseñárselas a su madre. Margarita G. Buded se alegró, madre e hijo se abrazaron.

Por la tarde, llevaba el informe plegado en la cartera junto a su pecho. Cuando llegó a la cita con Angelines, le tendió ansioso la

hoja de papel señalando la frase. Tanto entusiasmo, a ella le irritó. Le costaba entender que él era Romo P. Girca.

—¿O sea, que los personajes son inventados y el autor también? —preguntó airada. Tenía un modo especial de decir la palabra «inventado».

No lo veía lógico.

—¿Por qué esconderse si algo se hace público? —Su nombre era tan bueno como cualquier otro para una obra policiaca...—. ¿Qué es eso de norteamericanizar el nombre? —dijo.

Angelines no podía aceptar sus planes de escritor, era una carrera larga e incierta a la que no se iba a exponer.

—Con mi sueldo ayudo a mi padre, que está enfermo —confesó—. Ha trabajado en una cantera y tiene silicosis.

También le recordó que su madre los había abandonado cuando ella era una niña de ocho años, los que tenía en la foto de la escuela. Poco tiempo después, a los trece, tuvo que hacerse cargo de la casa, cuidar de su padre.

El corazón secreto de la vida de Angelines escondía la desesperación de aquella niñez. Y ella dirigía toda su inteligencia a escapar de allí.

—¿Cuánto pagan por escribir una novela de quiosco? —preguntó poco antes de que empezara la película. Pero él no lo sabía.

Al salir del cine, Angelines le confesó que un muchacho de las chabolas la persigue desde niña. Nunca le hace caso porque quiere llevarla al pinar, «a los yuyos», dice. Esa misma semana le ha pedido que se case con él. Trabaja en un taller de coches, acaban de hacerle encargado. Tiene una moto.

—Y tú, ¿qué has contestado? —preguntó él.

Sin duda, ella es consciente de su angustia, evita mirarlo a los ojos y no responde.

A veces, siente que lo maltrata, quizás de forma involuntaria. Unos suspiros cansados se apoderan de él al abandonar el parque. Pasan junto a la Santa Casa de Misericordia, la inclusa de la ciudad. Ella dice:

—Cuando mi madre nos abandonó, mi padre tuvo que

dejarme aquí cuatro años. No podía ir a trabajar y cuidarme. Los huérfanos eran peores que los niños de las chabolas.

Allí le habían robado la única muñeca que tuvo. Su padre se la regaló al abandonarla en la Misericordia. La guardaba en un estuche blanco de cartón con tapa. La muñeca tenía la cabeza y los pies sujetos con una cuerdita a la base de la caja. Por las noches, la sacaba del armario para ver cómo sus ojos se abrían y cerraban al poner la caja en pie. Le daba miedo sacarla de allí para jugar, tanto la quería. Pero la visitaba cada noche. Parecía que se despertaba al abrir los ojos, luego volvía a guardarla antes de meterse en la cama. Una noche, al ir a acostarse, la muñeca no estaba en el armario. Sabía qué niña la había robado. Pero nunca supo dónde la había escondido. Jamás apareció.

—Es una historia triste, preciosa —dijo Ramiro, cogiéndola de la mano.

—No te la había contado porque me daba vergüenza —dijo Angelines, señalando el edificio del orfanato y evitando su mano—. Los niños de la Misericordia nunca se recuperan de haber sido abandonados.

—No me importa, te quiero como eres —respondió.

—Yo no —dijo Angelines.

Al escucharla, pensó que defenderse de aquellos niños debió endurecer su carácter.

Con una mueca incongruente que pretendía ser una sonrisa, ella dijo:

—Has leído hasta perder la cabeza. Estás lleno de ideas absurdas.

Mientras caminaban, Ramiro buscaba las palabras para explicarle que escribir era un deseo que formaba parte de sí mismo...; pero ella cortó sus pensamientos:

—Tus planes de escritor no sirven para nada.

Desde que le habló de su deseo de escribir, sintió que se alejaba. Tragó saliva mientras la acompañaba a casa mirando de reojo a la mujer que no se resignaba a perder. La ladera oscura del monte brillaba bajo la escarcha nocturna. Ella lo estaba apartando de su lado.

—No estoy segura de que seas la persona adecuada a la que dedicar las tardes de los domingos —dijo.

—Entonces, ¿el domingo que viene no te podré ver? —preguntó él con voz entrecortada.

—Será mejor acabar esto que apenas ha empezado —contestó Angelines despiadada. Al despedirse, preguntó—: ¿Y qué dicen tus padres de que quieras ser escritor?

No contestó. Tampoco lo sabía. La dejó a pocos metros de la casucha, como ella exigía. Esperó hasta verla desaparecer, cerrar la puerta. Entre ellos se había abierto un abismo.

12

Negro oscuro

Un mes más tarde, bajo un cielo plomizo, el tiempo parece suspendido al borde del invierno. En el parque solitario, un árbol desnudo le provoca una tristeza que se funde con su pensamiento. Ha dado un paseo con la esperanza de encontrar a Angelines, su ausencia flota en las tardes de los domingos, pero parece que se la ha tragado la tierra. La ciudad se ha vaciado de ella. Durante dos semanas no ha conseguido verla desde la galería, aunque se ha asomado a las horas que debería pasar hacia la tienda.

El domingo por la mañana ha decidido ir hasta la ladera del Pagasarri, acercarse a las chabolas, esperar por los alrededores para hacerse el encontradizo como si fuera al monte... Después de rondar media hora junto al camino, ha visto el sol centellear sobre las planchas metálicas como una señal y se ha atrevido a ir hasta allí. Cuando estaba muy cerca, dudando antes de llamar, la puerta de la chabola se ha entreabierto a la miseria del interior: una cuerda con cuatro calcetines tendidos de lado a lado en la angosta cocina, tres banquetas, un falso tabique de tablero, una cortina de cuentas... Se ha parado en seco a atarse una bota y, disimulando ante el hombre que ha dejado la puerta abierta al salir, agachado, deshace el nudo de la bota para volver a atarlo con cuidado, mirando todo desde allí abajo. Ni rastro de Angelines. La ha imaginado concentrada ante su libro de corte y confección, cosiendo a la luz de la ventana para no consumir electricidad.

El viejo ha hecho el gesto de preguntar alzando la barbilla. Ramiro ha ido a hablar; pero, ante esos ojos inquisitivos, no ha dicho nada y ha tomado enérgico el camino del Pagasarri hasta llegar a la cumbre, como si de verdad esa hubiera sido su intención

cuando ha salido de casa.

Por la tarde, antes de ir al parque, ha recorrido los cines Olimpia, Coliseo e Ideal, de una cola a otra, vigilando antes de que la gente entrara. Nada.

Es de noche cuando llega al portal de la calle Gordóniz, una procesión de sombras rodea el edificio. Pasa de largo, incapaz de subir a casa. Todavía lleva las botas, ni siquiera ha ido a comer. «Demasiadas horas solo», piensa. «Demasiadas horas sin hablar.» Así son todos los domingos desde que no va al cine con Angelines. Se acerca al portal de su amigo Lapeyra frente al Ideal, recuerda su sentencia: «Si todavía no la has besado, ni sois novios ni sois nada». Ahora que ya la ha besado, tampoco son novios. Tal vez él pueda aconsejarle. Son las nueve y media. Supone que su amigo habrá vuelto de visitar el barrio chino como cada domingo. Sube.

Lapeyra lo recibe sorprendido. Ocupa el dormitorio de sus padres, más espacioso que el pequeño cuchitril donde de niño estuvo con él una tarde al salir del colegio. Entonces su madre les dio la merienda: una lámina de carne de membrillo con pan. Aquella mujer dulce y menuda murió hace tiempo; el padre, marino, aparece dos meses al año y, de alguna manera extraña, Lapeyra es el cabeza de familia. Cuando le cuenta lo de Angelines, lo mira escéptico. «Torrija», dice como único consuelo. Tampoco le interesa el informe de la novela que aún guarda en la cartera. Lo mira sin leerlo. Empieza a pensar que ha sido un error venir. Su amigo dice: «Vamos a cenar».

Bernardino tiene dos hermanas y un hermano mayor al que encierran en una carbonera. Está loco, es violento. Al entrar en la cocina, ve sus ojos de pánico; su mirada sin un parpadeo. Las hermanas saben que cualquier motivo puede hacerlo estallar; se mueven sigilosas, preparadas para esquivar el temporal con una actitud parecida al respeto.

Lapeyra es a veces irascible, pero el hermano mayor, completamente desequilibrado, lo es más. Cada gesto es una afrenta. Al ir a darle la mano, levanta los brazos alejándose. Ni una palabra, prohibida la sonrisa. Los dos hermanos, igual de fuertes, se parecen; pero el cuerpo simiesco de su amigo se estiliza en el

hermano mayor embelleciendo su fortaleza. Es asombrosamente alto, como si se hubiera quedado con la estatura que le falta a Lapeyra en sus indignas piernas cortas.

Las chicas lo reciben nerviosas, su amigo le ha dicho que a sus hermanas solteras les parece guapo. La más pequeña lo mira arrobada. Tal vez no se muestran suficientemente sigilosas como para mantener la calma. O su presencia es el detonante que pone en marcha la locura. En la mesa, el rostro de ojos dramáticos del hermano mayor mira desquiciado cuando comparten la tortilla de patatas, y él, de por sí poco hablador, no se atreve a decir una palabra. Se oye el ruido de los cubiertos y los cuerpos al comer. De repente, el hermano mayor dice: «Puta», como si escupiera, y la emprende a golpes con la hermana que le sirve otra ración de tortilla. La muchacha se cubre asustada la cabeza y deja de sonreír. Bernardino reduce al hermano lleno de ira, abre la carbonera y le pide que lo ayude. Se gana un buen golpe en la cara antes de que una gruesa cadena cierre la puerta metálica y esconda aquella oscuridad.

Cuando consiguen encerrarlo, Lapeyra y él salen a la calle.

—Pero... ¿se queda ahí? —pregunta Ramiro.

—Solo hasta que se calma —dice Lapeyra—. Si hace falta, toda la noche. Luego sale muy suave. —Y se ríe.

Entran a un bar donde hay mujeres de aspecto equívoco. Toman una cerveza y, después de convencerle de que los golpes de su hermano no han sido graves, su amigo se va. A medianoche, ve pasar una pareja en moto, la muchacha agarrada al conductor le ha parecido Angelines, pero no está seguro. Cuando llega a la casa silenciosa, ni siquiera su madre lo oye.

Ya en la cama, mientras se desliza por la pendiente del sueño, le cuesta abandonar las imágenes del día: el interior lóbrego de la chabola, la luz blanca de la cocina en la que el hermano de Lapeyra gritaba, la oscura carbonera y la visión veloz de la pareja en moto... Las escenas se mezclan con el dolor de la mandíbula. Ha sangrado un poco. El malestar físico contrarresta su dolor interior.

Toda su vida ha sido un solitario, pero durante once meses Angelines ha hecho suya la soledad de él. Ahora, eso ha acabado.

Lo ha dejado completamente solo. Trata de comprender cómo ha sucedido. Necesita saber que ella existe al fondo de su vida. Imaginarla sonriendo a otro le hace llorar. «Las relaciones de los seres humanos pueden ser violentas de muchas maneras», piensa, «no solo con la ira enajenada del hermano de Lapeyra.» Recuerda los patitos del parque siguiendo la estela de su madre, las franjas de luz difusa mientras Angelines hablaba: «Has leído hasta perder la cabeza. No llegarás a nada». Tal vez sea cierto. Aún la escucha diciéndole aquello. Las palabras son una oscura herida que le consume por dentro.

En las semanas siguientes no pasa un solo día sin que se acuerde de ella. Cuando camina por la ciudad, se fija en las parejas y sus paseos con Angelines se convierten en un único paseo borroso que se funde en su pensamiento. La primavera parece un insulto a su dolor, pero cuando llega mayo, se concentra en estudiar y el sufrimiento se retira como un rumor al fondo de su mente. En junio, las horas se apresuran: los apuntes, los exámenes, la novela... No queda espacio para más. «Quizás sea mejor así», se dice a sí mismo. El plan es dedicarse solo a escribir cuando acabe el curso y no tenga que mecanografiar apuntes.

No se siente satisfecho de lo que escribe, nunca consigue expresar lo que había soñado. Cuando la novela es un proyecto, vislumbra perfiles extraordinarios; cada personaje despega incontenible en su mente. Pero, al materializarse en la cuartilla, lo que tenía que decir se desdibuja. Al terminar, incluso algo antes, sabe que no era eso y empieza a pensar en otra historia mejor. Le ha sucedido tantas veces que se pregunta si algún día será capaz de escribir lo que sueña. Quizás no valga para esto, ese es su gran temor. Ha firmado su última novela, *Entre las siete y las ocho horas,* con otro pseudónimo, Whiter K. Adams. Romo P. Girca no le convence, tal vez no sea un nombre adecuado. Intuye que ni él ni Whiter K. Adams son el escritor que desea llegar a ser.

Solo tiene a su madre.

—Pero ¿de verdad te ha gustado? —le pregunta insistente, sobre su recién acabada historia de Whiter K. Adams.

Margarita G. Buded sostiene entre las manos la última cuartilla donde pone FIN. La víspera, nada más acabar *Entre las siete y las ocho horas,* le llevó una copia que su madre ya ha terminado de leer. Ahora quiere que ella le diga si Whiter K. Adams escribe mejor que Romo P. Girca.

—Sí, está muy bien.

—¿Cuál te ha gustado más? —insiste machaconamente—, ¿esta o la anterior?

—Las dos están bien. Sigue escribiendo —dice Margarita G. Buded.

No hay manera de sacarle nada más. Lo abraza.

Teme que su madre no sea objetiva, lo quiere demasiado. Pocas veces le señala algún defecto; se centra en incongruencias de la trama, o dice: «Es imposible que una muchacha lleve una falda blanca plisada en diciembre».

Nadie más lee lo que escribe, nadie puede ayudarlo. No se atreve a llevarle esta novela a Faustino. Con el final de curso está muy ocupado; además del trabajo en la Academia El Arenal, da clases particulares a ricachones en Neguri. Ni siquiera ha podido enseñarle el informe de la Editorial Zafiro sobre la novela que le animó a publicar.

Cuando acaba el curso, se concentra como nunca en escribir. Ha aprobado Maestría Industrial. Se acabó la Escuela de Trabajo. Ya ni siquiera va al cine. Se ha distanciado de Lapeyra porque se ríe de él. Está lleno de resentimiento, necesita ridiculizar a la gente y a Ramiro eso le hace daño. Ahora que han acabado Maestría, quizás dejen de verse para siempre.

El problema está en qué hacer para escribir mejor, no conoce a nadie que pueda ayudarle. Le ha propuesto a su madre visitar al tío Clemente para hurgar en su biblioteca, tal vez allí encuentre autores que le entusiasmen como Dickens. *Rebelión a bordo* le parece ahora infantil; aunque las escenas eróticas de los marineros en Tahití lo visitan cada noche.

Intuye que es difícil escribir sin haber leído buena literatura. Decide releer despacio *David Copperfield* tratando de averiguar qué lo hace tan especial. Estudia la primera página, el comienzo tan poderoso: «Si llegaré a ser el héroe de mi propia vida u otro ocupará mi lugar, lo mostrarán estas páginas...». Le parece que habla de su propia vida. Pero lo que más le gusta es cómo utiliza el humor, desde el primer párrafo: «Un detalle que no pasó inadvertido fue que el reloj empezase a sonar y yo a llorar al mismo tiempo». Decide ensayar un comienzo similar de su llegada al mundo. Después de varios intentos, consigue algo:

> Dicen que nací el 13 de setiembre de 1923, el día del advenimiento de la Dictadura de Primo de Rivera. La relación que pudiera haber entre este susto histórico y el parto de mi madre es algo no aclarado en la familia.

Lo guarda, tal vez en alguna ocasión lo utilice.

Logra leer analíticamente el primer capítulo, hasta que la señorita Betsey, la tía de David Copperfield que había asistido al alumbramiento, desaparece sin pronunciar palabra al ver que la criatura no es una niña, sino un niño. «Se esfumó como un hada descontenta.» Ese portazo final de capítulo le parece un golpe genial. Pero no tiene paciencia para seguir desmenuzando el texto, le atrapa el humor de Dickens, su capacidad de arrastrar a los personajes, lo arrastra también a él. La novela tiene tanta vida que empuja a pasar páginas: no puede salir de ella para saber cómo está hecha. ¿Cómo logra que los personajes hablen de verdad? Él nunca lo consigue.

—¿Otra vez leyendo la misma novela? —pregunta Margarita G. Buded, sonriendo.

—¡Dickens es tan bueno!, quisiera leer todas sus novelas.

—Ya tienes *Nicholas Nickleby* y *Los papeles póstumos del Club Pickwick,* además de *David Copperfield,* que acabarás aprendiéndote de memoria.

—¿Cuándo vamos a ver al tío Clemente? Me gustaría leer todos sus libros.

—Iremos, iremos..., pero ya sabes cómo es. Será difícil que te

deje más de uno. No sabe lo que tiene —responde su madre riendo —. No lee, su fe inquebrantable en los libros le hace creer que basta con tenerlos.

Continúa leyendo *David Copperfield*. Una hora después vuelve a su máquina de escribir: cuando ha aparecido la rolliza Peggotty, ha creído ver cómo compone Dickens una escena. Las acciones de los personajes y las descripciones son como cajitas ordenadas formando una figura, hay que encajarlas en un orden preciso, acoplarlas en cada capítulo. Y las figuras se apilan hasta formar una historia. No hay otro juguete tan perfecto, construir la trama es jugar a ser Dios. Decide transformar el cuento *Sola* en una novela. Escribe hasta la hora de cenar. Es el mejor momento, aún no ha vuelto a leer lo que ha escrito. La posibilidad de haberlo conseguido aguarda intacta hasta el día siguiente, cuando, al volver sobre el texto, todo se desmorona.

Su madre anuncia esa misma noche en la cena que ya ha hablado con la tía Amelia: el domingo por la tarde irán a visitar al tío Clemente. No sabe si tiene libros de Dickens, es posible. Pero tiene una noticia mejor: se ha enterado dónde hay una editorial que publica novelas policiacas como las que él escribe. Margarita G. Buded dice:

—Si quieres ser escritor, y ya lo eres porque no haces otra cosa que escribir a todas horas, el próximo paso es publicar: hay que centrarse en eso. Después ya se verá.

Y le pide el informe de la Editorial Zafiro sobre *Los crímenes del Victoria Park,* para llevarlo ella misma a la imprenta a la mañana siguiente.

13

Imprenta moderna

Aquel verano de 1944, con un título de Maestro Industrial a su nombre y sin una posibilidad inmediata de trabajo, su madre consiguió lo que él ni se había atrevido a soñar. Margarita G. Buded se presentó en la Imprenta Moderna de Bilbao. Publicaban una colección de quiosco de la Editorial Argos, y todo sucedió extraordinariamente rápido. Por la noche, su madre le dijo que buscaban autores, debía presentar al día siguiente una novela. Se encerró en su cuarto, Margarita G. Buded había insistido en que eligiera solo una, ella ya les había enseñado el informe elogioso de la Editorial Zafiro sobre *Los crímenes del Victoria Park*.

—Puedes llevarles esa misma —dijo su madre.

—Pero ¿es la que más te gusta? ¿Te parece la mejor? —preguntó él.

—Me gusta, sí. Pero tú tienes que decidir cuál es la mejor.

No había corregido *Los crímenes del Victoria Park,* los defectos que señalaba el informe le parecían ahora enormes.

Se encerró a revisar lo que tenía. De la serie del detective Warrem Dixon, firmadas por Romo P. Girca: *Los crímenes del Victoria Park,* 238 páginas; *Drama en el exprés,* 237 páginas; *Mis amigos los sospechosos,* escrita tan deprisa que no había puesto el número de página en el centro de cada cuartilla —abajo entre dos guiones—, como siempre hacía. *El misterio de la Pensión Florrie,* 292 páginas, y *El caso del Nocturno Reills,* 284 páginas. También policiacas, pero con el pseudónimo Whiter K. Adams: *El caso de la dama desmayada,* 212 páginas, y *Entre las siete y las ocho horas,* 238 páginas.

Además, tenía dos novelas del Oeste con el pseudónimo de A.

Montaine: *La caza de un hombre,* 249 páginas, y *Fred y Texas,* inacabada. Estaba escribiendo una novela inspirada en el cuento *Sola* para mandarla a un concurso, y, de sus primeros escritos, conservaba una farsa inglesa breve, *Tom y la vida,* y la tragicomedia *El testamento de Lady Stanford*. Dejó de lado estas últimas y descartó las del Oeste para concentrarse en las policiacas.

A las dos de la madrugada con todo aquel material extendido sobre el suelo, la cama y la alfombra, confundía las cuartillas de unas novelas con otras. Las páginas estaban numeradas, pero el título solo aparecía en la portada y había demasiadas hojas esparcidas. La costumbre de hacer cuatro copias con papel carbón, como para los apuntes de la Escuela de Trabajo que vendía, multiplicaba el despliegue. Contemplando aquel revuelo, pensó cuántas horas había empleado en aquella afición solitaria. Ordenó las cuartillas mecanografiadas en montones para que no se mezclaran unos títulos con otros.

Vencido por el sueño, cuando el reloj de péndulo dio las tres en la casa dormida, dudaba entre *El misterio de la Pensión Florrie* y *Entre las siete y las ocho horas*. La segunda era más literaria, aparecía un escritor que a su vez escribía una novela, Ferdinand Mull. Y Ferdinand Mull hablaba en muchas páginas sobre su trabajo. Se metió en la cama y leyó un diálogo. ¡Qué raro!, no recordaba haberlo escrito:

> —Usted todavía es joven y no es escritor, ignora los secretos del éxito. ¿Triunfan los verdaderos talentos? No. Yo se lo digo y créame. La mayoría del público no entiende un bledo de nada. Y no digamos del teatro y la novela. El público ve, ríe o llora, y aplaude. No le preocupa más que eso, reír o llorar. Si lo consigue, aplaude a rabiar: el autor que obre el milagro será para ellos un verdadero artista.
>
> —¿Y es su opinión que están equivocados?
>
> —Sí, esa es mi opinión. La verdadera obra no pugna por salir de nosotros en forma de carcajadas o lágrimas. Hace pensar. Pero tiene un pequeño inconveniente, que al público no le gusta. Comprende que es buena pero no gasta dinero en ella. No le hace expansionarse, más bien le cansa. Sin embargo, muchas de ellas poseen un hermoso argumento y la gente opina que se dejan leer o ver. Pero por lo que no pasa es por lo de pensar. Aquí fracasó el

> genio. No consiente que, dada la velocidad con que se vive en estos tiempos, se le entretenga. Bastante hacen con divertirse; no pueden admitir que esta diversión les haga cavilar después. Por eso el público gusta más de las obras sencillas, mediocres...

No sonaba mal, pero no estaba del todo de acuerdo. Los párpados le pesaban, involuntariamente saltó varios renglones:

> ... Aunque a Raymond no le interesaba mucho el asunto, le escuchaba en silencio.

Se quedó dormido con las cuartillas en la mano.

Cuando despertó, un lío de páginas invadía la habitación. Eran las nueve y debía estar en la imprenta a las diez. Mientras se vestía deprisa, decidió que *El misterio de la Pensión Florrie* se adaptaba mejor a una colección de novela policiaca.

Quince días después habían aceptado el manuscrito. Se presentó a firmar el contrato, un trámite necesario, según había explicado el dueño de la Imprenta Moderna, don Amancio, a Margarita G. Buded.

—¿Y dices que tienes más?

—Sí, tengo varias.

—Bueno, vamos a ver cómo va esta. Te pagaremos quinientas pesetas. Hay que firmar un contrato.

—Bien.

El contrato estaba preparado con el título de la obra: *El misterio de la Pensión Florrie* y el nombre del autor, Romo P. Girca. Apenas tuvo que leerlo. Solo firmar donde aquel señor que miraba como a través de una persiana, fijando sus pequeñísimos ojos en él, le indicó. Cuando ya se marchaba, don Amancio dijo:

—Vale, chaval. Ahora vete al estanco de la esquina a por una póliza de cincuenta céntimos para que sea válido.

Le extrañó tener que pagar cincuenta céntimos si iba a cobrar quinientas pesetas, pero no preguntó.

Llegó a casa subiendo las escaleras de dos en dos, a saltos hasta el cuarto piso. Su madre estaba en el dormitorio haciendo la cama. Le gustaba observarla moverse. Después de la guerra, con la escasez de dinero, ya no tenían chica. Margarita G. Buded pasaba

el escobón, trajinando del dormitorio al pasillo. De repente se detuvo en la alcoba estirando la colcha hasta que el dibujo quedó perfectamente centrado sobre la cama. Miró a su hijo que parecía esperar algo. Él dijo: «Voy a escribir como Dickens». Su madre le revolvió la coronilla del pelo riendo, como cuando era niño. Ninguno habló de lo que iba a cobrar, aunque les había parecido una pequeña fortuna. En menos de un mes, *El misterio de la Pensión Florrie* estaba en los quioscos.

Cuando vio publicada su novela, una impaciencia febril se apoderó de él. Le avisaron que cerraban por vacaciones, debía recoger cincuenta ejemplares en la imprenta como adelanto del pago. Don Amancio tenía en el despacho un paquete con papel de estraza atado con una cuerda. Se lo entregó con una sonrisita de ratón; sus ojos aún podían entrecerrarse más. No dijo cuándo cobraría las quinientas pesetas. A él le dio vergüenza preguntar.

—Bueno, aquí tienes, Romo P. Girca. Ya hemos repartido en los quioscos la mitad de la edición; el resto irá a Barcelona, desde donde la distribuirán a otras ciudades.

Al salir a la calle, la mañana luminosa de julio cegaba sus ojos. A pocas manzanas de Alameda de Recalde 25, donde estaba la Imprenta Moderna, abrió un lado del paquete sin deshacer el atadijo y sacó un ejemplar. Era la primera vez que veía su pseudónimo impreso. Le martilleaba el corazón. Se descubrió abriendo la novela, leyendo aquí y allá ansioso. Tuvo que pararse junto a un árbol, sentía un nudo en la garganta como si tuviera ganas de llorar, aunque no sabía por qué. Ya no podía hacer nada, volvía a mirar la portada una y otra vez: unas manos sobre un medallón suspendido en el aire dibujadas en tonos amarillos y naranjas. Su nombre en negro. No le parecía un gran dibujo. Se sentó en un banco de la plazuela de Gordóniz frente al portal. Miró las ilustraciones intercaladas cada dos o tres capítulos en tinta china. Eran mejores que la portada. También había un dibujo de página entera, firmado por un tal Carlos, que alargaba la grafía de su nombre para hacerla exótica. Las ilustraciones hacían alusión al argumento, allí estaban Ronald y Denis. También la señora Florrie... No eran exactamente como los había imaginado, pero

aquella era una novela de verdad.

Volvió a guardar el ejemplar en el paquete y compuso el atadijo. En menos de dos minutos lo deshizo de nuevo: no podía dejar de mirar su novela, abriendo al azar por cualquier página. La gente atravesaba con prisa la plazuela, iban a Rekalde o cruzaban la antigua calle Autonomía, ahora Gregorio Balparda, hacia Indautxu. Todos caminaban ajenos, no sabían que él tenía entre sus manos su primera novela. Dos niños jugaban frente al banco en el que estaba sentado. Al otro lado de la plazuela, una criadita los vigilaba con una labor entre las manos.

—Joooo, ahora yo soy el capitán y tú estás prisionero —protestaba el niño más pequeño.

—No, luego.

—Me lo has prometido.

—Vale, pues no juego.

—Nunca me dejas ser el capitán —lloraba, mirando a la muchacha, que apartó sus ojos de la costura—. ¡Lo has prometido, lo has prometido!

La criada se acercó cuando empezaron a pegarse.

—No os peleéis, daos un beso. —Y lo miró a él, mientras empujaba un niño hacia el otro.

El sol iluminaba con luz tibia el pequeño jardín. La chica rubia se agachó a la altura de los niños y aquella luz rodeó como un oro silvestre su pelo. El niño mayor se negaba, pero el pequeño besó inocente a su hermano. Le hubiera gustado levantarse, darle un libro a aquella muchacha y decirle: «Esta novela la he escrito yo».

Se acordó de los primeros meses, cuando, al conversar con Angelines y desvelar sus deseos, había hablado más que nunca. Entonces ella lo escuchaba. Aunque no le interesaba la literatura, parecía saber mucho sobre la gente. Mientras hablaban, se aclaraba algo en su interior, sus observaciones le obligaban a reflexionar en alto. Lo había despertado de sus años de soledad. Se enamoró de ella en aquellas conversaciones, o quizás se había enamorado solo con verla pasar bajo la galería.

La criadita se marchaba, los niños habían dejado de jugar. El

que mandaba no estaba dispuesto a dejar de ser obedecido. Cuando la muchacha recogió la costura, inclinó la cabeza con aquel gesto encantador que también hacía Angelines. Se miraron. Él abrió la boca para decir algo y volvió a cerrarla con su novela en la mano.

¿A quién daría los ejemplares? ¿Vendería alguno al precio de tres pesetas visible en la portada? Guardaría uno para Angelines. No entendía por qué a ella no le importaba el sueño que él soñaba desde niño. Cuando la conoció, había comprendido su propósito de abrir una tienda de moda con su amiga Regina y la había alentado. Era injusto que ella no le correspondiera. Se preguntaba cómo hacerle llegar la novela. Podría dejársela en la tienda de gabardinas. También existía la posibilidad de que descubriera el nombre Romo P. Girca, que Angelines sabía que era el suyo, al cruzar la Gran Vía y pararse en el quiosco. Ese argumento se daba a sí mismo mientras le invadía una gran impaciencia. Volvió a mirar la portada. No, no era buena. Entró al portal, quería enseñársela a su madre.

Cuando Pinilla Soldevilla vio la novela en la mesa, exclamó:

—Pero ¿por qué no has firmado con tu nombre?

—Se ponen pseudónimos norteamericanos para vender mejor —dijo él. Y le enseñó en la contraportada los títulos de otros autores: Cecil Hodge, Frank Gordon, Steve Davis, Fidel Prado, Austin Warren... *Los crímenes de la Pensión Florrie* era el número treinta y siete de la serie—. Todos son españoles. Esos no son sus verdaderos nombres —explicó.

—¿Y Fidel Prado? —dijo Pinilla Soldevilla—. No creo que esos falsos nombres ayuden a vender.

Pensó que él y su padre se llamaban igual; quería presumir con su propio nombre en una novela. Era lo único que le importaba. «Ni la ha leído, ni la leerá», pensó. Nunca leía lo que escribía; su hermano tampoco. Su madre era diferente.

Una semana después se acercó al quiosco de «la cheposita» en la plaza Circular. Tenía *El misterio de la Pensión Florrie* a la vista.

La cogió venciendo su timidez y se atrevió a preguntar:

—¿Qué tal se vende?

—¿La has escrito tú? —adivinó aquella mujer.

Dijo que sí con la cabeza.

—Si le hubieran puesto otra portada se vendería; pero con ese dibujo no se va a vender nada.

14

La vida de la gente

Desde hace dos semanas le parece que lo que ha escrito no tiene nada que ver con la vida. Ver la novela impresa ha sido un desencanto cruel, una prueba para su orgullo. No solo no tiene amigos ni es capaz de mantener a su lado a una muchacha preciosa como Angelines... Sucederá lo peor, tampoco será escritor. Ha decidido que ya no quiere escribir novelas policiacas ni del Oeste. Deja de leer las nuevas entregas de la Biblioteca Oro. Hay algo repetitivo y falso en ellas, una farsa involuntaria. Le gustaría hacer un libro que tenga algún valor. Se pregunta dónde buscar, se siente derrotado. Quisiera saber hablar a través de la escritura. Recuerda la emoción que le provoca leer a los autores que admira. El problema es que él no es un escritor auténtico, una fuerte presión le vacía el pecho como si le faltara el aire al pensarlo.

Un día, empieza a anotar conversaciones de la gente cogidas al vuelo en el tranvía. Recuerda las charlas del caserío Arrune como si las estuviera viviendo. Ve la playa, el porche, la cocina..., cada escena grabada en su mente como cuando estaba allí. Toma nota de ideas y pensamientos, se acostumbra a llevar un pequeño cuaderno en el bolsillo. Le gusta escuchar a las personas, observarlas como si formaran parte de una película. Se fija en cómo cuentan historias en el cine, ha empezado a ir solo. Saltan hacia atrás y hacia delante. Los ojos de un personaje, una mirada desenfocada, un cambio de luz... trasladan a los protagonistas en el tiempo. Algunas veces, las películas lo arrastran como las novelas que admira y, al salir del cine, camina por la calle sintiéndose flotar, deja de importarle cuanto hay alrededor, solo él sabe de lo que es capaz, solo él.

Una tarde, frente a su máquina de escribir, en el escritorio con cierre de persiana del despacho de su padre que ya puede usar, recuerda el suicidio de Fité. También entonces se había sumido en una profunda desesperación, como cuando Angelines rompió con él. Deseaba contar la historia de su único amigo en el colegio, escribirla; pero no fue capaz. Conocía pocas cosas de él, ninguna de las oscuras razones bajo la superficie de su vida. A su corta edad, Fité había vivido en muchas ciudades: Gerona, Barcelona, Madrid, Bilbao... No estaba seguro de si eran exactamente esas, pero su familia se trasladaba cada dos o tres años. Vivían así.

Dos domingos, después del día que fueron al monte juntos, Luis María Fité lo había invitado al chalé donde vivía. En su dormitorio, amplio como un salón, una gran ventana daba al jardín trasero, un largo estante prolongado hasta la pared sostenía un gramófono con discos. Fité los cambiaba cuando acababan, atento a la música, como si temiera el silencio que se obstinaba en mantener.

Al llegar, le había abierto la puerta una muchacha de servicio con un pulcro delantal blanco sobre un vestido negro. Aquel detalle le impresionó. Lo acompañó al cuarto de su amigo y desapareció. En aquel chalé parecía no haber nadie más que ellos. Tal vez la distancia entre las habitaciones o la música no permitían oír nada más. La sensación era de soledad. No hablaron mucho, escucharon un disco tras otro. Asombrosamente, Fité no tenía tangos. Aquella tarde escucharon música clásica, obras solemnes y distantes a pesar de su belleza, discos que no contaban ninguna historia. Su amigo lo miraba y callaba.

Cuando anochecía, abrió la puerta de la habitación una mujer. Vestía una túnica plateada recogida con dos anillas en cada hombro que, a partir de la cintura, se desplegaba en frunces de seda con brillo metálico. Sus zapatos parecían de bailarina. Era de una hermosura irreal. Al verla, no supo quién era. «¿Una amiga?» No sabía qué pensar, Fité no tenía hermanas. Se asomó un momento, indecisa. Parecía que se marchaba, pero introdujo un torrente de luz en la habitación al entrar. Acarició el pelo de Fité, lo miró unos instantes y, sin preguntar nada, aquella mujer frágil y

poderosa se aproximó a Ramiro y recorrió el perfil de su rostro con el índice desde el nacimiento del pelo hasta la barbilla tocando ligeramente su nuez. Se quedó sin respiración antes de tragar saliva. Aún resonaba el tintineo de los aros en sus hombros y un susurro de seda entre sus pasos cuando se marchó. La música había acabado.

—Mi madre —dijo Fité. Y, como si explicara algo—: Es escultora.

No volvió a saber de ella. Desapareció envuelta en su silencio. Pero, al intentar escribir sobre su amigo cuando murió, aquella imagen de diosa griega se precipitó en su mente. ¿Cómo le habría afectado el suicidio de su hijo? Con los años, no podía recordar el rostro de Fité, pero la luz flotando en el aire de la grácil figura de su madre con la que se asomó la belleza volvía.

Trataba de evocar la imagen de su amigo con los ojos cerrados, apoyando en silencio la frente en el escritorio de persiana, las manos sobre la máquina de escribir. Imaginó una escena en la que el toque prodigioso de la escultora, aquella mano que lo dibujó a él en el aire, le devolvía a la vida. Algo en la madre de Fité parecía venir desde muy lejos. Nunca había escrito escenas de fantasmas, pero decidió ambientar su relato más allá de la muerte.

Empezó a teclear, y la sombra fugaz de aquella mujer se mezcló con una imagen etérea de la virgen a la salida de la capilla el día de la muerte de su amigo. Allí estaba, como cada mes de mayo, con sus lirios de agua y sus pies desnudos. La vio al salir cuando Ispizua dijo que Fité se había matado, y pensó inmediatamente en la madre de su amigo. Él, que ya no creía en nada, creía en la belleza de la virgen azul a sus doce años. El impacto poderoso de la muerte había fundido escenas que pertenecían a universos distintos. No conseguía recordar el rostro de Fité, pero esa escena estaba grabada en su memoria.

Algunas imágenes le obsesionan. La vida de la gente. Tantas historias que guarda ahí para algo, como destellos entre sus deseos de escribir. El texto sobre Fité recogerá esa luz que guarda la armonía del mundo tratando de adivinar los sentimientos tras lo

que los simples ojos humanos pueden alcanzar. Sobre eso escribiría. En la oscuridad de la madrugada decide recuperar la biografía de Benjamin Franklin que devolvió al tío Clemente. Tiene anotadas unas pocas frases; pero se la volverá a pedir y la copiará entera. Leerá cada día un capítulo, lo aprenderá de memoria. Para escribir y sacar algo de nada necesita esa obstinación; construirá escenas como las del cine, llevándolas al lenguaje con paciencia de artesano. De ese mundo silencioso y solitario nacerán sus personajes.

A la mañana siguiente, sábado, Pinilla Soldevilla habla con su mujer a la hora del desayuno:

—Que pruebe. Hay que empezar desde abajo.

Se ha enterado de que hay un puesto de operario en un taller mecánico en la esquina de la calle Iparraguirre. Él conoce al dueño, le hizo un trabajillo para Trueba y Pardo.

—No sé si será lo más adecuado —dice Margarita G. Buded, sirviendo el café—, quizás así pierda alguna oportunidad como maestro industrial.

—Que pruebe al menos en verano, mujer, así ve lo que es trabajar —insiste Pinilla Soldevilla.

—Bueno, a ver qué dice él.

Él escucha en silencio como si hablaran de otra persona. No abre la boca. Su hermanito, que ha empezado los estudios de practicante como el primo Joseba y saldrá de rositas, ha soltado en mitad de una carcajada: «Serás un escritor mecánico».

—Puede pensarlo el fin de semana —dice Margarita G. Buded.

—¡Que ya lo he hablado, caramba! Que vaya el lunes a las siete de la mañana —replica su padre, llenando la dichosa pipa. Y se dirige a él, que ojea el periódico—: Tú te presentas allí y dices que vas de mi parte.

Su madre no ha podido hacer nada por evitarlo. Los motores, las turbinas, todo el universo del hierro tan ajeno a sus deseos va a

echársele encima.

15

Taller mecánico

Mira al encargado, Fidel. Observa cómo dos muchachos de su edad trabajan envueltos en una tristeza de lunes por la mañana, vestidos solo con un mono azul manchado de grasa antigua sobre la piel. De vez en cuando le lanzan miradas y se siente incómodo entre aquellos desconocidos. El dueño, el señor Elorduy, le ha dicho que espere, pero no está seguro de cuál es el propósito de esa orden. Lleva más de una hora allí en medio, mirando con el aire de quien no sabe dónde ponerse, ajeno al enérgico movimiento del taller, lejos de todo.

Por fin, Fidel, a quien el dueño le ha presentado, ha dicho: «Acércate, hombre, acércate que los motores no muerden», y lo saca de su ensimismamiento. El hombre, de mediana edad, lleva las ojeras del sacrificio en el rostro, pero sonríe como si estuviera conforme con él. Su sonrisa sugiere una fraternidad que parece invitarlo a la desdicha. Se pregunta si habrá en el taller algún anarquista como Tobías.

—Trae un mono mañana. Con esa ropa no se puede estar en el taller ni mirando —dice Fidel. Y lo empuja a un lado para que no se manche.

Llega Elorduy. Lo hace pasar a la oficina, un rectángulo de paneles de madera en una esquina del taller con una hilera de clavos: recibos, facturas y albaranes agujereados cuelgan de ellos como longanizas en una carnicería.

—Aquí llevamos la contabilidad del clavo —dice, como si respondiera a su mirada el señor Elorduy, un gordito calvo que administra el taller sin ruido, dejando el mayor peso en manos de Fidel.

Sentado bajo la bombilla, su calva reluce mientras le hace preguntas sobre lo aprendido en la Escuela. Él habla de mecánica y electricidad, como si respondiera a un examen. Elorduy mira atentamente sus manos finas.

—¿Así que eres hijo de Pinilla Soldevilla? —Y, sin esperar respuesta, dice—: Y quieres trabajar en esto.

—No sé, quiero probar.

—¿Crees que te gustará?

Tiene el buen juicio de ocultar que no le gusta nada:

—Eso espero —se escucha decir.

Elorduy se levanta, extiende el faldón de la camisa sin conseguir camuflar la barriga.

—Ánimo, haz lo que te diga Fidel. Cuando veamos lo que sabes, pensaré dónde encajarte.

Al día siguiente, Margarita G. Buded ha comprado un buzo y le prepara un bocadillo de tortilla. Por lo visto, durante unos días solo tiene que observar. A las diez, mientras come el bocadillo, mira con interés a estos hombres que aceptan la fatiga cotidiana. Su existencia le intriga como un libro sin abrir, la vida no puede ser esto, piensa.

Dos días después, Fidel dice:

—Pero ¿qué os enseñan en Maestría Industrial?

Ya está, ya se ha dado cuenta de que no sabe nada.

—Un poco de todo —responde ambiguo. Sus ojos asustados lo delatan.

Al final de la jornada, aunque solo mira, el taller lo absorbe. Fidel desconfía de su capacidad. Cada noche, llega a casa temeroso ante el día siguiente; su energía se disuelve en esas horas tensas, no le quedan ganas de escribir. Le falta convicción para ir cada día al taller y también para negarse.

El viernes por la tarde aparecen en el taller dos chavales del cercano Hotel Carlton con un compresor en una carretilla. Es un moderno equipo alemán con motor que ha dejado de funcionar. El señor Elorduy se acerca a Fidel con su calva reluciente.

—Necesitan una solución para el lunes.

Fidel lo mira haciendo un gesto con la mandíbula señalando

el compresor. Quiere saber si se atreve con él.

—¿El manómetro, el purgador..., por dónde empezarías? —pregunta.

Empieza a dar vueltas alrededor del compresor sin contestar, tratando de recordar su funcionamiento, lo observa con cautela. No es un equipo muy grande; algo en su superficie y sus formas le evoca a un jabalí metálico. Se queda más de una hora esperando salir de dudas, mueve una válvula teniendo buen cuidado de dejar cada cosa como estaba. Ha preguntado para qué se usa en el hotel, quiere calibrar el peligro de atreverse a tocarlo. «Lo usan para la cámara refrigeradora», ha dicho Fidel.

Media hora antes de cerrar el taller, el encargado se acerca con un muchacho jovencísimo.

—Qué, ¿cómo lo ves? —pregunta Fidel, con aparente avidez, sin confiar en su respuesta.

Le presenta al chaval, Francisco Bengoa, un chico inteligente, capaz. Ha oído hablar de él durante la semana. Tiene catorce años. Es delgado y huidizo, parece desconfiar del mundo de los mayores del que forma parte prematuramente. Sus padres viven en Dos Caminos, él vive de patrona, no se habla con su padre. Ha oído hablar de Bengoa a unos y otros. Valentín, un muchacho de la edad de Ramiro, dijo el martes mientras se ponían el buzo:

—Ahí se vestía Paquito. Lo han fichado unos talleres automáticos que pagan mejor. Es un lince. —Y miró la puerta del taller, como si por allí hubiera escapado un felino.

Ese mismo día, a la hora del bocadillo, habló del eslogan de Talleres Modernos: «El futuro es automático»; allí se había marchado Bengoa, al que todos parecían admirar, tal vez por su juventud. «Entiende los motores como por instinto», dijo Fidel el jueves. «Es electricista, pero también mecánico. Sabe de todo.» ¡Ah, era eso! Ahora, Fidel le ha pedido que eche un vistazo al compresor.

Con sus gafitas de montura dorada y su cara de empollón recién salido de la escuela, Francisco Bengoa se ha presentado en Talleres Elorduy a recoger un baúl en el que guarda libros. Siempre está consultando sus cursos de Electricidad y Mecánica que ha

estudiado por correspondencia.

Bengoa, al que todos llaman Paquito, se acerca con un libro; mira como si auscultara el interior del compresor, acaricia su superficie pulida, toca dos puntos concretos, abre una válvula, siente la presión; suelta un cable, mueve algo. Parece que no ha hecho nada. Vuelve a poner el cable, cierra la válvula, da al interruptor. ¡Ya funciona! Lo ha arreglado en diez minutos. Él baja los ojos y se hace a un lado para escuchar cómo felicitan al chaval.

Al salir del taller, el atardecer estival prolonga las horas de luz y los árboles de la calle brillan con una viveza extraordinaria. Siente una estéril rabia contra el mundo. Nada más llegar a casa, entra a su cuarto y se sienta sobre la cama sosteniendo la cabeza entre las manos como si estrujara su pensamiento. ¿Es que no es capaz de nada? Se siente humillado. Piensa en su nuevo fracaso. No sirve para trabajar en esto, siempre lo ha sabido. Además, es un mal escritor. Se pregunta si habrá algo que sepa hacer. Está seguro de que le van a decir que no vuelva a Talleres Elorduy, ¿qué futuro le espera?

Abre al azar la autobiografía de Franklin que su madre ha vuelto a pedir al tío Clemente: «Deseaba agradar a todos y como tenía poco que dar daba expectativas», lee. Hablaba del socio de Franklin, Ralph. O tal vez del bribón Riddelsden. Está tan abrumado que no consigue centrarse en lo que lee. ¿Es él tan inconsistente como ese personaje? Qué poco había aprendido de aquel gran hombre que creía en la autodisciplina, en el arduo proyecto de perfeccionarse. Pero ¿en qué se había esforzado él para labrarse su propia suerte? Notó un dolor en las sienes que nacía de su preocupación, de la vergüenza por su mediocridad.

Cuando su madre lo llamó para cenar, al ver que no salía, entró en su cuarto. Lo encontró mirando la pared como si en ella se abriera una ventana hacia un lugar remoto. Lo miró preocupada.

El sábado a mediodía, el señor Elorduy lo llamó a la oficina, le dio

un sobre con la paga semanal y dijo: «Hasta el lunes». No esperaba ese aplazamiento. Miró el taller, la oficina con papeles colgados en clavos. Entonces, aún no sabía que se marchaba para siempre. Había dejado los guantes manchados de grasa y las herramientas que le habían confiado en la taquilla de madera despintada que había pertenecido a Francisco Bengoa; todo, salvo el buzo que llevaba a casa para lavar. El baúl había estado allí desde el primer día. Cuando el chaval lo abrió el viernes para consultar algo del compresor, se quedó pasmado. Al ponerlo vertical, contenía dos hileras de estantes, una en cada hoja, llenas de libros. La pequeña biblioteca móvil le pareció una obra de arte. Bengoa dijo que él había diseñado el baúl; aquel muchacho no carecía de imaginación. Cuando se marchaba, lo vio arrastrarlo sobre una carretilla tirando de un asa como si hubiera incorporado la carretilla al baúl. Lo subió al coche de Fidel, quien iba a acercarlo a casa de su patrona.

Ese sábado, cerca del portal, con el buzo en la mano, se encontró con Bernardino Lapeyra, caminaba hacia Zabalburu.

—Me han dicho que en la Escuela de Náutica de Barcelona convalidan muchas asignaturas de Maestría para Maquinista Naval —dijo Lapeyra. Y, señalando el buzo que traía envuelto en un papel para lavar, preguntó burlón—: ¿Tú de mecánico?

—Creo que la mecánica no es lo mío.

—Voy a Barcelona para el examen de setiembre la próxima semana. Un amigo de mi padre marino dice que estudiar Náutica es una buena oportunidad. —Lo miró riéndose—. Pero ¿cómo se te va a dar a ti bien la mecánica, Torrija?

—No es lo mío —dijo sin atreverse a contarle el rotundo fracaso del compresor.

—Son dos cursos para maquinista naval y luego prácticas, con las convalidaciones enseguida nos dan el título —explicó Lapeyra.

Al despedirse, insistió: «El examen es un coladero».

Durante la comida, Ramiro cuenta los planes de su amigo Lapeyra y Margarita G. Buded es la única que lo escucha interesada.

Después, cuando su madre cose sobrecitos de tela para los

envíos de muestra de Trueba y Pardo, están solos en el comedor; ella pedalea en la Singer, él ni siquiera ha sacado la máquina Underwood. Piensa que la rutina del taller aplasta su voluntad de escribir. Además, acabarán echándolo, está seguro. No sabe cómo decirle a su padre que no sirve para trabajar en el taller. No tienen dinero. Contempla el cuadro *La Venus recreándose en la música,* de Tiziano, lo mira en silencio. El abuelo Evaristo veneraba a la abuela Elisa Soldevilla, que murió joven en Madrid, y siempre decía que aquella imagen desnuda se parecía a su mujer. Cuando él era niño, imaginaba que su abuela se paseaba desnuda por la casa y por eso su marido la quería tanto.

Ahora mira el armario de vitrina en el que guarda los libros perfectamente ordenados, mira *La Venus* de Tiziano parecida a la abuela que murió antes de que él naciera y, probablemente, nunca había paseado desnuda por casa como imaginaba. Ni siquiera tiene deseos de escribir, no puede. Saca del bolsillo el sobre con el dinero que ha cobrado en Talleres Elorduy por la semana de trabajo. Se lo da a su madre.

—No tienes por qué dármelo —dice Margarita G. Buded.

—Sé que no me lo has pedido. Soy yo quien te lo da.

—Me gustaría que seas feliz, hijo mío.

Él mueve los labios sin atreverse a decir nada. Ante esa mirada que adivina lo que siente, traga saliva. En la larga tarde de verano, sus ojos se desplazan por los objetos sin detenerse: la pequeña chimenea, el armario vitrina, la máquina de coser... Todo está allí y es como si él no perteneciera a ese lugar. La habitación parece cambiar de tamaño: *La Venus* de Tiziano le devuelve la mirada desnuda. Todo escucha.

Por fin confiesa a su madre lo sucedido con el compresor. Siente un gran alivio. Su desgracia no parece tan terrible cuando Margarita G. Buded ríe al contarle cómo miraba al compresor. Al oírle hablar del precioso baúl biblioteca y del chaval que lo ha construido, su madre dice: «Será superdotado». Él asiente con la cabeza.

—Nunca seré un buen mecánico —dice compungido.

Ella no parece sorprendida.

—Ya aprenderás, nadie nace sabiendo.

Empieza a intuir que ha dejado Talleres Elorduy para no regresar. Siente pena al ver la cara de su madre cuando dice:

—No voy a volver.

—Hijo, quiero lo mejor para ti. ¿Y qué vas a hacer?

—No lo sé.

Le gustaría poder demostrar el sentido de su trabajo, dar coherencia a ese afán por escribir de tantos años, un deseo que le pertenece solo a él. Sabe que tiene que trabajar, no es un vago, y, sin embargo, se siente lleno de incertidumbre. Su madre lo observa con una media sonrisa triste.

—Quizás deberías hablar con Lapeyra a ver qué es eso de maquinista naval y cuánto cuesta la academia de Bilbao para estudiar por libre en la Escuela de Náutica de Barcelona. —Y, mientras lo dice, guarda el dinero en una caja metálica—. Yo hablaré con tu padre.

«Eso quería escuchar», piensa aliviado.

16

Verdes valles

Esta tarde llena de expectativas sobre el futuro, Ramiro ha decidido regresar a Getxo, quiere ver con sus ojos de veinte años qué queda de aquellas sensaciones que nacían con el verano y se apagaban con él. En el tren, ve pasar el paisaje y se pregunta qué encontrará ahora donde el horizonte soltaba las mañanas en el instante mismo en que abría los ojos, dejando sobre la tierra el caserío de Arrune, las últimas ruinas del barrio del Castillo, los verdes valles, la playa de Arrigunaga.

El trayecto de diecisiete kilómetros le ha parecido asombrosamente largo. Camina despacio desde la estación de Algorta, cada paso lo acerca al caserío, lo aleja de sus recuerdos. Al principio, en Arrune, no lo reconocen. Después, cuando lleva un buen rato sentado en el porche, Jesusa dice:

—A Juanito, no ves hoy, ¿eh?

Escuchándola rememora ese idioma de los aldeanos que, abandonando incómodos el euskera, se aventuran con su sintaxis enigmática en una lengua que no es la suya. Se esfuerza en comprender: su amigo ha empezado a trabajar en una fábrica de tejas de Berango, llega a Arrune cada noche a las diez. Por eso no podrá verlo, él tiene que coger el último tren, el de las nueve, si quiere regresar a Bilbao. Eso ha dicho Jesusa con muchas menos palabras.

A lo lejos, Vitorina lo mira extrañada. Cuando descubre quién es, deja los aperos de labranza y le habla sin un saludo:

—Quieren tirar Arrune. Construir malditos pisos. —Y suelta la azada en las piedras del portalón.

—Columpios —añade Rosario, que asoma tras su hermana

con un cesto de hortalizas. Lo dice con la misma voz alarmada que si dijera naves espaciales.

Al escucharlas, se siente dominado por una gran melancolía. Ahora empieza a entender por qué ha encontrado a la aldeana *larri,* mustia. Lo había atribuido al paso impenitente de los años, pero algo peor la acecha: el mundo se mueve más aprisa que ella y le quitan el sitio de todas las cosas. Aún no saben cuándo derribarán el caserío, los dueños lo van a vender, dicen. Juanito y toda su familia —que vive aquí desde hace tres generaciones— deben abandonar el caserío de más de dos siglos que sus abuelos habían arrendado por una miserable cantidad. «Han dicho los amos», es su única explicación. Las mujeres no hablan de otra cosa, miran desconcertadas. «Han dicho los amos», repiten. Los días de verano reviven en su mente. No mira el entorno, se mira a sí mismo, al niño que fue cuando Getxo era el paraíso.

Jesusa, envejecida por esta última afrenta, suspira demasiado. Su mirada furtiva espera en el banco del porche; él mira la piedra sobre la que el patriarca de los Uribe Bilbao apoyó la cachava el día que Ramiro cumplió nueve años. Lo celebraban con chocolate con churros y el abuelo de Juanito, aquel anciano monumental que dominaba el portalón con su altura y sus pisadas macizas como zarpazos de un Dios, le dijo: «Mírala, un día te sentarás ahí con ellos». Alguien llamó años después a aquel tocho de granito «Piedra de las generaciones».

Siente cómo las mujeres lo observan. Vitorina se retira a preparar la cena, Rosario la sigue. «Tirar todo», dice Jesusa con su mano extendida para abarcar el cañaveral, los frutales, las higueras... Después, la junta con la otra, como si rezara: «Los amos», cavila entre suspiros. En esas manos se puede ver el trabajo, la edad. Observa a esta mujer: su lengua, sus costumbres, sus frases llenas de elipsis. Su silencio.

A través de la puerta abierta alcanza a ver un ángulo de la cocina, mira a Vitorina remover la fresquera. Cuando le traen la chuleta para cenar, lo comprende. Ha preparado una cena distinta para él, no lo considera de casa. Para ellos, porrusalda y tortilla; para él, chuleta. Esa distancia. Ha sacado de la fresquera una

chuleta reservada para ocasiones especiales y domingos a mediodía, nunca para cenar. Un gesto definitivo.

Se queda absorto en el movimiento de la cocina, acariciando la madera. Mira la mesa donde todos ocupaban sus sitios de costumbre a las horas de las comidas, el hule agrietado deja a la vista las tablas. La mesa cuya madera blanca, de tan lavada, muestra hendiduras negras entre los tablones, restos de comida de personas que ya no están, negras uniones de tiempo y madera. La mesa más fuerte que ellos, más grande que ellos. Hecha por el abuelo del abuelo con las mismas herramientas con las que Juanito trabaja sobre el tosco banco de carpintero que aún está en el desván, con tantos años como el propio caserío. La madera.

Cuando sale hacia la estación, la impaciente oscuridad que envuelve Arrune lo alcanza. Desde lo alto de Cuatro Caminos se detiene a observar, ningún ruido rompe la cadencia de su pensamiento. Contempla las higueras donde ha trepado desde que comienzan sus recuerdos. Siente el frescor de la hierba, la tierra saturada de perfumes fértiles. El olor de las higueras en setiembre le parece la fragancia de la vida misma. El cielo cobija como una cúpula la aparición de las estrellas. A lo lejos, el ruido del mar golpea el silencio. Recuerda como en una película el escenario de su vida. Estos verdes valles bendecidos por los rumores de la naturaleza son el lugar en el que quiere estar. Y seguirán aquí cuando no esté. Cierra los ojos para recordar aquellos veranos lentos de la infancia, cuando cada día era la eternidad.

En el tren, al volver de Getxo, siente que este es el viaje definitivo a Bilbao. No, no fue a sus catorce años en la guerra. Ha oscurecido y ve pasar casas, huertas y caminos entre las sombras de un sueño antiguo huyendo por la ventanilla. El regreso es ahora. Recuerda con los ojos cerrados aquellos años que ha perdido para siempre. Está viendo, como si las tocara, quisquillas inquietas en una redeña; golpean la red, cosquillean entre sus dedos; una *eskarra* se mueve en la mano tímida de Juanito, que, a su lado, llena de sombras el sol que ilumina la playa. Ahora están en el porche jugando a las cuatro esquinitas con las chicas del caserío, viene Poteto con Pepín, empiezan a jugar a seis. Lo está guardando

todo, cada minuto, cada respiración, la luz cambiante refleja los colores del verde. El atardecer brilla sobre el cañaveral; tumbado en la hierba, ve un *aliota txikia* mirándolo desde allí. Todo, todo. También el monte Alicante, donde María Luisa le habló. Cierra fuerte los ojos, nada puede escaparse. No dejará que eso suceda. Le gustaría no llegar a destino, pero el tren se detiene en la última estación. Al llegar a Bilbao, una señora limpia el vagón y mueve con una escoba sus pies creyéndolo dormido. Camina así hacia casa, como si alguien lo barriera.

Margarita G. Buded quiere saber dónde ha cenado, él está allí solo a medias, la otra mitad sigue en Getxo. Le cuesta darle la noticia: «Van a tirar Arrune». Ella dice: «Lo imaginaba, tu padre probablemente lo sabe». Se pregunta a sí mismo qué esperaba de esta visita. La ilusión de ser uno más del caserío se desvanece. Se creía como Juanito, su mejor amigo; como María Luisa, su primer amor. Un pensamiento nítido le recuerda que solo había sido un veraneante, esa palabra de la que se creía a salvo... No ha podido evitar convertirse en uno de ellos. Un veraneante. Siente que ha sido un iluso. Todos lo sabían. No importa que Arrune no exista, él vivirá en Getxo. Getxo será su lugar.

A Margarita G. Buded no le sorprende que Juanito trabaje fuera de casa:

—Se están preparando para cuando no tengan el caserío —dice. Su madre intenta consolarlo—: Era ya muy viejo. Se estaba cayendo, hijo.

A Ramiro le resulta imposible imaginar a su amigo lejos de Arrune, un instinto lo vincula a la naturaleza, a la tierra de Getxo.

—Y, cuando el caserío no esté, ¿dónde vivirá Juanito? —pregunta.

Su madre lo mira en silencio. Sus labios entreabiertos se cierran poco a poco. Los aprieta negando con la cabeza como si acompañara su aflicción.

Él se pregunta si su amigo llevará su pajita en la boca allá donde vaya para marcar los esfuerzos de su mano zurda. Si encontrará un lugar para el tocho de madera heredado del abuelo. «No sé, ahí anda», decía Jesusa si alguien preguntaba por su hijo.

Y miraba al techo, al taller de carpintero en el camarote de Arrune donde el pequeño de la familia lo arreglaba todo y, de niños, hasta ensayaban la muerte. Juanito, tímido como él, con ese mundo interior secreto, capaz de fabricarse su propia vida con la madera.

17

La mar, el mar

En Getxo había una manera infalible de distinguir a los veraneantes de los nativos según cómo dijeran una palabra: la mar, el mar. Cuando empezó el curso en la Academia de la Escuela de Náutica, en Bilbao, mencionaban el mar a todas horas; eso en Getxo hubiera sido una ofensa, tan ofensivo como poner en duda la existencia del Negro, el congrio gigante que los más avezados pescadores de la ribera aseguraban haber visto al menos una vez en la vida. Los verdaderos marinos, los pescadores auténticos y cualquiera que se hubiera criado a orillas del Cantábrico, decían la mar. El mar era de niñatos, de maricones, de veraneantes.

Eran tres: él, Lapeyra y Galán. Galán apareció montado en su bicicleta negra y pronto se hizo su amigo. Vivía en Munguía y recorría pedaleando los veinte kilómetros que lo separaban de Bilbao. Y otros tantos de vuelta.

Lapeyra ponía mote a todos, estaba lleno de talento para eso. Había practicado desde niño. Cuando conocía a alguien no soltaba su presa ni descansaba hasta dar con el apodo perfecto. Las primeras semanas que apareció Mauro Galán por la Academia de la Escuela de Náutica llegaba en bicicleta. Traía un aire desmadejado que tanto caracterizaba su manera de estar en el mundo sin restar elegancia a su cuerpo esbelto. Al principio, uno creía que era por su despreocupación al manejar la bicicleta, como si formara parte de él. Pero también mantenía un caminar lábil cuando se bajaba de ella. Llegaba siempre tarde y ataba la bici con una cadena a un poste junto a la puerta; después, se acercaba al aula con su andar deslavazado.

A primera hora daba clase don Mariano, un hombrecillo

gallego y puntual que no permitía a los alumnos entrar cuando había empezado. Su clase era a las ocho. El primer día, Galán asomó a las ocho y cuarto y fue a sentarse al final del aula. Fue expulsado de manera fulminante:

—Y ni siquiera pregunta si se puede —dijo don Mariano indignado. Le explicó que allí no se podía presentar uno a cualquier hora.

—¿Se pueden? —preguntó Galán a la mañana siguiente, disculpándose porque había tenido un problema con la bici.

—«Se pueden», no. ¿Se puede? —recalcó didáctico don Mariano. Pareció conmoverle que Galán viniera de tan lejos—: Adelante —concedió.

Aquel saludo matinal se convirtió en la cantinela de todas las mañanas. «Se pueden no, se puede», decía por enésima vez don Mariano, moviendo con brío su cuerpo rechoncho. Cuando Galán asomaba por la puerta repetía el mismo «¿Se pueden?» dirigido a don Mariano, como si fuera incapaz de decir «¿Se puede?». Estaba claro que se reía de él.

Un día, Galán se presentó con un cristal atado al maletín de la bicicleta sobre una tabla, protegido por una manta. La víspera, había roto la ventana en clase de don Mariano y, según las normas, debía pagar el cristal. Se movía como si le sobraran brazos y piernas, como si se le desencajara alguna articulación. Parecía un milagro que no tuviera más accidentes, que no rompiera más cristales. Al verlo, don Mariano se ajustó el cuello de la chaqueta como si le molestara. Lo miraba muy serio mientras la clase reía.

Después del «Se pueden» de rigor, Mauro Galán pasó con la bicicleta y el cristal al interior del aula. Ante el estrado, con su postura indolente, esperó la respuesta de don Mariano y explicó:

—Es por los chavales. Si dejo fuera el cristal, lo rompen, y me ha costado equilibrios traerlo.

El bueno de don Mariano tenía cada mañana la dimensión de su fracaso midiéndose ante Mauro Galán. Aún no lo había dejado por imposible.

Desde el día del cristal, Lapeyra bautizó a don Mariano «Se pueden», encogiendo frenéticamente el cuello dentro de la camisa

al imitarlo, y a Galán lo llamaba «Equilibrios».

A mitad de curso eran tres amigos: Torrija, Equilibrios y Bernardino Lapeyra. A veces, iban al cine; otras tardes, se encontraban en casa de Ramiro. Estudiaban poco, se reían mucho. El nombre de «Cholo» se lo puso Galán a Lapeyra. Entre ellos se llamaban con aquellos apodos.

A final del primer curso se disfrazaron de los hermanos Marx. Galán bordaba la imitación de Groucho. Era un excelente imitador, menos hiriente que Lapeyra, porque no disfrutaba ridiculizando a los demás ni practicaba el sarcasmo que Ramiro odiaba. Con Lapeyra, todos temían ser objeto de sus burlas en cuanto se daban la vuelta. O incluso sin dársela.

Aquel día, después de la fiesta en la Academia de Náutica, se dirigían a Gordóniz, donde Margarita G. Buded recibía a los amigos de su hijo con la merienda y les dejaba intimidad. Galán aparcaba su bici negra en el portal y se ganaba el afecto de la familia Pinilla con su simpatía e ingenio; Lapeyra era ya un viejo conocido.

Camino de casa, disfrazados de los hermanos Marx, la gente los miraba. A aquella hora se vaciaba el colegio femenino de las Carmelitas de Indautxu. La alegría risueña de las colegialas fuera de clase invadía con sus uniformes de faldas tableadas las calles próximas a la plaza. Tres muchachas llegaron hasta la antigua calle Autonomía, parecían del último curso, eran ya unas señoritas. Él había coincidido con las tres varias veces en el trayecto a casa: dos eran rubias, y la tercera, morena, tenía unos enormes ojos claros llenos de misterio. Se aproximaban por la acera y la de los ojos azules se quedó mirándolo. Cuando llegaron a su altura, Galán, aficionado a las acrobacias, hizo una voltereta lateral. Lapeyra sostuvo la bicicleta haciendo barrera. La chica de ojos azules lo miraba a él como pidiendo ayuda ante aquellos locos. Imaginó que estaba ante un gran peligro y corría a salvarla. La escena acababa en un impetuoso abrazo.

Había heredado el cuerpo de su padre y no era mal parecido, pero se movía con inseguridad. Para el disfraz llevaba una elegante gabardina de Pinilla Soldevilla. Galán, decidido a mantener

cautivas a las chicas entre la acera y la pared, interpuso la bicicleta. Las gansadas de Lapeyra y Galán, ensayadas para la fiesta, captaron la atención de aquellos ojos azules y él notó que la chica ya no lo veía. Imaginó que las muchachas rubias eran hermanas, y la que le gustaba, hija de la portera del edificio en que vivían las tres: su uniforme era más pobretón, sus zapatos estaban gastados y llevaba sus libros atados con una simple goma. Recordaba haberlas visto salir del mismo portal. En su imaginación, huía de la escena con la chica de ojos azules mientras Lapeyra y Galán seguían con su parloteo. El mostacho exagerado de Galán, sus cejas enormes y el puro, habían conseguido una caracterización perfecta de Groucho. Lapeyra no estaba mal como Chico y él hacía de Harpo, el mudo.

Estaba abstraído en su huida imaginaria —que no sabía por qué era en un majestuoso caballo— cuando Lapeyra preguntó:

—¿Podemos llevarlas a tu camarote? —Y, sin esperar respuesta, respondió él mismo, burlón—: Como es mudo, no puede contestar.

Galán arqueó una ceja, hizo una doble voltereta lateral. La chica de ojos misteriosos preguntó en tono íntimo:

—Ah, ¿es mudo?

Y volvió a fijar sus inalcanzables ojos en él.

Algo en su manera de decirlo hizo reír a sus amigos mientras él sentía su cara encenderse, como cuando era niño.

—Ahora le ha dado la alergia —siguió Lapeyra, alimentando la risa a costa del dolor de su amigo que conocía bien. Un rato después, dejaron a las colegialas libres tras preguntar sus nombres. Él quedó al margen de aquel intercambio.

En el comedor de Gordóniz, Pinilla Soldevilla fotografió a sus amigos disfrazados de los hermanos Marx, riendo junto a la chimenea. Ramiro no quiso posar para la foto. A nadie pareció importarle. Lapeyra y Galán se habían hecho amigos y ahora lo dejaban de lado. Sentado en un extremo de la habitación, los contemplaba mustio, alejado de todo.

Los detalles de la escena con las colegialas volvían a su mente. Se encerró en un silencio tan mudo como el de Harpo Marx.

Horas después, cuando sus amigos se marcharon, cavilaba en su absurda vergüenza frente a aquellos ojos azules cuando Lapeyra se rio de él. Poco se podía hacer. No había esperanza en cambiar a Lapeyra. Él deseaba escribir; Mauro Galán quería ser oficial de máquinas para manejarlas con su gracia de equilibrista; pero ¿qué deseaba Lapeyra? Nadie lo sabía. Fumaba compulsivamente y malgastaba su ingenio ridiculizando a cuantos se cruzaban en su camino.

Un día, el director de la Academia, el Kennedy, lo sacó a la pizarra y, ante su evidente gesto de desprecio, dijo: «Usted, Lapeyra, siga insultando al mundo, siga..., que, al final, el mundo lo insultará a usted».

La Academia de Náutica ofertaba tanto a los aspirantes a oficiales de la Armada como a pilotos de la Marina Mercante, clases de Cosmografía, Mecánica y Máquinas, Estiba y Meteorología, Trigonometría, Navegación y Maniobras... Un capitán de la Marina Mercante, maestro de Náutica y Matemáticas, ejercía de director. Tenía familia en Norteamérica —una tía suya se había casado con un oficial de la Armada estadounidense—, y él pasó en Nueva Jersey su adolescencia durante la Guerra Civil española. Admiraba la forma de vida americana y hablaba de una famosa familia de origen irlandés, los Kennedy, con reverencia. Su manera de peinarse, impregnando de brillantina una onda, imitaba al aviador naval fallecido en Inglaterra durante la Segunda Guerra Mundial. Aquel año de 1945, la Armada estadounidense había dedicado un gran destructor con modernas instalaciones al difunto oficial Joseph Patrick Kennedy. El profesor había traído a la Academia una revista extranjera en la que aparecía el buque *USS Joseph P. Kennedy* DD-850, fotografiado con todo lujo de detalles, una publicación que su tío le había enviado desde Estados Unidos. El interior de la sala de máquinas, los camarotes, el puente de mando, la cubierta, todo fotografiado al detalle en páginas desplegables.

Más que una revista parecía una maqueta en papel. Durante las horas de náutica el director se refería continuamente a aquel barco. Un día, olvidó la revista en el aula y los alumnos se acercaron a contemplar los planos. Cuando regresó al aula a por su revista, Lapeyra le puso el mote.

El Kennedy tenía carisma y era respetado tanto por los que iban para maquinistas como por los que estudiaban para piloto. Entre sus frases lapidarias tenía un dicho estrella: «Pensé que y creí que, parientes de *Tonté* que», con él callaba a los alumnos si titubeaban en alguna respuesta o se excusaban por no haber resuelto un problema. Lapeyra repetía la frase en cuanto lo veía aparecer. El Kennedy y el director de la Escuela Oficial de Náutica de Deusto eran uña y carne.

La de Bilbao era una de las cinco Escuelas de Náutica oficiales a las que se les había concedido la facultad de examinar y dar grados: las asignaturas se agrupaban en tres años para los pilotos y dos para los maquinistas. Ramiro había aprobado el examen de ingreso como alumno de la Sección de máquinas de la Marina Mercante el 22 de setiembre de 1944. En su carnet n.º 699, figuraba con su nombre compuesto, Felipe Ramiro.

Además de máquinas, herramientas y diverso material pedagógico, en el espacioso solar de la escuela con zonas ajardinadas para esparcimiento de los alumnos, tres detalles daban un aire inequívocamente marinero al recinto. Había un palo de mesana con equipo de jarcia encastrado en una sólida fogonadura de hormigón. Setenta años después, cuando la escuela hacía décadas que se había trasladado a Portugalete, aún estaba allí. También había una rosa de los vientos, una rosa náutica dibujada sobre el rosetón botánico que marcaba los rumbos en un círculo a su alrededor. Y, cruzando la carretera, en un pequeño embarcadero, dos rudimentarios pescantes servían para arriar y virar una trainera con la que los alumnos hacían prácticas de remo en la Ría.

El Kennedy y el director de la Escuela Oficial de Deusto luchaban por investir aquellos estudios de dignidad. Aspiraban a poner la Academia y la Escuela de Náutica a la altura de sus

expectativas: querían que los futuros oficiales de Bilbao emularan a los marines norteamericanos. Se desesperaban: «Pensé que y creí que...».

18

Volver

Era la segunda primavera que pasaba sin Angelines, y algunos días, a la hora tranquila del atardecer, se apoderaba de él una melancolía insoportable. Con la belleza de la nueva estación, las muchachas parecían aún más hermosas, se descubría rastreando sus pasos, acariciando con la mirada sus senos palpitantes. Una tarde de primeros de mayo, paseaba a un lado y otro de la Gran Vía y sin darse cuenta se acercó a For. Desde el escaparate vio a Angelines mirarse en el espejo lateral y le pareció a punto de besar su propia imagen. Ante aquel gesto, se paró a observarla: solo se estaba arreglando el pelo. Había modificado su peinado tras observar la fotografía de una actriz, según le confesó tiempo después. Se lo había retirado en una onda sobre la frente con un resultado de lo más favorecedor. No recordaba lo guapa que era. Le pareció que sabía que la observaba, pero no le devolvió la mirada; se marchó por la Gran Vía pensando que el mundo era mucho más excitante al lado de las mujeres. De repente, oyó que lo llamaban. Angelines había salido tras él.

—Espera, salgo en unos minutos —dijo, con aquel gesto duro en las comisuras de los labios. Y volvió a la tienda sin dejarle decir palabra, como si le hubiera dado una orden.

Se sintió ridículo esperándola, pero fue incapaz de marcharse. Minutos después, salió con su amiga Regina, que, al llegar a la plaza Elíptica, los dejó solos. Angelines, con el jersey rojo de la primera vez que la vio y su nuevo peinado, lo miró. Ramiro trataba de indagar qué había detrás de aquellos ojos. Recordaba los meses en los que él no había existido para ella. Se mostró distante cuando se quedaron a solas:

—Tú dirás.

—No entiendo por qué hemos de tratarnos como extraños. Podemos ser amigos.

—Tenemos poco de que hablar —dijo él.

—¿Me acompañas a casa?

—Llevamos el mismo camino, pero yo me quedo antes.

Se sintió satisfecho de su respuesta, ¿Por qué lo había dejado? ¿Por qué, ahora, parecía querer saber de él? Podía oír los latidos de su corazón mientras se hacía aquellas preguntas y la desconfianza se filtraba entre ellos como una niebla. «Pero ¿qué quiere esta mujer?», se preguntaba caminando orgulloso a su lado al observar cómo algunos hombres la miraban.

—Veo que sigues tan serio como siempre —dijo ella.

—¿Serio?

—Sí, serio, se te olvida sonreír. —Y preguntó—: ¿Sigues escribiendo?

—He publicado una novela.

—¡Una novela! —dijo, como si se alegrara.

—Sí, una novela policiaca. Tengo un ejemplar guardado para ti, aunque no es lo que deseaba escribir.

—Todos deseamos algo que no conseguimos —dijo ella. Y, después, cambiando de tema—: Has venido a buscarme.

—No, he mirado por casualidad, por costumbre. —Y preguntó —: ¿Cómo va el proyecto de la tienda de moda?

—Hay un local cercano que nos gusta, pero el alquiler es caro. El viernes hemos quedado con el dueño. Habíamos pensado llamarlo Modas Regina.

—Me gusta.

—Sí, pero no puedo renunciar a mi nombre. Lo llamaremos Modas Regan, de Regina y Angelines. ¿Te gusta?

—Me gusta más Modas Regina.

—Pues se llamará Modas Regan —dijo con los ojos fijos en él.

Cuando enfilaron la calle Gordóniz, preguntó:

—¿Qué fue del chico de tu barrio, el de la moto?

Ella lo miró como si no hubiera palabras suficientes para explicarlo. Minutos después, al cruzar la calle, parecía haber

dejado a un lado aquel pensamiento.

—Estaría bien que nos acompañes el viernes a ver el local, al salir de For —dijo con una sonrisa.

—¿Yo, para qué? —preguntó él.

—Tu presencia nos ayudaría. Al dueño no le gusta que nos atrevamos solas con el negocio.

—No le veo sentido —dijo, complacido de controlar sus sentimientos.

Llegaron al portal de Gordóniz, donde él se quedaba. No quería acompañarla.

—Bueno, ¿cuándo me darás la novela? —preguntó ella.

—Pero ¿te interesa?

—Te lo diré cuando la lea. Has dicho que tenías un ejemplar para mí.

—Ya te la llevaré —respondió él.

Al despedirse, Angelines acarició con la palma de la mano su barbilla. Ya se estaba arrepintiendo de dejarla marchar. No confiaba en la muchacha, pero esa caricia lo alteró. La vio alejarse hacia el camino de la ladera del monte con aquel ligero defecto suyo que percibió la primera vez que la siguió. Las piernas un poco gruesas y el talle estilizado que se elevaba hasta unos senos bien formados. Aún le emocionaba aquella desproporción.

Viéndola de espaldas caminando, cuando desapareció de su vista, se preguntó si él formaría parte de su pensamiento en ese instante. Lamentó haberse resistido a acompañarla.

Aquella noche recordó lo que ella había dicho. «Tan serio como siempre.» Tal vez se refugiaba en la escritura por miedo, se construía un muro alrededor. Hubiera querido hablarle a Angelines de sus días de soledad, del otoño de su abandono cuando los días se alargaban. Había cosas que jamás confesaría, menos que nada la noche que la espió y la vio llegar con el chico de la moto.

Dos días después se encontró con Alberto Muro, un compañero del colegio Santiago Apóstol que estudiaba Químicas, iba con una muchacha que le presentó: «Ana Mari, mi novia». Lo dijo con una seguridad que le hizo añorar lo que había perdido. Intercambiaron algunas sonrisas y la pareja se alejó por la Gran

Vía, él los siguió inconscientemente un rato. Contempló cómo ella miraba a su novio, un amor profundo se desprendía de aquellos ojos. Le gustaría ser apuesto como Alberto Muro, ingenioso como Lapeyra, simpático como Galán. Alberto no tardaría en casarse, acabaría la carrera y formaría una familia. Aunque la pareja solo se conocía desde hacía un año, era lo natural. Ana Mari dijo en un momento de aquella charla: «Nos quedan muchos años por delante». Era hermoso escucharla incluir a su novio en sus planes.

Algunas veces, una frase se posaba en su memoria al vuelo y se preguntaba cómo había llegado hasta allí. Sin embargo, las palabras de la novia de Alberto Muro aparecerían en la novela que estaba escribiendo; siempre recordaría quién las había dicho: «Nos quedan muchos años por delante». Tal vez, también él tenía la oportunidad de hacer algo que mereciera la pena. Había en las mujeres un poder del que no podía defenderse. No dejaría que la timidez lo destruyera.

El viernes por la mañana decidió que, al salir de la Academia de Náutica, se alejaría de Lapeyra y Galán para ir a For. Era el día que Angelines y Regina iban a ver el local para alquilar. ¡Cómo había podido pensar que era mejor no acompañarlas! Se vistió con esmero y hasta se puso corbata. «Te pareces a tu padre vestido así», dijo Margarita G. Buded cuando lo vio salir. Era una buena señal. Lo único que desentonaba eran los zapatos. Pero no tenía otros.

En la puerta de For, Angelines se ruborizó al verlo. «Por la sorpresa», pensó él, «no por timidez.»

Caminando entre Regina y Angelines se le atragantó la frase que traía preparada: «Nunca fuera caballero de damas tan bien servido: doncellas cuidaban de él; princesas de su rocín».

Mientras se acercaban al lugar de la cita, las muchachas hablaban de contratos y alquileres; él alternaba la mirada entre una y otra asombrado de que dominaran aquellas cuestiones. Al llegar a una lonja cerrada, vieron avanzar a un individuo con sombrero. «Es el dueño», dijo Angelines.

—Si queréis, os espero fuera —dijo él.

Los ojos de Angelines observaron el cielo primaveral como si se equivocara de estación. Después, le dedicó una mirada

demoledora.

—No hay que fiarse de este hombre —susurró.

Él estuvo a punto de preguntar a quién se refería.

Entraron los tres con el dueño en un local pequeño y oscuro. Ramiro preguntó si había electricidad, esforzándose en parecer desenvuelto.

—¿Usted es el novio? —dijo el dueño sin contestar.

—Estamos prometidos, nos casaremos el próximo año —respondió Angelines.

Ramiro la miró sin decir nada. Observaba el local pensando que, con su instinto, Angelines tal vez fuera capaz de convertir aquel cuchitril en un próspero negocio.

Regina se hacía eco de lo que decía su amiga. Con su cara a la que parecía faltarle algo confirmaba cada observación de Angelines. Ante la noticia de la boda, le preguntó bajito:

—¿No lo habíais dejado?

—Ella tendrá otra idea —respondió en un murmullo. Y continuó escuchando.

—¿Lo que gastemos en pintar la lonja será a cuenta del primer mes? —preguntó Angelines.

—Se podría considerar —dijo el dueño.

—Es definitivo para tomar una decisión.

Sus observaciones y aquella manera audaz de hablar de sus proyectos le hicieron pensar: «Todo lo que ella emprenda saldrá bien».

Cuando apalabraron el alquiler, entraron en una cafetería donde una aldeana ofrecía la vendeja junto a la puerta.

—Ese tejido de la saya quedaría bien para un vestido de verano —explicó Angelines a Regina. Después, sus ojos revolotearon por el café calificando cada atuendo. Cuando acabó de inspeccionar a los clientes apostados en la barra, recorrió su traje de arriba abajo y Ramiro ocultó uno de sus zapatos tras la pernera apoyado en un solo pie. Se acordó de las botas del colegio que tanto le avergonzaban—. La corbata te sienta bien —dijo ella, cuando su mirada se relajó.

Al salir, la acompañó a casa hasta el límite del camino al que

le permitía acercarse y contempló su andar brioso al entrar en la chabola. Nunca le pareció tan bonita.

Los siguientes domingos fueron juntos al cine. El tercero, Angelines dejó de mirar unos instantes la pantalla para mirarlo a él y eso le pareció una buena señal. Al salir, entraron en un bar de una plazuela del Campo de Volantín. Hubiera deseado que el mundo se parase en la mesa estrecha de aquella taberna. Sentados, uno frente a otro, tomaban un café con leche y sus rodillas se rozaron. Sentía su olor tibio muy cerca. En vez de apartarse, ella apretó sus piernas contra las suyas. Sus ojos parecían mirarlo por dentro. En la pequeña mesa, cada uno se mantenía con el busto erguido, distante; bajo el tablero, se rozaban. Temblaron al tocarse. Ella apretaba el platillo de la taza con las manos. Él acarició uno de sus dedos separándolo del plato y lo atrajo hacia sí. Después fue cogiendo uno a uno todos sus dedos hasta retenerlos entre sus manos. Entonces, los apretó con fuerza. ¿Aceptaría ahora la parte de su vida que los había separado?

—¿Navegarás? —preguntó Angelines, como si adivinara su pensamiento.

—Sí.

—Pero será difícil hacer carrera como marino —dijo Angelines.

—Sí.

¿Qué era eso de hacer carrera?, la escuchaba resignado a un malentendido. Se ganaría la vida cuando acabara las prácticas. Ahora le esperaban dos años como ayudante de máquinas con un sueldo bajo, uno en un barco de vapor y otro en una motonave, ya se lo había explicado. ¿Permitiría ella que no renunciara a escribir?

—¿Y qué hay de esto? —dijo Angelines, sacando *El misterio de la pensión Florrie* de su bolso.

Los latidos de su corazón se aceleraron al ver que había comprado su novela. Con ella le sucedía como con su madre, se adelantaba a su pensamiento.

—Te dije que te había guardado un ejemplar, ¿qué te ha parecido?

—La estoy leyendo. —Y con la novela en la mano, añadió—:

Así será difícil prosperar, la carrera de marino te dará una mejor posición en la vida.

—Sí —respondió él tenuemente.

—¿Siempre dices «Sí»? —se burló Angelines.

Cuando se levantaron, él dijo:

—¿Y si te pidiera que te cases conmigo cuando vuelva de navegar?

Ella, tan segura de sí misma, se sorprendió.

Salieron agarrados de la cintura. Le pareció que su felicidad se irradiaba a cuantos se cruzaban con ellos; Angelines pronunció su nombre tres veces, y eso también le pareció distinto.

Subió alegremente las escaleras de casa y besó a su madre. Pensaba ponerse a escribir, se sentía inspirado. Pinilla Soldevilla lo miró sacudiendo la pipa, como si no consiguiera vaciar del todo el tabaco en el cenicero. Margarita G. Buded cosía a su lado y sostuvo la muñeca de su marido inmovilizándola cuando los golpes se hicieron demasiado enérgicos.

La guerra que se había librado en Europa de la que el país se mantenía al margen, llegaba a Bilbao a través del periódico. En los últimos tiempos, Pinilla Soldevilla traía a casa *La Gaceta del Norte* del día anterior. Después de la cena vio el titular de la primera página de aquel día de mayo de 1945. Esperaba que su padre acabara de leer el periódico y lo dejara en el montón del aparador para llevárselo a su cuarto, como cada noche. La víspera se había firmado la capitulación alemana en Berlín y en abril se había suicidado Hitler, ya hacía un año del desembarco de Normandía.

Se preguntaba por qué llegaba tarde a todo, hasta a las noticias del periódico. Si Angelines quería que volvieran, no permitiría que lo hiriera de la misma manera. Su necesidad de ella obedecía a un deseo profundo. Recordaba el interior de la chabola, los tonos rojizos de la ladera del monte. Toda aquella oscuridad que envolvía a Angelines no podía ocultar el resplandor aún no revelado en ella. Comparada con él, le parecía llena de posibilidades. Quizás nunca había dejado de estar enamorado. El gramófono repetía la letra de un tango que sabía de memoria: «Tuya es su vida, tuyo es su querer...». Las historias

melodramáticas de los tangos escuchadas desde niño estaban grabadas en su piel con el ritmo triste del bandoneón: «Tengo miedo de las noches que pobladas de recuerdos encadenan mi soñar».

Aquella madrugada se sintió caer por una sima profunda y oscura. Los dedos de Angelines lo alcanzaban mientras sus ojos caprichosos miraban lejos. Al despertar, se descubrió aliviado con una sonrisa boba en los labios. Ya no se caía. Le pareció revelador descubrir que en sueños se contaba a sí mismo historias no muy distintas a las que trataba de escribir. Permanecía en él una sensación física más real que el sueño, el hormigueo de unas rodillas al rozarse. Angelines también lo estaba enseñando a añorar.

Un mes después tenía que viajar a Cádiz, donde embarcaría como ayudante de máquinas en un vapor de la Compañía Marítima del Nervión, una distinguida naviera de matrícula bilbaína. Todos los buques de la naviera tenían nombre de mar. A Galán le había tocado el *Mar Báltico,* atracado en Ferrol; Lapeyra embarcaría en Barcelona en el *Mar Caribe,* y él, en Cádiz, en el *Mar Rojo*. Las prácticas de navegación para obtener el título de maquinista naval iban a separar a los tres amigos.

Tercera parte
Al agua

19

Mar Rojo

Miraba cómo el vapor *Mar Rojo* se acercaba lenta, pausadamente, a la bahía de Cádiz. La Compañía Marítima del Nervión, con una línea regular entre los puertos norteamericanos del golfo de México y España, había destinado a aquella ruta cuatro grandes buques oceánicos: el *Mar Rojo* era uno de ellos. Llevaba mirándolo horas, el mozo de la Oficina del Consignatario lo había señalado en el horizonte: «¿Ves allí, aquella mota negra? Ese es». Logró avistarlo haciendo visera con la mano, porque la agresiva luz que iluminaba la bahía lo cegaba al mirar a mar abierto.

A primera hora, apoyado en el mostrador de la Oficina del Consignatario, había enseñado su documento de embarque sin que nadie le prestara atención. A las diez y media se recibió un aviso en el telégrafo: «El vapor atracará a las seis». Durante la mañana observó el *Mar Rojo* próximo a la línea del horizonte como en una foto fija; en el brillo de plata de la bahía, dos pesqueros azules faenaban y Ramiro empezaba a preguntarse si el buque se movía... La velocidad de aproximación a puerto era inapreciable, después supo que el barco esperaba fondeado en la bahía para entrar a la hora exacta. El viejo mercante, construido en Astilleros del Nervión en 1917, había sobrevivido a la Guerra Civil y a dos guerras mundiales; ahora, él iba a enrolarse en ese buque para sobrevivir a su primer viaje de prácticas.

Observó cada rostro asomado en los tinglados sin perder de vista la nave. En la larga espera se fue dejando enredar por escenas portuarias; no le costaba aventurar vidas y deseos ajenos. Una secretaria asomó entre las lamas de una persiana. Poco después, la vio en la taberna donde comió junto a un marinero. La fumarola de

vapor de la chimenea ya era visible. El mozo que le había señalado el *Mar Rojo* entró en un carguero que acababa de cerrar bodegas; un gato gris con un ojo herido se coló tras el mozo sin que nadie reparara en su sigiloso embarque; él observaba firme con su maletita. Preguntó la hora: cuatro y media. Pensó esperar en la taberna, pero, inquieto, permaneció en el muelle. En el tumultuoso movimiento del puerto, los marineros subían y bajaban de los buques.

El carguero en el que había entrado el mozo del consignatario ocupaba su visión izquierda lleno de huellas de óxido, con una firme voluntad de durar. Hecha su inspección, el gato volvió a tierra con su ojo tuerto. Desde el otro ojo oteaba con autoridad: cuando él apoyó su maleta en un noray, le pareció que lo ignoraba. El mercante de compañía noruega, una nave *Tramp* de carga ocasional, exhibía una matrícula impronunciable con dos vocales con diéresis; el puente, en otro tiempo blanco, era de un color indefinido.

En el cilindro negro de la chimenea del *Mar Rojo* distinguió la contraseña de la naviera que conocía bien: un ancla blanca escorada hacia el brazo derecho, con un cabo serpenteante de arriba abajo. El elegante emblema identificaba a la Compañía Marítima del Nervión. Sobre el papel blanco, el ancla era roja; sobre la chimenea negra, blanca. El buque noruego zarpaba, su máquina sonaba como un jadeo cuando puso proa a la bahía.

Las naves, una saliendo y otra entrando, parecían vigilar el imponente espacio que la otra ocupaba en la bocana. Cuando el *Mar Rojo* se aproximaba, vio a un desconocido otear desde el puente, se quedó mirándolo mientras él, maleta en mano, observaba cada detalle del vapor que iba a ser su casa: la arboladura, la proa rompiendo el agua con una estela blanca, como las letras de la matrícula, Bilbao, destacadas sobre la pintura del casco. Faltaban pocos metros para atracar y aquel marino uniformado le gritó desde cubierta: «¿Tú eres el nuevo ayudante?»; él asintió con la cabeza. «Mejor si te tiras al agua», dijo el desconocido.

Cuando puso pie en la escala real tras el largo día de espera,

después de haber atravesado en tren la península de Bilbao a Cádiz la víspera, sus jóvenes pasos de veintidós años habían perdido toda su energía natural.

En las oficinas de la Naviera de Bilbao le habían dado un documento para presentar en el buque. Nada más recibirlo, el capitán Riera lo miró como si valorara de lo que iba a ser capaz, después llamó al primer maquinista, don Felipe: era el mismo que le había hablado desde cubierta. Ninguno de los dos dijo una palabra. Dejó su maleta y siguió a aquel hombre a su lugar de trabajo, donde por primera vez fue consciente de los cambios que iba a sufrir su vida.

Nunca lograría acostumbrarse a la tórrida humedad de la sala de máquinas sin ver la luz del día, aquella nube de grasa y carbón envolvía el oscilante fondo del barco. Parecía una sucursal del infierno en la Marina Mercante. Calderas y tuberías levantaban su recorrido como edificios de hierro. Después de atravesar el laberinto de pasarelas y escaleras, se sintió del tamaño de un reptil en aquel escenario.

Con su primer mareo evocó las *singueras* de rocas de la playa donde aprendió a nadar, al pie del acantilado de La Galea, en *Eskarrakarramarro*. Él era uno de aquellos bichitos bajo las rocas. Las tuberías oscuras asemejaban las negras *singueras* que la marea escondía, el mundo maravilloso de su infancia donde las rocas formaban piscinas en la bajamar y los niños daban sus primeros chapoteos. Pero la luz de aquel escenario de verano había desaparecido y las tuberías se levantaban amenazantes sobre su cabeza como bosques de metal negro entre la carbonilla. Mareado, miraba desde el suelo hasta que, por fin, alguien lo sacó de allí.

Para obtener el título debía permanecer en esa bodega más de doscientos días de mar y, después, otros tantos en un barco de motor. La perspectiva de pasar una campaña con todas sus travesías entre piñones, bielas y cigüeñales le angustiaba. ¡Jamás lo lograría! El barco sufría grandes y continuas oscilaciones, había mala mar. Un furioso temporal de viento del oeste azotaba el buque, solo el piloto y el timonel permanecían en el puente. Bajo la cubierta, en la máquina, los desplazamientos se reducían al

mínimo. Engrasadores y fogoneros hablaban a gritos, el rugido de las calderas les impedía oírse, sus voces sonaban desesperadas. Él comía y vomitaba, volvía a comer y volvía a vomitar. «Al menos los de cubierta tendrán donde vomitar», pensó cuando vació su estómago en la sala de máquinas. Navegar era espantoso. El persistente mar de fondo continuó veinticuatro horas. No le dejaron hacer las dos primeras guardias. De vez en cuando aparecía su compañero de camarote, José Antonio González, un estudiante en prácticas para piloto que había embarcado en Barcelona. Ya entonces, le oyó decir: «Pobre Rosamari», le costó entender que hablaba de su novia.

En aquella primera travesía hasta Canarias hizo una guardia con el segundo maquinista, al que todos conocían por sus dos apellidos, Souto Celaya, un gallego aficionado al fútbol. Además del Deportivo, su equipo del alma era el Athletic, porque su madre era de origen vasco. Souto le iba a enseñar cómo rellenar el cuaderno de máquinas, revisar motores para cumplimentar unas casillas que después don Felipe supervisaría.

El control antes y después de cada maniobra en puerto era exhaustivo, se revisaba la apertura y cierre de válvulas, la limpieza de filtros y lubricación de mecanismos, las correderas se lubrificaban a mano. En travesía anotaban las medidas de la sonda de aceite, combustible, presión, temperatura y nivel de agua dulce. Durante la guardia había que estar atento: observar el silbido del vapor, el martilleo de la válvula de lanzadera de la bomba..., conocer cómo respiraba la máquina. El mantenimiento se hacía fuera del horario de guardia. Lo primero era escribir en números romanos: Singladura IV del 4 de julio de 1945.

—Ponlo tú que tienes mejor letra —le pidió Souto, con su inseparable trozo de estopa en las manos.

El epígrafe recorría la doble página del cuaderno de máquinas con su tapa de cartón granate. Cumplimentarla requería revisar la maquinaria completa si se hacía a conciencia. Souto lo anotó todo en un papelucho manchado de grasa antes de pasarlo a limpio. Sus cuidadosas explicaciones pronto derivaron hacia el Athletic:

—¿Y conoces La Catedral? —preguntó con admiración:

siempre llamaba así al campo de San Mamés.

—Claro, desde niño.

El segundo maquinista recitaba de memoria la delantera mítica de los años treinta: Lafuente, Iraragorri, Bata, Chirri y Gorostiza; a Souto, la filosofía del club bilbaíno de contar solo con jugadores de la tierra le fascinaba. Perdiendo la mirada tras las volutas de vapor, cantó la alineación completa. Con Souto Celaya las horas de guardia se acortaban. Cuando el primer maquinista tomó puntual el relevo, salieron a cubierta.

—El aire de la mar despeja los pesares de la noche —dijo el segundo maquinista subiendo ágil las escalerillas pegadas al mamparo. Y le advirtió—: No mires abajo que te mareas.

Los camarotes de los oficiales estaban distribuidos en lo que llamaban la ciudadela central sobre cubierta. Existían dos estructuras separadas por un pasillo. En la de proa, coronada por el puente de mando, se alojaban el capitán, los oficiales de cubierta y el radiotelegrafista. En la de popa, los oficiales de máquinas y los agregados, también llamados ayudantes o alumnos de piloto y maquinista, que compartían camarote. José Antonio González y él apenas coincidían en aquel espacio con una litera, una mesa pequeña y un armario. Sus guardias eran a diferente hora.

Cuando se acostó en el camastro de la litera baja, su cuerpo, ajetreado ante tanta novedad, se quejaba impidiéndole el sueño. José Antonio González, que ya hacía su segundo año de prácticas, le había enseñado a arranchar sus cosas para que no salieran despedidas con los balances. Bien estibado todo, se adormecía pensando en el antiguo San Mamés, donde Iraragorri había metido un histórico golazo en la portería de Capuchinos, con el que de niño le gustaba soñar antes de dormir. De repente, un bulto salió disparado como un balón de encima del armario, rebotó frente a la litera: era el gatazo gris del ojo tuerto. Se había colado en el *Mar Rojo* y en su camarote, consiguiendo despertarlo. Le abrió la puerta antes de retomar el sueño.

De niño, Ramiro vivió con su padre una edad inolvidable cuando los héroes del Athletic entraron en su alma para quedarse. En la cámara de oficiales, donde todos se colocaban en estricto

orden de rango en la mesa: el capitán en la cabecera, presidiendo, y el primer maquinista enfrente, había habido unanimidad. «El F.C. Barcelona no tiene rival», dijo el capitán Riera en la cena. El primer piloto, sentado por orden de grado a la derecha del capitán dijo: «Es el mejor», y el resto de los oficiales de puente lo secundaron. Los maquinistas, más próximos al jefe de la máquina según rango, asintieron como muñecos.

El Athletic, campeón de la Copa del Generalísimo 1944 y 1945, en la liga no había pasado de sexto. Había ganado el Fútbol Club Barcelona. Ramiro, sin levantar los ojos del plato, dijo: «Pero Zarra ha sido "Pichichi"». Su réplica sorprendió a todos, sabían que el capitán Riera no toleraba bromas si se hablaba de su equipo; pero él aún se atrevió a susurrar: «Alirón, el Athletic campeón», hasta que alguien le dio una patada bajo la mesa.

—Que venga aquí el ayudante del piloto para que conozca mejor al chaval —había dicho Riera a los postres. Y aquella indicación desplazó al primer piloto hasta que los alumnos de puente y máquinas quedaron frente a frente.

—Así que de Bilbao —dijo el capitán—. Y del Athletic... —pareció protestar.

Después de la patada no abrió la boca. Con el sacrificio de no pasarse a los que sabía que ese año eran mejores, honraba al niño que fue. Souto no estaba en la cámara de oficiales, pero a las cero horas llegó a rescatarlo para que hiciera su primera guardia.

La luz eléctrica se filtraba por la puerta del camarote mientras dormía. Tras asomar el morro, el gato intuyó peligro y no se decidió a salir; el refugio de los alumnos en prácticas le pareció menos inclemente que la cubierta. Se enroscó asomando el lomo bajo la litera y la puerta se cerró en un balance.

Pinilla Soldevilla les había hecho socios del Athletic a Poteto y a él cuando tenían cuatro y seis años. De adolescente soñaba con jugar al fútbol, pero, incapaz de meter un gol, experimentó pronto su primera frustración. A los diez años, un verano, su padre hizo una foto en la campa de Arrune en la que los dos hermanos sostenían una copa de cristal vestidos con camiseta del Athletic. Colocó a Pepín, el hijo de los guardeses del edificio del Cable

inglés, entre ellos. Pinilla Soldevilla, siempre con la Leica al hombro, había sido un gran fotógrafo; gracias a él conservaban fragmentos del inolvidable pasado anterior a la guerra.

El aislamiento del buque le hizo añorar el hueco de la mano en la que encajaba la suya cada domingo cuando se dirigían al Olimpo de San Mamés, aquella mano de su padre había sido un poderoso anclaje con el mundo. Una hora después, el balance del barco lo sumía en un ronroneo feliz. Se durmió profunda, intensamente, un brazo extendido e inerte colgado de la litera; la mano posada sobre el espeso y tibio pelaje de un gato gris.

20

Portátil

Atracaron en Las Palmas, iban a permanecer tres noches en Canarias para repostar combustible, más barato por el régimen especial de aranceles de las islas, y llenar la única bodega que quedaba vacía antes de emprender viaje a Tampa, Florida. La verdadera prueba de mar, la gran travesía oceánica en la que se iban a curtir los ayudantes de máquina y de piloto empezaba entonces, más de tres mil millas náuticas los separaban de su destino. La noche que arribaron a Las Palmas, solo quedó a bordo el personal de guardia. Todos salieron a visitar el recién construido muelle del Puerto de la Luz.

La tripulación del *Mar Rojo* había abandonado en grupo el buque, recorrían el muelle hacia la ciudad. Los marineros y subalternos delante, los oficiales, detrás: primero los de la máquina, luego los de cubierta, pilotos y radio; por último, el capitán. Se sentían más poderosos cuanto mayor era el tonelaje del carguero en el que habían llegado, como si la potencia del buque les perteneciera. Así era en cierto modo. El grupo uniformado de más de treinta marinos caminaba como un solo hombre.

Se adentraron por callejuelas cercanas al puerto cuando, de repente, vio una pequeña Underwood portátil en su caja abierta. Estaba en el centro de un bazar, entre máquinas de fotos y objetos náuticos. Al fondo, en grandes letras doradas, el letrero Underwood ocupaba el espacio de lado a lado del carro; el estuche negro rígido tenía una llave; en las teclas blancas, destacaba cada letra mayúscula en limpios tipos negros. Un reborde metálico acogía cada dedo como una corona para evitar el desplazamiento. Entró a la tienda, el vendedor indio puso la máquina en sus manos. En

comparación con las pesadas Underwood que había manejado desde niño, era liviana. Cerró la maletita y sostuvo el estuche por el asa. José Antonio González dijo: «Date prisa, vamos a perder a los otros». Ramiro devolvió la máquina al vendedor, imposible comprarla. El indio lo persiguió y rebajó el precio repitiendo: «Último modelo, último modelo». En la ciudad, la marinería empezó a dispersarse. Al entrar en un burdel al que Ramiro se negó a acompañarlo, José Antonio González dijo «Pobre Rosamari» una vez más.

Dos noches después, el *Mar Rojo* había recogido mercancía general para una de sus bodegas de carga seca. Estaba preparado para poner rumbo a Tampa, en el golfo de México, al día siguiente. Un oficial de cubierta, otro de máquinas y un marinero hacían guardia en el buque. Salvo ellos, la tripulación al completo se perdía respirando el cálido aire africano de Las Palmas. Decidió regresar al buque. Era la tercera noche en el Puerto de la Luz. Lo había visto todo. Sus compañeros habían comprado licores, tabaco, aparatos de radio y máquinas de retratar aprovechando la exención de aranceles de Canarias. En el bazar se detuvo ante la Underwood del escaparate, el indio bajaba la persiana y, aunque no se lo pidió, la abrió para él. Una emoción urgente le recorrió desde el estómago a la garganta. Media hora después atravesaba la escala real con su tesoro en las manos; el marinero de guardia lo miró extrañado: aún no eran las diez de la noche.

Se sentó a la mesa del camarote a la luz pobre de la lamparita. Sentía el ligero tecleo de la Underwood portátil; cuando se detenía, observaba la perfección de las letras sobre el papel. Escribía sin calco una nueva historia. Un joven marino embarcaba en el puerto de Santurtzi; su tía soltera agitaba un pañuelo mientras el buque se alejaba por el Abra. Margarita G. Buded lo había despedido así en la estación de Abando cuando cogió el tren a Cádiz. Lo que escribía, pensó, siempre estaba relacionado con la vida.

Aquella noche, el primer piloto que permanecía en el *Mar Rojo* atracado se acercó al camarote de los ayudantes, le había sorprendido oír el tecleo rítmico de una máquina de escribir.

Después de oírlo durante dos horas, regresó al Cuarto de Derrota intrigado.

A la mañana siguiente, hecha la revisión de sujeciones de la mercancía en las bodegas, el capitán anunció la hora prevista de salida del puerto de Las Palmas. Cuando el operario de grúa la izó por última vez, el práctico a bordo comenzó la maniobra de salida. Tras atravesar el dique de abrigo, le facilitaron la bajada a su lancha y, minutos después, el buque abandonaba la bahía rumbo a Tampa. Era una esplendorosa mañana de julio, la nave oceánica avanzaba con ruido de máquinas, y el puerto de Las Palmas desaparecía en el horizonte.

En la mesa rectangular de la cámara de oficiales, el joven primer piloto —un ferrolano amigo de Souto de cuidada presencia y fino bigote, conocido como Errol Flynn entre la marinería— interrogaba a Ramiro. El apodo del galán de Hollywood había hecho fortuna entre la tripulación. Solo el capitán llamaba por su nombre, Carballeira, al Errol Flynn gallego. Riera lo miraba desconcertado cuando se dirigió a él:

—Y tú, ¿qué escribías a máquina ayer por la noche, durante horas, si puede saberse?

—Nada —respondió como pillado en falta—. No escribía nada.

—Menudo informe va a presentar en la Escuela de Náutica si escribió dos horas —remachó don Felipe, informado del insólito suceso.

José Antonio González, que había llegado a altas horas de la madrugada al camarote y con el que no había cruzado palabra, preguntó:

—Ah, pero ¿compraste la máquina?

Sin contestar a su compañero de prácticas, dijo lacónico:

—No estaba haciendo ningún informe.

—¿Qué máquina? —intervino Riera.

—Una máquina de escribir portátil que vio en el puerto, señor —dijo José Antonio González.

—Entonces, si no era un informe, ¿qué era?, ¿escribías cartas a la novia? —insistió don Felipe.

—Escribía —dijo. Y, añadió bajito—: me gusta escribir.

—No me digas que eres poeta —se asombró don Felipe. Y el capitán Riera soltó una carcajada.

—Poco vas a poder escribir en el buque —concluyó Carballeira, acariciando su fino bigote de Errol Flynn.

En una de las primeras guardias pocos días después de zarpar de Canarias, entre las dos y las cuatro de la madrugada, Souto dijo: «Algún día tiene que ser el primero, vas a probar un rato solo». Él asintió, disimulando lo asustado que estaba. La guardia de máquinas se componía de cuatro personas y excepcionalmente de tres: oficial de máquinas, alumno si lo había, engrasador y fogonero. Hacia las tres, el engrasador se ausentó. El ligero roncar de las máquinas, que cambiaba de ritmo cada cierto tiempo, se transformó de repente y la nave disminuyó tanto la velocidad que parecía a punto de detenerse. Llamaron desde el puente donde Errol Flynn gobernaba. El tapón del tubo acústico sonó con un pitido desde la bocina, y al acercar el tubo al oído escuchó al piloto gritar desde el puente:

—Pero ¿qué pasa ahí abajo?

Una repentina bajada de presión de la caldera casi detuvo el buque. Minutos después, Souto Celaya apareció con ojos somnolientos. Su amigo Carballeira lo había avisado. La tripulación dormía. Si alguien se dio cuenta de lo que sucedía, no avisó. En una travesía oceánica no faltaban los problemas y el *Mar Rojo* tenía muchos años, su maquinaria se resentía.

En el fondo de la sala de máquinas, Adrián, el palero díscolo de origen ceutí que no se hablaba con ningún subalterno y cuya piel oscura anunciaba su condición de carbonero incluso cuando estaba en cubierta, llevaba horas sin echar carbón al horno: sabía lo que iba a provocar. Pero a él nadie le había dado orden de hacerlo; Souto no estaba y miraba a Ramiro, un alumno que no se enteraba, dar vueltas enloquecido. Adrián, famoso por volver la

vista cuando se cruzaba con uno de cubierta, no soportaba al Errol Flynn de inmaculado uniforme. Cuando llamaron del puente, se frotó las manos. Entre los paleros de carbón, la posición más baja de la sala de máquinas, se enrolaban hombres desesperados por huir de tierra: algunos decían que Adrián tenía una condena por cumplir. Repartía su furia por el buque. Los de cubierta se referían a los tejemanejes de máquinas con una expresión: la Conspiración de la carbonilla.

—El nuevo agregado no encaja con la gente de la grasa —dijo el piloto a la mañana siguiente, cuando don Felipe se interesó por el incidente que casi paró el buque de madrugada.

—Pues tendrá que encajar, está aquí para eso —dijo Souto.

—El ayudante no es tonto, pero no ha visto —sentenció don Felipe mirando a Ramiro, como si adivinara que Souto lo había dejado solo.

Adrián, un mal bicho, había dejado de palear carbón cuando los alimentadores mecánicos fallaron, y sin el nivel de combustible adecuado alimentando la caldera, bajó la presión y la velocidad. La mayor vergüenza para un maquinista era que se le parara el barco y el *Mar Rojo* había estado a punto de parar. En un vapor era difícil, porque en las máquinas alternativas el calor iba menguando muy poco a poco... Las palabras de don Felipe lo protegieron.

Todos veían en el nuevo ayudante de máquinas a un tipo raro por su afición a escribir y su incorregible timidez, así que a partir de aquel día escondió la Underwood, estibada entre el armario y la pared; el gato disimulaba su presencia en aquel rincón. Tenía la cola doblada hacia un lado, como si hubiera vivido un incidente violento. Por su apariencia, había consumido ya varias de sus vidas y lo había convertido en su dueño. Empezó a seguirlo como un perro entre la sala de máquinas y el camarote. Ramiro le daba comida, así el cocinero, un vasco de Plentzia, no lo tiraría por la borda si lo pillaban en la cocina, como estuvo a punto de suceder el día que zarparon de Canarias. Había algo entre el gato y él.

La parte más baja de la sala de máquinas acumulaba líquidos y grasa que había que achicar con una bomba. Souto le había enseñado a vaciar sentinas, advirtiéndole:

—Volverán a llenarse: las pérdidas de las tuberías son continuas. Atento, es asunto de importancia bombearlas para evitar el rebose.

Poco después de que Souto lo dejara solo aquella madrugada, una alarma luminosa le había indicado que era necesario achicar sentinas. La bomba automática no funcionaba y decidió eliminar el exceso de líquidos con la bomba manual. Estuvo en la sentina de popa mucho tiempo, el bombillo era lento. Le asombró la cantidad de derramas depositadas. El gato parecía vigilarlo. Cuando cerró la sentina, el animal quedó atrapado allí. En cierto modo, él había provocado el incidente: lo buscó por el laberinto de tuberías y se cansó de dar vueltas sin que apareciese hasta que se descuidó con aquel ruido que embotaba los sentidos. Así, Adrián se salió con la suya y casi detuvo el buque.

Al descubrir al gato en las sentinas muchas horas después del incidente, Ramiro dijo aliviado:

—Sobrevive a todo, es un campeón.

—¡Alirón! —replicó Souto. Y el felino quedó bautizado.

21

Polvo de carbón

A veces piensa que la vida sucede para que él la escriba, observa cómo el gato lo mira todo con su único ojo, parece grabar las escenas y conversaciones con una mirada que sospecha del destino. Siente que esa mirada le pertenece también a él.

Los sueños que se cuenta desde el subconsciente entre el ruido de las máquinas son como el rugir de un Dios extraño. A pesar de todo, navegan gracias a ese rugido. Vigila y toma notas en el cuaderno de motores con la vista en indicadores de aceite, temperatura y nivel de combustible... Las calderas deben seguir ardiendo para que la nave avance. Es una máquina alternativa Kincaid de triple expansión. Toma vapor de las calderas cilíndricas con llama de retorno con las que el *Mar Rojo* llegó a alcanzar diez nudos de velocidad de servicio en sus primeros años. Ahora no pasa de los ocho. Don Felipe y Souto tratan de que él comprenda qué permite al barco de ciento dos metros de eslora avanzar sobre las aguas. Sabe que la fuerza del vapor aplicada a la propulsión del buque les permite navegar, pero observa desconfiado la selva de válvulas e instalaciones. Los fogoneros y engrasadores envueltos en carbonilla revolotean como insectos entrenados. Son seres duros de mirada opaca, como los aldeanos de Arrune.

Todos trabajan a guardias de mar, oficiales de puente y maquinistas cubren las veinticuatro horas del buque en turnos de cuatro horas. Los horarios a bordo son totalmente distintos a los de tierra. Dependiendo del turno, se come a las 11.30. La guardia de 00.00 a 4.00 de la madrugada le corresponde al segundo maquinista; la de 4.00 a 8.00, al primero, y la de 8.00 a 12.00 de la mañana, al más inexperto, el tercero; así, si mete la pata, está

más asistido. Si hay un cuarto maquinista, el primero queda libre de guardias. El alumno normalmente hace la guardia con el primero; pero a Ramiro don Felipe le dijo: «Te voy a poner con el segundo, que conoce las máquinas mejor que su cuerpo». A partir de mediodía, los tramos horarios se repiten: de 12.00 a 16.00 el segundo; de las 16.00 a las 20.00 de la tarde, el primero, y de 20.00 a 24.00, de nuevo el tercero. La jerarquía es importante en la nave incluso cuando no están de guardia. Cuando hablan de un oficial sin que esté presente, se refieren a él por el cargo: «Ha dicho el tercero», le dice don Felipe a Souto olvidando su nombre. Ese lenguaje convierte a maquinistas y pilotos en números. Pero el barco es un mundo de hombres, Ramiro es uno de los tripulantes más jóvenes.

Durante las guardias tediosas, mientras la nave resopla, recuerda la historia de un carguero que relataba el patriarca de Arrune en la cocina, sucedió antes de que él naciera. El abuelo de Juanito vio de niño cómo el naufragio de un buque carbonero a los pies del acantilado de La Galea esparció toneladas de carbón. Aquel invierno, todo el pueblo corrió a recoger combustible para calentar su pobreza. La autoridad exigió que devolvieran el botín, pero ellos ocultaron en cuadras y camarotes los sacos de carbón. Piensa en escribir esa historia algún día.

Cuando el motor casi paró, empezó a tocar válvulas y engranajes como si quisiera mover el buque a fuerza de voluntad. Nunca había sudado tanto. Al día siguiente, don Felipe dijo: «De vez en cuando se observa en un hombre el vigor de una voluntad».

Había tratado de sustituir al engrasador acercándose al cigüeñal para echar aceite y engrasar los patines de las crucetas con una jeringa de latón durante el movimiento de giro. El nivel de seguridad era mínimo, pero había visto cómo lo hacían los engrasadores y se atrevió a seguir el movimiento del mecanismo como ellos. No tenía su pericia para esquivar el engranaje, era un trabajo peligroso y se quemó el meñique.

«El vigor de una voluntad», don Felipe no sabía que él no quería ser maquinista, ni primer piloto. «Nunca seré capaz de gobernar la sala de máquinas de un mercante», pensaba. Pero sí

deseaba algo y ahí pondría el vigor de su voluntad.

Una madrugada, encontró a don Felipe en cubierta; lo saludó sin decir nada, moviendo la cabeza. Todos salían a respirar bocanadas de aire cuando acababa su turno. Los subalternos desaparecían por el costado donde estaban sus literas de hierro: los marineros en el costado de babor; los fogoneros, a estribor. La luz iluminaba permanentemente aquel espacio común al que, como en una novela del Oeste, llamaban el rancho. Allí, mientras unos descansaban, otros comían. Los castigados tripulantes se protegían de la claridad colgando toallas en las literas para poder dormir.

En el *Mar Rojo,* el primer maquinista siempre estaba en la cámara de oficiales o en el cuarto de derrota, donde se hacían cálculos de navegación con las cartas náuticas, se fijaba la posición del buque y se guardaban instrumentos a los que don Felipe era aficionado. Aquel hombre hecho a sí mismo, ávido de aprender y para el que las máquinas no tenían secretos, había hecho buenas migas con el Errol Flynn gallego, y el primer piloto le explicaba lo que sabía. Don Felipe tomaba notas en su libreta, que exhibía un ancla roja y dorada en cada hoja. La contraseña roja de la naviera solo se reproducía en casos excepcionales, con un cintillo dorado que parecía una orla. La marinería se preguntaba de dónde había sacado aquella libreta don Felipe: nadie había visto una igual. Parecía cosa de las oficinas de Bilbao.

Una tarde, en la cámara de oficiales, el segundo y el tercer piloto hablaban con Souto del hijo del armador al que apodaban Patxikín, como su padre. Tenía una personalidad *sui generis,* llevaba castañas en el bolsillo para combatir el reuma y contaban que a la pregunta «¿Adónde vas?» había respondido en una ocasión: «A fascinar a las chicas». Era capitán, pero, si mandaba un buque, lo secundaban oficiales de confianza del armador, porque su padre no acababa de fiarse de él. Francisco Aldecoa, orgulloso del mejor buque que tenía, quiso verlo gobernado por un capitán de su sangre y se lo comunicó a su hijo en la mesa como un regalo. «Jo, yo quería un reloj», respondió Patxikín. Aquella protesta la repetían en la compañía: el hijo del armador prefería un reloj al mejor buque al que habían incorporado todas las innovaciones. El

Aldecoa fue bautizado con el apellido de la familia en vez de con un nombre de mar, lo habitual en la Compañía Marítima del Nervión.

Muchas compañías vascas bautizaban los buques como los montes y pueblos próximos, pero el nomenclátor de las navieras bilbaínas también incluía dioses y planetas. Los armadores de La Marítima optaron por llamar a sus buques *Mar Negro, Mar Rojo, Mar Báltico, Mar Caribe, Mar Adriático...,* dando un toque cosmopolita a la Compañía.

Para comprar aquel buque de su exclusiva propiedad, que el dueño quiso poner en manos de su hijo, se creó Aldecoa y Cía. «Yo quería un reloj», los oficiales reían. Hasta que entró don Felipe y todos callaron como muertos. El primero de máquinas era de Algorta; decían que había sido amigo del armador desde niño. ¿La libreta de la contraseña roja con orla dorada se la habría entregado personalmente?

Con los años, aquel primer maquinista llegó a inspector de La Marítima, un cargo de confianza para supervisar hombres, máquinas y mercaderías. Aunque Francisco Aldecoa controlaba las decisiones relevantes de la naviera, él era sus ojos, sus oídos, su brazo ejecutor. Eso fue cuando Ramiro hacía su segundo año de prácticas y navegaba en la motonave *Mar Cantábrico*. Los subalternos de la máquina nombraban entre susurros a don Felipe. Había pegado el gran salto en la eterna lucha de los de las máquinas con los de cubierta —los de la cueva y los del palomar—, y los herederos de los marinos de vela, oficiales de cubierta que se consideraban la aristocracia de la marina, nunca se lo perdonaron.

El día que apareció en el *Mar Cantábrico* como inspector, vestía un traje cortado en las grandes sastrerías reservadas a banqueros y navieros, unos trajes impecables que daban a quien los llevaba porte de escultura. Don Felipe recorría el buque hasta las sentinas, preguntaba datos precisos. Parecía no enterarse, hasta que una pregunta tenía origen en la respuesta anterior y anotaba algo en su libretita de tapas de cuero. Nadie sabía qué anotaba: ¿una amonestación?, ¿sugerencias para implantar en todos los buques? Los oficiales lo temían. Un día, cuando al fin don Felipe

salió de un buque tras inspeccionarlo, un piloto dijo: «Parece como si la naviera fuera suya».

Pero aquella noche en cubierta, cuando se encontraron a solas, don Felipe no era más que el primer maquinista del *Mar Rojo*. Se quedó mirando el vacío como si escudriñara la mar y observó entre sus manos una novela de su detective preferido, Philo Vance, el dandi neoyorquino de inteligencia pedante que resolvía casos difíciles. Reconoció el nombre de S.S. Van Dine en la portada.

De repente, la noche pareció cobrar nuevo brío cuando la brisa agitó las aguas. En el barco no era fácil dormir, a veces el catre parecía una tumba. Mientras el resto de la tripulación descansaba o trabajaba, se asomó a la barandilla, el agua golpeaba la amura de babor. Ver a don Felipe acodado al alerón de estribor, bajo una luz, con el libro en las manos, le asombró. En la cámara de oficiales del *Mar Rojo* había dos estantes con novelas policiacas y un atlas. En los barcos, era frecuente que la tripulación leyera, pero cuando embarcó, él no lo sabía. Se había traído dos libros elegidos por su madre de la biblioteca del tío Clemente *Cómo ganar amigos e influir sobre las personas,* de Dale Carnegie, para combatir su timidez, y una novela de un autor venezolano desconocido, Rómulo Gallegos, *Doña Bárbara*. En el último momento metió en la maleta *David Copperfield*. Pocas semanas después, aquel ejemplar de S.S. Van Dine que leía el primer maquinista acabó también en sus manos.

22

Kamayurá

«Así son los caldereteros», dijo el capitán cuando Antolín se presentó en el buque con una india kamayurá que pretendía llevarse a Algorta. Era una indígena cubierta con un trapo de saco. Tenía un collar dibujado con un pigmento sobre la piel. Todos la miraban asombrados, desprendía una sensualidad salvaje. Ramiro sintió cómo su mirada se le clavaba en los ojos y le electrizaba el cuerpo. La muchacha no hablaba, pero su sonrisa proclamaba una felicidad virgen. El contraste de su piel con las cicatrices de Antolín, con su edad, y la idea de llevarla en el viaje de vuelta, resultaba más exótico que la muchacha misma.

Don Felipe comunicó la presencia de la kamayurá y las intenciones del caldereteto al capitán.

—Pero, Antolín, ¿cómo vas a llevarte esa india a Getxo?

—La he pagado —dijo el caldereteto—. Sus padres están de acuerdo.

—Hace mucho que no existe la esclavitud —respondió el primer maquinista.

—Es mía —aseguró terco Antolín.

—Entonces tendrás que casarte.

—Bueno, pues nos casamos.

Un día lejano de su juventud, al caldereteto le había estallado una válvula y su cara parecía marcada por unas cicatrices que iban más allá de su rostro.

Antolín empezó a trabajar en los mercantes con doce años y pasó por cada puesto de la máquina hasta llegar a su techo de caldereteto. Nunca había tenido que sumar días de mar, porque los tenía todos y se había ganado el derecho a camarote individual,

algo infrecuente entre los subalternos. Allí guardó a la india.

La madre de Antolín era del mismo pueblo que el armador, Algorta. Después de don Felipe, el calderetero era el más respetado de la tripulación de máquinas compuesta por dieciocho hombres, tantos como los de puente. Antolín necesitaba una hembra, porque ya no iba a visitar más puertos. Las dudas de la marinería sobre si podría encontrar una mujer para vivir con él en Algorta le hicieron pensar en una solución de emergencia: llevarse de Brasil a Getxo a aquella india.

Había heredado una pequeña casita de su madre en el Puerto Viejo de Algorta, más elegante que su Plentzia natal. «Más difícil que tener la casita será encontrar la mujer», se burlaba Adrián. Ante la nostalgia anticipada del Caribe, algo le hizo creer que la india lo mantendría joven si se la llevaba.

—Las mejores hembras que hay —argumentaba ante el capitán Riera y el primero de máquinas mirando las curvas que apenas ocultaba el ropaje improvisado de la kamayurá. Al hablar de la india decía «hembra», nunca mujer.

Por la amura de estribor, la impresionante bahía prestaba un marco de plata a la escena. La tripulación hacía corro en torno a don Felipe, el capitán y la kamayurá. El calderetero, que había empezado agarrando la mano de la india, ya la abrazaba por la cintura como si fueran a quitársela.

Él había dado la vuelta al mundo varias veces —razonaba— y no conocía mujeres como aquella.

—No puede ser —dijo el capitán.

—Lo que pasa es que no hay hembras como esta en Getxo y la *invidia* es muy mala. —Pronunciaba la palabra «envidia» con cerrado acento euskaldún.

En la costa de Brasil, en Santos, el carpintero les hizo unas cajas como féretros para realizar un envío tipo pacotilla: azúcar, café, cacao..., que, en la dura posguerra, las familias de la marinería recibirían como un tesoro. Ramiro imaginaba la sonrisa de su madre ante el fruto de su trabajo. Habían parado en muchos puertos y todos parecían iguales; pero, cuando la rutina de las travesías largas se había instalado en el buque, la rotura del

cigüeñal les hizo desviarse de manera inesperada al mayor puerto del sur de América, la gran bahía de Santos. Reparar el cigüeñal exigía dejar libre la zona de pistones, desmontarlo todo..., y pasaron en Brasil, en avería, sesenta y nueve días. La reparación obligó al buque a atracar más tiempo del previsto por la dificultad de encontrar en tierra el torno y la fresadora adecuados. Las estimaciones se quedaron cortas muchas veces y el tiempo de reparación se alargó tanto que, en el gran estuario, las rutinas se hicieron distintas. Toda la tripulación de máquinas reparaba la avería; pero el Errol Flynn gallego, con permiso del capitán, se sumó a una expedición inglesa de São Paulo al Mato Grosso del Sur. Le acompañaron dos marineros y llegaron al alto Xingú, un territorio virgen próximo al Amazonas. En aquella tierra de frontera entre la civilización y el mundo descubrieron una aldea habitada por la tribu indígena kamayurá, que creía en magia y hechicerías. Los habitantes «miraban desde una distancia vacía», según contó el primer piloto al regresar.

Un subalterno que había acompañado la expedición quedó prendado por la belleza de las mujeres de la aldea, que iban semidesnudas. Sonreían siempre al bañarse en el Kuluene, el río de la distancia —ese era su significado—. Volvió con una a Santos y la entregó en un burdel del puerto, donde la visitaba cada noche. Así supo Antolín de la kamayurá y se la compró al marinero —que tenía mujer y tres hijos en Bermeo— por el doble de lo que había pagado.

Durante la estancia en Santos, ciudad parte tierra firme y parte isla, Ramiro asistió al choque de dos personajes inolvidables en su experiencia de marino: el calderetero Antolín y el primer maquinista, don Felipe, el navegante más sabio que había conocido.

Antolín quiso encerrar a su india en el camarote, pero don Felipe la despachó. A medida que ella atravesaba la escala, Ramiro cogió la Underwood para atrapar el aliento de aquella muchacha. Pero apenas pudo escribir, los efluvios de su sensualidad indígena y aquellos ojos rasgados que miraban desde tan lejos secuestraron su imaginación fuera del teclado. La bronca entre don Felipe y el

calderetero fue monumental. Al día siguiente, Antolín recogió sus objetos del *Mar Rojo* para no volver. El carpintero, que también era de Plentzia, le regaló un baúl. Con él y su india marchó hacia el Mato Grosso del Sur.

Semanas después, cuando faltaban dos días para regresar y hacían las últimas pruebas de máquinas, Antolín apareció con su india y su baúl. Atravesó exultante la escala al atardecer. El capitán Riera podría inscribir a la kamayurá como camarera —algo que hacían con las mujeres de los subalternos para llevarlas a bordo—, o casarlos. Un misionero había bautizado a la india, Antolín enseñaba un pergamino a quien quisiera escucharlo.

Pocas horas después de verlos regresar, Ramiro se encerró en su camarote donde le pareció que las palabras surgían como recién inventadas después de tanto tiempo de no haberlas usado. Deseaba escribir más que nunca; tenía horas disponibles, el camarote libre y la certeza de que la historia de Antolín y la kamayurá merecía ser contada.

Cogió su Underwood mientras la tripulación celebraba la reparación del buque. La presencia de la india esparcía por el *Mar Rojo* un perfume de feromonas que excitaba la masculinidad. ¿O era el efecto del alcohol con el que los tripulantes celebraban el regreso de Antolín y la próxima partida? Los miró un rato: los ojos de ellos en la india, la sonrisa arrebatadora de la kamayurá, el collar dibujado en la piel hasta los senos trémulos.

El mundo masculino del barco lo estaba cambiando. Entre la maestranza, los del puente y los hombres de la máquina, la timidez apenas tenía dónde agarrarse. Se creía curado, hasta que la muchacha de curvas sensuales como una serpiente desordenó el buque y lo desordenó a él. No había entendido su nombre, de algún modo tenía que bautizarla para escribir... Anaconda.

La marinería no veía bien que Ramiro no bebiera ni fumase: aborrecía el tabaco, siempre había visto a su padre con la pipa, tampoco encontraba placer en la bebida. Su compañero de camarote asomó invitándolo a la celebración. Por la puerta entornada vio a la india y a Adrián, los paleros tenían derecho a una ración especial de aguardiente llamada «de rehidratación».

Adrián se quejó del ruido de la máquina de escribir, Ramiro se preguntaba cómo el leve tecleo podía molestar a quien parecía no percibir el rugido de la sala de máquinas. Rechazó la invitación y siguió aferrado a la Underwood. José Antonio González dijo:

—¡Chaval, eres lo más raro que he visto en mi vida! —Y se marchó con su vaso en la mano.

Durante el viaje de vuelta hizo mucho calor, los subalternos trabajaron sin camisa. La camiseta interior blanca, negra por la carbonilla, dejaba a la vista los hombros tensos de aquellos brazos con los que paleaban. Cuando carboneaban en puerto, aquellos seres oscuros trasegaban capazos y capazos de mineral hasta llenar las carboneras. En travesía consumían veintiséis toneladas de carbón al día, que introducían a paladas en las calderas. Debían mantener un *stock* constante a pie de horno. Apenas permanecían erguidos, como si las palas fueran una prolongación de su cuerpo y ellos un mecanismo humano. La ropa interior se confundía con su piel teñida y se cubrían la boca con un trapo húmedo para evitar respirar polvo de carbón. Adrián se ataba otro trapo en la cabeza para contener el sudor sucio que entraba en sus ojos. Su trabajo no tenía fin. En las máquinas se repetía: «Es más desgraciado que el palero de la guardia media». Era la peor hora, la preferida de Adrián, desde medianoche a cuatro de la madrugada. Entre aquellos hombres drogados por el alcohol había suicidios, un palero se había tirado por la borda en una travesía oceánica, según Souto.

Ramiro no quería parecer débil, su hombría estaba en juego a ojos de los subalternos, todos sabían de su mareo de los primeros días y que él gobernaba cuando estuvo a punto de parar la máquina. Como en una escena desenfocada, observaba a aquellos rostros oscuros soportar el olor de grasa quemada, los gases que desprendía el carbón, las aguas removidas de la sentina. Desmoralizado, se decía: «Su inteligencia embotada parece

privarles de sentido». Pero, poco a poco, comprendió que aquellos seres habían extraído del trabajo su conocimiento del mundo. El calderetero poseía un saber vigoroso nacido del trabajo bien hecho en las máquinas del barco, una sabiduría práctica llena de dignidad.

Don Felipe y Antolín eran uña y carne antes de la discusión por la kamayurá; pero, cuando el calderetero volvió con su india, reanudó su relación con todos menos con el primer maquinista, porque le culpaba de su expulsión del *Mar Rojo*. En los meses anteriores, cuando don Felipe aparecía por la sala de máquinas y examinaba el cuaderno de motores o sentenciaba algo, parecía hablar para Antolín:

—El consumo de combustible ha subido los tres últimos días, las condiciones de mar y viento no han variado, habrá que revisar las dinamos cuando las calderas estén apagadas en puerto. Algo no está bien.

—¿Algo qué? —decía Antolín insolente.

—Algo, hostias —cortaba don Felipe.

El barco era un mundo de blasfemias, de rudeza, una caldera ardiendo, la soledad metálica de las noches sin tierra entre el cielo y el mar. Había en las máquinas un canto al esfuerzo de batirse con las olas alimentado por paladas de carbón. Antolín manejaba con destreza a aquellos hombres; a veces les hablaba en vascuence, la lengua que unía a la marinería de la máquina; los gallegos, regidos por el contramaestre Rivas de La Coruña, dominaban en cubierta. También ellos hablaban la lengua de su terruño. En los barcos de la Compañía Marítima del Nervión, como en todas las compañías de Bilbao, el cuarenta por ciento de la tripulación era vasca; el resto, en su mayoría gallega.

El calderetero Antolín, aquel marino de Plentzia, aseguró un día en Tampa que él, y no Juanito el de Arrune, era el mejor pescador de la ribera.

—Juanito el de Arrune, pescar..., ni la mitad que yo —dijo cuando le habló de su amigo.

A Antolín, líder natural del grupo de hombres a los que mandaba, no era fácil llevarle la contraria. Después de varias

travesías, Ramiro admitió que, tal vez, el calderetero era mejor pescador que Juanito. Antes de la avería que llevó al *Mar Rojo* a Santos, Antolín había decidido que aquel era su último embarque:

—Pisar por donde pisa el buey —dijo aplastando sus zapatones en la sala de máquinas como si el metal fuera césped.

En el viaje de vuelta a Getxo, cuando Antolín regresó con su india, decidió no dar una sola orden, no asumir su función de calderetero. Y don Felipe dejó que las cosas rodaran: todo el mundo sabía lo que tenía que hacer. Antolín parecía haber perdido su orgulloso destello de jefe en la mirada. Gallegos y vascos apostaban y no se ponían de acuerdo: ¿hablaría con don Felipe durante la travesía o permanecería en silencio hasta llegar a puerto? Los del puente decían que la india lo dejaba exhausto. Las apuestas subían.

23

Sala de máquinas

Había grabado en su memoria una frase que don Felipe repetía de vez en cuando, procedía de un proverbio inglés. La primera vez que la oyó penetró en su mente como un rayo; pero no fue capaz de memorizarla. Solo cuando la hubo escuchado tres veces consiguió anotarla en su cuaderno: «Desea lo mejor, pero prepárate para lo peor. Espera lo peor, pero trabaja para lo mejor». Don Felipe tenía la mitad de la cara marcada por la viruela y sus ojos delataban un involuntario extravío, la independencia entre ellos confundía a su interlocutor, obligaba a prestarle atención. A pesar de esa piel machacada y esa mirada distraída, había rigor en aquel rostro y en sus observaciones exactas. Cuando Ramiro pensaba en lo que esperaba de sí mismo, sentía un dolor intenso. «Espera lo peor, pero trabaja para lo mejor.» De momento, en el barco, era lo contrario que aquel marino, un inútil.

Cuando el primer maquinista del *Mar Rojo* llegó a ser jefe de inspección de la compañía entera, tenía tres inspectores de máquinas bajo sus órdenes para revisar los buques, y también un capitán que atendía los asuntos náuticos. Él los supervisaba a todos, aunque Francisco Aldecoa, armador y gerente, controlaba las decisiones estratégicas de la naviera.

Recordaba el día que don Felipe habló de que el maquinista debía trabajar con todos los sentidos, conocer el canto de su máquina. El oído era necesario para percibir vibraciones; se necesitaba olfato para detectar fallos de combustión y se hacía imprescindible el tacto para valorar la temperatura y el estado del aceite, que, en ocasiones, hasta se probaba, para lo que era necesario el gusto. Un maquinista tenía que poner en su trabajo los

cinco sentidos. Para aquel hombre, la máquina lo era todo. En cierta ocasión, al debatir sobre el dilema entre la cubierta y las máquinas, le escuchó decir: «No es que el barco lleve una máquina, es en sí mismo una máquina». Tenía razón. Y repetía: «Un hombre se marina con tiempo, no con millas».

Así que no todo estaba perdido para él hasta completar sus cuatrocientos días como alumno de máquinas, pensaba. Aún era prematuro decidir la dimensión de un fracaso que se había fraguado en la Academia Vela cuando estudiaba con Lapeyra y Galán.

En la Academia Belandia, a la que todos llamaban Academia Vela, él y Lapeyra se asomaban a las ventanas de las aulas para observar a las muchachas cruzar la ribera. Allí paraban muchos alumnos de los pueblos vizcaínos. Galán llegaba con su bicicleta desde Munguía; otros se acercaban desde la estación de tren, y los había que llegaban en el tranvía de Arratia. Se preparaban para examinarse en la Escuela Oficial de Náutica de Deusto estudiando por libre. La escuela de Bilbao era la más antigua del norte; junto con Barcelona, Cádiz y Santa Cruz de Tenerife, únicas oficiales aquel año de 1944. A Bilbao llegaban aspirantes de todo el norte, incluso de La Coruña, que no inauguró Escuela Oficial de Náutica hasta el curso 1947-1948.

Se había matriculado con Lapeyra en Barcelona para examinarse por libre. Un conocido catalán del padre de su amigo les explicó que en Barcelona seguían el Plan de Estudios de Maquinistas de 1924, que proyectaban cambiar. Con arreglo al artículo setenta del Estatuto de Escuelas Náuticas, los catalanes, por tener el título de Maestría Industrial, les convalidaban Aritmética, Dibujo lineal, Dibujo de máquinas, Taller primer curso, Álgebra y Física y Química. En Álgebra se exceptuaba la Teoría de logaritmos aumentados y Contabilidad y, en Física y Química, quedaban excluidas las aplicaciones náuticas. Salvo eso, lo demás se daba por aprobado.

Al llegar la carta oficial con las conmutaciones, él y Lapeyra se personaron en la Escuela de Deusto con Pinilla Soldevilla y pagaron de nuevo las tasas. El 9 de setiembre de 1944 se

matricularon de esas asignaturas por libre en la Escuela de Náutica de Bilbao y trasladaron el expediente antes de finalizar el curso académico. Ya no tendrían que volver a Barcelona. En la Academia Vela los miraban asombrados: les habían regalado el curso. Ramiro había superado las prácticas sin saber nada, pero el título de Maestro Industrial le acreditaba para no cursar prácticas de taller de Náutica de Primero. Se sentía un impostor. Bonifacio Arteche, profesor de Maestría Industrial, había firmado que en el taller electromecánico Gómez Cortázar, situado en Huertas de la Villa 16, había ejercido de aprendiz desde julio de 1939 hasta setiembre del mismo año. Otro certificado decía: «El joven Felipe Ramiro ha estado practicando en nuestros talleres desde el mes de julio de 1943 hasta agosto habiendo observado buena conducta y cumplido con nuestros deseos». Dámaso Asanza, dueño del taller de Soldadura-Calderería y Forja situado en la Ribera de Deusto 15, lo firmaba. En el reverso, don César de Olaortua y Arana, abogado y notario de Bilbao, daba fe junto a un timbre de cincuenta céntimos, de las firmas y rúbrica.

Los motores se convirtieron en una materia incógnita tras el segundo año de maquinista aprobado por libre en la Escuela de Náutica de Deusto, en Bilbao, con veintiún años. En el examen del curso 1944-1945 cayó lo que esperaban. Pero ahora, él estaba solo en el barco. «Seré el único responsable de su hundimiento», pensaba abrumado.

Apenas había grabado en su mente dos o tres ideas de mecánica. El profesor Arteche repetía en clase de Maestría: «Sube y comprime. Baja y trabaja». Cuando Ramiro pensaba en aquella máxima universal aplicada al émbolo, escuchaba el resoplar de las máquinas y sentía cómo el desconocido mundo de la mecánica se le echaba encima. Algo había aprendido en el *Mar Rojo,* Souto —que lo miraba con una sorpresa imposible de ocultar ante todo lo que no sabía— resultó un buen instructor. Se hizo su cómplice cuando le contó que un amigo le había ayudado con las prácticas. Gracias a Souto, asimiló conceptos básicos: en una máquina alternativa de triple expansión, el vapor se expansionaba tres veces y el condensador lo transformaba... Barruntaba que el trabajo del

buque tenía poco que ver con las prácticas de taller: memorizar controles rutinarios era un buen truco para salir del paso.

—No solo debes controlar el nivel de agua dulce, sino razonar por qué es importante vigilarlo —dijo una tarde Souto. Y añadió—: Pero qué verde estás, chaval.

De repente apareció don Felipe en el tecle superior de la sala de máquinas, asomado al estrecho pasadizo. Al llegar a la frontera con el tecle principal, gritó:

—A ver, ayudante, ¿revoluciones?

Ramiro empezó a moverse mirando a todas partes. Sus ojos se detuvieron en Souto, pero el primero le había hecho un gesto al segundo, y observaba en silencio cómo don Felipe contaba con el pie.

—Sesenta y dos —respondió nervioso, gritando para vencer el ruido de la máquina.

—No —cortó bien alto don Felipe.

—Sesenta y ocho —volvió a intentarlo, y añadió—: Me parece.

—En los barcos no existe el «Me parece» —zanjó don Felipe —, las respuestas tienen que ser exactas: Sí. No. Una cifra. — Y después de zapatear un último golpe dijo—: Sesenta y nueve, navegamos a sesenta y nueve revoluciones.

Miró los ojos divergentes del primer maquinista y su pulcra camisa bajo el mono de trabajo. Algo en la seriedad de don Felipe hacía pensar en los *chief engineers* ingleses que, durante los primeros años del siglo XX, en la transición de la vela al vapor, dominaron las salas de máquinas de los mercantes vascos. Según Souto, don Felipe había hecho prácticas con un *engineer,* un sabio como el mítico Pentland que entrenó al Athletic; él le enseñó el proverbio «Desea lo mejor, pero prepárate para lo peor».

No estaba preparado: nunca llegaría a ser un buen maquinista. Era un Jonás, como llamaban en el buque a los que tenían que haber sido otra cosa. Estaba allí por error. Por la noche pensaba en Angelines y se sentó a escribirle una vez más. Volvió el recuerdo de la despedida en el parque, el escenario recurrente de su noviazgo. Mirando el estanque vacío intentaba entender qué lo

separaba de aquella mujer segura de sí misma. Abrió la boca, pero la que habló fue ella:

—Nueve meses en el barco van a ser una prueba.

—Sí, pero yo sé que mis sentimientos no cambiarán.

La campaña iba a ser larga y permaneció un rato conteniendo la tensión en la mandíbula, esperando una palabra con un gesto parecido al de Consuelo Buded, aquella abuela venida de Zaragoza a Bilbao que tenía dibujada en la cara la determinación. Esperó, pero Angelines no habló.

Sintió el balance del buque en la superficie de la mesa, ya no sabía qué escribir a su novia. Se preguntaba si recibiría alguna carta suya al llegar a Tampa. Cuando sabían el destino, las familias y novias dirigían allí las cartas. Las que escribía la tripulación las recogía el capitán y, en el puerto de destino, se las daba al consignatario, quien las remitía a los familiares. En seis meses había recibido cuatro cartas de su novia, él le había escrito más de una docena.

Camino de Galveston, a veinte millas del destino, una tempestad azotó el buque. La carga amenazaba con desplazarse. «Una fatalidad», escuchó a don Felipe. La línea del golfo de México de La Marítima discurría en parte a través de la zona de huracanes, pero nunca imaginó sobrevivir a aquellas montañas de agua en el Atlántico. El buque era una pequeña porción de madera a merced del cielo. La mar contenía la furia del universo en olas desmesuradas que parecían tener el único propósito de derribarlos. Pero la nave se mantenía a flote. Algunos veteranos se reían del miedo de los agregados. Cuando el capitán Riera prohibió salir del puente y la máquina, Adrián fue a recoger una trinchera olvidada en popa. Al amainar la tempestad, todos hablaban de los bandazos del buque cuando alcanzó la toldilla y volvió a recorrer media eslora mirando desafiante al cielo aferrado a bitas y barandillas.

Cuando atracaron, Ramiro tuvo la sensación de que la tempestad le había dado una especial conciencia de la fragilidad humana; de repente, los puertos más legendarios habían perdido su capacidad evocadora. Iban a permanecer atracados en la bahía al menos veinte días para cargar el barco de más de seis mil

toneladas. Después de recoger carga, le esperaban otros treinta días de vuelta. Cada singladura se acercaba a tres meses: un mes de ida, otro tanto de vuelta y el atraque en puerto extranjero, que superaba los quince días. En Galveston, la belleza del mundo le pareció inmensa. Durante dos días sintió su existencia más precaria que nunca. Nada más desembarcar, feliz de pisar tierra, besó el suelo. Cerca del buque, unos trileros que apostaban a las cartas se rieron al verlo arrodillarse.

Había cobrado en dólares el habitual anticipo del salario solicitado al capitán para disponer de dinero en puerto. Le dieron un pase firmado por Texas Company que autorizaba a circular por el recinto, prohibiendo hacer fotografías y fumar. Se acercó a los jugadores. Algo le decía que aquellos hombres estaban allí para embaucar al primero que pasara. Apostó un billete de diez, ganó el doble en la primera mano y se retiró apretando sus dólares en el bolsillo.

Llegó a la zona de pequeños comercios en la que destacaba una tienda del ejército. Se adentró entre montañas de ropa apiladas por tallas: pantalones, camisas, cazadoras y gorras..., compró una camisa y un pantalón caqui. Después de probárselos, se los dejó puestos. En la camisa de grandes bolsillos guardó la cartera y el pase. Se sintió como los soldados de la base entre la algarabía portuaria hasta que llegó a un establecimiento de helados.

—*Ice cream* —dijo con su precario inglés, depositando una moneda en el mostrador.

La chica que despachaba preguntó algo que no entendió, el inglés de la Academia Vela no se parecía al que se hablaba allí... Ramiro señaló la cubeta del sabor que quería, ella volvió a preguntar. Se miraron. Señaló de nuevo el helado de vainilla. Nada. Un grupo de marines irrumpió en la heladería. La muchacha sonreía al atender a los recién llegados en animada charla, dando a cada uno su cucurucho. Él se marchó sin su helado, avergonzado en medio de la confusión.

24

Puertas al Abra

El *Mar Rojo* se adentró en el Abra el 15 de marzo de 1946. Después de nueve meses embarcados tenían uno de permiso y atracarían en Bilbao, de donde era la mitad de la tripulación. En aquellos años, Bilbao era el puerto más importante del norte de España, la Marina Mercante vasca había desplazado con sus potentes vapores a los veleros y, con el estallido económico en torno a la Ría, surgieron marinos de renombre. Dos de ellos, los capitanes Francisco Aldecoa y Tomás Urquijo, reconvertidos en armadores, fundaron en 1907 la Compañía Marítima del Nervión en Algorta. A mediados del siglo XX, la naviera llegaría a ser una de las más distinguidas matriculadas en Bilbao.

Recordaba cómo, en junio de 1945, Lapeyra, Galán y él habían ido a que les asignaran buque de prácticas al edificio del Banco de Vizcaya, en el número 1 de la Gran Vía, en la plaza Circular. Tomás Urquijo, uno de los armadores y socio capitalista de la compañía —famoso por haber traído a Getxo los tamarises desde Biarritz, donde veraneaba—, había reservado dos plantas para sus negocios en el regio edificio de cuatro alturas del Banco de Vizcaya rematado en cúpula. La naviera ocupaba la tercera planta. En 1946, con la ampliación del Banco de Vizcaya, trasladaría sus oficinas al recién construido rascacielos de la calle Bailén, un hito arquitectónico de la época, de trece plantas y cuarenta y tres metros de altura. Aquella primavera, los tres amigos acudieron a la sede de la Gran Vía deslumbrados por las expectativas de un destino a punto de dispersarse por el mundo. Al salir de las oficinas, cada uno se enrolaría en un buque distinto, pero una corriente secreta los unía bajo la superficie de las aguas:

todos los buques pertenecían a la misma compañía, conocida coloquialmente como La Marítima.

Casi un año después, desde el *Mar Rojo,* Ramiro dejaba a babor La Galea, el acantilado descendía recto hasta Arrigunaga, la playa de sus veranos, distinta desde la mar, donde el corte vertical del paisaje parecía ondularse a la orilla del recuerdo.

Navegaron por el Abra interior con la desembocadura de la Ría frente al *Mar Rojo*. A un lado, el nuevo edificio de salvamento de náufragos en Arriluce y las Galerías de Punta Begoña, que cubrían la ladera como un galeón. Al otro, en la dársena de La Benedicta, buques fondeados esperaban flete. Al acercarse a Bilbao, un vaporcito se arrimó al buque y, por una escala de gato descolgada a sotavento, subió el práctico. Ayudado por los remolcadores de la Compañía Ibaizabal, el *Mar Rojo* se adentró por el canal dejando a estribor Altos Hornos con sus características torres de fuego.

En Deusto, la escultura del Tigre de Lucarini asomó sus nueve metros de longitud, como un vigía de la Ría a punto de lanzarse sobre los buques. Una fábrica de correas, construida en los años cuarenta con austera arquitectura racionalista rematada en templete, le servía de pedestal. Los bilbaínos habían convertido al felino de hormigón en símbolo: para unos era una leona; para otros, un tigre.

El práctico atracó sin un estremecimiento aguas arriba de la Ría. Cuando Ramiro puso pie en la Campa de los Ingleses, se prometió no volver a navegar. Estaba decidido, la mar solo era hermosa vista desde la costa. Había sumado más de doscientos días navegando y ahora sentía todo el cansancio del buque, nunca podría habituarse a la incertidumbre de un suelo oscilante. Con los embarques y desembarques sellados por el capitán Riera en su cartilla de navegación, se sentía feliz al avanzar ahora tierra adentro. Sí, él era un Jonás y la ballena lo escupía a tierra como en la leyenda.

«Primero lo primero...», decía Souto. Y otras veces: «Hay que ir por delante del carro». En el *Mar Rojo* se preguntó durante meses si el carro al que se refería el segundo maquinista era el buque,

hasta que Souto Celaya se lo aclaró un día. Su abuelo carretero tenía los mejores bueyes de la provincia de Ourense. «Los bueyes no deben dirigir el trabajo; el carretero debe ir por delante del carro.»

A las pocas horas de atracar, lo primero que debía hacer era contarle sus planes a Angelines, su novia. Pero aquella mujer tenía una capacidad insospechada de decepcionarle: al llegar a For con intención de sorprenderla, su amiga Regina le informó.

—Modas Regan ni siquiera llegó a abrir y Angelines no trabaja desde que se ha casado.

Se alejó de allí lleno de ira.

—Pero ¿seguro que era tu novia? —le preguntó Margarita G. Buded, cuando lo vio llegar a casa casi llorando.

—Seguro. Pensábamos casarnos.

—Pues no lo parece. Está claro que no te quería.

Movió melancólico la cabeza de izquierda a derecha y, con aquella angustia, dijo:

—No voy a volver a navegar.

Margarita G. Buded se acercó al otro lado de la mesa, donde su hijo apoyaba el cuaderno de motores que justificaba los meses de prácticas; él posó la cabeza en la cintura de su madre en silencio; permanecieron así varios minutos.

Esa noche se acostó temprano, tratando de aplacar su mente. Su vida entera le parecía un fracaso del que deseaba huir. El sonido de la cocina era un sonajero comparado con el rugir de las calderas del buque. Recordó los sonidos de la sala de máquinas que imitaban lamentos en su imaginación y se preguntó si aquello le había afectado. La vida del barco..., tanto sacrificio para nada. Dejaría de navegar. En el buque no podía escribir, la sala de máquinas era lo más parecido al infierno que había conocido.

El domingo, después de permanecer días recluido en casa, Margarita G. Buded lo obligó a salir. Él protestaba:

—Si al menos estuvieran Lapeyra o Galán...

Se había enterado de que ambos navegaban. Dio un paseo por la Gran Vía antes de ir al cine y se encontró con Alberto Muro y su novia. Hablaba con ellos de sus viajes por Brasil, Tampa y la costa

de África. Ana Mari le preguntó si tenía novia, Ramiro contó que Angelines se había casado mientras él navegaba. Al levantar la vista, dos muchachas miraban su uniforme de marino desde la otra acera. Alberto Muro las saludó y las chicas cruzaron.

Aunque no lo sabía, aquel domingo iba a conocer a la futura madre de sus hijos, una muchacha rara y solitaria que había estudiado en un pueblo del valle de Atxondo y paseaba por la Gran Vía con su amiga Carmen. Alberto Muro se las presentó. Iban al cine como ellos. Begoña tenía una maravillosa melena ondulada y unos ojos altivos que, desde el primer instante, llamaron su atención.

Ramiro explicaba que la mayoría de los viajes con La Marítima eran redondos: iban y volvían al mismo puerto. Funcionaba así cuando la compañía tenía una línea regular, aunque también hacían rutas ocasionales. Begoña lo escuchaba atenta, ella estudiaba Perito en la Escuela de Comercio.

Cuando las muchachas se marcharon, Alberto Muro dijo que la madre de la chica por la que él se interesaba vivía en Miguel de Unamuno junto a la plaza de toros. La calle cambiaría el nombre del escritor por el de Enrique Eguren años después. Pero la muchacha no vivía allí. De niña, su madre la había entregado a un aña, una nodriza, para criarla en un pueblecito al pie del Amboto. Al crecer, estudió en un internado del pueblo. En Apatamonasterio, Begoña vivía con la familia del aña. Y a su padre no lo conoció hasta los dieciocho años, cuando su madre llevó a aquella hija de un amor ilícito a las oficinas de una empresa de camiones. Allí se entrevistó con un señor con puro y sombrero y lo amenazó:

—Si no le das tu apellido, nos plantaremos en el portal de tu casa para que la vean todos los vecinos, tu mujer y tus hijos.

A la que tenían que ver era a ella, Begoña. Poco después, sus apellidos cambiaron de orden; el primero pasó a ser el segundo y empezó a estudiar Comercio en Bilbao, su madre pretendía prepararla para cuando heredara la empresa de camiones.

El misterio de la mirada de aquella muchacha aparecía cuando retiraba su oscura melena ondulada con un giro inesperado de cabeza. Dejaba su perfil a la vista y el secreto que todos

conocían estallaba violento en aquel gesto, como si al apartarse el pelo luchara contra el mundo mostrando la herida infligida por la felicidad perdida de su destino.

A Ramiro le conmovió lo que sabía de su infancia. El domingo siguiente, la muchacha contó que se había educado en un internado. Cuando la acompañó al portal, recordó la advertencia de su amigo Alberto Muro: «Aléjate de esa chica complicada».

Pero aquel mes de permiso quedó con Begoña y su amiga Carmen a diario. Le estimulaban los retos, le fascinaba el misterio. En cuanto se separaba de ella, deseaba volver a verla. Permanecía inquieto hasta la próxima cita con la muchacha fría y lejana, como si lo que quería decirle hubiera quedado pendiente.

«Quizás le he dicho algo», pensaba al separarse, «o tendría que haber dicho lo que no he dicho...» Cada día, al volver a casa, se atormentaba.

Una tarde se encontraron con la abuela Consuelo Buded en la Gran Vía. Ahora vivía en el número 32 de la calle Ledesma con los primos Joseba e Iñaki en casa de la tía Consuelo y su marido pelotari. Aquel primer piso olía a pan, porque estaba sobre el obrador de una panadería. La abuela, sorda y casi ciega, se desplazaba a un banco de la Gran Vía donde pasaba la tarde. Cuando se despidieron, mientras la amiga de Begoña esperaba en otro banco, pareció adivinar lo que sentían:

—Os queréis, ¿verdad?

Begoña se ruborizó, Ramiro afirmó con la cabeza.

—Pues es lo único que importa —dijo la abuela. Había llegado a sus oídos que su nieto se hablaba con una muchacha que a Pinilla Soldevilla no le gustaba.

Mientras escuchaba a la abuela, observaba cómo la poderosa melena ondulada de Begoña se movía en el aire y reprimía el profundo deseo de besarla. Cuanto más se alejaba ella, más deseaba mostrarle su amor. Los cuatro años de diferencia entre ellos parecían más, porque Begoña seguía siendo una niña silenciosa necesitada de un padre. Dibujaba, escribía poesía, hacía álbumes con flores secas, y la búsqueda de la belleza era su refugio. La afición de Ramiro a escribir le entusiasmó.

Cuando al día siguiente le enseñó la novela de quiosco, Begoña dijo admirada: «Así que Romo P. Girca es tu pseudónimo...». Su inseparable amiga Carmen se alejó. Hablaron del valle de Atxondo y del pueblo del aña. Él le contó cómo eran los veranos de su infancia en Getxo y, al entregarle el ejemplar de *El misterio de la Pensión Florrie,* cuando la dejó en el portal, le robó un beso.

25

Mar Cantábrico

Llegó al *Mar Cantábrico* por carretera, con sus padres. Nunca supo si la decisión de acompañarlo a Barcelona para embarcar obedecía al deseo de Pinilla Soldevilla de visitar la Ciudad Condal con su mujer, o era una manera de vigilar que su hijo mayor no echara por la borda una carrera de marino aún sin empezar.

Sacaría el título de maquinista y después dejaría de navegar. Aún faltaban las prácticas en un barco de motor, la motonave en la que iba a enrolarse era el *Mar Cantábrico*. Como siempre, su madre había hecho de intermediaria entre él y su padre: volvería a embarcar con la promesa de que, una vez obtenido el título, no podrían obligarlo a navegar. En Barcelona subió con sus padres al barco y se fotografiaron en cubierta.

Al visitar el buque de la Compañía Marítima del Nervión con el mismo puerto de matrícula que el *Mar Rojo,* Bilbao, le esperaban muchos cambios. El *Mar Cantábrico,* construido en el Astillero Euskalduna en 1930, era, junto a su gemelo *Mar Negro,* un buque emblemático de la compañía, más nuevo y más grande que el *Mar Rojo*. Estaba destinado al tráfico de carga general y algodón con Estados Unidos. Tenía una eslora de 128,46 metros; 16,36 de manga y un puntal de 10,36 metros, con 11.180 toneladas de desplazamiento, pero el arqueo determinante de carga era 6.632 toneladas de registro bruto. Esos eran los números. Con su propulsión a dos hélices accionada por dos motores diésel de ocho cilindros podía alcanzar una velocidad de quince nudos. «Es una excelente motonave, de poco consumo y buen andar», explicó un merodeador de negocios a Pinilla Soldevilla, interesado como un experto marino hasta que aclaró: «No, el que va a navegar es mi

hijo».

El gran cambio estaba en la sala de máquinas. Los paleros, que parecían un mecanismo humano, habían desaparecido. Los motores de gasoil daban en cierto modo la razón a Pinilla Soldevilla: el sistema de propulsión era limpio, la vida de los maquinistas de la Marina Mercante estaba cambiando. Pero la evocación de la sala de máquinas del *Mar Rojo* se había grabado en sus sentidos, impregnando de polvo de carbón la épica de aquel esfuerzo. Nunca olvidaría a los hombres palear: de las carboneras a la sala de calderas, del montón al horno... Su continuo trasegar era una noche oscura de la condición humana, el trabajo más duro que había conocido en su vida; parecían ciegas hormigas.

Asomado a la cubierta del *Mar Cantábrico,* observaba el puerto de Barcelona. El monumento a Colón, con su elevada perspectiva sobre el agua color plomo, ofrecía un imaginario punto de mira frente al suyo. Entre ambos, un vapor carboneaba y otro descargaba su flete de plátanos de Canarias. La mano de Colón tendida hacia el horizonte señalaba todos los mares.

El *Mar Cantábrico* había traído balas de algodón desde el golfo de México para abastecer fábricas textiles de Barcelona, y descargaba ya el resto de la carga general. Cuando presentó la documentación, él y sus padres desembarcaron y la proa les pareció gigante. Pasearon por las Ramblas. Al regresar al muelle, observaron cómo dos muchachos achicaban con estopa y un alambre restos de aceite de unos bidones vacíos para verterlo en botellas que intentarían vender. Margarita G. Buded se había fotografiado en cubierta junto a esos mismos bidones llenos aquella mañana.

Al despedirse, su madre sacó del bolso un paquete con un libro. Habían ojeado juntos en un quiosco de las Ramblas la novela ganadora del primer Premio Nadal, creado en 1944 para descubrir nuevos escritores, y la había comprado mientras él y su padre buscaban un lugar donde comer. La desconocida joven que se hizo con las cinco mil pesetas del premio había salido en los periódicos de Bilbao, y Margarita G. Buded había guardado un recorte de *El Correo* para su hijo; era una muchacha de rostro anguloso, llena de

misterio. El regalo de su madre al despedirse fue una sorpresa.

Empezó a leer *Nada* ya en travesía. Era la historia de una joven que llegaba al piso de unos parientes en la hostil Barcelona de posguerra para estudiar. Desde la primera página vio que allí había algo:

> Un aire marino, pesado y fresco, entró en mis pulmones con la primera sensación confusa de la ciudad: una masa de casas dormidas; de establecimientos cerrados; de faroles como centinelas borrachos de soledad.

Hizo una línea vertical con lápiz junto a aquel párrafo que acababa: «sobre mi corazón excitado, estaba el mar». Lo leyó varias veces: su corazón excitado, la mar..., miró la edad de la autora para ver si le quedaba tiempo para alcanzarla. Carmen Laforet había nacido en 1921, tenía dos años más que él y había ganado aquel premio de la revista *Destino* con veintitrés años, la edad que tenía Ramiro en ese momento. No encontró alivio en que fuera mayor que él.

En la sala de máquinas tapó la novela con el cuaderno de motores fechado en 1946 por la Comandancia de Marina para el *Mar Cantábrico*. Al principio de la guardia, entre las ocho y medianoche, no paraban de llegar órdenes del puente y no podía leer. Veía cómo avanzaba la rueda del telégrafo interior que tenía su equivalente en cubierta: de «Poca avante» a «Media avante», de media a «Toda avante». Pero cuando el buque alcanzó una velocidad de crucero de doce nudos, las órdenes cesaron y pudo seguir leyendo. Habían salido de Barcelona con las bodegas vacías de carga y los tanques de lastre llenos de agua de mar. Harían la travesía en lastre para abastecer tres bodegas al llegar a Cádiz, la cuarta la llenarían en Tenerife. Continuó leyendo, interrumpiéndose a ratos para observar.

Cuando recibió el relevo, salió a cubierta. El cielo invadido de estrellas fugaces estremeció su alma. Se acordó de Begoña, la muchacha de la que se había enamorado, a la que había prometido escribir.

Se quedó recostado en un banco de cubierta hasta que a babor

le deslumbró el atrevimiento de la luz. El sol fue deslizando su poderoso disco brillante de intenso color anaranjado, ganaba más espacio segundo a segundo imponiéndose en el cielo. Por fin apareció esplendoroso en el horizonte y el amanecer lo acarició. Se retiró al camarote. Su imaginación fundió el recuerdo de Begoña con la protagonista de Carmen Laforet, le puso su cara. El sueño le vencía recordando a la muchacha. Le había faltado audacia para comprometerse con ella. ¿Se parecería Begoña a Andrea, la misteriosa joven a la que tanta vida transmitía Carmen Laforet en *Nada?*

El trabajo en el *Mar Cantábrico* no conseguía interesarle. Anotó en un cuaderno las peculiaridades del lenguaje marinero, había tantas como para hacer un diccionario. Esperaba pasarlas a limpio con su Underwood cuando volviera a Bilbao. Todo lo que se decía en tierra de una manera, en la mar se decía de otra. La única cuerda de la que se hablaba a bordo era la de los relojes, las demás tenían nombres específicos: amarras, chicotes, estachas, cabos... Las bitas y noráis eran elementos metálicos fijos que servían para el amarre de los buques. Se nombraban así dependiendo de si estaban dentro del barco, las primeras, o en el cantil del muelle, los segundos. Tomaba nota de aquel lenguaje específico. Pensaba en el futuro. Si algún día se paraba a considerar qué había hecho con su vida, esta solo tendría sentido si había escrito. Decidió no traicionarse. Los motes de Lapeyra —Torrija, Ramiro Faber— hablaban de su debilidad; pero él aún esperaba mucho de sí mismo. Había acabado de leer aquella novela en cuatro días: era diferente y magnífica.

Al acercarse a puerto, asomaban por estribor cumulonimbos de tormenta. Regresó al camarote confiando en que amainara. Sus compañeros desconfiaban de él, le miraban sin sonreírle, porque era tímido y tenía siempre en los labios una contestación que no encajaba con el ambiente del buque.

Al llegar a Tenerife, mientras la tripulación visitaba el puerto, Ramiro se olvidó de todo escribiendo. Conocía a esos personajes que se plegaban a sus deseos y hacían lo que ordenaba su cabeza mientras él tecleaba en el camarote. Había algo poderoso en esa

respuesta. Le gustaba oír el sonido familiar de las teclas intercalado con su pensamiento. Las palabras acompasadas por ese revelador murmullo arrancaban algo en su interior que lo tranquilizaba. Se prometió a sí mismo que sería escritor o no sería nada.

Había estado a punto de dar la espalda a su deseo más íntimo para complacer a Angelines y no había sido suficiente. Pero ahora sabía que nunca renunciaría a su sueño. Lo que aquella mujer había estado a punto de quitarle era importante. Ya no cometería ese error. Escribir era su única verdad. Decidió enviar una carta a Begoña, aún no le había hablado de amor.

Querida Begoña:

A punto de emprender el largo viaje oceánico con escala en Tenerife, donde vamos a repostar y recoger carga, me he dado cuenta de algo muy importante que no te he dicho estos días. Me he enamorado de ti. No dejo de pensar en nuestros encuentros, en cada una de tus palabras. Trato de evocar tu preciosa carita de vasca y tu melena ondulada cada vez que cierro los ojos. Temo que tu imagen se desdibuje durante tantos meses. Me gustaría tener un retrato tuyo, tal vez puedas mandarme una fotografía si me escribes. Si nos escribimos mientras estoy navegando, podemos llegar a conocernos.

Y ahora quiero preguntarte algo: ¿te gustaría ser mi novia? Ya sé que es extraño preguntarlo por carta; pero, después de esta semana de distancia, estoy seguro de que eres la mujer que busco.

Cuando saque el título de segundo maquinista naval quiero formar una familia, trabajar y tener una vida sencilla, a ser posible en el campo, para escribir; voy a dejar de navegar. Espero poder ganarme la vida en tierra. Tengo poco que ofrecer, pero desearía compartirlo contigo.

Había reescrito tres veces la carta cuando vio atravesar la cubierta al radiotelegrafista a paso ligero. El oficial se dirigía a la escala real camino del puerto. Metió apresuradamente la cuartilla

sin firmar en un sobre con la dirección de Begoña. Lo cerró y se escuchó decir: «Señor, ¿podría enviar esta carta? Es urgente».

26

Desenrolar

El mismo día que le fotografiaron con el título de maquinista naval vio en el cine Bilbao en la calle Esperanza *Qué bello es vivir*. Cómo le hubiera gustado ser como el gran personaje que interpretaba James Stewart. No quería parecerse a Pinilla Soldevilla y, sin embargo, quizás había heredado su debilidad de carácter. Cuando tenía quince años, el abuelo Evaristo dijo: «Eres igual que tu padre», aquello le desmoralizó. Tendrían que pasar décadas para que llegara a comprender cuántas oportunidades le había dado su padre al dejarse aconsejar por el librero de la plaza Nueva, contagiarle su amor por la música y regalarle lo mejor de su infancia: los veranos en Getxo.

—Aquí nunca te faltará un plato de garbanzos —dijo Pinilla Soldevilla una semana después de su regreso a Bilbao, tras su último embarque en el *Mar Cantábrico*. ¿Qué quería decir con eso?, ¿esperaba que se muriera de hambre y volviera a casa vencido, incapaz de ganarse la vida?

Su madre adivinaba con solo mirarlo lo que deseaba. Él quería trabajar, pero sobre todo escribir. Navegando, su ánimo se había vuelto profundamente reflexivo. Una noche que escuchaba los rumores nocturnos: una tos, un suspiro, el ruido de la mar y el infierno de las calderas, pensó que la felicidad se alejaba mientras él permanecía en aquella bañera flotante. La idea de no alcanzar los sueños que se contaba a sí mismo desde la adolescencia le pareció insoportable y decidió lo que debía hacer.

Dos acontecimientos marcaron el año 1948, el año en que Ramiro cumplió veinticinco años. La inminencia de la mili, que había pesado como una maldición, lo alcanzó ese invierno y

obtuvo el título de segundo maquinista después de las prácticas. Hacía una semana que había regresado de navegar y debía presentarse en el cuartel. Pinilla Soldevilla hacía cálculos en la sobremesa sobre lo mucho que se podía ganar si su hijo enviaba mercancía desde puertos americanos, como había hecho en una ocasión desde el Brasil, para venderla en Bilbao.

Entonces, en el piso de la calle Gordóniz, estalló la noticia. Su padre, orgulloso de su logro, con una mezcla de admiración y asombro, como si nunca hubiera estado convencido de que fuera capaz de conseguir sacar el título, dijo:

—Ahora es cuando vas a ver el fruto de tu esfuerzo.

—Yo no quiero navegar —respondió levantándose a recoger la mesa. La idea de que no tenía madera de marino le perseguía desde que puso un pie en el *Mar Rojo*.

—¡Quieto! —exclamó el padre, y lo miró censurándolo—. Pero ¿estás seguro de lo que dices?

—Sí, estoy seguro —dijo sentándose de nuevo.

—¿Y qué piensas hacer? —preguntó su madre, sin alterarse—. Acabas de sacar el título de segundo maquinista. Espera al menos a sacar el de primero.

Al ver su expresión, suspiró y, ya a solas en la cocina, le preguntó:

—¿Por qué estás tan descontento, hijo?

—Es que quiero escribir... Y navegando no puedo. —Se lo había dicho antes de enrolarse, también al volver de las prácticas en el *Mar Rojo;* en realidad, ella lo había sabido siempre.

Margarita G. Buded, que había perdido a su primer hijo recién nacido, y temió no poder llegar a ser madre jamás, sentía debilidad por este hijo mayor que tan feliz la hizo cuando llegó al mundo y no acababa de adaptarse a él. Se ausentó un momento y regresó con un paquete. Era la novela inspirada en el cuento *Sola,* que había mandado a un concurso en su anterior permiso. Se la habían rechazado con el sello de la Delegación Nacional de Propaganda. Cuando se la entregó, no dijo una palabra.

Con aquel paquete entre sus manos, Ramiro sintió que la realidad lo alejaba de lo que más deseaba. La intemperie de la

edad adulta no le gustaba. Después de recoger la cocina y secar los platos juntos, su madre trató de consolarlo: intentaría hablar con el tío Pablo, el que llevó uniforme de falangista en el desfile de la Victoria.

—Lo han nombrado secretario-contador de la Fábrica de Gas del Ayuntamiento, es el jefe administrativo.

—Pero no tiene relación con nosotros.

—Sigue siendo mi hermano. El tío Pablo se ha casado con una mujer de buena familia y está en muy buena situación. Tal vez te encuentre algún trabajo para cuando acabes la mili.

La semana siguiente fue a recoger el título a la Escuela de Deusto y les hicieron una fotografía que apareció en *El Correo Español-El Pueblo Vasco*. Junto a una barandilla con un salvavidas en el que se leía «Escuela Oficial de Náutica», la foto retrataba a los veinticuatro alumnos de la promoción el 29 de abril de 1948. El pie de foto decía: «Nuevos oficiales de la Marina Mercante que han obtenido el título de segundos maquinistas navales». Todos con corbata, salvo él y otro que cumplían el servicio militar en Garellano y vestían uniforme de la Marina. Ramiro llevaba el título enrollado en la mano. Después de las maniobras en Berango y los meses en Ferrol, esa etapa en el cuartel completaría su servicio militar.

Aquel jueves, le dieron el día libre para recoger el título. Por la tarde se dirigió al Arenal. El aire fragante y tibio de los plátanos presagiaba el avance de la primavera. Dudó si acercarse al cine Bilbao en la calle Esperanza o pasear por el Campo de Volantín, pero el prometedor título de la película, *Qué bello es vivir,* le decidió a entrar. Salió conmocionado, pensando en Begoña, que estaba en Apatamonasterio. Decidió visitarla en su próximo día libre.

Los domingos le permitían ir a comer a casa: ayudar a un teniente que valoraba sus cualidades para redactar informes tenía

sus ventajas. En la sobremesa, Pinilla Soldevilla se atrevió a darle solemnes consejos... Así que no le faltaría un plato de garbanzos. Nada de lo que había emprendido su padre había salido bien; pero, por alguna razón, él se consideraba un triunfador. Mientras lo miraba sin piedad, se preguntaba cómo abordar el futuro que se le venía encima. Era urgente encontrar empleo al acabar la mili.

Margarita G. Buded le había enseñado un anuncio del periódico: solicitaban un escritor.

Lo guardó en el bolsillo y, nada más llegar al cuartel, escribió una carta:

> Muy Sres. míos:
>
> Refiriéndome a su anuncio de La Gaceta del Norte, de Bilbao, me dirijo a Vds. ofreciéndome para desempeñar el puesto que indican.
>
> Tengo cumplidos veinticinco años, estoy soltero, y creo poseer la suficiente cultura y conocimientos en asunto de libros para salir airoso en cualquier trabajo que a ellos se refiera, ya que siempre les he profesado gran afición, y yo mismo me dedico a escribir, habiéndome ya publicado una novela.
>
> Esperando sus gratas noticias, me ofrezco de Vds. atto. y s.s.

La respuesta llegó a Gordóniz unos días después y, el siguiente domingo, cuando su madre se la entregó, decidieron no dejar pasar la oportunidad. El teniente le permitiría salir unas horas poniendo una excusa, se enteraría de en qué consistía el trabajo.

Se presentó en la calle Heros, cerca de la plaza de Jado. Allí lo recibió el padre Garrastatxu, hombre de gran envergadura y mirada terrible. Llevaba el hábito con la misma energía con la que hablaba. Enseguida expuso con voz rotunda: «Hay que escribir una biografía de cien páginas». Él dirigía una Comisión Ejecutiva para el Proceso de Canonización del Beato Valentín de Berrio-Ochoa. En sus manos, aquella comisión, más que un asunto del cielo, parecía

algo del todo pedestre. El encargo estaba bien pagado: novecientas pesetas, pero corría prisa, antes de finalizar el año el libro debía estar impreso.

Al beato, nacido en Elorrio y llamado a predicar la palabra de Dios en Vietnam como misionero, le habían cortado la cabeza los soldados de los mandarines en Tonkín. Era un santo, Garrastatxu no albergaba dudas: había ofrecido su martirio a Dios. Contar su vida a los niños y ensalzar su figura despertaría vocaciones. La canonización era cosa urgente y el padre Garrastatxu ya había pensado el título del libro: *El héroe de Tonkín*. Aquella misma tarde llegaron a un acuerdo. Nadie debía saber que estaba realizando el servicio militar mientras escribía sobre el santo. Lo importante era llegar a tiempo. Le entregó algunos documentos. La semana siguiente presentó al dominico un esquema de tres partes y el borrador del primero: «Desde el Amboto-Elorrio, Vanlentinchu. Preocupación honda. El ideal de su vida». El fraile lo felicitó:

—Es justo lo que quería. Veo que ha entendido a la perfección la idea.

Con la segunda parte tuvieron diferencias. El contenido fue modificado a gusto del dominico para dar una visión almibarada del beato. A partir de entonces, Ramiro asociaría siempre el término «promotor», con su redoble de erres, al enérgico padre Garrastatxu, capaz de poner en marcha ambiciosos planes como abrir las puertas del cielo. La sede de la comisión para canonizar al beato, a la búsqueda y captura de un milagro, estaba situada en el Convento de la Encarnación de Bilbao. El 1 de enero de 1949, el dominico le dedicó el primer ejemplar impreso.

> A mi amigo, con todo afecto, el primer ejemplar de la tirada de este librito en que ha puesto todo su corazón.

Garrastatxu no tenía idea del poco corazón que había puesto Ramiro en el texto editado por la Comisión Ejecutiva para el Proceso de Canonización del Beato Valentín de Berrio-Ochoa.

En uno de los viajes de Barcelona a Génova con el *Mar Cantábrico* había comprado una bicicleta de duraluminio. El día que fueron a Milán no pudo resistirse a aquella Bianchi auténtica, ligera como las del Tour. Apenas la había usado, pero el domingo recorrería con ella la distancia desde la estación de tren a la casa del aña en Apatamonasterio.

Margarita G. Buded preparó dos bocadillos para su hijo. Cuando Ramiro subió al vagón del ferrocarril cargando su bicicleta, recordó las excursiones solitarias al Pagasarri. Ahora iba a encontrarse con Begoña en el valle del Amboto, donde la diosa de la mitológica vasca, Mari, raptaba a los jóvenes desobedientes, se aparecía como un árbol con rostro humano o una mujer con patas de cabra y peinaba su largo cabello con un peine de oro. Según la mitología vasca, la gruta de la dama estaba recubierta de piedras preciosas. Animado por esa leyenda, compró un colgante y una cadena para su novia.

Al llegar a destino, recorrió en bicicleta la distancia que separaba la estación del pueblo. En el trayecto solitario, la luz intacta dibujaba un paisaje misterioso y diáfano a la vez. Recorrió campos y huertos preguntando por la dirección que llevaba escrita. La bicicleta Bianchi llamó la atención de los habitantes del valle. El aña y su hija trabajaban el huerto de un caserío al pie del Amboto, habían oído hablar del novio marino de Begoña y, avisadas de que vendría, le ofrecieron un vaso de agua. Ella no estaba.

—La encontrarás en los pinos —dijo el aña, señalando a lo lejos—: esa, cuando se enfada, prefiere el monte a las personas.

Tomó el sendero guiando la bicicleta a su lado por el camino escarpado. Dibujó en una roca las iniciales de él y Begoña. El corazón le brincaba cuando vio una falda blanca plisada a lo lejos. Se sentía orgulloso de Begoña por razones que solo él sabía. Recordaba de memoria las cartas recibidas en el *Mar Cantábrico* y sus palabras misteriosas... Lo que escribía Begoña no se parecía a nada ni era fácil de comprender; pero su escritura, de imaginación exaltada, había anidado en su mente. ¿Se había escondido ahora para llamar su atención? Junto a la falda blanca, vio también un

vestido de flores entre los árboles: eran dos muchachas. Las flores de tela desaparecían con los reflejos de sol que enardecía el verde de los pinos. Por fin se detuvieron.

Begoña tenía la cabeza baja, estaba sentada en un tronco sobre un pañuelo junto a su amiga Carmen, de pie a su lado. Al apartar el pelo, la cara de belleza severa de Begoña descubrió unos ojos llenos de melancolía.

Hizo acopio de valor y sacó la cajita con el colgante. Ella abrió el regalo y se puso a saltar.

—Gracias a Dios que has venido —dijo Carmen—. Estaba enfadada. ¡No has llegado a misa!

—Dios me ha dicho que no existe —respondió él.

Se rieron los tres. Las amigas habían asistido a la misa del domingo, el acontecimiento social del pueblo, donde Begoña había estrenado un vestido de flores y quería presumir de novio. El enfado se le pasó con el adorno de plata.

—¿Queda bien con el vestido que me ha regalado mi madre? —preguntó, con una mano en la cadera.

Bajaron a buscar el único espejo del caserío. La muchacha que creció ignorando el apellido de su padre, lo repetía ahora. «El lunes iré a Transportes Millás con este vestido», dijo. Parecía feliz, Carmen hizo un gesto escéptico.

Como él, la amiga de Begoña estaba en Apatamonasterio de paso, regresaría a Bilbao al día siguiente. Le parecía que todas las chicas contaban sus secretos a alguna amiga: Angelines, a Regina; Begoña, a Carmen. ¡Qué daría por espiar sus conversaciones!

27

Gas

«Me han casado con un juez.» Cada vez que Ramiro veía al tío Pablo G. Buded con sus gafitas redondas y su terno bien cortado, recordaba la frase que este le susurró a su madre cuando fueron a pedirle trabajo a la Fábrica de Gas del Ayuntamiento. Más que el secretario contador de aquella institución, le pareció un hombre manejado por una mujer.

El tío Pablo los había recibido cerca del edificio noble del consistorio. Le iba bien: antes de llegar al regio despacho pasaron dos controles. Él explicó a su tío lo que sabía hacer; pero, sobre todo, que no estaba dispuesto a navegar. Pablo G. Buded los invitó a su casa y les presentó a su mujer. No tenían hijos, se habían casado mayores, ella era una *birrochita,* como llamaban en el caserío a las solteronas. Al despedirse y quedar los tres a solas, el tío Pablo susurró: «Me han casado con un juez», demostrando un humor hasta entonces oculto. La boda del tío Pablo había sido un braguetazo, la novia era rica, poco agraciada y lo controlaba sin respiro. La frasecita hizo fortuna en las sobremesas de Gordóniz, donde Margarita G. Buded la repitió toda su vida.

Cuando los acompañaba hasta la puerta, la mujer-juez se acercó a despedir a la visita. Dirigiéndose a su hermana, Pablo G. Buded dijo:

—Algo se podrá hacer. Así que a ti te da lo mismo el tipo de trabajo, ¿no? —Lo miró con curiosidad.

Él asintió.

Dos semanas después, en julio de 1949, entraba en la Fábrica de Gas del Ayuntamiento de «chupatintas», feliz de tener un empleo con el que empezar el resto de su vida. Podría formar una

familia, casarse con Begoña, escribir... Sus padres no aprobaban aquella boda; las circunstancias familiares de la novia no les gustaban. Margarita G. Buded sentenció: «Uno no se casa solo con la mujer que elige, se casa también con su familia». Pinilla Soldevilla se indignó: «Tiraste por la borda la carrera de marino y ahora quieres casarte con una mujer sin padre. Vas camino de la perdición».

El trabajo en la Fábrica de Gas consistía en expedir recibos de consumo para el cobro. Otros empleados controlaban el pago, tomaban mediciones en los contadores, llenaban libros de contabilidad... Una maquinaria bien engrasada de subalternos aparentaba no detenerse cuando aparecían los jefes. En las oficinas había enchufados por parientes adeptos al régimen franquista. Los cambios políticos de posguerra habían propiciado nuevos empleos en aquella institución del ayuntamiento. El jefe supremo, el director gerente, era el ingeniero Padró Amorrortu. Emilio Padró, su hijo, hacía lo que le daba la real gana. Venía desde Las Arenas, llegaba al trabajo tarde y se dedicaba a dibujar toda la mañana; la pintura era su pasión.

La primera vez que Ramiro vio aparecer a Emilio a las once en la oficina con los zapatos en la mano, como un marido pillado en falta, se rio. Días después se acercó por la espalda al contable, que cumplimentaba esmeradamente el libro mayor. «¿Ya has hecho la "A"?», preguntó entre aspavientos. El funcionario echó un borrón. Todos permanecieron impasibles, Emilio Padró se sentó a su lado y se puso a criticar mientras dibujaba. Hablaron de Getxo, una sociedad que reunía todos los contrastes —Santa María, Algorta, Neguri, Las Arenas—, desde la clase más pudiente en Neguri, donde vivían los Padró, a los humildes campesinos de Santa María, en euskera *Andra Mari,* donde él había veraneado.

Emilio Padró hacía caricaturas de personajes de la oficina y apuntes de pescadores del Puerto Viejo, mujeres recogiendo zaborra en la playa, una señora encopetada presentando en sociedad a su hija feísima... Nada más acabar un dibujo, lo estrujaba y se entretenía encestándolo en la papelera más alejada. Ramiro recogía aquellas bolas de papel, las estiraba y guardaba los

dibujos. Emilio hablaba con veneración de su madre, hija del gran tenor Florencio Constantino, nacido en Bilbao y emigrado a la Argentina. Se reía de todo lo demás. Su temperamento burlón alegraba el sopor de la oficina. Getxo era su tema de conversación.

Cuando el tío Pablo les informó de la amenaza que pendía sobre ellos: ampliar el horario de la fábrica para trabajar también por las tardes, Emilio Padró aseguró: «Seguiremos saliendo a las dos, la amenaza no se cumplirá». Tenía información privilegiada de su padre. Varios empleados escucharon alarmados el anuncio del jefe administrativo. Atendían otro empleo o negocio por la tarde. La posibilidad de que les aplicaran horario partido desbarataba sus vidas. El sueldo era pequeño y los que tenían cargas familiares estaban pluriempleados.

Ramiro veía cómo el dueño de una tienda de electrodomésticos llegaba apurado cada día repitiendo: «Vaya semanita, vaya semanita». Y Cámara, un compañero empleado también en la orquesta municipal, hacía horas extra para dar a sus hijas una esmerada educación, porque los dos empleos de funcionario no eran suficientes.

Él necesitaba ahorrar para casarse con Begoña. No podían contar con ayuda de las familias y una boda originaba gastos. Debían alquilar una vivienda, pensar en la ceremonia y el banquete. Begoña soñaba con un viaje de luna de miel. Cada día, al salir de la Fábrica de Gas, sus pensamientos volvían a aquel anhelo. Un mediodía, camino de Gordóniz, observó los bajos del edificio de Comercio y Aviación que ocupaba la esquina izquierda entre el muelle de Ripa y el número 1 de la calle Buenos Aires. Su imponente arquitectura en chaflán se elevaba airosa y la fachada clara destacaba al comienzo de la calle.

Un poco liberado al salir de la oficina y cruzar el puente, miraba su porte majestuoso rematado por dos esculturas. Algo en aquel edificio racionalista lo acercaba a sus anhelos. Por la tarde seguiría escribiendo. Decir que era escritor le proporcionaba respeto entre sus compañeros de la Fábrica de Gas. Emilio Padró le había inspirado un personaje díscolo de la sociedad de Neguri que, después, salvaba a la familia de la ruina. Ese era el argumento, y el

título iba a ser *El ídolo*. Pensaba en su novela al mirar el edificio con el que se encontraba cada día cuando, una tarde, vio un cartelito a la altura de la calle, en la planta baja: BIBLIOTECA CASA AMERICANA. Entró.

«La embajada de Estados Unidos en España inauguró la Casa Americana de Bilbao en enero de 1949», le explicó un empleado parecido a Buster Keaton que ordenaba revistas. Organizaban conferencias y conciertos. Le dio un papel que leyó con avidez: la Casa Americana concedía becas, proyectaba películas no estrenadas. La intensa actividad se difundía en unos boletines que enviaban solo a los socios. Al día siguiente, el mismo empleado le dio uno haciendo una excepción. La experiencia se estaba llevando a cabo en Madrid, Barcelona, Valencia, Sevilla, Cádiz y Zaragoza. El embajador de Estados Unidos, Stanton Griffis, pretendía inculcar el espíritu americano también en Bilbao.

La biblioteca contaba con miles de libros sobre los Estados Unidos, cuidadosamente elegidos. Hacían exposiciones itinerantes: de William Saroyan, John Steinbeck, Walt Whitman, William Faulkner... Los libros eran traducciones sudamericanas. Aquel local limpio y bien iluminado abría una puerta al futuro, y las revistas a todo color de la sala de lectura invitaban a imaginar la vida americana en contraste con el gris franquismo de posguerra. Permitían coger libros en préstamo a los socios, y Ramiro se inscribió. En una esquina, sentada a una mesita, la señorita Ingersoll —su nombre escrito en un letrero sobre la mesa— le habló de William Faulkner: había ganado el Premio Nobel en 1949. Le mostró la traducción de su discurso de aceptación del premio y le dejó la revista cuando Ramiro le dijo que él también escribía:

> Los jóvenes han olvidado los problemas del corazón humano en conflicto consigo mismo, que es lo único que puede hacer buena literatura, puesto que solo eso vale la pena ser escrito, vale la agonía y el sudor.

La señorita Ingersoll le recomendó *El villorrio,* novela donde aparecían los Snopes de *Yoknapatawpha.* William Faulkner era complicado..., le costaba entenderlo. Pero copió en un cuaderno su

discurso de aceptación del Nobel y se repetía en silencio el párrafo final:

> La voz del poeta no se debe limitar simplemente a ser la historia del hombre, sino que debe ser uno de sus soportes, de los pilares que le ayuden a perdurar y a vencer.

A vencer a quién, eso no lo decía.

Begoña, a la que visitaba en Apatamonasterio cada domingo, estaba celosa de la señorita Ingersoll, hasta que un mediodía llegó a Bilbao a ver a su madre y Ramiro la llevó a la biblioteca de la Casa Americana. El moño enroscado de la señorita Ingersoll al que llamó «moño-plátano» y su aire de eficiente bibliotecaria la tranquilizaron.

Ramiro llevaba con orgullo en la cartera el carnet 616 de socio de la Casa Americana, una cartulina azul cielo con su fotografía pegada. Las iniciales de la firma del director, J.C., y un sello rojo certificaban su pertenencia a aquel club. Con el tiempo, frecuentaba tanto la biblioteca que la señorita Ingersoll ni le pedía el carnet.

En pocos meses dibujó mapas del Oeste en grandes hojas. Aquella Norteamérica nada tenía que ver con los puertos que había visto navegando; la dibujaba para conocer sus fronteras y sus estados. Hizo resúmenes de obras de Mark Twain, William Saroyan y George Santayana; anotó fragmentos de un libro de Henry David Thoreau lleno de ideas naturalistas. Aquel filósofo había experimentado aislarse en una cabaña junto al lago Walden, en Massachusetts, para vivir con lo esencial. *Walden* era el libro que él hubiera deseado escribir, pero alguien lo había escrito hacía siglo y medio. Copió fragmentos que no quería olvidar.

Un viernes llamó su atención el anuncio de una película protagonizada por Gary Cooper*: The Fountainhead (El manantial),* de King Vidor. El director de la biblioteca, Jay Castillo, invitaba a lo más selecto de la sociedad bilbaína a coloquios sobre ciencia y tecnología. La proyección de la película en inglés era parte del programa sobre el panorama urbano de las ciudades norteamericanas para contrarrestar la propaganda comunista.

Aunque el coloquio estaba dirigido a arquitectos e ingenieros, la proyección era libre pagando diez pesetas.

Cuando vio la película, apenas entendió los diálogos, pero sí el espíritu íntegro del arquitecto Howard Roark interpretado por el gran Gary Cooper, un gigante entre los hombres enfrentándose a la mayoría en la pantalla. Días después, la señorita Ingersoll le recomendó la novela en la que se basaba la película: *El manantial,* de Ayn Rand. «El ego del hombre es el manantial del progreso humano», escribía la autora.

El domingo visitó a Begoña en Apatamonasterio, le enseñó la novela y le habló de la película de King Vidor.

—Desearía ser como ese hombre capaz de sustraerse a la masa —dijo—, olvidarme del mundo, escribir... y vivir en el campo. ¿Vendrías conmigo?

—¿Y de qué viviríamos?

—Seguiría trabajando por las mañanas. Pero se necesita poco para vivir. Un filósofo americano se aisló dos años en una cabaña viviendo solo de lo que recolectaba. Escribió *Walden o mi vida entre bosques y lagunas,* contando su experiencia.

Begoña también amaba la naturaleza y su condición de solitarios los unía.

—Walden —repitió.

Él escribió aquella palabra sobre un papel que sacó del bolsillo.

—Así llamaré a mi casa cuando la construya en Getxo. ¿Vendrías conmigo?

—Pero ¿vivirías aislado? —preguntó ella, temerosa.

—Todas las personas somos islas solitarias.

—¿Ves aquel caserío en lo alto del pinar? —dijo Begoña, señalando a lo lejos.

Ramiro la miró a ella más que al caserío.

—Pues ahí —continuó su novia— se esconde un *topo* de la guerra. En 1944, un vecino lo vio, luego nadie ha vuelto a saber de él.

Así empezó a explicarse el pueblo cómo dos mujeres solas, su esposa y su hija, podían con el trabajo de la huerta, que antes de la

guerra ocupaba a toda la familia. En aquella época, la hija —contaba Begoña—, Nerea, era solo una niña. El hijo murió en la batalla de Peña Lemona y dijeron que también el padre murió allí; aunque muchos sospechaban que no era cierto.

—Si vive —concluyó—, le habrán dicho mil veces que la guerra acabó hace diez años, pero no quiere creerlo. Sale al amanecer, cuando solo se distinguen las sombras, todos lo dan por muerto y vive como si no existiera. Ellas viven enterradas con él para que no lo descubran.

—Vamos, a lo mejor lo descubrimos nosotros.

Había brío en sus pasos mientras ascendían al caserío del topo. La luz del atardecer descendía sobre el valle. Al llegar, exhaustos, se miraron antes de recostar sus cuerpos boca abajo en una gran roca plana a los pies del Amboto. Desde allí podían observar el caserío sin ser vistos, con la emoción de asomar la cabeza y esconderse... El tiempo se detuvo un instante. Aquella tarde fijaron la fecha de la boda.

Cuarta parte
Los años épicos

28

Viento del oeste

¿Cómo habían podido premiarle el perfil de Escarlata? Era mucho mejor el de Rhett Butler. Acababa de ver en el consulado la película de la que todo el mundo hablaba en marzo de 1951 en Bilbao, *Lo que el viento se llevó,* y se enteró de que había un concurso en la radio: escribir el perfil de los personajes principales.

A los protagonistas interpretados por Vivien Leigh, Clark Gable y Leslie Howard, los conocía desde que leyó la novela años atrás. La película se había estrenado en España con mucho retraso. Después de reescribir los perfiles psicológicos, memorizándolos durante días cuando volvía del trabajo, los leyó en voz alta. Había descubierto que leer en alta voz ayudaba a medir la música de las palabras. Podía ganar aquel concurso de aficionados, él era un escritor. A Rhett Butler le dedicó más tiempo que a los otros, era un personaje magnífico:

> Al ver la película *Lo que el viento se llevó* después de haber leído la novela, nos pareció que nunca una elección de actor estuvo tan bien hecha. No parece, sino que la novelista pensaba en Clark Gable al dar vida al simpático aventurero. Seguramente pasará mucho tiempo antes de que vuelva a realizarse otra coincidencia tan exacta entre personaje y actor. Clark Gable se mueve más seguro que nunca. Si nos dicen que es su propia biografía, no nos asombraría lo más mínimo; casi esperamos que nos lo confiesen después de sentir con él la película.

Los otros perfiles eran peores. Escarlata, con su belleza de muñeca, cautivaba; pero era egoísta, carecía de la nobleza de Rhett Butler. Y Ashley era un personaje anodino y melancólico como él mismo. No le gustaba su personalidad... Le fascinaba Rhett Butler

porque dominaba a Escarlata, que era un potrillo salvaje; por su amor hacia su hijita y su comportamiento viril en todo lo importante: movía a los demás, no se plegaba a ellos. Por fin, después de leer aquellos perfiles a su madre y Begoña, los envió al concurso.

Quince días más tarde, su madre lo recibió entusiasmada cuando llegó a almorzar. Tras varias eliminatorias emitidas en el programa radiofónico que escuchaba cada mañana en directo, su hijo había quedado ganador. Pero no con el perfil de Rhett Butler, sino con el de la caprichosa Escarlata O'Hara.

La emoción de ganar el concurso de Radio Bilbao le animó a confesar sus planes, se presentaría a todos los certámenes literarios. Al día siguiente fue a la emisora a recoger el premio: un vale para canjear por un par de zapatos en la mejor zapatería de la ciudad, La Palma.

—Yo no necesito zapatos nuevos, tú sí —dijo entregando el vale a su madre.

—No, hijo.

—Me han dicho que sirven para un par de zapatos de cualquier modelo de hombre o mujer, a elegir.

—Pero tú, tu novia...

—Ella tiene zapatos nuevos, he visto que los tuyos están muy usados.

Al día siguiente, Margarita G. Buded había metido el vale en el bolsillo de la chaqueta de su hijo, que lo descubrió camino del trabajo. El vale fue del bolsillo de la americana al aparador del comedor una y otra vez durante toda la semana. Por fin, su madre aceptó el regalo. Le vendrían bien para la boda de su hijo.

Begoña tenía veinticuatro años y él veintisiete cuando se casaron el 2 de junio de 1951 en la iglesia San Francisco de Asís, cerca de Zabalburu, un templo neogótico conocido en Bilbao como la Quinta Parroquia, por el nombre que le habían puesto las beatas;

ellas tenían su ruta de iglesias como los chiquiteros tenían su itinerario de bares: las iban numerando. Según los más ortodoxos, el orden correspondía a la creación de las parroquias: Santiago, que existía antes de la fundación de la villa, era la primera. Después de San Antonio Abad, Santos Juanes y San Nicolás de Bari, se llegaba a la quinta parroquia, San Francisco de Asís, cuya primera piedra se puso en 1879.

La boda no fue como Begoña quería. El modesto banquete se celebró en un local cercano a la calle San Mamés y los invitados fueron escasos: el aña, que había criado a Begoña en Apatamonasterio; su hermano Poteto, y las madres de ambos novios. Pinilla Soldevilla no aprobaba aquella boda y quería estrenar un traje, pero no podía comprarlo. Por alguno de esos motivos no asistió. El padre de Begoña la había reconocido, pero no deseaba vincularse públicamente con ella y tampoco apareció. Aunque las familias no les dieron dinero, la novia se hizo un vestido blanco de satén y Ramiro compró un traje a plazos en la plaza Nueva.

No hubo viaje de novios, la luna de miel la pasaron en Plentzia, en una casa cercana a la estación, donde prácticamente se escondieron diez días ante sus conocidos. Begoña fingió haber viajado a San Sebastián y Zaragoza. Él no pudo decir la verdad, algo ridículo. Sus relaciones habían tenido siempre cierto aire clandestino. En Plentzia los acogió una conocida de la madre de Begoña en un caserío; allí fueron completamente felices.

Al regresar, estrenaron un piso en un edificio recién construido en lo más alto de la calle Zabala. Era una casa humilde en un barrio de mineros y ferroviarios. El alquiler de doscientas sesenta pesetas era el único que podían pagar con su exiguo sueldo de oficial tercero administrativo del ayuntamiento. La calle Zabala subía en cuesta desde la línea del tren junto al puente Cantalojas hasta la campa de Zabala en la zona minera del monte Miribilla. Al final de aquellas calles tristes estaba la mina. Un día se agotó el mineral y quedaron esparcidas por las faldas del monte de hierro casas tronchadas de pacotilla. Los habitantes no salían de pobres y vivían en aquellas chabolas de chapas de lata y madera,

construcciones provisionales para siempre. Su piso era un lujo comparado con las chabolas. Pero, no muy lejos de ese barrio de hogares míseros adonde un día llegaron obreros procedentes del sur y de Galicia, al desandar Zabala hacia la Fábrica de Gas del Ayuntamiento, Ramiro había visto desde niño los terrenos del palacio de los Zabalburu rodeados de un grueso muro. Allí habían pernoctado los reyes en los felices años veinte, y la poderosa familia había donado los terrenos para la Quinta Parroquia, donde los Zabalburu serían enterrados. «A un tiro de piedra de la miseria, la ciudad de las minas y los rosarios sigue prosperando», pensaba camino del trabajo cada día.

Zabala estaba próxima a San Francisco y sus calles de mala nota, cerca de la calle Cortes, donde se concentraban los prostíbulos. Cuando Begoña quedó embarazada, el deseo de que sus hijos no crecieran junto a aquel ambiente fortaleció la idea de construirse una modesta casita en Getxo. Lo habían soñado desde novios, la noticia de que iban a ser padres convirtió el proyecto en una obsesión.

Una tarde, se enteró de que la empresa para la que ensobraron cromos en los años cuarenta, Fher, había ampliado el negocio. A los hermanos José y Germán Fuentes Lizaur les iba tan bien que necesitaban un escritor para escribir argumentos de cuentos y películas en el reverso de las colecciones de cromos. La noticia la trajo la tía Amelia: «Fher ha comprado un edificio de varios pisos en el barrio de Rekalde, en la calle Villabaso».

Tenían muchos empleados, ya no se ensobraba en las casas. «Yo debería estar haciendo ese trabajo de escritor por las tardes», se decía. «Con ese sueldo podría ahorrar para comprar un terreno en Getxo», soñaba. Y, aunque sentía por los cromos una especie de amor-odio, un lunes decidió postularse para el empleo.

Germán Fuentes había engordado. Lo recibió en un despacho donde no había una sola caja de cromos.

—Bueno, así que usted tiene otro trabajo de funcionario.

—Sí, pero mi verdadera vocación es escribir.

—El caso es que nosotros habíamos pensado emplear a un escritor a tiempo completo, buscamos alguien entregado a la

empresa, que solo piense en Fher. —Lo miró inquisitivo y añadió —: Además de los cromos, publicamos cuentos infantiles y libros didácticos de categoría.

Se habían convertido en una importante editorial. El negocio de los hermanos Fuentes prosperaba, las instalaciones confirmaban lo que decía don Germán.

—Puedo dedicar varias horas por la tarde.

—Nuestra empresa es una gran familia, hay que integrarse en ella con total dedicación.

—Necesito el trabajo, sé que puedo hacerlo.

—Bueno, como es conocido de la casa, le daré una oportunidad. Probaremos mientras buscamos un escritor a jornada completa.

Trabajaba por las mañanas en el ayuntamiento y cumplía con los encargos de la editora de cromos por las tardes. Se ponía a la máquina a las cuatro y estaba en ella hasta las ocho, nueve o diez de la noche, según el trabajo. Si hacía buen tiempo, se iban a la fuente de Iturrigorri con la merienda-cena a partir de las ocho de la tarde. En Fher pagaban por trabajo entregado. La secretaria de piernas imponentes a la que conocía de la etapa anterior, ahora tenía un despacho junto al de don Germán. Cuando le entregaba los textos, calculaba el importe y expedía un cheque que el jefe firmaba. Pocos meses después de empezar, acumulaba veinte cheques de Fher y don Germán consideró que merecía la pena contratarlo. Trabajaría de cuatro a ocho y media de la tarde por una cantidad fija como colaborador, mil pesetas para empezar. Según el rendimiento, podían incrementarse. «Siempre puede continuar el trabajo en casa», concluyó don Germán. No le quedaba tiempo para nada, pero ahorraba el sueldo íntegro de Fher para comprar un terreno. Los breves textos insertados en el reverso de los cromos, resumiendo el argumento de *Blancanieves y los siete enanitos* en 216 cromos, o *Dumbo, el elefantito volador* en 240, no le satisfacían. Eran textos pueriles... Ya llegaría su momento, pensaba: «Primero lo primero», la compra del terreno para construir la casa. Soñaba que los problemas de la vida familiar se iban a solucionar cuando llegaran a Getxo.

Adoraba estar con su hijita, despierta como una ardilla, pasar tiempo con ella; pero el contrato de Fher le obligaba a desplazarse dos veces al día hasta lo alto de la calle Zabala, llegar sin resuello a comer del ayuntamiento y, en cuanto comía, atravesar de nuevo la ciudad con prisa para fichar en la editorial. Su madre le propuso prepararle el almuerzo en Gordóniz, que estaba más cerca de la empresa de cromos. Parecía una buena solución y descargaría de trabajo a Begoña, agobiada con las obligaciones de la casa; así cocinaría solo para la pequeña y para ella. Con la nueva rutina, salía de casa por la mañana y no volvía hasta la noche, ganaba media hora a mediodía y sobrellevaba mejor las largas jornadas de trabajo.

Una noche, al llegar a casa se asustó, la puerta estaba abierta, las ventanas también. No había nadie en la vivienda. Oyó voces a través de la pared en el piso de los vecinos. Llamó. Allí estaban sus dos tesoros, la niña se acercó a él cuando lo vio en la puerta.

Esa tarde había pasado un camión de la empresa del padre de Begoña por la calle Zabala. Ella necesitaba que los vecinos supieran que era hija de aquel empresario; alguien lo puso en duda y hubo una discusión. El incidente desencadenó en Begoña una manía obsesiva de que los vecinos la miraban mal, retiró la palabra a casi todos. Y se quejaba de que él la dejaba sola, como si no supiera que sus dos empleos le ocupaban mañana y tarde sin darle un minuto de respiro.

29

Margarita y Pinín

A veces mira cómo la vida sucede a su lado para que él la escriba; escribe siempre, aunque no sea sobre papel. Observa a su hijita como si hiciera tiempo que no la ve. Este mes de mayo de 1955 cumple tres años. Tiene el nombre de su madre y el de su mujer, uno detrás de otro. Ha intentado enseñarle algunas letras, y ya sabe escribir las iniciales de su nombre, la M y la B. Coge su mano y escribe con ella. Al mirarla, recuerda el poema de Rubén Darío dedicado a la hija de su médico, Margarita Debayle. Ese poema es un vínculo entre padre e hija, se lo leyó por primera vez cuando era un bebé. La niña aprendió pronto a sentir la música de las palabras con aquellos ojos que parecían escuchar:

> Margarita, está linda la mar,
> y el viento
> lleva esencia sutil de azahar;
> yo siento
> en el alma una alondra cantar;
> tu acento.
> Margarita, te voy a contar
> un cuento:
> Este era un rey que tenía
> un palacio de diamantes,
> una tienda hecha del día
> y un rebaño de elefantes.
> Un kiosco de malaquita,
> un gran manto de tisú,
> y una gentil princesita,

tan bonita,
Margarita,
tan bonita como tú.

Cada vez que llega a esos versos, la niña sonríe, sabe que hablan de ella:

Una tarde, la princesa
vio una estrella aparecer;
la princesa era traviesa
y la quiso ir a coger...

Ahora su hija es esa niña traviesa y todo lo quiere coger: el cuaderno, la pluma..., toca las teclas de la máquina de escribir. Los despierta por la mañana los días de fiesta, ríe cuando la visten para salir y señala desde la ventana el bar frente al portal donde los domingos le dan una aceituna. Al mirarla, se pregunta qué está haciendo con su vida, quizás la está dejando escapar trabajando tanto. ¿Qué puede haber más importante que su niña, su tesoro? Los sueños que se cuenta desde la adolescencia no se cumplirán. ¿Qué ha conseguido? El informe elogioso de una novela inédita, un premio en la radio por el perfil de una actriz, una novela de quiosco y la biografía de un beato. No, no era eso lo que él deseaba escribir.

La vida es lo que ya tiene. El final del poema hace tiempo aprendido resuena en su memoria:

Margarita, está linda la mar,
y el viento
lleva esencia sutil de azahar:
tu aliento.
Ya que lejos de mí vas a estar,
guarda, niña, un gentil pensamiento
al que un día te quiso contar
un cuento.

Tiene sobre la mesa un libro en blanco hecho en sus prácticas para encuadernar, lo mira y decide escribir hoy, cumpleaños de su hija, unas palabras para guardarlas para siempre. Siente que está viviendo unos años épicos y nunca habrá en su vida nada tan importante como este momento de perpetuar la vida. Tiene una familia, ya se debería haber curado de las ansias de la juventud.

> Si el tiempo fuera una bola de acero con púas en su superficie, lo sujetaría firmemente con mis manos para detenerlo. Soy muy feliz. Hoy es un hermoso día pues es el tercer año de su nacimiento, el acontecimiento más importante de mi vida.

Toda la verdadera felicidad que puede ofrecer la vida la ha tenido hoy. Han celebrado el cumpleaños de la nena en Gordóniz con toda la familia. La abuela ha recitado un poema al café de su padre. Dejará un espacio para copiar esa poesía en el libro en blanco. Cuando vuelva a ver a la abuela, le pedirá que la recite y la escribirá para que no se pierda. Hoy, Begoña ha estado encantadora.

Los domingos van con frecuencia los tres a pasar el día a Artxanda con sus padres. Observa cómo pesan en ellos los años: Pinilla Soldevilla no está tan arrecho como lo recuerda de aquellos veranos en Algorta, ella ha perdido mucho ánimo. Contemplando a su padre piensa que no hay mayor golpe que el golpe de los años al darse cuenta de que las cosas se van y ya no pueden repararse. Una tragedia en la juventud es penosa, pero uno llega a olvidarla al mirar hacia delante. Una tragedia en la vejez es fatal, pues no hay donde mirar, no hay escapatoria posible ni es dado reparar ya nada. El último domingo en Artxanda hizo un tiempo espléndido, la nena correteó como una loca. Desde hace meses habla continuamente de «su hermana», se refiere a la muñeca, aunque quizás alude a ese personaje imaginario que, según dice un libro, todas las niñas tienen en su imaginación. Ha empezado a emplear una orden muy graciosa: «Venga», dice cuando quiere que le sigan contando un cuento o si se demoran un poco para salir a la calle.

Un sábado salen madre e hija a ver la vuelta ciclista; él no puede acompañarlas porque el lunes debe entregar en Fher treinta y dos cromos de piratas para ampliar un texto. Un trabajo no muy digno para un escritor que desea escribir solo lo que siente, pero productivo. «El sacrificio está bien empleado», piensa, por lo mucho que desean comprar un terreno en Getxo.

El 2 de junio de 1955 celebran el cuarto aniversario de boda. A la vuelta de la oficina, Begoña lo recibe vestida de novia. El vestido no puede unirse en la cintura, pero está encantadora. Recuerda sensaciones maravillosas que solo el paso de los años permite valorar. Siente como si a pesar de estar viviendo cada momento, estos no existiesen, como si la vida fuese un solo salto fugaz. El trabajo cotidiano, las comidas, los placeres, el cansancio, el sueño, las conversaciones tontas y pueriles..., todo se junta para convertirlos en una especie de máquinas que solo atienden lo puramente material, obligados a una existencia aturdida a pesar de que viven una vida lo más retirada posible. Ver a Begoña vestida como aquel desconcertante día es conveniente. El espíritu agitado se sosiega y la ve como era entonces, en medio de tanta agitación aún queda dentro lo que a veces se olvidaba. La nena pide vestirse con el traje de novia y el velo en la cabeza. Parece un angelito, la muñeca ideal que todo padre ansía conservar eternamente a su lado.

Un martes de junio van los tres a recibir a los jugadores del Athletic, que regresan campeones de Copa. Los ven desde las ventanas de la oficina. La cría ve la oficina por primera vez y Ramiro recuerda el primer día que visitó la de su padre.

A las diez de la noche trabaja en la máquina junto a la chapa, escribiendo un cuento para Fher. La nena, sentada sobre una banqueta de la cocina, lanza uno de sus discursos y se acerca preparada para acostarse con su pijama y su trapito en la mano:

—¿Otra vez a trabajar en la maquinita? —pregunta muy seria. Quiere que le cuente su cuento—. ¿Por qué trabajas tanto?

En Fher le encargan mucho trabajo. La editorial tiene buen

ojo para seleccionar las series de cromos: están atentos a los éxitos del cine, *Rintintín, Marcelino, pan y vino*... Escribe los textos para el reverso de cada cromo, también hace series de conquistadores, pieles rojas y proyectos didácticos. Le piden adaptar cuentos infantiles de pequeño formato que resume: *Mujercitas, Pulgarcito, La Cenicienta, Nicolasín y Nicolasón.* El trabajo no acaba nunca. Le pagan bien.

El verano de 1955 no pueden veranear y aprovecha las vacaciones para ir a Plentzia de pesca. Coge vacaciones en setiembre, vive con el pálpito de las mareas, como cuando era niño. Madruga y se marcha muy pronto con una tortilla, solo en el tren, compra un panecillo y almuerza allí. Una tarde le da un ataque de reuma en las piernas, ha estado demasiadas horas en el agua. Durante tres días, con las mareas vivas de setiembre, el mar ha traído pescado como si alguien hubiera abierto una puerta en el fondo. Un día, llega a pescar setenta julias.

El 22 de noviembre de 1955 entregan la señal para el terreno que mide 16.819,99 pies cuadrados; lo descubrieron el 13 de noviembre, uno de los días que fueron a Getxo y les enseñaron un terreno detrás de la iglesia. Imposible comprar uno más cerca de la playa. Pero lo que no sabía el vendedor es que les iba a vender no solo esa superficie, sino toda la distancia que sobre él existía hasta el cielo. Viven estoicamente para poder pagarlo, soñando construir la nueva casa para vivir felices, un poco más puros que en la ciudad, más sanos. Tras muchos sudores, consiguen pagar el primer plazo del terreno, 22.826,50 pesetas, el 15 de enero de 1956. Lo consideran el símbolo de la vida que desean llevar: libertad, anchura, contacto con la tierra y la naturaleza, ejercicio físico, pureza, aislamiento. Hacía mucho tiempo que ambicionaban dejar la ciudad y vivir, dentro de lo posible, una existencia más natural cuando puedan construir la casa. Ahora gana en Fher dos mil doscientas pesetas al mes como colaborador fijo. El 15 de enero

podrán pagar la mitad del terreno, y dentro de un año todo; o sea, 44.572,95 pesetas.

El nacimiento de su segundo hijo en la primavera de 1956 los ha pillado desprevenidos, tanta vida en la casa de repente. No habían pensado ampliar la familia hasta vivir en Getxo, pero las cosas han venido así. Margarita pronto tendrá cuatro años. Ahora son dos sus tesoros. El pequeño es un pan bendito, su hermana lo llama «Pinín».

Pocas veces puede escribir. Está leyendo a Faulkner desde enero, le entusiasma tanto su estilo que un argumento que tenía destinado a una obra de teatro, *La rata,* lo va a hacer novela con una forma parecida a la de él…, si puede. Se pregunta si es una copia o la adopción de un estilo que encaja tan bien con su gusto o lo que él dé de sí.

Casi oye el ruido del tiempo. Muchas veces se ausenta mentalmente de la escena que está viviendo y avanza varios años para verse recordando estos momentos felices. Entonces, abraza conmovido a la nena, quizás con el anhelo de impedir que crezca. El niño, al que llaman «Pimpinito», duerme y mama. A veces, especialmente a la hora de la cena, exige que lo cojan en brazos, y entonces llora, aunque no en exceso. Si no se le hace caso, se vuelve a quedar dormido. ¡Qué diferente a la nena, una ardilla que oía el vuelo de una mosca!

Por la mañana, Margarita abre las contraventanas la primera y dice: «Hace buen día, mamá, levántate para ir a la calle». Si Begoña no se mueve, despierta al crío. Después de comer, si Ramiro está en casa: «Papá, cuéntame un cuento». A las seis, tras la siesta, sale del cuarto: «¿Con quién juego? Me aburro». Por la

noche: «Papá, un cuento». Ha empezado a enseñarle las letras. Ella se lo ha pedido. Está con una enorme ilusión por ir a las monjitas.

El 16 de julio, día del Carmen, ha salido a las doce de la oficina por la fiesta y ha subido a Zabala a recoger algunas cosas que necesitaba para trabajar en Gordóniz, donde se queda a dormir. Begoña y los peques llevan quince días en Apatamonasterio. Tiene mucho trabajo de Fher, pero escribe el final de un cuento para un concurso de Vitoria, *El hermano feliz y el desgraciado*.

El domingo por la mañana va con la niña a Getxo. El día es magnífico y el terreno —que no había vuelto a ver desde que lo visitó con su dueño para comprarlo un año antes— estaba maravilloso, porque encerraba todas las ilusiones de su vida en el campo. Mientras él hablaba con uno de sus próximos vecinos, un aldeano como el que Ramiro quería ser, la nena, sentada en la parte alta del terreno, parecía una florecilla. Por la noche fueron los cuatro a Gordóniz, a casa de los abuelos. El aldeano les había comunicado que el terreno ya valía dieciséis mil pesetas más que hacía un año. La nena explicó: «¡El terreno ya está hecho, abuela!».

Después de mucho buscar, en junio de 1957 encuentran un albañil contratista que les hará la casa, Félix Yurrebaso. Él pondrá la mano de obra y ellos los materiales, de ese modo ahorrarán bastante dinero. Quedan con él el sábado por la tarde para marcar con estacas el emplazamiento de la casa, es decir, las zanjas para los cimientos. Ha sido necesario situarla no en el centro del terreno, como pensaban, sino a un lado, a causa de los altibajos del suelo, y en un lugar más próximo al camino por el mismo motivo, ya que, de la otra manera, ese desnivel obligaría a construir un muro en el

frente de más de un metro de altura. No han hecho más que empezar y ya se encuentran con más gastos de los previstos. Al comenzar la zanja para la traída de aguas, se sienten aturdidos con tanto problema, principalmente la falta de dinero. Mientras Yurrebaso, su ayudante y él marcan el terreno, la nena corretea alrededor. Begoña y el nene se han quedado en casa. Un adolescente que vive cerca observa cómo él y el albañil marcan la zanja. Ramiro se queda mirándolo y lo saluda.

Cuando ya anochece, se dirige con la nena hacia Arrigunaga; aún faltan dos horas para coger el tren a Bilbao. Al pasar por Goñibarri, una casona próxima al terreno, el adolescente de quince años al que antes ha saludado se cruza con ellos. Le da una ciruela a la nena y le pregunta su nombre. Él se llama José Javier. Pocos años después, se convertirá en el gran amigo de Ramiro al confesarle que también desea ser escritor. En Arrigunaga encuentran a Fernan el cheposito frente a los retretes de la playa y le hace algunas preguntas: detalles que necesita recordar para escribir, pues están velados en su memoria. Al verle mover los labios y emitir un silbido que en él era particular, le parece que el tiempo retrocede veinte años y andan los dos en pantalón corto por la arena.

Un sábado de noviembre, su madre lo llama por teléfono a la oficina, comunicándole que habían llamado de la Universidad de Deusto y deseaban verle. No podía ser más que una cosa y, efectivamente, al presentarse allí al salir de la oficina, el jesuita le dijo que para él eran las diez mil pesetas del premio. Ha tenido que hacer algunas pequeñas concesiones en *El ídolo*. En enero de 1957 le entregan tres ejemplares de la revista *El Mensajero* en la que da comienzo la novela. También le preguntan si deseaba escribir otra para el próximo año *(El ídolo* se publicaría en doce entregas), rebajando el precio, pues las diez mil eran por el concurso. Pero tiene que presentarse en la Universidad de Deusto por tercera vez porque no acababan de pagarle.

—¿Así que usted quiere cobrar? —El fraile, encogido detrás del mostrador de la portería, parecía extrañado.

—Pues sí.

—Y ha ganado un concurso.

—Eso es.

Desapareció por unas cristaleras y, tras una larga espera, volvió con el dinero del premio. Además de billetes, traía trescientas pesetas en monedas y calderilla, como si las hubiera estado recaudando.

Van a Getxo los festivos, y se alegran si la casa progresa, o se desesperan si Yurrebaso se duerme. Las zanjas, los cimientos y el muro han llevado su tiempo. Un lunes, el albañil le comunica que pronto empezarán con el «levante», y el sábado por la tarde va con la nena a Getxo: la pared posterior y el hueco de las ventanas ya están hechos. ¡Qué emoción ver la casa así, con forma de vivienda y atisbos de lo que será cuando se convierta en el nuevo hogar de su familia! Escribe en un papel:

Hasta ahora he pagado lo siguiente por conceptos referentes a la casa:

Mano de obra a Yurrebaso por zanjas, cimientos y muros - 6.288,54

15 camiones piedra arenisca - 5.625,00

Marcos y ventanas y cinco puertas con sus marcos - 6.671,00

3 camiones de ladrillos de Durango - 7.803,30

Traída del agua (tubería, accesorio, colocación (aprox.) - 2.500,00

_____

TOTAL - 28.887,84

30

Walden

Ha encontrado a otro loco como él; por eso llama a su casita de Getxo Walden. «Si un hombre no guarda el paso con sus compañeros, acaso se deba a que escucha un tambor diferente»: él es ese hombre. Todos sus compañeros de la Fábrica de Gas no entienden su deseo de vivir en una casa de campo. En la comida de la oficina que, como cada año, celebraron en Artxanda, trató de hablarles de Henry David Thoreau y su libro imprescindible, *Walden*. Emilio Padró dijo: «Otro ermitaño como tú». Todos parecen de acuerdo: tener una casita de campo para el verano está bien, pero no para vivir todo el año.

Cuando llega a Getxo el domingo 20 de octubre de 1957, llueve suavemente. No tarda en aparecer Juanito y gracias a él pueden dormir por la noche con los cristales puestos. Yurrebaso había tapado el día anterior el hueco de las ventanas con cartones.

Son las diez de la mañana cuando Ramiro llega en la camioneta con los muebles; trae los cristales en una carpeta grande. Begoña y los niños llegan horas después en el tren. Se pregunta si le dará tiempo de poner en condiciones la casa para empezar a vivir. Las carabelas están quemadas. Afortunadamente, aparece Juanito con su caja de herramientas y un esqueje de la parra de Arrune. «Tener que hacer», dice. Aunque rompe un cristal, a las tres de la tarde ha colocado con masilla todos los demás en las ventanas y juntos encajan la puerta de entrada y adecentan el suelo de cemento aún sin pavimentar. El interior de la casa se cubre de polvo, ya pondrá el suelo más adelante.

Al atardecer de aquel primer día, Juanito planta un esqueje de la parra de Arrune a la izquierda de la fachada, un gesto

prometedor. Aquel primer otoño de su llegada a Getxo le parece que puede empezar de nuevo como si los peores momentos de los años vividos en Zabala hubieran sido un mal sueño. Todo lo importante está ya listo para empezar el resto de sus vidas. Sus dos hijos mayores tienen cinco y un año. Yurrebaso y él han cincelado en una piedra plana la palabra «Walden». No puede llamar de otra manera a su casita entre manzanos, perales e higueras.

Un cura de la iglesia de Andra Mari se para frente a la puerta mirando el rótulo.

—¿Y qué significa Walden en euskera? —pregunta.

—No es una palabra vasca.

—Pues tampoco es el nombre de un santo.

—Es mejor que un santo.

—¿Y quién es ese Walden, si puede saberse?

—Es el título del libro de un hombre sabio, Henry David Thoreau.

—¡Ah, un libro! —dice el cura meneando la cabeza. Después, da un caramelo a cada niño y les pregunta la edad. También se la pregunta a él.

—Treinta y tres años, la edad de Cristo —murmura el cura mientras se aleja.

Cuando se ha marchado, se da cuenta de que ya ha cumplido treinta y cuatro hace un mes.

En la biblioteca de la Casa Americana coge con frecuencia *Walden o mi vida entre bosques y lagunas,* una edición argentina traducida en 1949 por Justo Gárate. Ha copiado un fragmento que guarda en el bolsillo:

> Cada hombre es el señor de su reino, comparado al cual el imperio del zar no es más que un estado insignificante, un mogote dejado por el hielo. Sin embargo, algunos que no se respetan a sí mismos, pueden ser patriotas y sacrificar lo más grande a lo menos grande. Ellos aman el suelo que les sirve de tumba, pero no tienen ninguna

> simpatía por el espíritu que podría animar su arcilla. El patriotismo es un antojo en sus brazos... No vale la pena dar la vuelta al mundo... Si quieres aprender a hablar todas las lenguas y acomodarte a las costumbres, si quieres viajar más lejos que todos los viajeros y ser naturalizado en todos los climas, explórate a ti mismo.

Thoreau sostiene que se puede sobrevivir con un esfuerzo mínimo. «Trabajamos para lo superfluo», había escrito. «Nuestra sociedad no nos enseña a vivir la vida sino a sufrirla.» Él sueña con una vida aislada, una vida de autoabastecimiento en el campo: vivir modestamente cultivando hortalizas y criando animales.

Pero eso será más adelante. Ahora su obsesión es la casa, aún están pagándola, deben dinero a la Caja de Ahorros Municipal y tienen una hipoteca con la Caja de Ahorros Vizcaína, también les ha prestado dinero el aña. Esperan pagar todo en dos o tres años con el sueldo íntegro de Fher. Están haciendo la escalera exterior; Carballo, un cantero gallego, se encarga del trabajo. Les va a costar diez mil quinientas pesetas, pero es necesario abordar esa obra para solicitar el permiso de habitabilidad al ayuntamiento y traer legalmente la luz. En Fher, además de darle la paga entera de Navidad, desde hace unos meses le dan quinientas o seiscientas pesetas por productividad.

El 31 de diciembre celebran el fin de año alumbrándose con velas y apagan la luz. Deciden hacerlo todos los años, para apreciar en su justo valor lo que tienen. El paisaje amanece el primero de enero blanco, pero no por la nieve sino por la helada.

Un viernes de febrero llega, como cada noche, en el tren que sale de Bilbao a las nueve. Le esperan con la luz encendida para avisarle de que han echado cemento en el piso del porche y debe pasar por una tabla. Ese sábado después de escribir para Fher un texto para Fotofilm de bolsillo titulado «El mundo es de las mujeres», corta el pelo a los peques. Por la noche cenan en el

porche. Es la verdadera inauguración de la casa.

Han vuelto a hablar de lo que les convendría hacer en el futuro. Vuelve todas las noches a casa con dolor de ojos, por eso piensa dejar Fher en cuanto paguen las deudas. Además, tiene la teoría de que no es necesario mucho para vivir (Thoreau). Con lo que gana en la Fábrica de Gas y lo que les produce el terreno, si no fuera por los tres críos (ha nacido el pequeño en mayo de 1958), lo podrían hacer pronto. Sueña con quedarse por las tardes en casa. Pero en la Fábrica de Gas quieren hacerles trabajar de tarde: todo son problemas.

31

Txominbedarra

La primavera de 1959 las cosas empeoran con la aparición del txominbedarra. Los sábados por la tarde y los domingos no son suficientes para cultivar la huerta, hay tareas diarias imposibles de abordar cuando llega a Getxo cansado, sin tiempo para nada, y ya ha anochecido. La maldita hierba invasora ha ocupado toda la huerta; Begoña no puede quitar malas hierbas durante el día. Tienen gallinas para vender huevos, y a su mujer le desbordan las tareas del gallinero, no le gustan. A él tampoco. Se acuerda del piso gallinero de la antigua calle Autonomía y siente como si las gallinas lo persiguieran.

Lo hará él. Cada día, antes de ir a trabajar al ayuntamiento, limpiará la huerta de malas hierbas. No le gusta pensar en el azar. Se prohíbe compadecerse de sí mismo. Cuando la sombra de la mala suerte cruza por su mente, recuerda la filosofía del trabajo duro y la autodisciplina de Franklin: acabar con el txominbedarra será un reto. La idea le ayuda a sobreponerse. El txominbedarra es un trébol llegado con la nueva patata de siembra de Alemania, una plaga que agota los campos con la proliferación de pequeños tréboles que brotan de una semilla como una avellana. En Getxo se habla de su fuerza devastadora.

Cada mañana, cuando todos duermen en casa, quita la mala hierba. Los aldeanos madrugan y él quiere ser uno de ellos. No está solo: la naturaleza se despierta con el sol. Y si está solo, no importa, la soledad es una escuela para el alma. Hay algo de verdad en el olvido y el silencio. La soledad forma parte de su carácter, le había hecho fuerte en el barco donde aprendió a pensar por su cuenta. Entonces se daba un argumento y él mismo lo

rebatía para fortalecer sus convicciones, como si dentro de él dos voces lucharan por hacerse oír. Ahora tiene un propósito que aborda cada mañana en solitario. Al día siguiente se levanta a las seis en vez de a las siete. Lo hará así toda la semana. No, mejor a las cinco y media, amanece pronto. Algunos dicen que el txominbedarra, *Barrabas belarra* en euskera, ha venido de Alemania con la intención específica de invadirlos, pero no invadirá la tierra fértil de Walden. No, no podrá con él.

Al amanecer, una luz espesa y plomiza cubre el cielo como si el día no fuera a comenzar. Nada más levantarse, divide el terreno en treinta cuadrados iguales. Limpiará de txominbedarra uno cada día, en un mes habrá acabado. Es cuestión de método. Cada trébol que arranca le acerca a la imagen de una huerta libre de malas hierbas representada en su imaginación.

Una mañana que ya ha limpiado siete de los treinta cuadrados, se concentra tanto que está a punto de perder el tren a Bilbao. Apenas tiene tiempo de cambiarse de ropa y salir corriendo. Recostado en el vagón camino del trabajo, con los ojos cerrados, piensa. Estos son los verdaderos años épicos: los hijos, la huerta... Ha sacado un cable de la toma de electricidad de un vecino que ha consentido en esa solución provisional si comparten la factura de la compañía. Aún viven sin el permiso de habitabilidad del ayuntamiento. El arquitecto no ha firmado los planos, aunque la casa lleva levantada muchos meses. Debe pagarle; las deudas lo agobian, necesita dinero. Un vecino de Berango le habla de criar conejos y pone sus esperanzas en aquel negocio: compra un macho y dos hembras. Pero, para criar conejos, necesita unas jaulas especiales. Eso pondrá a prueba su afán por hacer cosas con las manos, unas manos finas de las que un aldeano se rio cuando le preguntó por la época de siembra de los tomates:

—Esas no son manos de aldeano, ¿eh? —sentenció—. Ahora no se puede «meter» en la huerta, hay que esperar a la primavera.

En Bilbao ya había hecho algún trabajo manual. Estaba suscrito a la revista *Hobby* desde que vivía en Gordóniz. La primera revista que recibió invitaba a ganar dinero dibujando historietas y

se animó a dibujar portadas para sus futuras novelas. La Librería América Técnica, de la que proceden las revistas, estaba en la calle Corrientes de Buenos Aires. Las «ideas interesantes de fácil realización para grandes y chicos» explican cómo encuadernar, hacer una casa de muñecas, un termómetro, un soldador, un torno de alfarero y la combinación de una estufa con un ventilador... Lo más disparatado parece posible en esas revistas argentinas. En portada, el sello de una librería madrileña traduce los dólares a pesetas. La revista llega a Bilbao con meses de retraso.

En Gordóniz había hecho una mesita para máquina de escribir que se adosaba a un asiento. Convenció a su madre para que le permitiera usar una butaca porque se podía poner una lámpara en la mesa auxiliar cuando él no la usaba. Los dibujos y el croquis parecían sencillos, pero no pudo con ellos. Tuvieron que llevar las maderas a un carpintero que simplificó el modelo. Gastó sus ahorros en pagarle y la butaca con mesita dio vueltas por la casa sin usarse jamás. El peso de la máquina vencía la repisa que encolaron varias veces, no estaba concebida para una pesada Underwood. Entonces era inexperto; pero ahora es mejor carpintero. El fin de semana hace las conejeras.

Unos meses después, el negocio de los conejos no prospera, su vida matrimonial tampoco. Los problemas se multiplican. Compra otro macho y otra hembra. Construye tres jaulas más con tablas de cajones de jabón y alambre; tres de ellas contienen un animal adulto y varios gazapos; la otra, solo un macho. Las cajas de conejos tienen un pequeño departamento para los gazapos, en poco tiempo habían nacido dos camadas. Las adosó a la pared de la casa sin sujetarlas. Las patas delanteras de las jaulas, algo más largas, hacen que se venzan del lado del muro apoyadas en él. Los animales mordisquean trozos de pan; los gazapos no paran de hacer temblar graciosamente sus hocicos rosados al comer. Al principio, los conejos crecen y se reproducen. Pero las jaulas están mal diseñadas: no hay suficiente separación para los excrementos de los animales. En el piso de tablas cerradas, en vez de tela metálica que permita la caída de excrementos, estos se mezclan con la comida formando una costra prensada por el peso de los

conejos. Tendrá que modificarlas.

De repente, los pequeños gazapos empiezan a aparecer muertos: un día uno; otro, tres; al siguiente, cuatro. Los ojos de los animales se clavan en él, odiosos cuando los observa. Parecen burlarse con sus orejas levantadas. El pequeño se ha encaprichado de un conejito blanco, lo sostiene en sus brazos después de vencer el miedo y, al dejarlo en la jaula, empieza a saltar mirando sus manos, asombrado. Dos días después tiene que consolarlo: no volverá a ver al conejito blanco. Los animales se mueren.

Es padre de tres hijos. Los chiquillos le dan fuerza para continuar, pero la vida en el campo es exigente y su esposa no aprecia el valor de lo que tienen, se queja y se niega a limpiar las jaulas. ¡Hay tanto trabajo! Aunque están endeudados hasta el cuello, él sabe que podrán arrostrar las dificultades. Después de los primeros años, todo va a mejorar, por eso trabaja, trabaja, trabaja: en la Fábrica de Gas, en Fher, en la huerta y el gallinero de Walden. Se ha convertido en un hombre enérgico. Su desbordante vitalidad parece molestar a su mujer. Una noche, cuando llega a casa, los niños no han cenado. Sobre la mesa de la cocina, en un trozo de papel de estraza lee: «No puedo con todo». Begoña está en la cama. El entusiasmo que se había apoderado de ella al llegar a Getxo, cuando todos los problemas parecían encontrar una solución, se ha desvanecido.

La casa, modesta y preciosa, está llena de contrariedades: el polvo del suelo de cemento, la humedad que trepa del sótano, las jaulas de los conejos mal diseñadas... Y ahora el pienso sube, mientras los huevos bajan de precio.

Una noche de viento furioso teme que la casa se derrumbe. No puede dormir. Por fin el arquitecto ha firmado los planos, pero no ha querido cobrarle. Le obsesiona el tejado: le parece que Yurrebaso lo ha construido mal. El lado derecho es demasiado corto, se aprecia a simple vista. Esa noche intempestiva, la galerna derriba un árbol con gran estruendo asustándolos. ¿Por qué no le ha cobrado los planos el arquitecto? Hace salir a la familia de casa y permanecen en el porche observando los campos del barrio de Andra Mari, que el aire mece furioso. No demasiado lejos se

adivinan las olas inmensas del mar en La Galea.

Cuando por fin amaina, mete a los niños en la cama. Él y Begoña se quedan fuera, la noche cerrada los envuelve. Ven un erizo enorme atravesar frente a las escaleras del porche como si buscara un escondite que no encuentra. Es grande y redondo, parece difícil imaginar dónde ha estado oculto antes, hacia dónde se dirige. Begoña se asusta. A él le sorprende aquella presencia inesperada, y en el silencio de la noche escucha la inquietud de su corazón atrapado como si quisiera escapar de su cuerpo. Su mujer se lamenta por las incomodidades. Como si le diera la razón, el viento se levanta de nuevo huracanado y derriba las jaulas de los conejos, que se abren. Corre tras los animales y algunos gazapos desaparecen, mete a los demás en una caja. Begoña está tan asustada que no tiene valor para compartir con ella su preocupación por el tejado. El silencio crece entre ellos.

Un atardecer de verano, cuando sus hijos tienen siete, tres y un año, se acercan serios a su padre. Es viernes, él acaba de llegar a Walden desde Bilbao. Una amiga de Margarita vive en un moderno chalé de la calle Particular, donde están construyendo una piscina.

—Nosotros también queremos piscina —dice la niña, haciendo de improvisada portavoz de sus hermanos.

—Este fin de semana la haremos —les dice.

Al día siguiente, sábado, cuando regresa a mediodía de trabajar en Bilbao, reúne a los peques después de comer. Les explica dónde van a hacer la piscina, es una zona amplia y llana detrás de la casa. Empieza con ellos a preparar el terreno; pero deben continuar solos vaciando de tierra la zona, hacer un agujero cuanto más grande mejor, para que construyan la piscina el domingo. Las piedras que aparecen al escarbar hay que agruparlas en una montañita en la esquina del gallinero; las utilizarán después para los muros de la piscina. Dos horas después, cuando se levanta de la siesta, solo Pinín sigue trasladando piedras, coge una más

grande que él mismo y la lleva al rincón. Al día siguiente, nadie vuelve a hablar de la piscina.

Meses después, de aquel agujero vuelve a brotar txominbedarra.

32

Muerte

Los han avisado de repente. En junio de 1959, la abuela, su querida abuela, se muere. Tantas veces se había estado muriendo, que no pueden creer que ahora sea verdad. Pocas horas antes hay turnos de despedida.

La tía Consuelo explica: «Ayer lo pasó muy mal, el médico no supo qué hacer con su dolor de estómago». Viéndose ya en las últimas, la abuela los llama, ha pedido despedirse de ellos uno a uno. Tal vez busca consuelo, como su nombre, ella que lo fue para tantos. La muerte irrumpe destrozándolo todo, solo permanece el nombre, su nombre unido a ella mientras alguien lo recuerde: él nunca la olvidará..., espera su turno en las sillas que alguien ha puesto en el pasillo, donde hay un improvisado desfile. Cuando le toca entrar, abuela y nieto se cogen de la mano sin decir una palabra. Después de invitarlo a sentarse en la cama con un imperceptible movimiento de barbilla, la abuela cierra los ojos como si descansara. Él se queda mirando la mesita de luz para ocultar sus lágrimas.

En la mesilla hay un portarretratos que nunca ha visto; allí está la auténtica efigie de Consuelo Buded, la imagen recuperada de su actuación juvenil en una compañía itinerante de teatro que pasó por Zaragoza, donde había interpretado a Titania en *El sueño de una noche de verano*. La fascinante mezcla de carne y espíritu femeninos asoma bajo una vaporosa túnica convertida en un símbolo: había vivido entre los hombres para ser admirada. Por aquel personaje habían pasado los sueños de Consuelo Buded, y nunca borró de su memoria ese instante, la evocación de la gira no realizada con la compañía de teatro se fue llenando de detalles

insólitos.

La muerte, minuciosa en su trabajo, ha consumido aquel cuerpo: nada queda en la cama de la joven etérea del retrato. La vida se ha desentendido de ella y el mundo se aparta a un lado para que la parca imponga el punto final. El gesto de la mandíbula obstinado y firme sigue reconocible en el cuerpo ajado de Consuelo Buded, en la poderosa estructura ósea de un rostro que tenía dibujada en la cara su determinación.

Alguien dice al verlo llorar desconsolado cuando sale:

—La quería mucho.

—Y ella a él —añade su madre.

Pocas horas después atraviesan el pasillo unos seres ajenos de mirada rapaz dejando un olor acre en el aire. Son los mercaderes de la muerte. La tía está retirando las sillas, van a amortajar a la abuela.

«Hijo mío, todo el que ha nacido debe la muerte», dice su madre abrazándolo, pero él huye de la casa como si lo persiguieran.

Al bajar las escaleras, el mundo gira impasible dentro de su confusión. En la Gran Vía el aire de primavera tiene un no sé qué que imita a la vida. Pasea su alterado estado de ánimo pensando en la abuela Consuelo. Ella alimentaba sus aspiraciones de hacer algo con su vida. Pobre abuela, aquel hito de su juventud fue el único destello de eternidad en una existencia gris: siempre se sintió actriz. Le gustaría guardar el retrato de su actuación de la mesita de luz. Tendrá que pedírselo a su madre, quizás a la tía.

El entierro es dos días después. Sus padres y su hermano con su mujer están en la casa de los primos Joseba e Iñaki de la calle Ledesma, donde la abuela ha vivido sus últimos años. La tía ha dejado varias corbatas negras en una mesa de la entrada, una le viene muy bien, no ha encontrado ninguna en Gordóniz. Su madre le ha dado unos zapatos negros usados. Desde hace años hereda los viejos de su padre.

Allí está la abuelita, en su cama, con el rostro cubierto. La muerte, impresionante, los separa de la que tanto querían. No descubren su cara hasta el final. Entonces, se inclinan a besar su

frente helada. Cuando contempla su rostro, el voluntarioso gesto de la barbilla no ha desaparecido. No parece estar muerta. Dos hombres toman su cuerpo y lo meten en la caja que descansa en el suelo del pasillo. Ella, tan llena de vida en su larga vejez sin vista ni oído, ya no forma parte de lo que tanto amó.

Siguen en dos vehículos al coche fúnebre, él con José Pablo, el tío y Pinilla Soldevilla. Al ver el negro automóvil no puede evitar las lágrimas. Hace un día brillante de sol, los árboles, plenos de verdor y movimiento, quedan a los lados del camino exhibiendo una belleza que la abuela jamás verá. En el cementerio de Derio, familias con niños pasan la tarde en los bancos de piedra de la entrada. El tío reclama la corona que no han traído los de la funeraria. «Que la descuenten de la factura», dice como un detallista contable.

Por la noche, sentado en el porche, le invade la sensación de que los últimos años ha vivido sin música, abrumado por las preocupaciones. Recuerda la armónica abandonada, la muerte de la abuela deja en sus manos el destino especial del que ella le había hablado. La casa está dormida como en el tango: «Silencio en la noche / ya todo está en calma / el músculo duerme / la ambición descansa». Recuerda las ansias de su juventud... El aire caliente, casi detenido en el barrio de Andra Mari, trae una ráfaga de tórrida melancolía, un dolor desmesurado. No llora por la abuela, sino por sí mismo. La muerte y la vida se suceden sin otro propósito, como las olas de ese mar próximo, ahora lejano, de los veranos de Arrigunaga. No llega un soplo de brisa marina, el calor de la noche crepita como una antigua chapa de carbón subiendo de la tierra. La muerte de la abuela es el definitivo adiós a su juventud. En la cocina antigua de la calle Autonomía, las brasas de carbón arden en la chapa y el murmullo de una canción se abre paso en el suave crepitar: él canta al oído de la abuela sorda sobre su regazo. En el estribillo, Consuelo Buded se suma a las voces de su madre y su hermano, la música antigua llega por aquel pasillo del recuerdo y los acordes desvanecen su llanto:

Aunque estoy triste deseo cantar,

llena la copa mi amor sofoca.
El rico vino tiene que calmar
el ansia loca de amar... amar.

La única piel que le protege ahora de la intemperie es el amor de sus pequeños. Se acerca al cuarto de los niños que sueñan plácidamente, arropa a Margarita. Besa a los tres con sigilo, primero al pequeño, luego a Pinín con cuidado..., por último, a la nena, que se agita. Se quedó quieto mirándola. ¡Uff! Ha conseguido no despertarla.

Por la mañana, descubre que puede escribir dos o tres horas en la Fábrica de Gas a la hora en que los jefes no aparecen y sus notas sobre la novela del caserío progresan. Ha conseguido escribir dos cuartillas en el reverso de papeles de la oficina desechados. Condenado a deambular entre trabajos alimenticios que desprecia, su conciencia no abandona su anhelo más profundo: la novela siempre está al fondo de su mente. El trabajo no le permite dedicar tiempo a escribir. ¡Cuánto se ha complicado la vida! Decide aprovechar algunas horas de la mañana en la oficina. Una semana después, escribe también a última hora, cuando el ingeniero y su tío toman el aperitivo en el bar de la plaza. «Haz lo que quieras, pero asegúrate de que triunfas.» ¿Dónde lo había leído? Tal vez en el libro de Franklin... Vislumbra escenas sueltas del caserío, sabe que necesita una buena historia. Repasa mentalmente sus novelas preferidas: *La isla del tesoro, Rebelión a bordo, Las aventuras de Huckleberry Finn, Moby Dick, Las uvas de la ira, David Copperfield,* sobre todo *David Copperfield*... Hay muchos escritores extraordinarios, pero solo a Dickens lo ama. No es necesario escribir nada más, esas novelas contienen el mundo entero. Sin embargo, él quiere escribir. Piensa en sus hijos. Ni siquiera había podido comprarles uno de los modernos tocadiscos que fabrica un vecino a buen precio.

En sus apuntes no ha dado aún con el nombre adecuado para su protagonista adolescente, lo llama con su propia inicial. De repente, al rememorar el comienzo de *Moby Dick,* «Llamadme Ismael...», decide llamarlo Ismael. Introducirá cada capítulo contemplándolo todo lleno de asombro y dolor, con los ojos que él tenía cuando abandonó Getxo al final de la guerra.

Mientras escribe sobre un caserío en el que la huerta y los animales rebosan vida, el Arrune de su infancia, en Walden los animales se mueren, sobre todo los conejos. No hay muchos aldeanos que tengan conejos alrededor. Tampoco criar gallinas es fácil: contraen todo tipo de enfermedades. Cuando nacen los pollitos, son una bolita de peluche preciosa; pero, en pocos días, se convierten en horribles criaturas semipeladas que comen pienso y maíz sin descanso. A menudo enferman. Las boticas para evitar infecciones, unos polvos disueltos en agua, son caras y sobreviven pocos pollos de cada chitada. Algunos, por fin, se convierten en gallinas, ponen huevos, y de allí nacen nuevos pollos. El ciclo —más complejo de lo que había imaginado— vuelve a ponerse en marcha.

Había leído a Lamarck, su teoría de la aparición de las jirafas a las que les crecía el cuello le fascinaba, y *El origen de las especies* de Darwin se convirtió en su libro preferido. Era evidente que las especies se esforzaban en mejorar, pero su evolución necesitaba inmensos espacios de tiempo. Un recién llegado al mundo de la naturaleza, como él, no puede presenciar ninguna evolución. Aun así, experimenta poniendo al mejor macho de conejo con la mejor hembra, intenta explicarse por qué sus gazapos no sobreviven, como si la muerte acechara la granja. Él lee modernas publicaciones que prometen resultados rápidos. Su amigo Juanito contempla taciturno los animales de Walden, sus ojos dicen sin palabras que no aprueba sus métodos.

Un domingo, sembrando la patata temprana bajo los árboles, llegan sus padres inesperadamente. Hay gallinas sueltas picoteando en la huerta con alboroto. Pinín ha abierto una jaula de conejos y persigue pequeños gazapos blancos. Pinilla Soldevilla mueve la cabeza mirando todo aquello, Margarita G. Buded murmura:

«Pobres animales». Las gallinas no tienen buen aspecto, las encierran en el gallinero cuando deciden pasar la tarde en la playa. Después de dejar a los abuelos en la estación, se lleva una gran piedra plana para el camino de entrada, quizás la última. Hace semanas subió la primera.

Al empezar el camino de Walden desde el límite del terreno hasta el porche decidió usar piedras planas traídas desde la playa al hombro metidas en un saco. Un domingo hizo dos viajes a las ocho de la mañana y a la misma hora del atardecer. Juanito lo vio y le ofreció un burro para transportar piedras. El domingo siguiente se presentó con Berta, su mujer. Los Uribe Bilbao ya habían dejado el caserío Arrune que iban a derribar; pero la familia de Berta conservaba su caserío en Berango. Aquel día, subieron de la playa las piedras necesarias en el burro del caserío de Berta, menos la última.

Por la tarde, cuando sus padres se van y Ramiro coloca piedras planas para el camino desde la entrada hasta el porche, sus dos hijos pequeños no se despegan de él. Debe tener cuidado de no lastimarlos con algún movimiento. De pronto, al levantar una piedra de regular tamaño, queda al descubierto un hormiguero. Las inquietas hormigas se desplazan frenéticas al ver peligrar su hogar. Se quedan los tres mirando.

—Están llevando a mejor lugar sus larvas —explica a sus hijos —. Otras regresan con alimentos dispuestas a defender su casa.

Pinín escucha en silencio, atento a su padre; el pequeño pone una ramita sobre el hormiguero y se ríe. Está precioso, gordito, llama la atención con su pelo rubio y su piel morena. Los tres observan cómo las hormigas remontan el obstáculo cargadas con granos.

—Están preparadas para vencer todo lo que les pongan por delante, han sido creadas con esa consigna —les dice—. Son invencibles, siempre siguen adelante. Tropiezan y se levantan. Siempre quedan algunas para reanudar la misma vida de esfuerzo.

—¿Para qué? —pregunta Pinín.

—¿Quién puede saber para qué? —dice después de retirar la rama y posar la piedra sobre el hormiguero, en el mismo sitio. Con

un estremecimiento en la voz, añade—: Para vivir aquí o en otro lugar.

Sus hijos juegan sin reparar en su respuesta. Al menos las hormigas sobreviven en Walden, piensa, escapando de un Dios poderoso que las ignora, como personajes de una novela.

33

El camino de la estación

El 6 de enero de 1960, el Premio Nadal 1959 acababa de ganarlo una mujer, Ana María Matute. Cuando en 1957 Carmen Martín Gaite ganó el Nadal, un cronista de un diario madrileño lo llamó «Premio dedal», porque en 1950, 1952 y 1953 se habían hecho con él tres mujeres. Ahora, vuelven a recordarlo: una exageración, también podían haberlo llamado «Premio sotana» cuando en 1955 lo ganó un sacerdote. El galardón de la próxima convocatoria, ciento cincuenta mil pesetas, supondría cancelar la deuda de la casa, construir una escalera interior para el camarote, comprar lo que hacía falta para su pequeña granja. Se entusiasma con la idea, tiene un año de plazo.

Hace tiempo que desea escribir de otra manera. Había estropeado *El ídolo,* la novela inspirada en Emilio Padró, al retocar sus ideas para encajarlas en el premio de los jesuitas. Ahora escribe sin plegarse a exigencias mediocres, poniendo en las páginas lo mejor de sí mismo.

Por la tarde, antes de ir a Fher, empieza a leer *Mientras agonizo,* de William Faulkner. Una familia pobre, los Bundren, lleva a enterrar el cadáver de la esposa y madre a una parcela de su propiedad en tierras lejanas. La peripecia enreda a los hijos y al padre en kilómetros de desolación. Está fascinado. En aquellas páginas hay una desesperación auténtica. Tal vez él podría tratar de escribir recuerdos de la vida del caserío de la misma manera... Faulkner deja a los personajes hablar desde el pensamiento; cada miembro de la familia Bundren cuenta la misma historia, invadida de humor y desolación, con diferente perspectiva. Sobre la mesa de Fher tiene el libro de la biblioteca de la Casa Americana entre los

que usa para extraer argumentos que traslada a los cromos. Está deseando continuar leyendo, pero ve a don Germán y oculta con prisa *Mientras agonizo*. Tampoco podrá leer en casa, adonde llegará agotado. «Probablemente hasta el domingo no podré acabarla», piensa.

Una hora antes de salir, cuando se marcha el jefe, retoma la lectura empapándose de aquella concepción trágica de la vida, acariciando su humor desolado. En el tren de vuelta a casa, el lenguaje de Faulkner le parece, de repente, una llave iniciadora. Dominarlo ayuda a crear un mundo, las descripciones se sumergen en la acción. No es el lenguaje de Dickens ni tiene su encanto; pero su fuerza brutal posee el tono exacto que necesita para escribir sobre Arrune.

Ha encontrado en la biblioteca de la Casa Americana un autor que le fascina, Faulkner. Cuando leyó por primera vez a aquel escritor, no pudo comprender su grandeza. «Su mundo tiene épica», dijo con musical acento extranjero la señorita Ingersoll, pero entonces solo le pareció oscuro. Aun así, había tenido paciencia para seguir leyéndolo y, al acabar *Intrusos en el polvo,* pensó que sus personajes ayudaban a indagar en el alma humana. Leer *Mientras agonizo* le convence de que la voz que busca para plasmar el mundo encerrado en Getxo, el único del que él quiere escribir, está allí. Su docena de novelas policiacas y del Oeste son malas. La biografía *El héroe de Tonkín* es una pésima fábula; y *El ídolo,* mediocre. Lo que había escrito era nada. Debe dejar atrás todo aquello.

Dos semanas después, una noche, recorriendo el camino de la estación a Walden, vuelve a pensar en *Mientras agonizo*. Siente cerca a los pioneros del Oeste americano, él también cultiva una tierra hostil. Año tras año, el Premio Nadal proyecta la carrera de desconocidos; los entrevistan en el periódico, salen en el *Nodo*. Muchos escritores aspiran al premio por la dotación económica. Debe acabar a tiempo su novela de Arrune si quiere presentarse.

Aquel anochecer, el ruido lejano del tren en el camino solitario paralelo a las vías lo asusta. Un aldeano sale de la oscuridad cargando un saco de zaborra recogida en la playa. La

gente humilde utiliza aquellos restos de carbón desechados por Altos Hornos, que la mar devuelve a la orilla, como combustible. Él mismo había recogido zaborra de niño para la cocina de Arrune. De repente, comprende que la idea perfecta para su novela había estado siempre allí. Es la historia del encallamiento de un carguero en La Galea, ya había tomado notas navegando en el *Mar Rojo* al ver a los paleros del buque carbonear.

Un mercante encallado hacia 1930 en la costa de Getxo desparramó a los pies de La Galea toda su carga de carbón. El precioso mineral que las familias codiciaban para sus cocinas había desencadenado gran actividad nocturna una noche de lluvia. El pueblo luchó por hacerse con la mayor cantidad de combustible; pero la autoridad les arrebató el fruto de aquel esfuerzo hercúleo y todo había resultado inútil. Conoce la historia por el patriarca de Arrune. El abuelo de Juanito, que había atravesado los años manteniendo su aspecto de coloso adolescente, narraba el embarrancamiento de un vapor, a veces inglés y otras noruego en su recuerdo. Encalló con mil quinientas toneladas de cok destinadas a alimentar los Altos Hornos, se partió en dos y su carga se desparramó por la costa. Al repetir el doloroso final de aquella historia, el patriarca cambiaba los detalles, un verano el vapor se llamaba *Hermes;* otro, *Poseidón.* Él sentía como si lo que contaba el abuelo en la cocina de Arrune le hubiera ocurrido a Ismael, el protagonista de su novela del caserío. Podía ser el hijo pequeño de un padre con un poderoso instinto de supervivencia que obligaba a toda la familia a recoger carbón hasta llevarla al límite.

Un mes después, Begoña lee el primer capítulo de la novela.

—Pero ¿cómo van a premiar una novela tan triste?

Al releer sus páginas, piensa que quizás tiene razón.

Desde que ha descubierto que puede escribir sin que nadie se dé cuenta por las mañanas, cuando lo consigue, sale del trabajo feliz: anota las horas que dedica a la novela en la oficina como una conquista. Una mañana, siente que ha conseguido imprimir a la historia una música interna. Al recitar el primer párrafo las palabras le empujan a avanzar por la página: aquel comienzo le gusta más que todo lo que ha escrito en su vida.

> Estaba junto al padre, mirando el barco de cinco mil toneladas que sabíamos se hundiría irremediablemente. La pertinaz lluvia había formado, sobre las alas del viejo sombrero del padre —traído de América por el abuelo hacía más de veinticinco años—, una especie de foso circular que rodeaba la cúpula central, y así, el sombrero de lona semejaba un castillo antiguo. A cada movimiento de la cabeza, un chorro de agua caía, bien por el rostro o por las proximidades de las orejas, y luego se introducía por el cuello de la gastada trinchera, atada a la cintura con un cinturón rojo de cuero, para que el furioso viento no la ahuecara. No hablábamos ni podíamos hacerlo. Parecía como si todas las tormentas anteriores desde que el mar fue creado no consistieran más que en ensayos previos para ofrecer ahora aquella apoteosis de ruido, poder y espuma. A duras penas nos manteníamos en aquel borde de la costa de La Galea, a cien metros sobre las peñas.

Al imaginar aquellos personajes, la cara del padre es la de Juanito tal y como es ahora, un hombre de más de cuarenta años. El misterio de por qué había personas que se convertían en importantes en nuestra vida y otras pasaban sin dejar huella le intrigaba. Veía a Juanito arrastrando su esfuerzo por el acantilado en la galerna nocturna e imaginaba todas las escenas. La cocina de la novela era la del caserío Arrune, la mesa de madera era la misma mesa de tablas, blancas de tan lavadas, hecha por el abuelo carpintero de su amigo. Las conexiones provechosas de aquel pasado siempre sucedían en su cerebro en el caserío. Sobre aquella mesa de madera se había desplegado el mundo.

Un día, Poteto trató de convencerlo de que Juanito nunca había sido un buen carpintero.

—Siempre hacía chapuzas.

Escuchando hablar a su hermano se quebró por dentro, como cuando en el *Mar Rojo* Antolín dijo que él, y no su amigo Juanito, era el mejor pescador de la ribera. Sabía que su hermano y él habían vivido un mismo pasado, pero siempre lo rememorarían de diferente manera.

«Un hombre como él, a pesar del tiempo que pase y ocurra lo que ocurra, no puede ser olvidado», había escrito en el último párrafo de *El ídolo* pensando en Juanito, aunque el protagonista se lo inspiró Emilio Padró. Le pareció un buen final. De nuevo,

pensaba en su amigo para el personaje del padre de la novela del naufragio: un aldeano neto. Ahora lo había revestido de grandeza; era capaz de arrostrar las dificultades y le dio un rasgo del patriarca de Arrune, las manos gigantes. Recordó las personas excepcionales que había conocido en su vida. No eran muchas: Juanito, don Felipe, la abuela Consuelo Buded.

Durante meses, antes de ponerse a escribir, lee una página de Faulkner y la música de su lenguaje dirige su cerebro. El escritor norteamericano le parece un dios oscuro de la literatura, llega donde otros ni han osado asomarse, y aquel lenguaje corre por sus venas: él se empapa de ese fluido. Comparado con Dickens es un pequeño cabrón, abruma. «No hace falta ser tan oscuro», se dice. Pero decide utilizar la épica de las familias pobres de Getxo recogiendo carbón para contar la historia del naufragio relatada por el patriarca de Arrune.

Un sábado empieza a sentir que la novela escrita en horas robadas al trabajo fluye. En Walden han vuelto a morir dos pollitos de la última chitada, pero los problemas de la granja ya no proyectan tanta tristeza en su ánimo. Al día siguiente, lee de nuevo las páginas del relato a su mujer sin conseguir disipar sus dudas. Probablemente, Begoña tiene razón, no va a interesar a nadie.

La mañana del lunes, releyendo otra vez su novela en el tren, no sabe qué pensar: ¿es bueno lo que está escribiendo? Cuando el protagonista consigue conquistar a su novia, la fuerza que empuja a Sabas Jáuregui —así había llamado al padre— parece impulsarlo a él mismo. Se acostumbra a estar atento a la respiración de sus sensaciones.

Durante meses llena hojas de diferentes tamaños con el manuscrito. En la Fábrica de Gas del Ayuntamiento oculta entre listados de consumo la carpeta de su novela. Escribe en papeles algo más pequeños que una cuartilla llamados «Saludas». «El director gerente de la Fábrica Municipal de Gas de Bilbao Saluda y tiene el honor de...», espacio en blanco hasta el final donde en dos líneas sobre la fecha se lee: «Aprovecha esta ocasión para ofrecerle el testimonio de su consideración más distinguida». Le gustan aquellos impresos, el bolígrafo se hunde al escribir en el papel

grueso. Roba horas al sueño, escribe en la estación, en el tren, escucha el murmullo de la misteriosa música de Faulkner entre el chirriar de las vías.

Piensa en los grandes escritores: han nacido para indagar en algún conocimiento a través de las historias. Tras sus palabras se vislumbra un mundo secreto que no son conscientes de poseer. Un día, se da cuenta de que en la historia que escribe están todas las mujeres: la abuela devota, la madre herida, la niña inocente, la mujer abnegada, la bella amante, salvo Nerea, la nena aprendiz de madre a la que arrebataban sus gatitos. Y, en los hijos, están todos los hombres. Pero ¿quién es el padre, aquel héroe que empuja a todos con su esfuerzo como un Sísifo poderoso? Es un dios humano irreductible... Recuerda dos palabras que los aldeanos repetían con oscura resignación: «Los trabajos».

Aprovecha que va a comer a Gordóniz para preguntar detalles del caserío a su madre. Él había vivido con ojos de niño aquel mundo; pero ahora nutría su imaginación con recuerdos de Margarita G. Buded. En Arrune, cuando nacían gatitos que no querían alimentar, los metían en un saco que ataban con una cuerda y tiraban por La Galea a la mar. Un pariente del abuelo Uribe había enloquecido tras ganar una medalla en una competición: toda su vida la pasó construyendo traineras. «Los trabajos» se referían a las tareas del campo: sembrar, arar, cultivar... Su madre lo sabía todo de Arrune y se lo contaba con la claridad de su mirada. Después, hablaban de otras cosas, pero la conversación había causado una profunda huella en su mente y permanecía en silencio por miedo a perder los recuerdos imaginados.

Una noche, recorriendo el camino de la estación a Walden —su mente inmersa en el capítulo que escribía esa semana—, imagina una escena: los carabineros que requisaban carbón veían llegar a un padre con su hijo. El padre se descalza en el cuartelillo para devolver hasta el último gramo de carbón atrapado en sus botas de trabajo. Se lo quitaban todo, pero tenía ese último gesto de dignidad incapaz de doblegarse. Y su hijo pequeño también vacía los últimos gramos de carbón de sus botas, imitándolo.

Aquel año, el invierno se había adelantado. Está escuchando el suave murmullo del tren a lo lejos, mientras va de la estación a Walden. Hace frío, el camino lo acerca a los problemas de su vida conyugal, a las dificultades de la granja... Pero la novela ocupa su pensamiento. Ve nítida, como en una película, la cara de Juanito con su pajita en la boca; mueve la punta a impulsos de su lengua frente a la autoridad mientras un teniente anotaba en una libreta con lapicero el carbón recuperado. Seis hombres contemplaban la escena apoyados en la pared del cuartelillo. El padre sacudía las viejas botas sobre la mesa; el hijo lo imitaba; el teniente miraba desconcertado. Sabas Jáuregui cogió la libreta y el lapicero sin decir palabra. Anotó veinticinco gramos al final del listado del carbón requisado. La cara del hijo de Juanito era la suya a los quince años admirando a aquel padre. Luego, padre e hijo abandonaban el cuartelillo. Ese iba a ser el final de su novela. A partir de aquel día, escribe como si un resorte tirara de su imaginación hacia aquella última escena.

34

Ciegas hormigas

¿En qué se había equivocado? Al meterse en la cama las sábanas blancas le parecen una capa de hielo que envuelve su soledad. Por fin creía haber conseguido escribir una buena novela..., pero no ha ganado el Nadal. La mañana del 6 de enero de 1961, un viernes, va con la nena a comprar el periódico al quiosco de prensa de la estación del ferrocarril, nervioso. Sus hijos han recogido los modestos regalos de Reyes: una *goitibera,* una caperucita de lana para cubrirse la cabeza en invierno, un sonajero, dos cuentos. Él mismo los había dejado de madrugada junto a los zapatos de los niños. Tras la alegría infantil, el periódico no dice una palabra del premio que se fallaba en Reyes. Lo repasa una y otra vez: nada. De haberlo ganado, habría tenido noticias. No, no ha ganado, está claro.

Al sostener el diario le tiemblan las manos, tiene que dejarlo sobre el banco. Cierra los puños con fuerza, las uñas se le clavan en la piel y aprieta las mandíbulas. Los músculos que unen cabeza y cuello se destensan en un gesto de la nuez que libera su rabia al tragar saliva. Sigue queriendo ser escritor. Es un iluso, ¿cómo había pensado que podía ganar el Nadal? La nena juega en la plaza. Mira embelesado su pelito rubio y su vestido rojo de «puntitos», como ella dice: parece un personaje de Dickens. Piensa en su vida: tiene treinta y ocho años, ya ha consumido la mitad de su tiempo y, aunque la presencia de sus hijos da sentido a todo, no está satisfecho. Le dominan negras aprensiones. Debe afrontar las dificultades de la granja; le duele la garganta, está incubando una gripe. La nena lo coge de la mano y le sonríe estirando su brazo. «Venga», dice. El inocente gesto infantil logra disipar su desánimo,

le da fuerza.

Por la tarde trabaja duro pensando en sus hijos. Retira dos gazapos muertos. Los pollitos que habían puesto las cincuenta gallinas también se morían..., quedaban apenas una docena. Se le había metido en la cabeza que, si no conseguía mantener con vida a los animales, tampoco sería capaz de tirar adelante con el resto de su vida. Limpia a fondo el gallinero y alinea las jaulas de los conejos, dos definitivamente vacías. Se pregunta qué debe hacer para desinfectar la granja a fondo. Quita malas hierbas, abona... Mira a su alrededor sin encontrar otra tarea a la que agarrarse.

Después de hacer todos aquellos trabajos, aunque solo ha pasado el día de Reyes, le parece que ha transcurrido una eternidad. Ha sido una tarde melancólica y cansada, sin duda tiene gripe. Se acuesta temprano abrigándose la garganta, tal vez eso le ayude... Pero, al intentar dormir, no puede conciliar el sueño, las preocupaciones lo abruman. Dos horas después recuerda el comienzo de su novela, aquel primer párrafo poderoso. El padre de los Jáuregui, apellidado como el primer señor asentado en Getxo según un historiador, vuelve a su mente luchando por su prole. Siente su cerebro bullir en el silencio de la noche. Multitud de imágenes irrumpen en su habitación: aquellos tres niños, la envergadura de Sabas Jáuregui impulsando a sus hijos en la novela, los gazapos y pollitos muertos... Todo batalla en su pensamiento robándole el sueño. El hombre capaz de luchar ante el destino adverso y salir adelante sin ayuda de nadie solo existe en su imaginación. Las palabras del primer párrafo que tanto se ha repetido vuelven:

> Estaba junto al padre, mirando el barco de cinco mil toneladas que sabíamos se hundiría irremediablemente...

Intenta calmar su ánimo recitándolas. Por fin se adormece. Ve el sombrero del padre como un castillo antiguo con su foso alrededor. Un gol de Gainza se cuela en mitad de la galerna. Sus tres hijos juegan con los juguetes que ha podido comprarles... La inconsistencia del sueño mezcla imágenes sin sentido. Suenan unos golpes que confunde con la galerna de la novela. A Sabas Jáuregui

le mueve una desesperada determinación, lucha y siempre encuentra fuerzas para afrontar las dificultades:

> Parecía como si todas las tormentas anteriores desde que el mar fue creado no consistieran más que en ensayos previos para ofrecer ahora aquella apoteosis de ruido, poder y espuma.

Los golpes se vuelven intempestivos, siguen llamando cada vez más fuerte a su puerta. ¿Quién puede ser a esas horas? Mira el reloj: las dos y cuarto de la madrugada. Va a abrir solo con la parte de arriba del pijama y una bufanda, en calzoncillos. Sin duda, pasa algo.

A las diez de la noche del 6 de enero de 1961, en los amplios salones del hotel Ritz de Barcelona, se falla el Premio Nadal 1960. Es una tradicional velada literaria, una cena para mil trescientos comensales. El jurado lee el acta después de servido el primer plato:

> Entre las doscientas cuatro obras originales presentadas, treinta de mujeres, quince llegan a la final con la siguiente votación: *Cinco diarios,* un voto, *Confesión de parte,* cuatro votos, *El acantilado,* un voto, *El eco de la cantera,* un voto, *El verano inútil,* cinco votos, *Hombres sin sombra,* un voto, *Hombres varados,* siete votos, *La coraza,* un voto, *La maleta,* un voto, *La zanja,* cinco votos, *Las ciegas hormigas,* siete votos, *Los panes amargos,* tres votos, *Tránsito,* un voto, *Un vecino de...,* tres votos y *Las noches sin estrellas,* siete votos.

A lo largo de la cena se suceden las votaciones hasta llegar a la quinta: *Hombres varados,* siete votos, *Las ciegas hormigas,* seis votos, *Las noches sin estrellas,* seis votos, *El verano inútil,* cinco votos. Descartada esta, las otras tres pasan a la sexta eliminatoria.

Media hora después, en sexta votación, los miembros del jurado emiten su acta: *Las noches sin estrellas* con tres votos queda eliminada.

La séptima votación proclama a las 12.21 horas el Premio

Eugenio Nadal 1960: *Las ciegas hormigas,* de un desconocido autor bilbaíno, con cinco votos. *Hombres varados,* de Gonzalo Torrente Malvido, hijo de Gonzalo Torrente Ballester, obtiene dos votos.

Los camareros entran y salen con cafés y copas en sus bandejas de plata cuando, a través del micrófono, se escucha la noticia del ganador. De pronto, abre la puerta Juan Ramón Masoliver, uno de los miembros del jurado, y se acerca a los periodistas:

—Está ahí, al teléfono. Está ahí...

—¿Quién?

—El ganador.

—¿Dónde?

—En el teléfono.

Vázquez Zamora, otro miembro del jurado, habla por el aparato y se lo cede a un periodista.

A las doce y media de la noche suena el teléfono en el cuarto piso de Gordóniz 20, donde el matrimonio Pinilla Soldevilla duerme plácidamente. Antes de acostarse, Margarita G. Buded ha envuelto en papel de regalo un bastidor de bordar, dos camioncitos y tres pares de calcetines para sus nietos, que, al día siguiente, vendrán a recoger los regalos de Reyes a casa de los abuelos. Sobresaltada, corre hacia el teléfono. Al descolgar el auricular, Pinilla Soldevilla mira expectante a su mujer, Margarita G. Buded le da el aparato. Al otro lado de la línea, Francisco Daunis, periodista de *Solidaridad Nacional,* pregunta:

—¿Es usted Ramiro Pinilla?

—Sí, yo soy.

—¿Usted ha escrito *Las ciegas hormigas?*

—Yo no.

—Pero es usted Ramiro Pinilla.

—Sí, pero el que escribe es mi hijo.

—¡Su padre! Diga que es en serio.

—Digo que soy el padre. Mi hijo está en Getxo, allí no tiene teléfono. Come aquí todos los días.

—Pero ¿cuántos años tiene?

—¿Yo?

—No, su hijo.

—Treinta y ocho.

—¿Qué hace?

—Empleado.

—¿De qué?

—En la Fábrica de Gas del Ayuntamiento. Es maquinista naval.

—¿Ha escrito muchas cosas?

—A veces escribe en el periódico *Hierro* de la tarde.

—¿Premios?

—Me parece que alguno.

—¿Está casado?

—Sí, tiene tres hijos.

—¿Usted escribe?

—Soy corresponsal comercial.

—¿Su hijo lee mucho?

—Cuando puede.

—¿Es buena persona?

—Entero.

—¿Ha estudiado?

—Bachillerato hasta cuarto.

—¿Cuándo escribió esta novela?

—El verano pasado.

—¿Y no sabe que ha ganado un premio?

—¿Quién, yo?

—No, ¡diablos!, su hijo.

—No creo.

Al abrir la puerta medio desnudo, Ramiro ve a su padre con unos

desconocidos. Dos periodistas de *La Gaceta del Norte* han ido a buscarlo a la calle Gordóniz a la una de la madrugada; lo han convencido de que los acompañe en un vehículo del periódico a las afueras de Getxo, donde su hijo vive incomunicado. Periodistas de *El Correo* los han seguido en otro coche.

Todos se acercan llenos de gestos inútiles. Alguien hace una foto, un *flash* agrede sus ojos.

—¡Ha ganado el Premio Nadal!

—Ah, ¿era hoy? —dice abrazando su desnudez como si se escondiera.

35

El abrigo

En el vagón, camino de la oficina de Bilbao donde trabaja los sábados por la mañana, escucha una conversación entre dos viajeros.

—Pero ¿quién coño es ese? —casi grita uno, mientras se coloca la boina señalando la foto del periódico en la que aparece él.

El del asiento de enfrente se acerca el periódico a los ojos para mirar su foto con atención.

—Pone que es de Getxo... ¡Qué va a ser de Getxo ese, aquí nos conocemos todos! —responde, con la cabeza entre el asiento y la ventanilla. Y, dispuesto a echar una cabezada, deja el periódico—. *La Gaceta* no dice más que mentiras.

Ramiro, al fondo del vagón, intenta asimilar lo que le está sucediendo, trata de esconderse tras las páginas abiertas. ¡Ha ganado las ciento cincuenta mil pesetas del premio, ha escrito una buena novela!, está deseando ver la cara de su madre.

Nada más llegar a Bilbao, un fotógrafo se acerca a él cuando baja del tren, le dispara una foto. Se presenta el delegado de la editorial en el País Vasco con Pinilla Soldevilla en la estación, y le dice:

—Ahora, usted debe viajar a Barcelona a cobrar el importe del premio. Allí le harán entrevistas, conocerá al editor.

—Pero... tengo que ir a trabajar —dice apurado—. No puedo.

—Quizás pueda coger esta noche el expreso: mañana es domingo, usted no trabajará los domingos...

—No, los domingos no.

Al llegar a la oficina, sus compañeros de la Fábrica Municipal de Gas se arremolinan para felicitarlo. El tío Pablo lo llama a su despacho. Dadas las circunstancias podrá salir dos horas antes; lo invita a comer a su casa la próxima semana, alguien de Neguri quiere conocerlo.

Toda la mañana del sábado no hace más que atender el teléfono, su padre está organizando el viaje de la noche. Margarita G. Buded le dice con voz entrecortada: «Hijo mío», y esas palabras, al otro lado del aparato, casi le hacen llorar. Las llamadas son constantes. «Lo más importante», le ha explicado su madre por teléfono, «es que vayas a comprar un abrigo con Poteto; tienes que salir antes de la oficina.» Le indica qué sastrería visitar. «No te preocupes por el dinero.» Todos están de acuerdo en que no puede viajar sin un abrigo a Barcelona. Pero, por lo que él sabe, allí no hace más frío que en Bilbao...

A mediodía, llega a Walden con su hermano cargado de regalos. Familiares y periodistas hacen fotos. Los niños, a los que no ha visto porque dormían cuando ha salido de casa a las siete y cuarto, participan de la alegría del premio recibiendo juguetes inesperados. Alguien ha traído champán. Pinín se coloca en la cabeza unas plumas de colores de indio, Ramiro lo monta sobre sus hombros y parece que las plumas se las ha puesto él; el pequeño rasga una diminuta guitarra con entusiasmo; la niña juega con las sillitas de una casa de muñecas y una cuerda para saltar. Los Reyes han vuelto a Walden un día después. Al anochecer, sale hacia la estación con sus padres: viajará en el expreso de la noche a Barcelona en coche cama, pasará algunas horas del domingo en la ciudad para cobrar el premio.

En Barcelona lo reciben más fotógrafos, visitan el puerto al que hace años llegó como maquinista naval. Un reportero lo retrata con el flamante abrigo y grandes grúas al fondo. Es un abrigo de pelo de camello, jamás ha tenido uno tan elegante. En el paseo de Gracia, abrillantado por la lluvia, se somete cortés a los

periodistas, y luego visita el lujoso salón del Ritz, donde la víspera se falló el premio. Hay grandes mesas redondas cubiertas por impolutos manteles blancos, vacías.

Come con el editor y los siete miembros del jurado. Vuelve a responder a las mismas preguntas, empieza a estar cansado. Apenas tiene tiempo para leer, lee lo que puede, sobre todo novelas americanas. Sus estudios son escasos, su trabajo administrativo le aburre enormemente. La comida le parece demasiado lujosa, él no bebe. Ha escrito su novela en poco más de siete meses. Dejó de navegar porque no le gustaba la vida embrutecedora de maquinista naval. No quiere ser un intelectual, le gusta la vida sencilla, nada cambiará, vive en el campo, tiene cincuenta gallinas, volverá la calma, la paz que tanto ansía. Está deseando regresar a su modesta casita de campo. Sus respuestas son parcas. Media hora después han dejado de interesarse por él.

Sentado entre el editor y uno de los miembros del jurado, escucha elogiar su novela. Comen y hablan entre ellos. Siente una gran emoción cuando alguien dice: «Es la mejor novela que ha ganado el Premio Nadal». Discuten, no todos están de acuerdo, recuerdan títulos de las dieciséis ediciones anteriores: *El Jarama, Nada*. De repente, un miembro del jurado pregunta qué quiere hacer ahora. Lo estaba pensando en ese momento y responde sin vacilar:

—Me gustaría ver al Athletic, juega aquí contra el Barcelona a las cinco.

—Es imposible. Usted se debe ahora a su libro —dice el editor.

—¿A mi libro? —pregunta él confundido.

—Sí, atender a la prensa, hacer entrevistas...

Tres horas después, cuando ha complacido a todos los reporteros, el único comensal de los que han compartido con él el festín de la comida y aún permanece a su lado se ofrece a llevarlo a la estación: debe coger el tren de vuelta a Bilbao, le muestra el billete, Ramiro pregunta sorprendido:

—¿Se han ido todos?

—Sí, al Camp Nou.

Al llegar de Barcelona el lunes, observa la oficina aún vacía. Parece que ha pasado mucho tiempo desde que estalló la noticia. Contempla sobre su mesa de la Fábrica de Gas varios periódicos. Alguien ha titulado un perfil con su foto: «La tenaz hormiga de Getxo»; un miembro del jurado ha declarado: «Uno sospecha que este hombre tiene una maquinaria mental implacable». El vendedor del quiosco que está junto a la casa de sus padres ha declarado a un periodista: «La hormiga es él; es un hombre de un tesón formidable. Hubiera sido capaz de escribir *El Quijote* buscando las letras una a una». Emilio Padró le ha dejado un dibujo bajo los periódicos: gente de Getxo recogiendo zaborra en Arrigunaga. Sonríe al pensar en los trabajos que le esperan en Walden, está deseando llegar a casa para abrazar a sus hijos.

Epílogo

Impresionada por la lectura de *Las ciegas hormigas,* en noviembre de 1997 me propuse conocer y entrevistar para *El Correo* a Ramiro Pinilla, entonces un escritor semioculto. ¡Qué tipo tan original, qué vida tan interesante!, me decía. Se había hecho su propia casa, a la que había bautizado como Walden, era ecologista antes del ecologismo, había fundado con un amigo una editorial para vender libros a precio de coste, había navegado en mercantes, era un grandísimo escritor... Al entrar tuve que atravesar la altísima hierba del jardín que nadie podaba. «Me gusta así», me dijo. Al salir de la entrevista vi en el suelo una especie de trofeo sosteniendo la puerta. Le pregunté qué era aquello. «Un premio», contestó, «lo uso para mantener la puerta abierta.»

En 1998, me presentó un libro de cuentos, mi primer libro, y me invitó a ir a un taller de escritura que tenía en Algorta, al que asistí muchos años. Ya en ese tiempo, le propuse escribir su biografía. «¿Una biografía? Mi vida no tiene ningún interés», me dijo aparentemente ofendido. En 2003 me pidió que leyera una novela enorme, aún inédita, que había escrito. Quería conocer mi opinión. Nos veíamos con frecuencia, yo anotaba mis observaciones en su mecanuscrito y las señalaba con post-it; las comentábamos semana tras semana. Nos enamoramos. Ya no nos separamos hasta su muerte, el 23 de octubre de 2014. A veces el amor es una larga conversación, el nuestro lo fue: una conversación de once años.

Los últimos años de su vida, cuando yo ya no estaba segura de poder escribir sobre él —mi mirada demasiado cercana y mi condición de pareja hacían imposible un relato objetivo—, él me sorprendió: «Tú eres mi memoria, nadie mejor que tú puede escribir sobre mi vida». En los veranos de 2012 y 2013 repasamos

la colección de casi doscientas fotos de su infancia en Getxo. Identificó para mí los personajes a los que su padre había retratado con su Leica verano a verano, testimonio vivísimo de esa Arcadia particular que fue la playa de Arrigunaga. En esos años recorrimos escenarios de su juventud en Bilbao, y se explayó en relatarme detalles.

Después de su fallecimiento en 2014 pasé un periodo de lecturas compulsivas de libros de duelo. En ellos buscaba algo que en realidad no podían darme: consuelo a mi dolor. No lograron llenar el vacío de su ausencia. Sentí que debía escribir sobre él. No podía dejar de compartir mi tesoro: conocer a esa persona había sido lo más importante de mi vida. Pero no encontraba el tono. ¿Qué contar?

Tras varios borradores fallidos, en el verano de 2017, paseando por la playa de Getxo, la playa de su infancia, recogí una piedra (Arrigunaga es lugar de piedras, según el significado en euskera) y pensé en su niñez. ¿Cómo había sido aquel hombre, un profesor de felicidad para mí, antes de que yo lo conociera?, ¿cómo se hizo escritor?, me preguntaba. Resonaba en mi memoria su voz, las frases que tanto me repetía: «Hay que ir por delante del carro», «Estamos a ser felices». Tenía la sensación de que los años compartidos con él intentó prepararme para cuando no estuviera. Pero ¿cómo había llegado a ser tan sabio el niño débil, enfermizamente tímido, enmadrado y solitario que, según me había contado, siempre había sido? De repente, con aquella piedra gris entre las manos, atravesada por una raya blanca que el sol iluminaba con fuerza inusitada, lo supe: quería escribir sobre aquel niño desde que fue adolescente hasta que ganó el Nadal con treinta y ocho años, sintiendo lo que él sentía. Contaría cómo se convirtió en escritor, en el ser humano sabio e irreductible parecido al gran personaje de *Verdes valles, colinas rojas* que atraviesa toda la trilogía, Roque Altube (el aldeano que él quería ser y al que tanto se parece), un ser que nunca decepciona, el personaje del que me enamoré antes de enamorarme de su creador.

Recrearía detalles que conocía e imaginaría el resto. Así podría conocerlo mejor… Empezaría con la escena del agua en el

portal y el encuentro con la lecherita de su infancia. Mi personaje sería él y no sería él. No, no sería una biografía, sino una novela.

«Una novela se hace con una gran cantidad de intuiciones, con cierta cantidad de imponderables, con agonías y con resurrecciones del alma, con exaltaciones, con desengaños, con reservas de memoria involuntaria..., toda una alquimia.» Me gusta el misterio que esconde esa definición de Mercè Rodoreda. Así me he sentido al escribir *El mar de Arrigunaga,* llena de intuiciones, memoria involuntaria y agonías del alma. Sin saber lo que sabía, ni distinguir del todo lo que mi memoria había registrado y lo que mi imaginación había completado, porque la imaginación también es memoria fermentada.

Sabía muchas cosas de él, pero ni mucho menos lo sabía todo de su vida. Recuerdo la emoción de ir a buscar su certificado de nacimiento al juzgado pocos meses después de su muerte. Descubrí que lo había inscrito el abuelo guitarrista del que tantas veces me habló: ¡el abuelo desaparecido! Había tantas cosas que contar… Otra sorpresa fue encontrar su expediente académico de la Escuela de Náutica y el de su amigo Lapeyra, con números contiguos. Y reencontrar secuencias de sus novelas que me había señalado inspiradas en su vida. Por ejemplo, que la familia Pinilla Soldevilla trabajó ensobrando cromos durante dos años para la editorial Fher, experiencia de posguerra que inspiró algunas escenas de la novela *Aquella edad inolvidable.* Luego el autor trabajó para la misma editorial escribiendo para el reverso de los cromos cuentos y otros textos (adaptaciones de novelas populares y películas de éxito), entre 1952 y 1961 hasta que, con motivo de haber ganado el Premio Nadal, los hermanos Fuentes lo despidieron.

Escribí esta novela entre el verano de 2017 y setiembre de 2019. El proceso me exigió documentarme y rastrear el pasado, manejar memorias escolares, artículos sobre el Bilbao del siglo XX, La Casa Americana, la editorial Fher… Releí la obra de Ramiro buscando escenas de origen autobiográfico de su adolescencia de las que él me había hablado, particularmente en el personaje de

Asier de *Verdes valles, colinas rojas* y en el Ismael de *Las ciegas hormigas*. Cuando imaginé las escenas de navegación durante los dos años que Ramiro recorrió el mundo en mercantes, creí que no podría seguir, encallé como un barco varado. Contactar con asociaciones de maquinistas y escuelas de náutica me ayudó. Los errores de esas páginas son solo míos, pero si algo suena a verdad en su vida de marino doy las gracias al piloto y escritor Manuel Torres Goiri, al inspector de maquinistas navales Joaquín Villatoro y a la bibliotecaria de la Escuela de Náutica de Portugalete, Nieves Lorenzo. Sin su ayuda no hubiera podido escribir esos capítulos.

En este relato lleno de recreaciones noveladas incluyo una escena en la que Ramiro coincide con mi padre, nueve años menor que él pero que empezó a trabajar a los catorce en un taller mecánico. En el verano de 2012, recorriendo escenarios de su vida, Ramiro me señaló la ubicación en Bilbao del único taller mecánico en el que trabajó una semana. Bromeamos con la posibilidad de que hubieran compartido la misma taquilla los dos.

Aparecen en mi novela las lecturas determinantes en la adolescencia de Ramiro, como la biografía de Benjamin Franklin («Me ayudó a fortalecer mi voluntad», repetía). Otras, encontradas en la decisiva Biblioteca de la Casa Americana, en la calle Buenos Aires,1, regentada por la señorita Ingersoll —me repitió mucho ese nombre—, donde descubrió *Walden o mi vida entre bosques y lagunas,* de la que copió fragmentos a mano, y las novelas de Faulkner, cuyo discurso de aceptación del Premio Nobel de Literatura leyó (y releyó) como una inspiración.

Son reales el informe referido a la novela policiaca inédita *Los crímenes del Victoria Park,* de Ramiro Pinilla, escrita antes de 1944, los seudónimos, detectives y títulos inventados por él para novelas que escribió por entonces, como *Entre las siete y las ocho horas,* de Winter K. Adams, de la que reproduzco un fragmento, o *El misterio de la Pensión Florrie,* de Romo P. Girca, que acabó publicando la editorial Argos en 1944.

También son literales el comienzo de su posible biografía imitando el inicio de *David Copperfield,* la carta mecanografiada con la que contestó un anuncio del periódico y las cuatro líneas del

comienzo de un breve diario que el escritor mantuvo entre 1955 y 1957. De él procede también la referencia a su lectura de la obra de Faulkner y el intento de adoptar su lenguaje.

La cría de conejos y la construcción de las jaulas aparecen en *El salto* (1975), novela con detalles autobiográficos que me ha inspirado. La anécdota escuchada en Apatamonasterio con la que he imaginado una escena entre los novios, inspiró la novela *Huesos* (1997) sobre un topo de la guerra civil, publicada mientras escribía *Verdes valles, colinas rojas* y en la que utiliza personajes que aparecen en la trilogía y en *Las ciegas hormigas.*

El naufragio que sirve de arranque a esta última tiene su origen en un siniestro que se produjo el 11 de enero de 1934, cuando el vapor noruego *Hermes,* que transportaba en sus bodegas 1500 toneladas de cock para Altos Hornos, encalló al pie del acantilado de La Galea.

Por último, la entrevista con el ganador del Premio Nadal procede de la que Francisco Daunis le hizo a Ramiro en *La Solidaridad Nacional* el 7 de enero de 1961.

Muchas personas me han ayudado a revisar *El mar de Arrigunaga,* entre ellas el escritor Jon Bilbao y mi querida amiga y escritora Teresa Uriarte, cuyas observaciones la han mejorado y a quien le habría encantado verla publicada. Pero, por encima de todo, me han inspirado la persona para quien he escrito esta novela y su inmensa obra. Aunque él no podrá leerla, escribirla me ha permitido seguir viviendo algún tiempo más a su lado.

María Bengoa Lapatza-Gortazar
Bilbao, julio de 2023

El mar de Arrigunaga
María Bengoa

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Fotografía de la portada: Ramiro Pinilla (a la derecha) y su hermano en la playa de Arrigunaga en los años treinta. © Herederos de R. Pinilla

© María Bengoa, 2023

Todos los derechos reservados para Tusquets Editores, S.A.
Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)
www.tusquetseditores.com

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2023

ISBN: 978-84-1107-372-1(epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!